

RAUL SILVA CASTRO

RUBEN DARIO

a los veinte años

RUBEN DARÍO

A LOS

VEINTE AÑOS

ENSAYOS PUBLICADOS EN ESTA COLECCION:

1. *Universidad*. Cinco ensayos para una teoría de la Universidad Latinoamericana, por Aníbal Bascuñán Valdés.
2. *El Cautiverio Feliz en la vida política chilena del Siglo XVII*, por Sergio Correa Bello.
3. *Eusebio Lillo, 1826-1910*, por Raúl Silva Castro.
4. *Los Robots no tienen a Dios en el corazón*, 2ª edición, por Arturo Aldunate Phillips.
5. *Pedro Prado, 1886-1952*, por Raúl Silva Castro.
6. *El Cabildo en Chile colonial*, por Julio Alemparte.
7. *Don Andrés Bello, 1781-1865*, por Raúl Silva Castro.
8. *El Conde de la Conquista*, 2ª edición, por Jaime Eyzaguirre.
9. *El Naturalismo en la novela chilena*, por Vicente Urbistondo.
10. *Pierre Teilhard de Chardin y otros ensayos*, por Hernán Briones Toledo.
11. *Rubén Darío a los veinte años*, por Raúl Silva Castro.



RUBÉN DARÍO: 1867 - 1916

RAUL SILVA CASTRO

de la Academia Chilena

RUBEN DARIO
A LOS
VEINTE AÑOS

Segunda Edición corregida y aumentada



EDITORIAL ANDRES BELLO

(c) *Raúl Silva Castro*, 1966

Inscripción N° 31852

EDITORIAL ANDRES BELLO

Ahumada 131 - Casilla 4256

Santiago de Chile

*"Facúltase a la Editorial
Jurídica de Chile, para usar
indistintamente su propia de-
nominación o la de Editorial
Andrés Bello".*

(Art. 76 de la Ley 12.084)

Impreso en los Talleres de la
EDITORIAL UNIVERSIDAD CATOLICA

Lira 140 - Santiago de Chile

S U M A R I O

Prólogo de la segunda edición	9
Introducción	13
Capítulo I. De la América Central a Chile	19
Capítulo II. Rubén Darío en Valparaíso	33
Capítulo III. Rubén Darío en Santiago	45
Capítulo IV. Rubén Darío y sus amigos	79
Capítulo V. En la bohemia santiaguina	111
Capítulo VI. Pedro Balmaceda Toro, A. de Gilbert	129
Capítulo VII. Abrojos	161
Capítulo VIII. La Aduana de Valparaíso	181
Capítulo IX. El Certamen Varela	193
Capítulo X. El Heraldó	227
Capítulo XI. Azul	245
Capítulo XII. Repercusión inmediata del Azul	271
Capítulo XIII. El viaje de retorno	293
Capítulo XIV. Rubén Darío y Chile	319
Apéndice	339
Cronología	353
Principales obras consultadas	357
Antología Chilena	361

PROLOGO DE LA SEGUNDA EDICION

Como en el curso del mes de enero de 1967 se enteran cien años del nacimiento de Rubén Darío, he creído conveniente hacer en este libro una nueva edición. La anterior, publicada en Madrid en 1956, está ya agotada, y más de una vez se manifestó al autor la conveniencia de intentar una tirada en tierra americana, por estar más vecina a los sitios donde la obra poética de Rubén Darío conserva vigencia como tema de estudios y de investigaciones.

Cual se expresa bajo el título, ésta es una edición corregida y aumentada. La redacción ha sido ensanchada con nuevas nociones, obtenidas por el autor en una prolongada investigación; de veinticinco años como se dice en la Introducción, pero de algo más si se atiende a ciertas precisiones que el lector verá por diversos lados.

En su plan, sin embargo, en su disposición orgánica, en su objeto, el libro sigue siendo sustancialmente el mismo. Por lo que hace al objeto, debe señalarse que aquí se ha atendido a dos principales:

1. Establecer, con todos los datos accesibles, cuáles son los efectivos rasgos de la permanencia de Darío en Chile, de 1886 a 1889, sin embellecer nada, sin inventar, sin aceptar fábulas, y también sin injuriar a nadie. Estudio imparcial, objetivo, acucioso, en el cual el autor siempre ha querido elimi-

nar de su estilo toda suerte de chocarrerías, exageraciones, tropicalismos y tópicos de manida retórica.

2. Fijar, también con pruebas, cómo el Modernismo se incubó en Chile, gracias a la acogida literaria brindada a Rubén Darío por sus amigos chilenos, quienes alentaron al nuevo colega no sólo con su amistad sino también con lecturas comunes, de libros nuevos, algunas sumamente reveladoras del estado de la sensibilidad literaria de Chile en ese tiempo. Y así como se incubó, que el Modernismo nació en tierra chilena, bajo forma de libro en Azul. . . y como artículos y poemas sueltos en algunos que hubieron de quedar para ser recogidos años después de la muerte de su propio autor, por este investigador y por otros dariístas chilenos.

Rubén Darío enteró en Chile los veinte años de su edad. De allí el título de este libro, destinado a subrayar el calor de estímulo y de aplauso que el ambiente espiritual de Chile presta a los extranjeros llegados hasta sus playas. Ciertamente es que algunos, después, cuando la fama viene a orlar sus frentes con gajos de laurel, olvidan al distante, remoto, casi invisible país austral, y hasta se mofan de sus instituciones y de sus hombres. Creen que empequeñeciendo al huésped de ayer ellos suben de categoría y se remontan más.

Singular antología podría elaborarse con los dichos de estos implacables fiscales de la vida chilena, a quienes desde la distancia les parece sucia, triste o sombría, más o menos en el mismo grado en que, estando dentro de ella, la juzgaban acogedora y tierna. La insondable hondura del capricho humano cobra relieve en aquellas páginas donde no se ahorra dicterio para Chile y para sus hombres, y donde por lo general impera la gracia literaria, pues los denostadores suelen ser artistas eximios. Y son muchos y se renuevan de generación en generación. Cada vez que un revés político priva del alero ju-

rídico a escritores y periodistas de una nación vecina, acuden ellos por bandadas a Chile, donde están seguros de hallar acogida cálida, simpáticos amigos, tibio regazo para las inquietudes y, sobre todo, trabajo a la medida de sus aptitudes. En cuanto están ya a salvo y pueden tornar a la patria que les había sido vedada por el mandón de turno, cambian la sonrisa blanda por el ademán severo, y comienzan la fácil carrera del denuesto. Chile pasa a ser entonces la Beocia, el país frío y hostil, donde ningún ensueño grana y donde el arte se sofoca en el ruido de las armas; el pedregoso erial, el yermo de que los ideales huyen ante el peligro de que los ahogue el medio, el "horrible medio". Rubén Darío, como se verá, cedió a la moda, al uso, a la costumbre tradicional, y condenó con acre voz aquel mismo ambiente en donde, años antes, había iniciado una etapa trascendental de su carrera.

Este es un libro de sensibilidad y de amor donde entre líneas se transparenta la admiración del autor por los versos de Rubén Darío y la simpatía que éste como hombre despierta en él. Amor y sensibilidad han debido entretenerse para no hacer demasiado árido el paso entre tantos documentos y testimonios que andaban dispersos, así como para decir la verdad con delicadeza, tenuemente, sin alardes torpes. El autor cree, en fin, que sólo así, sostenido por esas dos alas, amor y sensibilidad, puede acercarse el crítico hoy a Rubén Darío sin excesivo temor de herir cuanto mostraba de frágil su envoltura carnal.

INTRODUCCION

Con esta obra se pone término provisional a una pesquisa de más de veinticinco años acerca de las relaciones literarias que mantuvo Rubén Darío con Chile, tanto en los días de su vida en este país como en algunos siguientes. La investigación fue iniciada en 1930 con ciertas *Anotaciones bibliográficas* precedidas de una *Introducción sobre Rubén Darío en Chile*. Esta pequeña obrita, con el título de *Rubén Darío y Chile*, se publicó en las páginas del *Boletín de la Biblioteca Nacional*, y en seguida tirada aparte en muy corto número de ejemplares. Se prosiguió en las *Obras Desconocidas de Rubén Darío escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros*, que la Universidad de Chile premió con la publicación a sus expensas, en 1934. Por 1935 quedó agregado a la serie el título *Rubén Darío y su creación poética*, en que el autor ensayó algunos alcances al libro del mismo título del escritor argentino don Arturo Marasso. Al año siguiente dábase a la circulación una *Antología Poética* de Rubén Darío en la cual el recopilador incluyó, intencionalmente, cierto número de composiciones inspiradas en la vida chilena, no porque las creyera excelsas sino como reveladoras del grado de penetración que Darío alcanzó en ella. De esta antología hízose en años siguientes una segunda edición autorizada por la misma editorial Zig-Zag que hab'a

lanzado la primera, y una clandestina impresa en Buenos Aires, con multitud de erratas, donde, para disimular su índole, quedó suprimido el prólogo de las legítimas. Y, por fin, en 1940, como contribución al II Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana reunido en Los Angeles, California, Estados Unidos, se publicó el *Esbozo de un programa de estudios sobre Rubén Darío*. Este *Esbozo* es la segunda redacción de una lista de temas darianos que el autor había incluido en el folleto *Rubén Darío y su creación poética*, ya citado.

Mención aparte merece el proyecto de edición conmemorativa del cincuentenario de la publicación de *Azul...*, que el autor, en la gratísima compañía de don Julio Saavedra Molina, auspició ante la Universidad de Chile. Esta institución autorizó el homenaje, y en atención a ello se publicó el primer volumen de una serie que debía constar de dos, con el título general de *Obras Escogidas de Rubén Darío*. El segundo fue destruido por el incendio de la imprenta que lo estampaba, justamente ocurrido en la noche del día en que se habían entregado al taller las pruebas completas de la obra, con el visto bueno de los editores para que se procediera a tirar los pliegos. La muerte del señor Saavedra Molina vino a postergar *sine die* el generoso proyecto, que tanto había progresado bajo la dirección ilustrada y sagaz de aquel benemérito dariísta, uno de los más perspicaces entre todos y sin duda el más autorizado de los de nacionalidad chilena. En el volumen que destruyó el fuego se habría debido incluir el primer esbozo de esta biografía. Y fue ventajoso el incendio, a pesar del dolor y del desaliento que acarreó a los editores, ya que en el camino ha podido el autor introducir en ella no pocas enmiendas debidas a la publicación de diversas obras que han renovado el concepto habi-

tual que sobre Darío teníamos hasta 1940 cuantos nos habíamos detenido en el tema.

Y quien ha renovado más a fondo ese concepto es don Diego Manuel Sequeira, autor de *Rubén Darío criollo*, trabajo publicado en Buenos Aires el año 1945. Este libro es una monografía de amplia información sobre los primeros años de Rubén Darío, esto es, los anteriores al viaje a Chile. Todos ellos discurrieron en países centroamericanos y especialmente en Nicaragua, la tierra natal. El señor Sequeira estudió en diarios viejos los primeros destellos del talento de Darío, así en el verso como en la prosa académica y periodística, y merced a su colosal empresa ha podido poner en relieve multitud de aspectos hasta entonces totalmente desconocidos y sobre los cuales, por falta de su obra, rodaban leyendas prejuiciosas y generalizaciones inconducentes. El autor de esta biografía no pretende competir con el precioso modelo que es *Rubén Darío criollo*; pero si su obra fuese tan completa como la del señor Sequeira, en lo que se refiere al fragmento chileno de la vida y de la producción de Darío, sentiríase perfectamente compensado de las fatigas de una investigación prolongada a lo largo de veinticinco años, cual se patentiza en el primer párrafo de esta *Introducción*.

Se redactan estas líneas, por lo demás, no para jactarse de haber encontrado en el camino tales y cuales dificultades, vencidas o no, sino para dejar en claro que este libro no habría sido posible sin la lectura de obras ajenas, en las que el autor encontró informaciones de mucho peso que era preciso ensamblar y disponer en un cuadro de conjunto para relevar mejor sus luces. La pesquisa en los diarios chilenos que sirvieron de tribuna a Darío ha dado el resto, es decir, un caudal que ha hecho crecer muchísimo las páginas del libro destruido por el incendio, sin alterar su estructura. Y

para abrir paso en este libro a las informaciones de terceros que dicen algo sobre la vida de Rubén Darío en Chile y su trato con escritores chilenos de 1886 a 1889, y aun en años siguientes, se ha tenido un solo criterio: el que contengan algo apreciable para redactar la biografía completa de Darío, que falta todavía a pesar de lo mucho que en ella ha logrado darse por establecido.

*Bajo nuestra estrella antártica
vivió Rubén Darío.*

PABLO NERUDA

Capítulo I

DE LA AMERICA CENTRAL A CHILE

El poeta nicaragüense Rubén Darío, de que trata este libro, nació en Metapa el día 18 de enero de 1867, y desde muy joven, niño en verdad, diose a conocer por la aptitud para componer versos. Cuando contaba trece años de edad, en 1880, salieron los de su poema *Desengaño* bajo el anagrama Bruno Erdia en la revista juvenil *El Ensayo*, publicada en León, una de las principales ciudades de Nicaragua. En aquellas horas, Darío estudiaba humanidades, y no fueron los versos publicados en 1880, según parece, los primeros que compuso.

¿A qué edad escribí mis primeros versos? —preguntábase el poeta, años después—. No lo recuerdo precisamente, pero ello fue hartó temprano. Yo nunca aprendí a hacer versos. Ello fue en mí, orgánico, natural, nacido.

A la iniciación en *El Ensayo* siguieron otras publicaciones poéticas que pronto permitieron dar a Rubén Darío el cariñoso remoquete de niño-poeta con que fue conocido, a pesar de que esas primeras producciones fueron lanzadas con seudónimos, el ya mencionado y otro anagrama, Bernardo I.

U., que siguió empleando en *El Ensayo*. Y dicen los testigos de aquellas jornadas infantiles que los versos le abrían paso hasta los salones de las mejores familias, donde se festejaba al mozo para obtener de él los presentes que derrochaba su pluma.

Ya en 1881, el jovencito de sólo catorce años de edad forja el proyecto de reunir sus composiciones en un volumen, que iba a caratular con el título de *Poesías y artículos en prosa*. Cinco versos alusivos calzan como epígrafe a la colección:

Lector, si oyes los rumores
de la ignorada arpa mía,
oirás ecos de dolores,
mas sabe que tengo flores
también de dulce alegría.

Sin que aquel libro salga del escritorio de Darío a la imprenta, el mismo año 1881 la muerte de Máximo Jerez da al poeta la oportunidad de hacerse mejor conocido al recitar en acto público la composición que ha escrito con motivo del fallecimiento del prestigioso caudillo de la causa unionista de las naciones centroamericanas. Y merced a este espaldarazo, se hace salir de León al muchacho para que prosiga sus estudios en Managua, capital de Nicaragua. Fue allí precisamente, en los primeros días de 1882, cuando por primera vez se presentó al poeta la tentación de salir de viaje por países extranjeros, para conocer otros hombres y otros climas y para fecundar con más amplia cultura lo que había podido aprender hasta entonces. La intención de los valedores que habían surgido en la capital nicaragüense era que Darío pasara a estudiar a España; pero el Senado la modificó en el sentido de darle educación, "por cuenta de la

Nación, en el plantel de enseñanza que estime más conveniente”¹, y así se aprobó y promulgó con fecha 21 de febrero de 1882.

Darío pasó a estudiar al colegio de Granada, pero estaba nuevamente en León con motivo de las fiestas de Semana Santa, coincidiendo con el político y orador cubano Antonio Zambrana, que antes había viajado por Chile. Se hicieron amigos; y en las charlas que hubieron de sostener, más de una vez pasó el nombre de aquel país que era totalmente desconocido para el joven aprendiz de escritor. Zambrana, en cambio, lo estimaba en mucho: en Chile había tratado a no pocos hombres ilustres, y por circunstancias que hoy no sería fácil desentrañar, el resultado fue que se convirtió en admirador del país austral en que con tanto respeto había sido escuchada su palabra de propagandista de la independencia de Cuba. De este ilustre cubano —que fue ministro de Costa Rica en Nicaragua— escribía Darío poco después, cuando ya estaba en Chile: “Yo he oído de un ilustre amigo mío, Antonio Zambrana, pinturas de reuniones de literatos y poetas en la capital de Chile, no ha mucho tiempo, muy semejantes a un banquete de los antiguos filósofos, a un día del Agora o a una asamblea noble y erudita en el siglo XVII...” Y agregaba: “Zambrana me refería cómo los humanistas chilenos (y entre todos, gran iniciador de estos adelantamientos, el venerable sabio Lastarria) trataban grandes cuestiones de ciencias y de letras, como no se hiciera mejor en Ateneos de Europa; y de qué modo los nacionales vates presentaban obras maestras llenas de inspiración y galas poéticas al criterio de la justa y razonada crítica”. (*Obras desconocidas*, p. 13).

¹ Sequeira, *Rubén Darío criollo*, p. 263.

También era admirador de Chile el poeta salvadoreño Juan José Cañas, a quien Darío conoció en agosto de 1882, cuando por algún tiempo se radicó en San Salvador. Cañas había sido representante de su país en Chile durante la exposición Internacional de 1875, y su nombre de poeta —es el autor del himno patrio de El Salvador— había hecho fácil la misión diplomática que le trajo a Chile y grato el ambiente que aquí le fue dado respirar². Y así se ve cómo se van uniendo en torno al nombre de Darío los recuerdos de Chile, y cómo la vida chilena le iba siendo conocida en plena juventud.

En 1883 Darío había regresado a su tierra natal y desde León hubo de trasladarse a Managua con el ánimo de impetrar del Presidente Cárdenas protección para sus estudios. Y allí encontró algo mejor todavía: pasó a servir en la Biblioteca Nacional. "Modesto Barrios —escribe Sequeira— era director de la Biblioteca Nacional y había nombrado a Rubén colaborador en esas funciones. La Biblioteca era en ese entonces la mejor dotada en la América Central, por cuanto los cinco mil volúmenes con los cuales se inauguró en enero de 1882, habían sido cuidadosa y personalmente seleccionados en España por don Emilio Castelar, por especial solicitud del gobierno de Nicaragua, presidido entonces por el general Joaquín Zavala". Darío emprendió en aquella Biblioteca una labor empeñosísima de autodidacto, que le iba a franquear prontamente los secretos literarios que más podían halagar las nativas propensiones de su espíritu. Recordaba él mismo, andando los años, que había leído los prefacios e introducciones de la colección de autores españoles llamada popular-

² Sobre Cañas véase mi artículo *Juan José Cañas, un salvadoreño ilustre*, publicado por *El Mercurio*,

Santiago, en su edición de 12 de septiembre de 1964.

mente de Rivadeneira, por el nombre de su editor; y a ello pueden agregarse, siguiendo atentamente las reminiscencias y citas de obras ulteriores, no pocas otras nociones literarias. Se hizo erudito, entendiendo esta palabra en su acepción más amplia y generosa, sin dejar por ello un instante de ser poeta. Sequeira atribuye a la estancia de Darío en la Biblioteca Nacional de Managua lecturas de Victor Hugo, de Théophile Gautier, de Ernest Feydeau, de Catulle Mendès, de La Fontaine, de Lamartine, de los Goncourt y de Villemain, por haber tenido a la vista las obras de estos autores que conserva aquel establecimiento (o. c. p. 173).

Y fue también Managua la ciudad en la cual comenzó a imprimirse el primer libro de Darío, titulado *Primeras notas*, suspendido en su impresión y lanzado provisionalmente, en corto número de ejemplares, en 1888, es decir, cuando el autor estaba en Chile. Un terremoto destruyó la imprenta en que se tiraba, aunque no los pliegos ya estampados, algunos de los cuales pudieron preservar los amigos del autor. Este, por lo demás, trajo a Chile en 1886 uno que mostró a Poirier y que puso en seguida en manos de Eduardo de la Barra, quien le prometió estudiarlo, y acaso uno o dos ejemplares más que guardó para compartirlos con sus nuevos amigos.

En diciembre de 1885 apareció en Managua el salvadoreño Cañas, a quien se ha aludido antes, desterrado político por el derrocamiento del régimen del presidente Zaldívar. Cañas y Darío reanudaron la amistad iniciada en El Salvador, amistad que iba a ser decisiva para la vida futura del poeta y, ante todo, para el viaje a Chile que éste emprendería el año siguiente. Mientras tanto, el poeta intenta la publicación de un diario propio, *El Imparcial*, cuyo primer número se lanzó a la circulación el 8 de enero de 1886. Y en este diario escribe ya

de todo, como periodista fogueado en anteriores empresas, desde los versos o la prosa, que no vacila en suscribir con su propio nombre, hasta las noticias del día, en que sin la firma puede reconocerse por el estilo al autor. El 9 de febrero de 1886 publicaba además el diario de Darío la siguiente noticia: "VICUÑA MACKENNA. — E. P. D. el insigne repúblico y famoso historiador chileno, el más fecundo de los escritores de América. Que su gloria se acrecienta cada día y que su recuerdo viva en el corazón de sus conciudadanos como su nombre en la historia del nuevo continente, donde brillará aparejado con los de los egregios varones honra y orgullo de la patria latino-americana".

Algunos días después, *El Diario Nicaragüense*, por su parte, daba cuenta de la visita que algunos amigos habían hecho a Cañas poco antes: "... Con motivo de la muerte de Vicuña que nos trajo el cable, varias personas amigas del poeta y general salvadoreño don Juan J. Cañas, que fue ministro de su país en Chile y amigo del ilustre difunto, pasaron a darle el pésame, el 1º del corriente, a su residencia del Hotel Nacional. Estas eran: el general don Carlos T. Avilés, el poeta Rubén Darío, don Vicente Guardia, el coronel don Francisco Huezo y otros. Darío fue el encargado de exponer el objeto de aquella visita, quien lo hizo en breves pero sentidas y elocuentes frases a las que el señor Cañas correspondió de la manera siguiente". Y a continuación se lee el discurso de Cañas, muy sentido y elogioso para Vicuña Mackenna. Estas dos piezas fueron reproducidas por *El Mercurio* de Valparaíso en su edición de 7 de abril de 1886, en cuanto llegaron a su poder los diarios nicaragüenses que las habían publicado la primera vez. Esta, que es, según parece de nuestras investigaciones, la más antigua noticia de Rubén Darío que tuvo el público chileno, corresponde a sucesos que iban a ser decisivos para el joven

poeta, ya que Cañas —según expresa Sequeira— fue el más sorprendido de la producción de su amigo. Darío en la entrevista de pésame a que se refiere la información de *El Diario Nicaragüense*, escuchó de labios de Cañas una ligera reseña de la amistad que el escritor salvadoreño había tenido con Vicuña Mackenna, y sobre ella fraguó el artículo que daba a luz en seguida *El Imparcial*. “El poeta Juan J. Cañas —agrega Sequeira— no volvía del asombro que le había causado la lectura del artículo transcrito: para Rubén Darío haber oído de sus labios un mal hilvanado relato y luego escribir esa brillante reseña sobre la vida y la obra del ilustre chileno desaparecido, todo fue uno. ¡Admirable! ¡Admirable! exclamaba Cañas, a solas, paseándose en sus habitaciones del Hotel Nacional, cuando se presentó Darío. Con un cordial abrazo recibió Cañas a su amigo. Hablaron largas horas, de cosas muy íntimas y trascendentales en la vida de Darío”.

En aquellas conversaciones se trató más de una vez el tema del viaje, y entre Darío, que hablaba de París, y Cañas, que opinaba por Chile, prevaleció la opinión del último, que tal vez asumía carácter de imperativo consejo. Eduardo Poirier, el primer amigo chileno del poeta, que le oyó reminiscencias de aquellas charlas, sintetizó en esta forma la escena:

—Don Juan —le dijo—, deseo partir a París, y vengo en busca de su consejo.

—París es París —replicóle el ardoroso y noble viejo;— tú eres un loco y te perderías allí. ¡Ve a Chile! Chile es la gloria...³

³ Entre los amigos chilenos de Cañas debe mencionarse en forma especial al dramaturgo Daniel Caldera (1851-97), después tam-

bién amigo de Darío, a quien Cañas dirigió una *Epístola* en verso que publicó *La Epoca* en su edición de 3 de mayo de 1889,

Por su parte, Darío quiso dar corte novelesco y sentimental a su salida de Centro América, y en la Autobiografía habló de una desilusión amorosa.

A causa de la mayor desilusión que pueda sentir un hombre enamorado, resolví salir de mi país. ¿Para dónde? Para cualquier parte. Mi idea era irme a los Estados Unidos. ¿Por qué el país escogido fue Chile? Estaba entonces en Managua un general y poeta salvadoreño, llamado don Juan Cañas, hombre fino y noble, de aventuras y conquistas, minero en California, militar en Nicaragua, cuando la invasión del yanqui Walker. Hombre de verdadero talento, de completa distinción y bondad inagotable. Chilenófilo decidido desde que en Chile fue diplomático allá por el año de la Exposición Universal.

—Vete a Chile —me dijo—. Es el país a donde debes ir.

—Pero, don Juan —le contesté—, ¿cómo me voy a ir a Chile si no tengo los recursos necesarios?

—Vete a nado —me dijo—, aunque te ahogues en el camino.

Y el caso es que entre él y otros amigos me arreglaron mi viaje a Chile.

El viaje había sido proyectado desde marzo de 1886, y en el mes siguiente se le daba ya como hecho de próxima ocurrencia en una información de *El Mercado* de Managua, que cita Sequeira en su *Rubén Darío criollo* (p. 272) con reproducción de los términos exactos que se dieron a esa noticia (17 de abril). Dos importantes apoyos recibió el poeta para su empresa: los consejos de Cañas, a quien trató con mucha intimidad por esos días, y la ayuda gubernativa. Este último punto había quedado hasta hoy esbozado apenas en una otra referencia, pero puede ser afirmado con mayor robustez desde que se le ha dado la autoridad de las líneas que siguen.

“Afortunadamente, ya en esos días —escribe Sequeira, o. c., p. 279—, el viaje de Rubén a Chile era cosa resuelta. El presidente Cárdenas había dirigido orden al agente de la Compañía Kosmos para que, de acuerdo con las cláusulas de la conven- ción celebrada entre esa empresa y el gobierno de Nicaragua, concediera a don Rubén Darío un pasaje de primera hasta Valparaíso, a bordo del primero de sus buques que anclara en el puerto de Corinto. De su peculio personal, el presidente Cárdenas entregaría a Rubén el dinero necesario para sus gas- tos de viaje”. Esta información se confirma con el suelto de *El Independiente* de Granada, reproducido por *La Epoca* de Santiago el 14 de julio, donde se leía: “El joven poeta Rubén Darío partió para Chile, habiéndole proporcionado el Gobier- no el pasaje y algunos fondos para los primeros meses de su residencia en aquella República”.

A las alturas de mayo de 1886, el viaje en proyecto era ya conocido de todos los amigos del poeta, y así lo hicieron saber los periódicos, que tenían costumbre de dar noticias so- bre Darío. Este y sus amigos más íntimos habían puesto gran- des esperanzas en el paso a Chile, y al escribir sobre el viaje daban la impresión de que con él la ilustración del poeta iba a sufrir profundas transformaciones. Así se lee, por ejemplo, en *El Mercado*, que con fecha 25 de mayo informaba a sus lec- tores:

Nuestro amigo Rubén Darío, como lo han anunciado ya algunos periódicos, saldrá pronto de Corinto para Chile, en donde piensa fijar su residencia. Darío lleva el propósito de ilustrarse con sólidas enseñanzas, de adquirir conocimientos universales y nutrir su inteligencia de sanísimas doctrinas en el país en donde la literatura ha llegado a un grado de desa- rrollo admirable y las ciencias han adquirido un ensanche pro- digioso. ¡No es difícil que lo consiga el poeta! Viva imagina-

ción, fantasía ardiente, genio creador y fecunda iniciativa son cualidades que adornan a Rubén, que lo están poniendo muy por encima de ciertas vulgaridades literarias cuyos nombres jamás salvarán los linderos de nuestras aldeas y caseríos.

Antes de iniciar el viaje al Sur, quedaba a Darío un deber algo ingrato y peliagudo, despedirse de Rosario Murillo, más allá de las entrevistas en que hubieron de cambiar los últimos abrazos y los últimos besos. Era preciso escribir una carta, y el poeta, sin vacilaciones, se puso a la tarea; pero la epístola que redactó en aquella ocasión salió orlada con algunos ribetes de fantasía, donde la eficaz retórica que el poeta acostumbraba ya manejar en sus versos, agrega detalles extremadamente refinados. Júzguese, pues, de esta carta escrita a la vez por el poeta y por el amante:

Mayo 12 de 1886.

Rosario: Esta es la última carta que te escribo. Pronto tomaré el vapor para un país muy lejano de donde no sé si volveré. Antes pues de que nos separemos, quizá para siempre, me despido de ti con esta carta.

Te conocí tal vez por desgracia mía, mucho te quise, mucho te quiero. Nuestros caracteres son muy opuestos y no obstante lo que te he amado, se hace preciso que todo nuestro amor concluya; y como por lo que a mí toca no me sería posible dejar de quererte viéndote continuamente y sabiendo lo que sufres o lo que has sufrido, hago una resolución y me voy. Muy difícil será que yo pueda olvidarte. Sólo estando dentro de mí se podría comprender cómo padezco al irme; pero está resuelto mi viaje y muy pronto me despediré de Nicaragua. Mis deseos siempre fueron de realizar nuestras ilusiones. Llevo la conciencia tranquila, porque como hombre honrado nunca me imaginé que pudiera manchar la

pureza de la mujer que soñaba mi esposa. Dios quiera que si llegas a amar a otro hombre encuentres los mismos sentimientos.

Yo no sé si vuelva. Acaso no vuelva nunca. ¡Quién sabe si iré a morir en aquella tierra extranjera! Me voy amándote lo mismo que siempre. Te perdono tus puerilidades, tus cosas de niña, tus celos infundados. Te perdono que hayas llegado a dudar de lo mucho que te he querido siempre. Si tú te guardaras como hasta ahora, si moderando tu carácter y tus pequeñas ligerezas siguieras en la misma vía que has seguido durante nuestros amores, yo volvería y volvería a realizar nuestros deseos. Tú me quisiste mucho, no sé si todavía me quieres. ¡Son tan volubles las niñas y las mariposas!...

Mucho me tienes que recordar si amas a otro. Ya verás. Yo no tengo otro deseo sino que seas feliz.

Si estando como voy a estar tan lejos, me llegase la noticia de que vivías tranquila, dichosa, casada con un hombre honrado y que te quisiera, yo me llenaría de gozo y te recordaría muy dulcemente. Pero si me llegase a Santiago de Chile una noticia que con sólo imaginármela se me sube la sangre al rostro; si me escribiese algún amigo que no me podrías ver frente a frente como antes..., yo me avergonzaría de haber puesto mi amor en una mujer indigna de él. Pero esto no será así, estoy convencido de ello.

Pongo a Dios por testigo que el primer beso de amor que yo he dado en mi vida fue a ti...

Ojalá que nos podamos volver a ver con el mismo cariño de siempre, recordando lo mucho que te quise y que te quiero. Adiós, pues, Rosario.

Rubén Darío.

Yo no estoy seguro de que esta carta haya sido de verdad escrita, ni menos cursada, y desde luego me extraña que no la dé Edelberto Torres en su amplia y muy bien autorizada bio-

grafía de Rubén. De otra parte, hay allí algunos rasgos de estilo, algunas imágenes que sin duda corresponden a lo que Darío era capaz de escribir en aquellos años. Lo más interesante de todo, si la carta existió, es la vacilación que muestra Darío sobre la duración de su viaje. Se divisa la intención que el poeta ha sentido de quedarse en Chile; se habla de amigos que mantendrán al poeta informado sobre lo que ocurra en su ausencia, precisamente con aquella misma Rosario Murillo que tan honda huella cavó en el alma de Darío.

Pero si no la vemos ni citada ni aducida en el libro de Torres podemos leerla, en cambio, en *Rubén Darío y las mujeres*, Nicaragua, 1948, p. 105 -6. Ildo Sol, el autor de esta obra, esbozo muy informe de biografía, pasa allí por ser uno de los especialistas en Rubén Darío y conserva no pocas reliquias del poeta. (En la transcripción hemos corregido ligeramente la versión de Ildo Sol, en obsequio a la claridad).

Las circunstancias en que Darío se embarcó rumbo al Sur en el vapor *Uarda* fueron contadas por él con adornos que les dan ciertos tintes novelescos.

Vino un gran terremoto. Estando yo de visita en una casa, oí un gran ruido y sentí palpar la tierra bajo mis pies; instintivamente tomé en brazos a una niña que estaba cerca de mí, hija del dueño de casa, y salí a la calle; segundos después la pared caía sobre el lugar en que estábamos. Retumbaba el enorme volcán huguesco: llovía cenizas. Se oscureció el sol, de modo que a las dos de la tarde se andaba por las calles con linternas. Así me fui al puerto como entre una bruma. Tomé el vapor, un vapor alemán de la Compañía Kosmos, que se llamaba *Uarda*. Entré en mi camarote; me dormí. Era yo el único pasajero. Desperté horas después y fui sobre cubierta. A lo lejos quedaban las costas de mi tierra. Se veía sobre el país una nube negra. Me entró una gran tristeza.

En el curso de la navegación hacia el Sur embarcóse también en el *Uarda* otro pasajero, y el día 24 de junio de 1886 cuando el barco atracó en el muelle de Valparaíso, bajaron a tierra dos personas, una de las cuales era Rubén Darío. Dos diarios de Valparaíso, *La Unión* y *El Mercurio*, en la menuda gacetilla del movimiento marítimo, dieron cuenta de estos pasajeros y registraron sus nombres, desfigurando un tanto el del poeta, que el primero imprimió Rubens y el segundo Reibén.

Años más adelante, hablando de Chile y queriendo señalar las circunstancias en que llegó a este país, el poeta dijo en su *Autobiografía* que como su llegada coincidía con la muerte de Vicuña Mackenna, a escape había escrito en el barco mismo el artículo destinado a solemnizarla. Lo que llevamos dicho basta para desacreditar aquella invención. Y ese artículo, que en realidad es en cierto grado responsable del propio viaje a Chile, no fue reproducido en la Corona fúnebre poco más tarde editada en memoria de Vicuña Mackenna. (Ver en el Apéndice la carta de Darío dirigida a la viuda de Vicuña). En el *Uarda*, en cambio, escribió el poema titulado *Ondas y Nubes* que dedicó a su amigo chileno Eduardo Poirier al darle publicación en *La Epoca* de Santiago, pocas semanas después de haber pasado a la capital. Y en esta composición, desprovista por lo demás de excelsos méritos literarios, asoman ciertas insinuaciones autobiográficas de interés, entre las cuales la nostalgia, que asaltaba al joven viajero a poco de haber abandonado la tierra natal, como puede verse en este fragmento:

Allá lejos mi hogar, allá lejos,
tras el horizonte, ya oculto, perdido...
¡Ay! No sé qué sentía: un quemante
fuego en la cabeza y en el alma frío.
Lo que sienten las aves viajeras
que dejan su bosque, su rama, su nido..

Capítulo II

RUBEN DARÍO EN VALPARAISO

El buen don Juan José Cañas, a quien Chile debe el presente de este poeta, le había dado cartas de recomendación ante los amigos chilenos a quienes tenía en la memoria, y de éstas Darío mencionaba después dos: una dirigida a Eduardo Poirier, habitante de Valparaíso entonces, que en el periodismo y en el comercio se estaba haciendo una situación independiente y la otra destinada a "un alto personaje de Santiago" al cual Darío identificó sólo por las iniciales C. A. Por su parte, Poirier creía que aquellas cartas estaban dirigidas a él y a Eduardo Mac-Clure, director de *La Epoca* de Santiago. Luego veremos que las cartas, según información contemporánea, deben contarse en número de tres, y fueron cursadas a Poirier, al Dr. Adolfo Valderrama y a don Adolfo Carrasco Albano, las iniciales de cuyos apellidos concuerdan con las que recordaba Darío.

En todo caso, es seguro que la primera persona a quien se dirigió Darío en Chile fue a Poirier, que, como es de presumir, le introdujo en *El Mercurio* (publicado entonces sólo en el puerto), le invitó a colaborar en la redacción de *Emelina* para optar al premio que ofrecía *La Unión*, y le presentó a algunos escritores residentes en la llamada capital comercial

de Chile. En 1886, Eduardo Poirier desempeñaba la gerencia del Telégrafo Nacional, empresa de comunicaciones de que se servía especialmente la prensa periódica en la recepción de noticias, y por este motivo era muy conocido en todos los diarios. Poirier evocó, a la muerte del poeta, aunque por desgracia sin la deseable precisión, los recuerdos de aquellos años, y dijo que recibió la visita de Darío sin previo aviso. "Una buena mañana vi llegar a mi oficina a un mozo casi imberbe, flaco, semientumecido de frío", que le alargó una carta. Por su contenido pudo imponerse Poirier de que era su viejo y buen amigo Cañas quien recomendaba a este joven, el cual, por lo demás, le pareció "inexperto, novedoso, buscador de emociones, bohemio entusiasta y lleno del ardor que inflama las venas a los veinte años". Más tarde pudo apreciar en él una facultad de asimilación portentosa y una memoria que le hacía pensar en Menéndez y Pelayo.

Al mismo Poirier, el primer amigo chileno de Darío en el tiempo y uno de los más fieles y constantes, debe atribuirse la expresiva crónica que *El Mercurio* publicó para presentar al forastero en este país, por las muchas informaciones que contiene, que sólo han podido ser proporcionadas por el poeta a quien le hubiese merecido confianza cordial y literaria.

DON RUBEN DARÍO.— Se halla desde hace algunos días en Valparaíso este joven poeta nicaragüense que ha venido a establecerse entre nosotros por instancias del ex ministro residente del Salvador en nuestro país don Juan J. Cañas, fervoroso admirador de Chile.

El joven señor Darío, laureado poeta y brillante escritor en su país, ha venido en calidad de corresponsal del *Diario Nicaragüense*, *El Imparcial* y el *Diario de la Tarde* de Nicaragua.

Entre los numerosos títulos que como hombre de letras abonan a nuestro huésped, sabemos que es autor de un

tomo de poesía; que ha tomado parte en la redacción de los diarios nicaragüenses arriba mencionados y en otros, como la *Ilustración Musical Centro-Americana* de San Salvador, dirigida por el maestro Aberle, autor del himno a Prat; que ha sido fundador de algunas sociedades literarias, como el Ateneo de León; que ha traducido en verso castellano el último poema de Victor Hugo titulado *El primer día de Elciis*, traducción elogiada en términos altamente honrosos para su joven autor por el eminente poeta centroamericano don Francisco Antonio Gavidia, miembro correspondiente de la Real Academia Española.

Se nos dice que las producciones del señor Darío han merecido el honor de ser encomiadas de una manera muy liasonjera por el doctor don Antonio Zambrana que estuvo en Chile y dejó fama de gran orador; por el doctor de la Fuente Ruiz, publicista y escritor español; por el doctor Montúfar, autor de la voluminosa *Revista histórica de Centro América*, y otros.

Compuso el *Himno a Bolívar*, música de Aberle, y fue comisionado para abrir con una oda la gran velada que se dio en San Salvador en el centenario de Bolívar.

Sabemos que se propone en breve dar a luz una obra sobre escritores y poetas centroamericanos obra que se nos dice irá precedida de un prólogo debido a la pluma de un esclarecido poeta y escritor chileno.

En nuestras mismas columnas hemos reproducido hace pocos meses un brillante artículo necrológico sobre nuestro ilustre Vicuña Mackenna, debido a la pluma y bajo la firma de don Rubén Darío.

Se halla hospedado en casa de nuestro amigo don Eduardo Poirier, a quien ha sido recomendado por el general salvadoreño don Juan José Cañas a que ya hemos hecho referencia.

Deseamos al señor Darío grata permanencia en este país, del cual dice hallarse encantado. (13 de Julio de 1886).

Aquella novelita, *Emelina*, que no obtuvo recompensa en el certamen de *La Unión*, fue escrita en "diez días", "como la suerte ayudaba", según se lee en el prólogo con que se la dio a luz en 1887. Si recordamos que hubo de ser presentada a más tardar el 1º de agosto, día de término del plazo, como puede verse en las listas que publicaron los diarios del 8, podemos precisar muy aproximadamente entre qué fechas intervino la colaboración de Darío. El jurado a quien se encargó el juzgamiento de las obras en el certamen se compuso de los siguientes escritores: Ramón Sotomayor Valdés, Carlos Walker Martínez, Guillermo Blest Gana, Zorobabel Rodríguez y Miguel Luis Amunátegui, este último en reemplazo de Vicuña Mackenna, fallecido a poco de anunciarse el concurso. La novela premiada, *Dos hermanos*, era obra de Enrique del Solar, cuyo nombre se lee en *La Epoca* de Santiago en 13 de enero de 1887.

Emelina, aunque destituida de casi toda importancia literaria, nos ofrece un problema que no es baladí estudiar siquiera ligeramente: ¿qué participación cupo en ella al poeta forastero, ya que la mayor parte de las páginas que la forman no revela que él interviniese en la redacción? Cuando fue publicada, la novela aparecía encabezada por una dedicatoria en la cual se reduce la participación de Darío a papel muy secundario.

Al señor don Agustín R. Edwards.

Señor:

Traduciendo para *El Mercurio*, cuyo ilustrado editor es Ud., muchas de las interesantes novelas que llenan sus folletines, he adquirido verdadero gusto por este género de literatura.

No extrañe, pues, que el dar a la publicidad, ayudado por inteligente colaborador, este primer libro original, el nom-

bre de Ud. haya sido también el primero que ha venido a mi mente.

Dígnese aceptar en consecuencia la dedicatoria de esta modesta obra y las seguridades de la distinguida consideración con que tengo el honor de suscribirme de Ud.

M. A. S. S.

EDUARDO POIRIER

Es curioso además que Darío haga de crítico de *Emelina* en la carta dirigida a Eduardo Poirier que se publica en el prólogo: "En cuanto a la gran debilidad de esta obra, es aquella misma que Goncourt señala refiriéndose a su bellísimo e incomparable primigenio *En 18...* Nosotros no hemos tenido la visión directa de lo humano, sino recuerdos y reminiscencias de cosas vistas en los libros". Y como para explicar el extraordinario ambiente de la intriga, el lenguaje de los protagonistas, la truculencia de las situaciones, el poeta agrega: "Sí, amigo mío, los personajes de *Emelina* hablan a las veces, sin notarlo nosotros, el mismo lenguaje de las novelas que Ud. tan plausiblemente ha traducido para *El Mercurio*, y el de las que yo he leído, desde que a escondidas y en el colegio, me embebía con Stendhal y Jorge Sand".

Si es posible hacer un análisis de estilo para distinguir la cuota de cada autor en una obra literaria escrita en colaboración, se puede afirmar que en la primera parte de esta novela no se hallan indicios de la pluma de Darío. El escritor ha tomado muy en serio su asunto, y su estilo es algo solemne, con frases que se agrupan en períodos y párrafos extensos. Otro tanto puede decirse de los ocho primeros capítulos de la segunda parte. Pero de pronto, en el capítulo IX de ésta, titulado *Tito Matthei*, descripción espiritual y fantástica de París, como trazada por quienes lo soñaban y no lo habían visto aún

sino en artículos y, sin duda, al través de Victor Hugo, una nueva mano aligera el curso de la narración. Darío ha llegado. Escribe una lengua rápida, nerviosa, abigarrada, llena de exabruptos y esmaltada de palabras exóticas. En la tercera parte, si se atiende a las mismas indicaciones, le corresponderían los capítulos I, II, V, VIII y XI, por lo menos; en lo demás, la colaboración de ambos autores parece compaginarse estrechamente. No será dato perdido recordar, además, que se llamaba Emelina Rosario Murillo una joven a quien Darío trató mucho en los años de su adolescencia, los de la precoz iniciación literaria, y con quien contrajo matrimonio en 1892¹.

El ilustre dariísta argentino Alberto Ghiraldo creyó (*Archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, p. 153 y 286) que *Emelina* fue "un trabajo que primitivamente se llamó *Carne* y que, perdido en la balumba editorial de América y proscrito y repudiado por su autor principal, fue resucitado en los últimos años por una empresa de París", con lo cual hacía alusión a la edición de 1927, autorizada con un erudito preliminar de Francisco Contreras. La verdad es que *La Carne*, anunciada en preparación por Darío en *Azul...*, que es de agosto de 1888, no puede ser *Emelina*, que con su propio título había sido publicada el año anterior. Ya veremos, cuando llegue el momento de tratar de *Azul...*, la suerte que corrieron con *La Carne* otras producciones allí prometidas.

La aparición de *Emelina* demoró, ya que sólo en el mes de noviembre de 1887 encontramos mención de ella en la prensa periódica. Primeramente, la noticia de su publicación, dada en *La Epoca*, el día 2 de noviembre:

Emelina es un hermoso libro de doscientas páginas que acabamos de recibir de Valparaíso.

¹ Véase *Rubén Darío criollo*, por D. M. Sequeira, p. 167.

Es una novela que contiene la historia de los infortunios de lady Emelina Darlington, contada por ella misma a grandes rasgos en el parque del hotel de Viña del Mar a un abnegado teniente de la 3ª compañía de bomberos de Valparaíso, su salvador en un incendio con que se abre la narración.

La vida social moderna palpita y centellea en las páginas de *Emelina*, constituyendo su mayor atractivo y novedad.

Este libro fue escrito para ser presentado al último certamen abierto por *La Unión* de Valparaíso.

Son sus autores los señores don Eduardo Poirier y don Rubén Darío, que en el certamen firmaron con los seudónimos de Orestes y Pílates.

Y en seguida, algunos días después, todo un juicio literario, firmado por Gil Pérez, seudónimo de José Gregorio Ossa (1858 - 97), uno de los buenos camaradas de Darío en la tertulia de *La Epoca* y en otras partes, promesa de escritor tronchada por una prematura muerte.

De *Emelina* no conozco ningún juicio crítico, aunque es verdad que en el prólogo de esa novela sus autores se han encargado de darnos una ligera apreciación de su mérito —comentaba Ossa—. Darío nos dice, en una carta a su colaborador, que *Emelina* es una novela del género de las de la escritora inglesa que se firma Ouida, del género espeluznante. Poirier nos hace saber en su contestación a su colaborador Darío que *Emelina* es una novela honrada y pulcra, que a ninguna niña que la lea hará asomar el carmín a las mejillas. Poirier, cuya afición por las novelas inglesas nadie que conozca sus traducciones de varias de ellas pondrá en duda, prefiere ese género. Darío, por el contrario, gran admirador de los hermanos Goncourt y Daudet, se inclina preferentemente a la moderna escuela realista, y es, sin duda, por esto

que el aplaudido poeta se lava las manos en el prólogo de *Emelina*. Ambos autores tienen razón al apreciar como lo hacen aquella hija de su ingenio. *Emelina* es una novelita de lectura entretenida que nada enseñará al lector, pero que en nada puede dañarlo ².

No es posible insistir en este trivial pecado de juventud. Darío probó varias veces en su vida que había nacido gran poeta y periodista estimable, pero nunca logró mostrar que hubiese recibido de la naturaleza ningún don de los que hacen al novelista. *Emelina* es la primera demostración de esta ineptitud, que el autor trató de vencer más de una vez, en años sucesivos, con resultados siempre semejantes al que obtuvo en 1886.

En su artículo sobre *Asonantes*, la obra reiteradamente inédita de Tondreau, Darío dice que entonces pudo conocer a Eduardo de la Barra (1839 - 1900), y nosotros creemos que por presentación de Poirier. Eduardo de la Barra era Rector del Liceo de Valparaíso y disfrutaba de excelente situación literaria, si bien estuvieran ya olvidados de las nuevas generaciones los primeros cantos de su juventud.

Al pasar por Valparaíso había tenido oportunidad de ser presentado a Eduardo de la Barra; le había visto, blanca la cabeza, los ojos brillantes y dominadores, el cuerpo un tanto pequeño y regordete como el del Bonaparte de Meissonier, la palabra alada y franca, incisiva como una flecha a veces, y a veces sedosa y aterciopelada; le había visto en dos ocasiones, una en su casa, frente al Parque Municipal, casa mo-

² *La Epoca*, Santiago, 22 de noviembre de 1887.

desta para poeta tan aristocrático en gustos, y amigo del refinamiento y las hermosas opulencias; otra en su oficina de rector del Liceo porteño. Había comprendido la fuerza espiritual de aquel hombre.

Darío preguntó al poeta sobre sus colegas y recibió agradables respuestas:

Allí De la Barra me habló largo rato de literatura americana y me dio noticia de los poetas chilenos que yo deseaba conocer. Matta estaba de Ministro en Montevideo; Irisarri, enfermo, vecino a la muerte en Santiago; Lillo y Valderrama, dados a la política; Rodríguez Velasco, a los negocios, poeta rico.

—¿Y Blest Gana? —pregunté.

—Si quiere Ud. ver a Guillermo, vaya al Palacio de Justicia, suba las escaleras de la izquierda, llegue a la oficina de Registro Civil y ahí está un hombre de bigotes canos: ése es.

Fui y le vi. El cantor de las rosas, el de los versos llenos de perfumes primaverales y delicados, el de

¡Pasad, pasad

recuerdos de aquella edad!

era jefe de oficina; trataba allí de nacimientos y defunciones. También tenía un desquite poético: casaba al joven novio y a la niña sonrosada, como quien rima dos octosílabos sonoros. (*Obras desconocidas*, p. 278-9).

Darío dice que fue también Eduardo de la Barra quien le llevó a conocer a don José Victorino Lastarria, que era su suegro. Esta versión puede leerse en la *Autobiografía*, escrita de memoria varios años después, en tanto que en el artículo sobre *Asonantes*, de 1889, había dejado dicho que fue Carlos Toribio Robinet quien le presentó al autor de *La América*. Prefero esta versión, no sólo por ser la más inmediata al hecho,

sino por más verosímil: Darío debió conocer a Lastarria (que estaba ya muy anciano) sólo al llegar a Santiago, es decir, en agosto de 1886, y para ello le bastaba con la buena amistad de Robinet sin esperar a que Eduardo de la Barra hiciera un viaje a la capital desde el puerto de Valparaíso donde vivía.

Estando en Valparaíso, por lo demás, Darío colaboró en *El Mercurio* entre los días 16 y 26 de julio, siendo su último artículo el destinado a lamentar el fallecimiento del mismo Hermógenes de Irisarri a quien había evocado en la charla con Eduardo de la Barra.

Hace pocos meses —decía allí el recién llegado— murió José Antonio Soffia, cantor del sentimentalismo, bizarro y elegante. Murió joven y dejó muchos dulces versos, que tienen la “diafanidad y frescura de la fuente que brota de la montaña”, como dice Victor Hugo de los del lírico de Teos. Luego doña Quiteria Varas Marín, que nos dejó pocos, pero que asimismo puede decirse de ellos lo que Asclepiades de los de Erina, la amable abeja lesbiana: “pocos, pero dulces y encantadores”. Ahora ha bajado al sepulcro el hijo de un centroamericano ilustre, defensor de la independencia de Chile, padre de la república, gobernador “enérgico y activo” de 1814; crítico dicaz y picante como el ají, seudónimo éste suyo, correspondiendo cada letra de la palabra a las primeras de su conocida firma: Antonio José de Irisarri, quien también escribió mucho bajo el anagrama Dionisio Terrasa y Rejón. Caprichos de Arquíloco. (*Obras desconocidas*, p. 13-4).

Puesto que se ha mencionado ya en estas páginas el nombre de Eduardo Poirier, no estará fuera de camino decir que antes de terminar el año quedaba designado cónsul de Nicaragua, lo que abrió para él la carrera diplomática. La noticia de este nombramiento se daba en *La Epoca* el 16 de diciembre de 1886, en los términos siguientes, que copiaron otros:

Leemos en una correspondencia dirigida desde Santiago a un diario argentino, lo siguiente respecto al cónsul de Nicaragua en Chile.

“Uno de los jóvenes más inteligentes de la presente generación, don Eduardo Poirier, actual jefe del Telégrafo Nacional, ha sido nombrado cónsul de la república de Nicaragua en Valparaíso.

El Señor Poirier ha ilustrado su nombre en la literatura.

En 1876 redactó el periódico literario *La Estrella del Progreso* y en 1877 *La Semana*.

Los folletines del viejo *Mercurio* han registrado en diversas épocas, traducciones del inglés y del francés que ha hecho con propiedad y esmero.

No ha podido ser más acertada la designación que en su persona ha hecho el gobierno de Nicaragua, para cónsul en la persona del distinguido señor Poirier”.

Desde entonces pudieron verse noticias de Nicaragua en diversos órganos de la prensa de Santiago y de Valparaíso, noticias que podemos suponer proporcionadas por Poirier y Darío mientras éste vivió en Chile, y sólo por Poirier después de febrero de 1889. El 28 de mayo de 1888, por ejemplo, *El Heraldo* de Valparaíso daba cuenta del incendio que había devastado el 30 de marzo de aquel año el puerto de San Miguelito, noticia comunicada directamente a Poirier, en su calidad de cónsul, por el Intendente José Cuadra. Para socorrer a los damnificados se abrió en el acto colecta pública, como dice el siguiente suelto con que finaliza aquella información:

Tenemos encargo de advertir a los centroamericanos y demás personas que quieran contribuir al alivio de los damnificados por la calamidad pública mencionada en la nota precedente, que en el consulado de Nicaragua, plaza de la Justicia 24 M, y en la oficina del Telégrafo Nacional, calle de Prat número 68, hay listas de suscripción abiertas para los erogantes.

Capítulo III

RUBEN DARIO EN SANTIAGO

Pero hallarse en Chile era una cosa, y otra vivir en Santiago: Darío no había realizado hasta aquí sino la primera parte de su programa. Para completarlo, parecía indispensable trasladarse a Santiago, la capital, donde habría más ambiente que en Valparaíso así para el periodista como para el poeta.

El diario santiaguino *Los Debates* ya le había presentado ante sus lectores en una expresiva crónica que apareció en la edición de 11 de julio y a la cual, por contener noticias que no se verán en otra parte, debemos prestar especialísima atención:

Valparaíso, 10 de julio.— Desde el 23 del mes pasado tenemos entré nosotros al distinguido poeta centroamericano don Rubén Darío, que goza en su patria de una merecida reputación como literato y periodista, habiendo tomado parte en Nicaragua en la redacción de los periódicos *El Imparcial*, *El Porvenir*, *El Diario Nicaragüense*, *El Diario de la Tarde* y *La Gaceta Oficial* y en El Salvador en la *Ilustración Musical Centro Americana*.

Pertenece además a la Academia La Juventud del Salvador.

El Mercurio hace pocos meses reprodujo un artículo necrológico del señor Darío, en honor de nuestro insigne escritor Vicuña Mackenna. Ha desempeñado en Nicaragua el cargo de segundo secretario del presidente de la república, señor Cárdenas. Viene a establecerse en nuestro país atraído por las descripciones halagüeñas que de él ha hecho el eminente salvadoreño Juan J. Cañas, que en época pasada representó a su patria en la nuestra y que ha recomendado al señor Darío, entre otras personas, a los señores doctor don Adolfo Valderrama y don Adolfo Carrasco Albano.

Hemos tenido además ocasión de leer un tomo de poesías del señor Darío, joven de 19 años, poesías que revelan la inspiración y conocimientos de nuestra lengua que posee el fecundo vate.

También ha publicado varios poemas entre ellos una traducción de *Los cuatro días de Elciis*, último poema de Victor Hugo, traducción que viene precedida de un juicio crítico muy honroso para el autor, emitido por el eminente poeta, también centroamericano y miembro correspondiente de la Academia Española, don Francisco Antonio Gavidia.

El señor Darío se propone publicar en breve una obra sobre escritores y poetas centroamericanos, que estamos seguros será de interés para nuestros hombres de letras aquí donde tan poco son conocidas las producciones de aquellos países.

En esta información quedan señalados, como ha podido verse, Valderrama y Carrasco Albano en calidad de correspondientes de Cañas para los efectos de allanar la senda de Darío. El estudio sobre la literatura centroamericana, referido también en esas líneas, fue publicado algo después, y constituye una de las más importantes piezas de la colaboración de Darío en la *Revista de Artes y Letras*, editada en Santiago.

El viaje, sin embargo, demoró algo más por motivos que se ignoran, y en sustancia Darío se quedó en Valparaíso, según

parece, todo el mes de julio. Se conoce, hasta con algunos pormenores, lo que hizo en el puerto en esas semanas, desde ayudar a Poirier en la redacción de *Emelina* para que la obra fuese entregada dentro del plazo del certamen de *La Unión*, hasta escribir algunos artículos que vieron la luz en *El Mercurio*. El corresponsal de *Los Debates*, por lo demás, recibió del poeta una confidencia literaria interesante, ya que pudo "leer un tomo de poesías" de que era autor el joven forastero, con lo cual volvemos a topar otra huella de *Epístolas y poemas* en su tránsito por Chile. Este libro, aunque incompleto, servía a Rubén Darío como tarjeta de presentación en el país al cual acababa de llegar, y sin duda le atrajo oportunas simpatías y admiración porque contiene fragmentos muy entonados y nada vulgares.

Del tenor literal de la *Autobiografía* parece desprenderse que Poirier envió a Santiago la carta de presentación ante Carrasco Albano. "Contestó aquel personaje —agrega Rubén Darío— que tenía en el Hotel de France ya listas las habitaciones para el señor Darío y que me esperaba en la estación. Tomé el tren para Santiago". Darío contó a lo novelista su llegada a Santiago, en el andén de la Estación Central de los ferrocarriles, con la intención de reproducir el ajetreo de los viajeros, la prisa, el vocerío de las gentes, y la página así lograda es insustituible:

Ruido de tren que llega, agitación de familias, abrazos y saluciones, mozos, empleados de hotel, todo el trajín de una estación metropolitana. Pero a todo esto las gentes se van, los coches de los hoteles se llenan y desfilan y la estación va quedando desierta. Mi valijita y yo quedamos a un

lado, y ya no había nadie en aquel largo recinto, cuando divisó dos cosas: un carruaje espléndido con dos soberbios caballos, cochero estirado y valet, y un señor todo envuelto en pieles, tipo de financiero o de diplomático, que andaba por la estación buscando algo. Yo, a mi vez, buscaba. De pronto, como ya no había nada que buscar, nos dirigimos el personaje a mí y yo al personaje. Con un tono entre dudoso, asombrado y despectivo, me preguntó:

—¿Sería usted acaso el señor Rubén Darío?

—¿Sería usted acaso el señor C. A.?

Entonces vi desplomarse toda una Jericó de ilusiones. Me envolvió en una mirada. En aquella mirada abarcaba mi pobre cuerpo de muchacho flaco, mi cabellera larga, mis ojeras, mi jacquecito de Nicaragua, unos pantaloncitos estrechos que yo creía elegantísimos, mis problemáticos zapatos y sobre todo mi valija. Una valija indescriptible actualmente, en donde por no sé qué prodigio de compresión, cabían dos o tres camisas, otro pantalón, otras cuantas cosas de indumentaria, muy pocas, y una cantidad inimaginable de rollos de papel, periódicos, que luchaban apretados por caber en aquel reducidísimo espacio. El personaje miró hacia su coche. Había allí un secretario. Lo llamó. Se dirigió a mí.

—Tengo —me dijo— mucho placer en conocerle. Le había hecho preparar habitación en un hotel de que le hablé a su amigo Poirier. No le conviene.

Si esta escena fue real y efectiva y al contarla no está embellecida (o afeada...) por la fantasía del poeta, debe aceptarse que Darío se encontró ante una encrucijada difícil. Semejante frialdad, auguraba dificultades en el tránsito que esperaba al forastero, que convencido de la estrechez de Valparaíso había aspirado a abrirse paso en Santiago. ¿Qué hacer? Darío no lo cuenta, pero es fácil presumir que en definitiva optó por seguir en su empresa, aunque la primera acogida hu-

biese sido poco grata, y que para optar por este camino hubo de apreciar en muy alto grado la buena fe, la voluntad franca y expedita y el aliento cotidiano para proseguir en la lucha, que como bello ejemplo le ofrecía su amigo Poirier. Es allí, sin duda, donde quedaba radicado el resorte oculto de la voluntad del poeta para proseguir su tarea sin desmayo, como se comprueba con el hecho de que, meses después, al salir de Santiago, fuese precisamente en casa de Poirier donde iba a golpear para solicitar de nuevo albergue.

En todo caso, el señor que había ido a esperar a Darío en la estación de los ferrocarriles, el cual podría ser Adolfo Carrasco Albano, le presentó en la redacción de *La Epoca*, diario de propiedad del mismo empresario, don Agustín Edwards Ross, que publicaba en Valparaíso *El Mercurio*, y entonces ocurrió que se franqueara al poeta la oportunidad de vivir en el propio edificio del diario, ubicado en pleno centro comercial y que disponía de instalaciones muy amplias y algo refinadas en contraste con el ambiente general de los periódicos de ese tiempo.

Samuel Ossa Borne, aunque no era redactor de *La Epoca*, contaba allí muy buenos amigos, con quienes iba a charlar en la tertulia nocturna, y ahí estaba cuando apareció Darío.

Una noche —dice— Manuel Rodríguez Mendoza se apareció acompañado de un personaje extraño, flaco, moreno, marcadamente moreno, de facciones niponas, de cabello lacio, negro, sin brillo; que vestía ropas que gritaban al recién salido de la tienda y en las que parecía sentirse cohibido; enredado para andar, amarrado para saludar, desconfiado, de escasa palabra, lenta y sin animación pero con una gran vida en los ojos pardos, un tanto recogidos, faltos de franqueza, inquisidores. Era Rubén Darío.

Había llegado con recomendación para el señor Mac Clure, director de *La Epoca*, y no había producido en él una

impresión grata. El administrador del diario, Maquieira, recibió instrucciones de hacerse cargo del recién llegado y empezó por conducirlo a la Casa Francesa a que cambiase la exótica levita presbiteriana.

Después de las presentaciones de estilo, y cuando solamente quedaron los dos visitantes, Laroche y Ossa, éste pidió al poeta sus impresiones. Las dio vagas, breve y diplomáticamente, como sin voluntad para largar prenda. Quedaba el recurso de lanzarse en expediciones callejeras, y así se hizo cuando Laroche se retiró. Como por encanto cambiaron varios factores: se produjo la vivacidad, se animaron los ojos, hubo arranques de buen humor.

Otro de los colaboradores de *La Epoca*, el gran periodista de verso y prosa Alfredo Irrarrázaval, abonado testigo, recordaba, muchos años después, lo que había pasado cuando entró a escribir en *La Epoca* el joven nicaragüense:

Dirigía aquel diario el hombre más simpático, más singular y más alegre que en cualquier tiempo se haya visto en Chile: don Eduardo Mac Clure. Y a su alrededor, con ese don de atracción que es propio de la juventud y de la simpatía, colaboraban periodistas de raza, poetas de verdad, artistas notables; en una palabra: los espíritus más salientes y más cultivados de aquel tiempo; Augusto Orrego Luco, el más elegante, el más espiritual, el más formidable de los polemistas, gloria del periodismo de mi tierra; Vicente Grez, el inmortal tartamudo, a quien la abundancia de los chistes y el tropel del espíritu embarazaban la lengua; el diputado Pinochet, cuya voz, recia como el trueno, hacía temblar la bóveda de la Cámara y sacudía el polvo de los tapices; Bruno Larraín Barra, Gregorio Ossa y, finalmente, Ladislao Errázuriz.

Y en otra parte, con referencia personal a Eduardo Mac Clure director de ese diario y sonriente jefe de la pléyade.

Como la batuta estaba en manos del Director del diario, el conjunto del personal marchaba siempre al mismo compás de buen humor y de cordialidad. (*La Nación*, 14 de abril de 1933).

El poeta, por su lado, al rememorar las horas pasadas en aquel ambiente de bohemia elegante y simpática, recordó haber conocido a don Pedro Montt, futuro Presidente de la República, a don Agustín Edwards (olvida decirnos que era el propietario), y a los doctores Augusto Orrego Luco y Federico Puga Borne, y agrega:

La falange nueva la componía un grupo de muchachos brillantes que han tenido figuración, y algunos la tienen, no solamente en las letras, sino también en puestos de gobierno. Eran habituales a nuestras reuniones Luis Orrego Luco; el hijo del Presidente de la República, Pedro Balmaceda; Manuel Rodríguez Mendoza; Jorge Huneeus Gana; su hermano Roberto; Alfredo y Galo Irarrázaval, Narciso Tondreau; el pobre Alberto Blest, ido tan pronto; Carlos Luis Hübner y otros que animaban nuestros entusiasmos con la autoridad que ya tenían; por ejemplo; el sutil ingenio de Vicente Grez o la romántica y caballeresca figura de Pedro Nolasco Préndez.

Mac Clure solía aparecer a avivar nuestras discusiones con su rostro sonriente y su inseparable habano. Era lo que en España se llama un hidalgo y en Inglaterra un *gentleman*.

A partir de los primeros días de agosto, y por varios meses, Rubén Darío tuvo alojamiento en el propio local de *La Epoca*, según dejó dicho, como reminiscencia de los años vividos en Chile, en páginas de *A. de Gilbert*, libro dedicado a glorificar el nombre literario y la obra de Pedro Balmaceda Toro. Allí le conoció Luis Orrego Luco, quien al evocar la pobreza de esos comienzos no pudo menos que dejar transparentar en sus notas el complejo carácter de su nuevo amigo.

Salí junto con Daniel Caldera, atravesamos un corredor oscuro, el patiecito del motor del diario, y penetramos en un cuarto un poco más estrecho que esos en que se guardan los perros bravos en las haciendas; era la habitación de Darío. Después de las presentaciones de estilo, nos sentamos, ellos en la cama del poeta y yo en una maleta vieja, remendada y con clavos de cobre. No había sillas en el cuarto, pero en cambio había un lavatorio de hierro y un paño de manos que en esas circunstancias desastrosas debían de tener un valor infinito.

El mismo Orrego Luco, queriendo caracterizar a Darío por sus hábitos y aptitudes, le señalaba como tímido y hacía notar el silencio en que solía caer, dentro de la tertulia de *La Epoca*, ante sujetos largamente habituados a la charla súbita, que exige dones de improvisación nada comunes.

Era Rubén Darío un joven de aspecto adusto y taciturno, miraba vagamente hacia dentro como si quisiera hacer vida interior. Hablaba poco y raras veces decía cosas dignas de nota. Era tímido y orgulloso. Sabía que no era hombre de charlas ni de salón; encontrábase en presencia de los más brillantes *causeurs* que haya habido en Chile, con Carlos Luis Hübner, Alberto Blest, Gregorio Ossa, tío de la brillante escritora Roxane. Y todos ellos se distinguían especialmente como admirables y finos charladores, sin contar a uno de los más brillantes ingenios que haya tenido este país, Alfredo Irarrázaval, poeta satírico de inmenso éxito y de gracia chispeante. Al ver un grupo tan escogido y selecto enmudecía el poeta centroamericano entre receloso y tímido. Todos le acogimos con los brazos abiertos. Allí le visitaron en *La Epoca*, periódico de importancia entonces, los jóvenes que por aquel tiempo comenzábamos a iniciarnos en la tareas literarias. (*Pacífico Magazine*, enero de 1921, p. 76-7).

Y es significativo tomar nota de que, como dice Orrego Luco, los escritores chilenos se apresuraron a buscar la inquietante amistad de Rubén Darío desde que tuvieron noticia de que éste se hallaba en Santiago.

Darío sin duda comprendió, a poco de estar en Santiago, que la desmedrada acogida en la estación ferroviaria no encerraba ningún agravio a su persona, porque a su patria envió simpáticas informaciones sobre Chile. Así se hacía constar en *El Imparcial* de Managua, en el suelto publicado el 28 de agosto, elaborado sobre cartas del propio viajero, que suponemos escritas desde la capital por la concordancia de las fechas. He aquí las palabras de *El Imparcial*:

Periódicos importantes le han saludado y han hecho de nuestro poeta menciones muy honrosas. Se halla en buen camino. Ha sido bien acogido, y puede elevarse a la altura a que le llaman sus dotes intelectuales mediante el enérgico estímulo de aquella sociedad culta y severa. Nos alegramos de veras por el buen éxito del viaje de nuestro joven amigo.

Y no había, por lo demás, ninguna exageración en aquellas informaciones, puesto que, como ha podido verse en páginas anteriores, no sólo le habían saludado los diarios, como dice *El Imparcial*, sino que Rubén Darío estaba ya, a la fecha de esas noticias, incorporado en la redacción del más importante de Santiago, por lo menos desde el punto de vista literario e intelectual, el más halagador para él. Un viejo periódico, *El Ferrocarril*, acaparaba la mayor clientela, pero su extrema frialdad, su falta de finura en la manifestación de los matices de la vida espiritual de la nación, le reservaba acogida en círculos hasta los cuales no pretendían llegar los jóvenes redactores de *La Epoca*. Los otros, *El Estandarte Católico*, *El Chileno*, eran órganos de sacristía y de confesionario, y aun

cuando solían contar con buena colaboración, se mantenían muy recelosos ante las novedades literarias, siempre coladas con severa criba en sus columnas. *La Epoca* era, en aquellas horas, la más gallarda tribuna del periodismo santiaguino.

Su trabajo consiste en trazar la crónica de los sucesos del día, pero, al mismo tiempo, en *La Epoca* escribe versos y artículos literarios, de entre los cuales los primeros son, en algunos casos, anteriores a su llegada a Chile. Así ocurre, por ejemplo, con Zoilo¹, que se anuncia como desprendido “del poema *Los Cauterios*” (8 de agosto); con *Ondas y nubes*, escrita en el *Uarda*, como ya se ha dicho, y posiblemente con *Caso cierto*, compuesto, al parecer, bajo la impresión directa de muy recientes lecturas de poesías clásicas españolas. Igual influencia se divisa en *La Plegaria* (31 de agosto), raro poema ascético de un poeta pagano por excelencia y que no temía confesarlo². Muchos años antes de escribir que “entre la catedral y las ruinas paganas” volaba su alma, su psique inmortal: el poeta se confesó pagano en Chile. En su *Carta del país azul* (*La Epoca*, 3 de febrero de 1888) nos informa:

El asceta había desaparecido en mí: quedaba el pagano
... Amo la belleza, gusto del desnudo; de las ninfas de los
bosques, blancas y gallardas; de Venus en su concha y de
Diana, la virgen cazadora de carne divina, que va entre una
tropa de galgos, con el arco en comba, a la pista de un ciervo
y de un jabalí. Sí, soy pagano.

¹ Según Sequeira, obra cit. p. 263, este poema había sido publicado en *El Imparcial* de Managua, 4 de abril de 1886.

² El mismo Sequeira, p. 271, lo señala como publicado en *El Imparcial* de Managua, 14 de marzo de 1886.

Y pocos días antes, en verso había escrito (*Bouquet, La Epoca*, 29 de enero; reproducido en *Obras desconocidas*, p. 108-11):

¡Y yo! Yo soy pagano.
Soy sacerdote del amor humano
en el altar de la mujer hermosa.

Al llegar a la capital, le llaman la atención las mujeres, rebozadas en un manto de seda que cubre la cabeza y deja ver sólo la cara, paño que cae en pliegues sobre los hombros y el busto y, sin disimular del todo las líneas del cuerpo, lo sumerge en una como sombra de misterio.

La dama santiaguina es garbosa, blanca y de mirada real. Cuando habla, parece que concede una merced. A pie anda poco. Va a misa vestida de negro, envuelta en un manto que hace, por el contraste, más bello y atrayente el alabastro de los rostros, en que resalta, sangre viva, la rosa roja de los labios. (*Obras desconocidas*, p. 282).

¡El manto de la chilena! Era en aquellos años el uniforme de diario de la mujer que salía a la calle de mañana, sea a la devoción en la iglesia, sea a las diligencias de la compra hogareña, y bajo la seda negra se emparejaban, a la distancia, clases sociales y fortunas.* Y aunque el manto ha sido, por muchos siglos, usado en todas partes, su persistencia en Chile no podía menos de llamar la atención a los extranjeros recién llegados. Entonces Darío discurrió, para dar espacio al color local en su producción, escribir toda una composición destinada a labrar el elogio de aquella prenda, composición que naturalmente logró calurosa acogida en las columnas de *La Epoca*. Allí, entre otras cosas, se lee:

Vela el cuerpo la hermosura
y va enseñando la cara:
tal parece una escultura
hecha en mármol de Carrara
y con negra vestidura.

En contraste con el negro de la espumilla suelen mostrarse los ojos, ojos ardientes, generalmente de morenas, ojos verdes, ojos castaños, dignos, sea cual fuere su color, de enamorar al voluble poeta:

¡Qué par de ojos! Son luceros.
¡Qué luceros! Fuegos puros...

Y describe su turbación ante aquellas apariciones de bellezas bajo el manto, que han logrado sacarle, siquiera transitoriamente, de su habitual distracción callejera. Son frívolos estos versos, y desentonan tal vez en la poesía de Darío, movida por lo común hacia metas más altas; pero sonaban bien para el ambiente y estaban destinados al público femenino, que los galantes editores de *La Epoca* no podían dejar de acariciar.

El poeta nicaragüense ha llegado a Santiago en pleno invierno, y a veces los inviernos santiaguinos son de frialdad cruel, dada la vecindad en que se halla la capital de los montes cubiertos de nieve. No pudo, por ello, dejar de insistir en la impresión de frío, a la cual supo abrir paso hasta en las más esmeradas y espirituales de sus producciones de entonces, como el poema *Invernal* publicado en *Azul*..., donde el cuadro de interior se enriquece de sugerencias a la evocación del gélido ambiente de fuera. Hay frío también, y nieve inclusive en *La Canción del oro*. En el prólogo de *Asonantes* lo dijo en prosa: "Santiago es frío, y esto hace que en el invierno los

hombros delicados se cubran de finas pieles", sutil pincelada que es también una nota de ambiente. Pero en la muy gentil *Historia de un picaflor* logró hacer aún más intensa para sus lectores la impresión del frío callejero, al escribir:

Hacía frío. La cordillera estaba de novia, con su inmensa corona blanca y su velo de bruma; soplaban un airecillo que calaba hasta los huesos; en las calles se oía ruido de caballos piafando, de coches, de pitos, de rapaces pregoneros que venden periódicos, de transeúntes, ruido de gran ciudad; y pasaban haciendo resonar los adoquines y las aceras, con los trabajadores de toscos zapatos, que venían del taller, los caballeritos enfundados en luengos *paletots*, y las damas envueltas en sus abrigos, en sus mantos, con las manos metidas en hirsutos cilindros de pieles para calentarse. Porque hacía frío, mi amable señorita. (*La Epoca*, 21 de agosto de 1886).

Y dos años más tarde, en *Arte y Hielo*, cuento publicado en *La Libertad Electoral*, llamaba Villanieve a Santiago y hacía, otra vez, el cálido elogio de sus mujeres, en la pomposa exhibición callejera.

Villanieve era un lugar hermoso —inútil, inútil, ¡no le busquéis en el mapa!—, donde las mujeres eran todas como diosas, erguidas, reales, avasallantes, y también glaciales. Muy blancas, muy blancas, como cinceladas en témpanos, y con labios muy rojos que rara vez sonreían. Gustaban de las pederías y de los trajes opulentos; y cuando iban por la calle, al ver sus ademanes cadentes, sus cabezas rectas y sus pompas, se diría el desfile de una procesión de emperatrices. (*Obras desconocidas*, p. 232).

Algún tiempo después, en una fecha que nadie ha precisado, el poeta abandonó el rinconcillo que se le había dado

en el diario, y se fue a vivir en una casa de pensión, si no interpretamos mal lo que nos dice en la *Autobiografía*:

La impresión que guardo de Santiago, en aquel tiempo, se reduciría a lo siguiente: vivir de arenques y cerveza en una casa alemana para poder vestirme elegantemente, como correspondía a mis amistades aristocráticas.

Y también a sus gustos, es de equidad afirmarlo. En los artículos que al poeta dedicó Luis Orrego Luco (febrero de 1889), se hace hincapié más de una vez en el carácter bohemio de Darío, en el deseo de vivir bien, a sus anchas, unos pocos días, aun a cambio de pasar estrecheces en muchos otros, empleando sin discernimiento el poco dinero que cobraba en su trabajo, raleado tal vez por la informalidad.

La obscura existencia de Rubén Darío en la capital no nos permite ser más expresivos para indicar el empleo que de sus horas pudo hacer en ese tiempo. Es de suponer que trabajaba hasta tarde en el diario, que iría de vez en cuando al teatro, sobre todo a escuchar a Sarah Bernhardt, y hasta que sus visitas a Pedro Balmaceda en el lindo salón que éste ocupaba en La Moneda, fueran regulares y aun cotidianas. No hay huella de su presencia en el Ateneo ni en las muchas reuniones literarias y sociales de que dan cuenta las crónicas periodísticas. Taciturno y poco expansivo en la conversación corriente era entonces y lo fue hasta el fin de sus días. Todos cuantos le conocieron están contestes en asegurar que para verle sonreír, para oírle contar algo de su "reino interior", era preciso que el poeta se hallara muy a son aise en rueda de amigos probados, que no le consideraran repentista excelente y siempre pronto a estallar, ni como genio sin segundo.

A cambio de veladas y reuniones, el poeta vagó mucho por los paseos de Santiago, de que llegó a ser conocedor eximio. Elogió el Cerro Santa Lucía, recordando que su ornato se debía a Vicuña Mackenna, una de sus admiraciones de la juventud.

Este es una eminencia deliciosa llena de verdores, estatuas, mármoles, renovaciones, pórticos, imitaciones de distintos estilos, jarras, grutas, quioscos, teatros, fuentes y rosas. Edimburgo es la única ciudad del mundo que en su centro tenga algo semejante y, por cierto, muy inferior. Santiago posee una obra hecha por la naturaleza y por el arte. *Ars et natura.* (*Obras desconocidas*, p. 282).

Le deleitó el Parque Cousiño, y en la Quinta Normal sorprendió idilios y admiró, a lo lejos, la mole andina besada por la luz del sol poniente:

Y arriba el cielo con su inmensidad y con su fiesta de nubes, plumas de oro, alas de fuego, vellones de púrpura, fondos azules flordelisados de ópalo, derramaba la magnificencia de su pompa, la soberbia de su grandeza augusta. (*Paisaje, en Azul...*).

Por la Alameda de las Delicias vagaba tanto de día como de noche, en busca de aire libre, prendida la vista a las montañas que la limitan por el Oriente. Allí fue donde concibió la frase "la ciudad de los palacios" para referirse a Santiago, porque en la ciudad de entonces era aquella Alameda la avenida más amplia, más bella de perspectiva y, sobre todo, la mejor edificada. En la parte comprendida entre Estado y Dieciocho, por ejemplo, no existía entonces un solo comercio, y el piso bajo de las construcciones era una sucesión de puertas de lujosas residencias, interrumpidas por ventanas de las mismas,

generalmente correspondientes a dependencias de servidumbre. Por excepción se veía alguna farmacia y algún despacho de menestras para atender a esa clientela, la más opulenta de toda la ciudad. Lo normal, lo regular, era que el palacio de dos o tres pisos ocupara íntegramente la construcción para el uso de una sola familia, coche a la puerta y criados con libreas tanto para atender aquel coche como para abrir paso a las visitas...

Debe anotarse, al pasar, que las primeras impresiones de suntuosidad se las ofreció la vida en Santiago, si bien distaba esta ciudad, como dista hoy, de ser la más opulenta de las metrópolis sudamericanas. Así y todo, en el recuerdo de Darío habían quedado como "imborrables" algunas impresiones de Santiago, cuando fue interrogado por Alejandro Sux (*Revista Hispánica Moderna*, julio - octubre de 1946):

En cuanto a impresiones imborrables le diré que las principales son de origen chileno: una suntuosa fiesta en cierto palacio particular, que contemplé desde la ventana callejera en Santiago, y un escaparate de joyería visto en la misma ciudad, y que me pareció la reproducción del jardín donde Aladino encontró su lámpara todopoderosa. La fiesta me fascinó tanto como el escaparate, y a semejanza de mis primeros libros, también me sería fácil describirlos. ¡Cuántas heroínas creé y cuántas evocaciones femeninas hice después recordando las hermosas mujeres que vi pasar aquella noche danzando al son de pianos y violines! ¡Cuántas maravillas raras me hizo imaginar el escaparate de la joyería de Santiago!

Fue, pues, en la Alameda de las Delicias donde nacieron algunas de sus obras más notorias en el período chileno de su producción, período que engloba por cierto el *Azul*...; y una de esas obras, la *Carta del país azul*, está inspirada totalmente

por aquella avenida que era, en ciertas horas del día, paseo público en el cual se comentaban las novedades más recientes, como en el foro griego.

Salí a respirar el aire dulce —escribía en aquella *Carta del país azul*—, a sentir su halago alegre, entre los álamos eriguídos, bañados de plata por la luna llena que irradiaba en el firmamento, tal como una moneda argentina sobre una ancha pizarra azulada llena de clavos de oro.

Y también allí descubría cuadros sentimentales, que hablaban a su alma.

Pues bien, en un banco de la Alameda me senté a respirar la brisa fresca, saturada de vida y de salud, cuando vi pasar una mujer pálida, como si fuera hecha de rayos de luna. Iba recatada con manto negro. La seguí. Me miró fijo cuando estuve cerca, y ¡oh amigo mío! he visto realizado mi ideal, mi sueño, la mujer intangible, becqueriana, la que puede inspirar rimas con sólo sonreír, aquella que cuando dormimos se nos aparece vestida de blanco, y nos hace sentir una palpitación honda que estremece corazón y cerebro a un propio tiempo. Pasó, pasó huyente, rápida, misteriosa. No me queda de ella sino un recuerdo; mas no te miento si te digo que estuve en aquel instante enamorado; y que cuando bajó sobre mí el soplo de la media noche, me sentí con deseos de escribirte esta carta, del divino país azul por donde vago, carta que parece estar impregnada de aroma de ilusión; loca e ingenua, alegre y triste, doliente y brumosa; y con sabor a ajeno, licor que como tú sabes tiene en su verde cristal el ópalo y el sueño. (*La Epoca*, 3 de febrero de 1888).

Es muy posible que la fama local que Darío había atesorado en su patria y en las demás naciones centroamericanas no llegara todavía a conocimiento del director de *La Epoca* de

Santiago, o que de serle conocida no le impresionase demasiado; pero Darío tenía ya en el mismo Chile valedores que le iban a franquear el paso hasta la redacción del diario mejor escrito en 1886. Corresponsal de *La Epoca* en Valparaíso era el mismo Poirier que había acogido con los brazos abiertos al poeta adolescente, le invitó a colaborar en *Emelina* y le había presentado en la redacción de *El Mercurio* porteño, donde era traductor de novelas y colaborador ocasional³. El carácter de Darío no era apropiado para abrirle paso demasiado veloz en el comercio humano, pero hizo amigos sinceros, entusiastas de su talento, que creyeron en su espléndido porvenir, y amigos de corazón tan abierto y franco cual podía desearlos el joven expatriado a deshora, "descocado, antimetódico" como se llamó a sí mismo en un instante de sinceridad. Entre ellos figuraba precisamente Manuel Rodríguez Mendoza, a quien están dirigidos aquellos versos donde aparece la última definición y que comienzan diciendo:

Tu noble y leal corazón,
tu cariño, me alentaba
cuando entre los dos mediaba
la mesa de redacción.

Y junto a Manuel Rodríguez Mendoza, que olvidaría más tarde en sus ajetreos diplomáticos y administrativos la precoz iniciación literaria de la juventud, otros escritores brillantes ya por su talento y por sus frutos. ¿Cómo no recordar a ese cáustico e incisivo Alberto Blest Bascuñán, que paseaba entre los salones y la redacción de su diario preferido, *La Epoca*, el *spleen* de una risueña bohemia aprendida en París y no co-

³ Estando Rubén Darío en Chile, Nicaragua, como se ha dicho en páginas anteriores.

regida en Santiago? ⁴. ¿Ni a Pedro Balmaceda Toro, que aunque hijo del Presidente de la República consumía las horas al lado de sus amigos artistas, porque una inclinación decidida por las artes le hacía buscar esa sociedad antes que la más estirada y convencional que iba a la Moneda? Y con él otros, mayores y menores en méritos y en años, como Daniel Caldera, Arturo M. Edwards, uno de los hermanos del propietario de *La Epoca*; Luis A. Navarrete, Daniel Riquelme, Narciso Tondreau, Pedro N. Préndez, José Gregorio Ossa, Alcibiades Roldán, Samuel Ossa Borne, Ricardo Fernández Montalva, Roberto Alonso, Salvador Soto, Vicente Rojas y Rojas, y los hermanos Jorge y Roberto Huneeus Gana, hijos del Rector de la Universidad y escritores los dos de varia fortuna. Grupo juvenil y entusiasta, dinámico y exaltado por el arte y por la gloria, combatían la pasividad de la sociedad de Santiago, eran Quijotes, en fin, de una cruzada que sólo iría a producir sus frutos más adelante. El final sangriento de la administración Balmaceda iba a interrumpir algunas de esas amistades, y la muerte se encargó en poco tiempo de ralea las filas. Antes de que Rubén Darío saliera de Chile había muerto ya Alberto Blest, y a poco de salir moría en plena juventud el buen Pedro Balmaceda, sobre cuya tumba, prematuramente abierta, el poeta depositaría en calidad de ofrenda un libro cariñoso y cordial, como escrito con sangre de su corazón.

Darío, precisa recordarlo, no intervino para nada en la política interna de Chile, primeramente porque no le interesó nunca, y en seguida, y sobre todo, porque comprendió que su deber de caballero era considerar siempre a los chilenos una familia sola, por hondas que fueran sus íntimas diferen-

4 Hijo del novelista chileno Alberto Blest Gana. Falleció en 1888.

cias; y cuando le fue preciso comprobarlas, vedle empeñado en echar aceite a las olas embravecidas: "...Desgraciadamente, letras, artes, ciencias, todo va a caer entre nosotros a ese tremendo hervidero de la pasión política. Cruz y Concha Castillo sólo tienen aplausos entre los muros del Círculo Católico, y en el juicio de los imparciales; lo propio que Vicente Grez, Préndez, Pedro Balmaceda, Irarrázaval, que solamente son elogiados en el círculo del partido a que pertenecen. Feliz el día en que las letras sean vínculo de unión entre todos y se juzgue sin pasión, y el aplauso o la censura merecidos se den por parte igual a unos y a otros". (*Obras desconocidas*, p. 261-2). Quien así habla es el mismo que, sin perjuicio de colaborar en *La Epoca*, diario moderno donde las ideas más audaces encontraban cabida, a condición de presentarse en formas plausibles, toma parte en la colaboración de la *Revista de Artes y Letras*, fundada por dos católicos declarados, los hermanos don Manuel y don Claudio Barros, y que cuenta además con el apoyo de don Ramón Subercaseaux y don Rafael Errázuriz Urmeneta y de los mismos Cruz y Concha Castillo a quienes se recuerda en el fragmento que se acaba de citar.

Después de dar los primeros pasos en *La Epoca*, es decir, de publicar algunos artículos y algunos versos, el poeta llegó a ser cronista o jefe de informaciones. Por diversos indicios puede también aseverar que su intención era seguir cuanto pudiera al servicio de ese diario; así, por ejemplo, se revela en este suelto de *La Epoca*, publicado cuando el poeta no contaba mucho más de una quincena de vida en la capital:

Don Rubén Darío.—El corresponsal en Valparaíso de *El Callao*, diario que se redacta en el puerto del mismo nombre, dirigió, entre otros, el siguiente cablegrama: "Don Rubén Darío, notable escritor y poeta de Nicaragua, que se halla actualmente aquí, se propone establecer un periódico en conexión con su país". Podemos asegurar que el señor Darío no tiene el propósito indicado, pues dicho señor actualmente forma parte de la redacción de *La Epoca*. (19 de agosto de 1886).

La Epoca, como todos los periódicos chilenos de entonces, posee dos y hasta tres columnas de noticias breves, tanto del orden administrativo y social, como judicial y policíaco, y junto a ellas se leen párrafos curiosos traducidos de publicaciones extranjeras o recortados de periódicos nacionales. Con todo esto, y con las variaciones del cambio internacional y alguna indicación sobre el tiempo del día anterior, se llena la sección de *Crónica*, que redacta un jefe ayudado de algunos menudos reporteros. A esta labor se refiere Darío en el prólogo de *Asonantes*: "Su prensa es numerosa y sus periodistas son pujantes, firmes en la polémica, peligrosos en las luchas. Hay un diario de modelo yanqui, *El Ferrocarril*; los demás son más dados al "mecanismo" francés. El *chroniqueur* por excelencia es Rafael Egaña. Las empresas periodísticas son ricas, pero algunas demasiado económicas. Raro es el diario que tenga permanente información directa del extranjero. En las redacciones se está, tijera en mano, esperando la correspondencia por correo trasandino, para recortar lo mejor de los diarios del Plata, o si no se hacen traducir los artículos de la Prensa europea que llega por el Estrecho". (*Obras desconocidas*, p. 282-3). Pero la evocación se hace cariñosa y gentil cuando se habla de *La Epoca* y de cuantos allí trabajaban: "En la sala de redacción, iluminada por la cla-

ridad dorada del gas, nos encontrábamos, el director, señor Mac Clure, Rodríguez Mendoza, segundo redactor del diario, y yo, que escribía la crónica del mismo". En ese ambiente transcurren las más de las veinticuatro horas del día, porque una vez terminada la tarea, salvo que el poeta haga una excursión galante de las que ha evocado con tanta gracia como discreción el señor Ossa Borne, pasa a su gélido cuarto y duerme acunado por el ruido monótono de las máquinas que imprimen la sábana de papel. Entonces, desvelado acaso por las inquietudes juveniles, es cuando el poeta sueña en su "lejano país, en todas las dulces cosas de la tierra en que se nace, los amigos de la primera edad, las ilusiones en flor, el trópico vibrante y cálido...".

Los amigos chilenos del poeta evocaron más tarde, cuando la gloria del fundador del Modernismo deslumbraba todos los ojos, estas horas de tristeza, y agravaron, acaso con alguna base de verdad, las amargas que el poeta debió beber en Chile. Según Ossa Borne, de ordinario cuerdo en sus apreciaciones, "había crueldad" en el trato que se le daba en el diario santiaguino.

Rubén Darío llevaba en la imprenta una vida difícil. Su ingenio no encuadraba en el régimen. Necesitaba libertad, poder volar libremente. Era triste darle una orden: "Rubén, haga usted este párrafo". El párrafo no salía. Allí se estaba un hombre amarrado, mordiendo el lápiz. ¡Incomprensibles dificultades! Un dios de la pluma se mostraba incapaz de redactar el suelto más sencillo... Desgraciadamente, no había benevolencia para Rubén Darío. Había crueldad. Excepto en Manuel Rodríguez y en Vicente Grez, la compasión no existía en el personal de redacción. Todos eran crueles, y mayormente el director del diario. Y Rubén Darío no les perdía pisada, veía muy bien, admirablemente; sus ojos profunda-

mente observadores no desperdiciaban detalle. Después su pluma trazaba cuadros magistrales, inmortalizaba un personaje. El director de *La Epoca* es inmortal desde que se escribió *El Rey Burgués*.

¿Podremos creerlo? He aquí algunos antecedentes. *El Rey Burgués* fue publicado en *La Epoca* el día 4 de noviembre de 1887, con el título de *Cuento Alegre*, y el poeta sigue escribiendo en el mismo diario; cuando Arturo M. Edwards muere en plena juventud, el cordial artículo que Darío le dedica es reproducido por *La Epoca* (22 de agosto de 1889) como si nada hubiera pasado. Y es que en realidad no había ocurrido nada: *El Rey Burgués* no es Mac Clure, como, en general, los seres ridículos y execrables de la obra primigenia de Darío no se ve por qué hayan de ser exclusivamente chilenos. El propio Darío, por lo demás, en *Historia de mis libros*, al enumerar los caracteres de los cuentos de *Azul...*, escribió años más adelante: "En el cuento *El Rey Burgués* creo reconocer la influencia de Daudet. El símbolo es claro, y ello se resume en la eterna protesta del artista contra el hombre práctico y seco, del soñador contra la tiranía de la riqueza ignara". Estos rasgos no convienen a Mac Clure, a quien Darío recordaba en su *Autobiografía* como benévolo *gentleman*. El poeta dejaría después, en no pocas ocasiones, su impresión de Chile en forma directa y categórica, y no parece razonable que hubiera de pretender agraviar con burlas sangrientas a los hombres que le habían prestado ayuda en sus primeros pasos, tanto más cuanto que para hacer pública su obra escogiese precisamente las columnas de *La Epoca*, diario del cual era Mac Clure director inmediato. Y si aquella ayuda fue estrecha, no podemos olvidar que el poeta era un jovenzuelo cuando llegó a Chile y que en Chile, como en Jaén, nadie triunfa al primer embate. En fin, y para ser jus-

tos, recordemos que Rubén Darío probó sus fuerzas suficientemente, y con sucesión de pocos días, dando a luz en *La Epoca* los mejores fragmentos de su pluma; algunos de los *Abrojos*, desde luego, y casi todos los cuentos y los versos de *Azul*... en su primera edición, y muchos otros trabajillos que no recordó el propio autor cuando, más tarde, llenó volúmenes con ellos.

La existencia de Darío en Santiago, en los primeros meses de su trabajo en *La Epoca*, puede haber sido más halagüeña de lo que nos parece ahora, pues el recuerdo que conservaba de ella el poeta en 1912 no era desagradable. Véase un ejemplo característico. Uno de los más importantes trabajos de Darío publicados por ese tiempo (inserto en *La Epoca* el 24 de octubre de 1886) es la popular décima a Campoamor, la cual aparece a continuación de un artículo del poeta peninsular, publicado con gran despliegue de titulares: el autor de las *Doloras* iniciaba con este artículo su colaboración en el diario santiaguino. Cuando ya habían pasado muchos años de este suceso, he aquí cómo se le cuenta en la *Autobiografía* caprichosa y legendaria: "Una noche apareció nuestro director en la tertulia, y nos dijo lo siguiente: —Vamos a dedicar un número a Campoamor, que nos acaba de enviar una colaboración. Doscientos pesos al que escriba la mejor cosa sobre Campoamor".

¡Doscientos pesos!⁵ Nos encontramos ante una invención descabellada, pero ella acredita que Darío conserva de esos años un recuerdo grato. Chile entero aparece al través de este rasgo como un pueblo que estimula la creación

⁵ Y cada peso valía más de 25 peniques de moneda esterlina.

intelectual, si bien el poeta se haya quejado alguna vez de que en Santiago se paga mejor a los palafreneros que a los escritores. La verdad es que doscientos pesos por un poemita menudo, de circunstancias, aun cuando fuese él tan hermoso como el que escribió Darío, era recompensa sobrada, y una de dos: o *La Epoca* pagaba poco, como el mismo Darío ha dicho en diversas ocasiones, o pagaba ocasionalmente cantidades demasiado altas. El hecho, tal como ha sido contado por Samuel Ossa Borne⁶, es mucho más simple: no hubo certamen, ni doscientos pesos, ni nada parecido. Se hablaba en la tertulia del diario acerca de Campoamor, a propósito del artículo que se publicaría al día siguiente, y Darío, silencioso siempre, meditaba. De pronto, después de trazar líneas en un papel, sin que le distrajera el bullicio de la charla de sus amigos, leyó lo que había escrito:

Este del cabello cano
como la piel del armiño
juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano.
Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón,
abeja es cada expresión,
que, volando del papel,
deja en los labios la miel
y pica en el corazón.

La correspondencia de Ramón de Campoamor con que se inauguró su colaboración en *La Epoca* tenía forma de carta al director, y comenzaba diciendo: "Madrid, 1º de septiembre de 1886. Señor Director de *La Epoca*, en Santiago de

⁶ Un autógrafo de Rubén Darío, artículo publicado en *Pacífico Magazine*, Santiago, mayo de 1917.

Chile: Tengo el honor de acceder a su invitación para que de vez en cuando le transmita mis impresiones sobre los acontecimientos de la vieja Europa". Las líneas finales de la correspondencia, que son bellísimas, fueron reproducidas litográficamente al pie del retrato que Luis Fernando Rojas había dibujado del ilustre colaborador.

El día 12 de febrero de 1886 publicó *La Unión* de Valparaíso (el mismo diario del certamen de *Emelina*) un artículo sobre las *Humoradas* de Campoamor, suscrito por L. A., que terminaba diciendo: "Por mi parte, si hubiera de calificar de un solo rasgo, de una humorada, las de este libro, original y característico como todos los del propio autor, diría que tiene la propiedad de la abeja: pica para dejar miel". Simple coincidencia, tal vez⁷. Si Darío había leído este artículo y lo tuvo presente en la subconsciencia al trazar su preciosa décima, no cabe duda de que en ésta mejoró la expresión del periodista y la vistió con ropaje seductor.

Los versos de Darío fueron comunicados a Campoamor. Eduardo Poirier lo dijo en su artículo sobre *Abrojos*: "En una

⁷ Es verosímil también que Darío y L. A. tuviesen presentes, al escribir esas palabras, los versos del propio Campoamor:

Aquello que es dulce al labio
es amargo al corazón,

que si no dicen lo mismo, se acercan mucho al concepto desenvuelto por Darío en el final de su décima.

Por lo demás, no debe olvidarse que Darío era autor de los siguientes versos, que leemos en la

Introducción de Epístolas y Poemas y escritos, por tanto en 1885, según parece:

Al par que ser sacerdote
es urgente ser verdugo:
imponer un férreo yugo
y con el yugo el azote:
hacer que del arpa brote
la sátira en la canción,
y demostrar con razón
al enjambre mundanal
que si hacemos el panal
tenemos el aguijón.

hermosa carta que aquél (Campoamor) ha escrito a encumbrado personaje de la capital, encaminada a manifestar su agradecimiento a los directores de *La Epoca* por haberle dedicado un número especial de ese diario, ocúpase de Rubén Darío, a quien sólo conoce por una décima que de él leyera, publicada en el número consabido, y acerca de la cual se expresa, en la buena compañía de otros ilustres escritores españoles, en conceptos altamente lisonjeros para el que, hoy joven luchador, será mañana, no vacilamos en afirmarlo, un poderoso atleta". Datos éstos que se confirman y refuerzan con lo que trae el propio Darío en su *Autobiografía*, como reminiscencia de la primera visita que hizo a Campoamor en 1892. "Conservaba entre sus papeles, y me hizo que la leyera, una décima sobre él que yo había publicado en Santiago de Chile y que le había complacido mucho".

Incorporado a la vida periodística santiaguina, el poeta no dejará de ser alguna vez aludido en términos desapacibles por los colegas competidores; y es en una de las rectificaciones que se ve obligado a hacer, donde encontraremos revelado el nombre de Carrasco Albano a que antes nos referíamos:

Señores Directores de *La Libertad Electoral*

Me refiero al número de ayer del diario de ustedes.

Creo que mi deber me obliga a declarar que fui yo quien hizo la transcripción de una parte de la correspondencia publicada en *La Tribuna Nacional* de Buenos Aires. Si en ello ha habido un error, él debe caer sobre mi poca versación en la política de este país, y en el cargo que hace poco desempeño, gracias a la confianza que han depositado en mí los directores de *La Epoca*.

El puesto que ocupo en este diario, débolo principalmente a los esfuerzos del señor don Adolfo Carrasco Albano, quien, conocedor de mis antecedentes, me ha dispensado benévola amistad.

No quiero concluir sin dar a ustedes las gracias por los conceptos injuriosos que contiene la crónica de *La Libertad* de ayer relativos a mi persona.

Si los escritos que me atribuyen son cursis, zonzos, semipedestres, semipoéticos, lo lamento por el diario que los acoge, por los señores directores, y por el verdadero autor del artículo en cuestión, cuya pluma brillante y conocida, pertenece a la redacción de *El Orden* de Buenos Aires.

Me hallo por fin en el caso de declarar que creí que no habría diarios en Chile donde no se dispensase la consideración debida a los escritores extranjeros que, como yo, viven honradamente de su trabajo, sin ofender ni difamar reputación alguna.

Rubén Darío

De la Redacción de *La Epoca*.

La Epoca, Santiago, 25 de septiembre de 1886.

Los ataques de *La Libertad Electoral* no iban dirigidos, sin embargo, a Darío propiamente sino al diario en que éste trabajaba, y nacían de la diferente actitud política de ambos periódicos. En la edición referida por Rubén Darío, *La Libertad* había publicado tres notas contra la redacción de *La Epoca*, y sólo la última contenía alusiones personales al escritor nicaragüense.

El mismo diario!... —se leía en ella— trae un artículo, o quisicosa, escrito en estilo abigarrado, cursi, churrigüeresco, semipedestre y semipoético, de esos que no se estilan por estas tierras, y que, a las claras, acusan que el autor de él es una pluma forastera. Prescribe en ese *factum* la manera de

describir un baile. Los que quieran aprovechar esas lecciones descriptivas del género zonzó y cursi, busquen *La Epoca* de hoy... Si esta noche no tienen sueño, les servirá de floripondio..., que es la más eficaz y barata de las adormideras.

Los redactores antiguos de *La Epoca* saben, además, que en *La Libertad Electoral* hay sin duda conocidos de Cañas, a quien se recuerda por el hecho de haber sido ministro diplomático de El Salvador en Chile, y entonces a ellos es a quienes dirigen otra respuesta en el mismo número en que pudo leerse la aclaración de Rubén Darío que ya hemos copiado.

La Libertad Electoral y el general Cañas, antiguo ministro de San Salvador en Chile. A indicación de esta alta personalidad política y literaria de Centro América, don Rubén Darío vino a Chile.

¿Qué dirá ahora el señor Cañas cuando vea cómo trata a su protegido *La Libertad Electoral*?

Suplicamos a aquel ilustre ex ministro y general no extrañe que en ese diario se llame floripondio al señor Darío, y que lea lo que dice el tal espécimen de diario acerca de nuestros gobernantes.

Aún más, no olvide la conocida respuesta de una madre al inglés de marras:

—¡Gringo bellaco! ¡No hay para los hijos del país y quieres que haya para los extranjeros!...

Y finalizaba en verso:

Botón de floripondio

Cuando yo esté en la agonía.
siéntate a mi cabecera:
lee *La Libertad* del día
para que más pronto muera.

Aun cuando no se ha escrito, que sepamos, una biografía de Carrasco Albano tan pormenorizada como para poder seguir en ella sus andanzas de diplomático, algo sabemos ya sobre él.

Salía como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en Centro América, el 12 de octubre de 1881, en plena Guerra del Pacífico, cuando el gobierno de la Moneda emprendió una ofensiva diplomática encaminada a frustrar las gestiones de mediación americana que habían estado en auge en los meses anteriores, y pasó por Panamá en viaje al norte el 5 de noviembre de aquel año. No hemos podido lograr noticias ciertas de la fecha en que alcanzó a Nicaragua, pero sí sabemos que había llegado a Guatemala el 25 de noviembre y que el 13 de diciembre seguía viaje hacia El Salvador. ¿Pasó por Nicaragua antes o después de esas fechas? Sea cual fuere su itinerario, no es forzado colegir que Carrasco Albano debió tener noticias de Rubén Darío, que por esos mismos días llamaba ya la atención por su precocidad, ni se aventura mucho al imaginar que inclusive le conociera personalmente, si bien, en este último caso, quedaría muy forzada la entrevista en la estación de los ferrocarriles a qué ya se ha hecho alusión, copiando la escena de la *Autobiografía*.

Vuelto a Chile, Carrasco Albano siguió en la vida política, fue diputado en varios períodos hasta 1890 y falleció el 2 de marzo de 1912.

Santiago reservaba a Darío emociones más gratas, después del helado recibimiento que le hizo en la estación de los ferrocarriles el personaje que fue a esperarle a instancias de Poirier y después de las polémicas de prensa que hemos pasado en revista.

Por los primeros días del mes de octubre llegaba a Santiago, para coronar con su presencia y su actuación artística una publicidad estruendosa mantenida en la prensa durante meses, la trágica francesa Sarah Bernhardt. La precedía una fama que arrebató a todos los públicos de Europa, y sobre todo trompeteaba su nombre una serie ininterrumpida de excentricidades y de ocurrencias peregrinas, que en muchas ocasiones llevaron a formular sobre sus costumbres los juicios más severos, juicios que solían hacerse extensivos, como es de rigor, a los demás miembros de la compañía encabezada por la inimitable Sarah. En el Teatro Santiago desarrolló para el público de la capital una temporada breve, con la cual alcanzó por cierto el éxito más halagüeño. Los diarios registraban todos los días alguna curiosidad acerca de la actriz: el *menu* de sus comidas, las visitas que había recibido, o extasiaban al lector con las sumas fabulosas que arrojaba la taquilla en cada una de las funciones. El día 17 de octubre de 1886 *La Época* dedicó a Sarah Bernhardt la primera página de su edición, con lindo grabado al lápiz debido a don Luis F. Rojas, y en esta página aparecen, como material literario, un artículo sin firma y un breve poema de Rubén Darío, ambos en elogio de la artista. El poema es curioso y merece que se le reproduzca:

Sarah

Bajo el gran palio de lumbre
del arte, una encantadora
a quien admira y adora
y aplaude la muchedumbre;

una voz de blando tono,
un cuerpo de sensitiva;

algo como un arpa viva
que da el sonido temblando;

y luego una sombra; y luego
un alma y un corazón,
y una inmensa inspiración
que baja en lenguas de fuego;

amor hondo y subitáneo,
odio profundo y deshecho,
las tempestades del pecho
con las tormentas del cráneo;

la pasión terrible y fiera
que por el rostro se asoma;
un arrullo de paloma
y un rugido de pantera;

la pálida faz de muerta
por donde el lloro resbala,
y el suspiro que se exhala
por una boca entreabierta;

algo humano, algo divino,
algo rudo, algo sereno;
con una palabra el trueno,
con otra palabra el trino;

¡eso es Sarah! Y gloria a ella,
que con su ingenio fecundo,
brilla a los ojos del mundo
con resplandores de estrella.

Este poema no es el único tributo a la gran actriz francesa
que se puede atribuir a Darío en su paso por Chile. *La Epoca*

debió brindar noticia de sus representaciones, y en la serie de artículos que con este motivo publicó parece hallarse la huella del estilo de Rubén Darío. En alguna ocasión, el diario despachó su compromiso de dar cuenta de la representación reproduciendo artículos publicados poco antes en *La Nación* de Buenos Aires; y tocaba la coincidencia de que esos artículos eran escritos por Paul Groussac, a quien no vacilaba más tarde Darío en confesarle como maestro suyo en la prosa: "*La Nación*, en la primera temporada de Sarah Bernhardt, fue quien me enseñó a escribir, mal o bien, como hoy escribo" decía el poeta al responder en *Los colores del estandarte* a las censuras de Groussac. Y, en fin, ¿no bastará esta última indicación expresa del poeta para señalar que fueron suyos algunos de los artículos dedicados a Sarah Bernhardt en la temporada chilena, directamente inspirados en los que poco antes le había dedicado el crítico de *La Nación* de Buenos Aires? Algunos, decimos, en el sentido de que no se le pueden atribuir entre otros los que salieron firmados con el seudónimo Radamés, que por diversos testimonios consta que fue empleado por Manuel Rodríguez Mendoza. Don Julio Saavedra Molina en su monografía sobre aquella fracción de la obra de Darío (*Rubén Darío y Sarah Bernhardt*, 1941) extendió demasiado ampliamente, a nuestro juicio, las fronteras al sugerir que todos los artículos que en *La Epoca* comentaron las representaciones de Sarah eran del poeta nicaragüense.

Son especialmente significativos los que se publicaron acerca de *Hernani*, *La dama de las camelias* y *La Esfinge*. Ante *Hernani* (octubre 29), como obra de Hugo, el poeta hubo de sentirse a sus anchas pues podía verter impresiones de arte en que la admiración al maestro preferido le permitía lucir eruditos conocimientos, con los cuales el juicio sobre la actuación teatral pasaba a segundo plano. Escribiendo sobre *La da-*

ma de las camelias (octubre 30) se salió largamente del tema para hablar más del ambiente y sobre todo de la dolorida figura de Margarita Gautier, que más adelante iba a inspirarle un inmortal soneto. Pero donde logró el acierto vecino a la obra maestra, en páginas de gracia esmerada y que revelan profunda intuición del medio literario parisiense (al que no se había asomado sino merced a los libros), es en el estudio dedicado a Octave Feuillet, con motivo del estreno de *La Esfinge* (noviembre 3), pieza que Sarah Bernhardt también incluía en su repertorio.

Cuando fue presentado Rubén Darío a los chilenos por los diarios que en Valparaíso y en Santiago dieron cuenta de su llegada al país, díjose que iba a desempeñar funciones de corresponsal para algunos periódicos nicaragüenses. La efectividad de este encargo queda comprobada precisamente con la presencia de Sarah Bernhardt en Chile. Bajo el título de serie *Cartas de Chile*, en *El Mercado* aparecieron impresiones sobre la actriz francesa en diversas fechas de noviembre y diciembre de 1886, según vemos acreditado en una sustanciosa nota de Ernesto Mejía Sánchez en *Los primeros cuentos de Rubén Darío* (México, 1961), p. 78-9. Obvio es decir que una comparación de estos artículos con los que en Santiago publicó *La Epoca*, zanjaría de una vez para siempre el problema de saber si Darío escribió sobre Sarah Bernhardt durante su temporada chilena.

Capítulo IV

RUBEN DARÍO Y SUS AMIGOS

Estar en Santiago, vivir en *La Epoca* y ganar inmediatamente amigos en todas partes, era una misma cosa. Por la redacción, una especie de colmena, se colaban a todas horas las noticias de la ciudad encarnadas en personas que las repetían, exigían en cambio otras novedades y se iban a continuar su peregrinación de diario en diario. Uno de estos correvidiles sustanciales a la vida de Santiago era Carlos Toribio Robinet (1853 - 1903), *el chino*, simpático amigo de todo el mundo, que si tomaba a Darío con simpatía podría abrirle las puertas de no pocos hogares.

El nombre de Robinet debe ser conocido y aplaudido. ¡Persona rara Robinet! Es el amigo de todos los escritores, de todos los artistas extranjeros que llegan a Chile. Y si éstos llegan necesitando apoyo, lo es más. Hermoso espíritu, caballero de las brillantes almas náufragas. Escritor él mismo, es un excelente *croniqueur*, y hace buenos versos si le viene en deseo. Dígalo si no Manuel del Palacio. Un día ambos cambiaron dos sonetos como quien lo hace con dos tarjetas ¹.

¹ Darío hace aquí referencia a los sonetos publicados por *La Libertad Electoral*, 20 de abril de

1887, escrito el de Manuel del Palacio en Montevideo y el de Robinet en Santiago, en 1885.

Para probar, además, que sabía lo que estaba diciendo, recordaba Darío cómo fue Robinet, años antes, quien protegió los pasos en Santiago de Augusto Ferrán, el trágico camarada de Bécquer, y protector también de Jorge Isaacs, Ricardo Palma, Antonio Zambrana, José Arnaldo Márquez, Eugenio María de Hostos y Juan José Cañas, por cierto, el salvadoreño infaltable en las evocaciones del ambiente santiaguino de fines del siglo.

Carácter admirable y vivo —agregaba—, Robinet comprendió a los artistas, los pensadores y los soñadores. Al propio tiempo es hombre de negocios...

Y Robinet, nacido en China, donde su padre mantuvo importantes negociaciones comerciales, era a su vez dueño de un salón en el cual se aglomeraban algunas de las portentosas chinerías en que Darío inspiraría páginas de *Azul*... del "país de los tibores ventrudos, de los inmóviles dragones formidables y del *mightly, subtil opium*, propicio a los sueños" (*Obras desconocidas*, p. 279 - 80).

Carlos Toribio Robinet compartía su tiempo entre el comercio, la política y la bomba, y si bien no fue periodista titular, conocía a todo el mundo en las redacciones y contaba amigos por todas partes. El ambiente de *La Epoca*, según consta de los testimonios contemporáneos, se vivificaba con la asistencia de personajes de su índole, que tomaron a tarea, por decir así, el abrir a Darío las puertas de Santiago. Al forastero le interesaron, desde el principio, más los escritores jóvenes que los ya maduros, puesto que entre aquéllos creía posible encontrar los pares de su inquieto amor a las novedades literarias, y eran los jóvenes quienes de preferencia cruzaban la puerta de *La Epoca* para enhebrar conversación con el muchacho nicaragüense. Más sólida y cordial sería la amistad si se fraguaba

en la lucha misma del diario, compartiendo la prisa y la zozobra que parecen inseparables de la vida periodística.

Todas estas definiciones calzaban muy bien con Alfredo Irarrázaval Zañartu (1864 - 1934), redactor de *La Epoca* cuando en agosto de 1886 entró Rubén Darío, quien siguió en ese mismo cargo varios meses hasta finalizar el año.

A Irarrázaval, que en *La Epoca* escribió *Abrojos* (1887), a imitación de Darío, le alentó éste con suma cordialidad cuando intentó publicar sus *Renglones cortos*, y si bien su cuerda no fuese precisamente la del humor alegre, que con juvenil entusiasmo pulsaba el chileno, la página en que Darío prologa el libro está escrita con interés de artista y de crítico.

He leído todos tus versos, y te aseguro que van con buen viento. Sí, va tu musa por el vasto mar del mundo, en barca ligera, tendida al aire la bandera alegre, cantando como una muchacha de quince abriles, que tiene el alma sana, la mejilla encendida, el ojo pícaro y argentina la carcajada. Si tú fueras francés, pertenecerías al grupo de rabelesianos que hoy encabeza Armand Silvestre, y que tiene por primer pontífice al creador de Gargantúa, y por uno de los padres de su Iglesia al buen Brantôme. Sostienen con su doctrina la sal gala, verdadero Santo Craal de esos caballeros de la risa; y es indudable que la escuela es vigorosa, y los frutos lozanos y nada dañinos.

Lamenta allí el que la poesía chilena se estuviera plagando por aquellos días de "un falso neurotismo, de una literatura hinchada y pretenciosamente filosófica"; pero sobre todo condena "una grafomanía poética que es harto peligrosa". Haciendo el castizo, lamenta, asimismo, que el autor "escriba en

chileno y no en castellano”, y de paso defiende a la rima española. “¡Ah, la rima española, nuestra bella campana de oro, debe ser uno de tus grandes cuidados!” Pide la unión para que la literatura renazca, y exclama:

Yo tengo fe ciega en un renacimiento de las letras en Chile; fe en la juventud, en una pequeña parte de la juventud que tiene aliento, constancia, nobleza, el fuego sagrado; apoyada, eso sí, indispensablemente por las pocas columnas que nos quedan de los buenos tiempos que pasaron.

Pero en la obra de Irarrázaval, incorrecta y frívola, hay una salvedad que hacer, y el poeta la hace con franqueza y lealtad. Ya había dicho al autor: “tienes una fecundidad peligrosa”, y en seguida agrega: “Hay un pero... Tienes muchas incorrecciones, como la mayor parte de los que, como tú, escriben corriendo, corriendo, de prisa, ¡hop! a la diablo”.

El nombre de Rubén Darío en la obra de Irarrázaval queda acreditado además en otros dos sitios de *Renglones cortos*: le está dedicada la composición *Más allá*, poesía seria y no bufa, y aparece finalmente en *Mi entierro*, como veremos en seguida. *Más allá* fue dedicada por el autor “a mi amigo, el inspirado poeta de Nicaragua señor Rubén Darío”, así en la publicación original de *La Epoca*, 27 de febrero de 1887, como en el libro, y se veía autorizada en uno de los abrojos de Darío, que se cita como epígrafe:

Tendrás que ir con tu ilusión
de la vida en el camino,
como pasa el peregrino
apoyado en su bórdón.

La filosofía misma de aquella breve composición conviene en mucho al espíritu de Darío, manifiesto no sólo en sus pro-

ducciones del período chileno sino también en las de años ulteriores.

Cae el pincel, la pluma
de la mano del hombre, al ser lanzado
de la Nada otra vez entre la bruma...
Despedazada así, cae la arista
rodando al infinito,
mas sobrevive el alma del artista
en la imagen, la estatua o el escrito.

Y el que abandona por la muerte el
[mundo
alcanza una victoria,
si puede, entre los hombres que le siguen,
otra vida vivir, ¡la de la gloria!

El carácter general de los *Renglones cortos* no es, sin embargo, el que hemos visto en aquella composición; el autor vivía entonces más dominado por la risa que por los pensamientos trascendentales acerca de la supervivencia de la obra de arte. Todo ello aparece muy bien caracterizado en *Mi entierro*.

El autor supone aquí que ha muerto, haciendo uso para el caso del socorrido expediente de soñarlo a continuación de haber leído el número del día de *El Estandarte Católico*, a quien atribuye la virtud soporífera; y copia las noticias de la prensa sobre su deceso y los discursos que debieron pronunciarse en torno a su tumba. Entre aquéllas aparece la consiguiente noticia fúnebre de *El Ferrocarril*, que con mucha prolijidad reproduce los títulos de libros de actualidad que debieron estamparse en la corona de flores con que los amigos de letras despedían al difunto, títulos entre los cuales figura el de los *Abrojos* de Rubén Darío. Finalmente, el propio Darío pronuncia un breve discurso ante el féretro, en donde el autor

subraya las palabras y giros que le parecen característicos de su amigo nicaragüense:

¡Ah! como *enarca la muerte*
a los seres de la tierra,
cómo *zahareña* se aferra
del achacoso y del fuerte!

¡Ah las almas siempre francas!
¡Eh las ilusiones ciegas!...
¡Uh las dulces *Hebes griegas!*
¡Oh las *tenues ninfas blancas!*

La diosa, la *diosa hebreal*...
Sueño envuelto en su capuz,
delirio de *flor de luz*...;
ánfora de miel hiblea.

El fauno, la verde parra,
y la copa y el cincel,
y el sacro verde laurel,
cinagética y cigarra.

Este centón posee el mérito de señalar cuáles eran las expresiones literarias de Darío que más llamaban la atención en Chile en esas horas, y si tenemos la paciencia de comparar los versos dados a conocer por el huésped al público chileno con las locuciones que subraya Irarrázaval, tal como las hemos copiado, fácil nos será concluir que el estilo de Darío despertaba atención por lo novedoso, ya que algunas de sus imágenes (*flor de luz*, por ejemplo) habrían sido absolutamente imprevisibles hasta esos años. Hay mucha parodia en el fragmento, pero toda es útil, puesto que voces como *cinagética*, *verde laurel*, *el fauno* y *las ninfas* (tenues como quería Irarrázaval o

no), se verán comparecer en el lenguaje de Darío hasta los versos de sus postrimerías.

El amor a la novedad en la expresión, de que pocas muestras se hallan en los escritos de Rubén Darío anteriores a su viaje hasta Chile, nace precisamente en este ambiente, suscitado por uno de esos misterios de la gracia literaria a que nadie podrá jamás quitar totalmente el sello de lo desconocido. Hay una fuente, sin embargo, y la revela uno de los buenos amigos de Darío en el ambiente chileno. "Supe por D. Narciso Tondreau —escribe Saavedra Molina— que Rubén Darío, cuando estuvo en Chile, no dejaba nunca de llevar en el bolsillo una libreta en que anotaba los términos que le llamaban la atención, así fuesen castellanos, franceses, latinos, a fin de hacerles pronto lugar en sus escritos". (*Gabriela Mistral: su vida y sus obras*, 1946, p. 71). Gracias a este cuidado, que hoy puede parecer nimio, el vocabulario del poeta se enriquece velozmente; y así nacen, entre otras menos conocidas, las páginas de *Azul...*, en donde, como veremos el tratar de este libro, la opulencia de las expresiones alcanza cierta culminación relativa que forma contraste simpático dentro de la obra general del autor.

Sea cual fuere el diagnóstico literario que se haga de aquel recuerdo de "Narciso Tondreau, habrá de convenirse en que el ambiente chileno fue no poco estimulante para el poeta forastero.

Nicanor Plaza (1844 - 1918), el gran escultor, le lleva a su taller; el poeta, en pago, le dedica *El Arte*, poema notable dentro de la forma primitiva de la poesía dariana. Darío lo publicó en *La Epoca* de Santiago el 6 de diciembre de 1887,

precedido de una introducción en verso que en sucesivas ediciones fue suprimida, y dedicado entonces *A Nicanor Plaza, estatuario*. Aquella introducción dice así:

Corred, gallardos versos acorazados de oro,
chocad las armaduras en el tropel sonoro,
lucid cascos de plata en brillante escuadrón,
id en caballos blancos, libres de espuela y freno,
que hinchando las narices sacudan al sol pleno
la rica pedrería de su caparazón.

¡Id! y llevad aqueste tributo de mi parte
a quien guardando en su alma la santa luz del arte
lleva en su mente un mundo de inspiración y afán;
tendedle vuestros mantos purpúreos y soberbios
a quien con sus escoplos dio sangre y vida y nervios
y el bronce de sus carnes al gran Caupolicán.

Pedro Balmaceda Toro, el joven amigo de Darío, que intentó varias artes, y entre ellas la escultura, recibió clases de Plaza, quien además labró su cabeza en 1888; de modo que no es forzado imaginar que fuese el propio Balmaceda quien llevara a Darío hasta ese taller, aludido, por lo demás, en multitud de escritos de éste del período chileno, como se verá en otras partes de este libro.

Conviene recordar la curiosa nota XVI de la segunda edición de *Azul*...: "Nicanor Plaza, chileno, el primero de los escultores americanos, cuyas obras se han expuesto con gran éxito en el Salón de París. Entre sus obras las más conocidas y de mayor mérito están una Susana y Caupolicán, esta última magnífica de fuerza y audacia. La industria europea se aprovechó de esta creación de Plaza —sin consultar con él para nada, por supuesto, y sin darle un centavo— y la multiplicó en el bronce y en la terracota. ¡El Caupolicán de Plaza se vende

en los almacenes de *bric-à-brac* de Europa y América, con el nombre de *The Last of the Mohicans*! Un grabado que representa esta obra maestra de Plaza fue publicado en *Ilustración Española y Americana*. La gloria no ha sido esquivada con el amigo Plaza; pero no así la fortuna...

Pedro Balmaceda "era muy amigo del escultor Plaza", como recordó Darío a la muerte de A. de Gilbert, y "sentía placer en ir a ver al artista, que encontraba con su delantal y sus manos llenas de greda, su aire modesto; entre mármoles y yesos, terracotas y bronce, barro húmedo aún, cubiertos de paños; aquí una copia polvosa de la Victoria Apta, un friso, una máscara, desnudeces venusinas; no lejos, montes de metal para las fundiciones, un andamio y algún mutilado perro de arcilla pintada u otra de esas bestias al vivo que la industria pone al frente de las obras de arte, que los salones burgueses adquieren y que a Plaza quizá habrían mandado para que lo remendase... ¡A él, por Dios, que hizo con sus manos los senos de su Susana y repujó con su cincel audaz la carne de metal y los músculos hinchados de su gran Toquí araucano! Pedro admiraba al trabajador plástico, se fijaba en sus gestos, sus posturas, en el juego de zarpas de león de aquellos dedos creadores. Se extasiaba en ver aparecer la forma preconcebida, la redondez, la angulosidad, y se placía especialmente en los golpes osados, en los toques rápidos, que cuando son obra de las impacencias del genio, del paso del "dios", producen las maravillas y los efectos que causan admiración. O ya le veía con los hierros en las manos desbastando los bloques, dando esos golpes que resuenan metálicos y armoniosos como los versos, y de la piedra bronca recién llegada de la cantera, haciendo brotar la esplendidez de las formas, toda una generación marmórea, de héroes, de dioses y de hombres. Entonces soñaba ya Pedro en buscarse un buen trozo de mármol, y sin sujetarse,

por supuesto, a estudios, a lecciones preparatorias, crear una cabeza bella de mujer, o la faz de un Abraham o de un Homero”.

Otro de los amigos que en Santiago halló Rubén Darío fue Pedro Nolasco Préndez (1853 - 1906), autor de las *Siluetas de la Historia*, libro sobre el cual escribió el nicaragüense un buen artículo a pocos días de estar en la capital. Las *Siluetas* salieron a la circulación alrededor del 20 de agosto de 1886, y ya el día 22 las comentaba para *La Epoca*, en su sección de novedades del día, M. R. M., esto es, Manuel Rodríguez Mendoza. El poeta Préndez había emprendido en este libro la verificación de grandes episodios históricos, para hacer elogios de hombres célebres y destacar sus ideales de progreso. Este aspecto docente de la poesía de Préndez no dejó de chocar a Darío:

Unir la ciencia a la literatura —escribía—, adunar las matemáticas con la estética, pintar un cuadro con tendencias de tratado científico... ¡Válgame Dios!... ¿A dónde se quiere conducir a las apacibles hermanas del Helicón?

Para él la fórmula viable es la del arte por el arte, y por eso agrega:

Malhadada revolución la que quiere llenar el Parnaso de laboratorios y museos, sin curar si el fuego que calienta las retortas es dañoso a los lindos vergeles de las Gracias, y si los amorcillos se espantan asustados al ver los esqueletos de iguanodontes que se pretenden colocar en el sagrado recinto donde Apolo impera como músico divino.

Hizo revista entonces de escritores de la hora, de Richepin, por ejemplo, de Sully Prudhomme, de Zola, de Claretie, para volver en seguida al amigo Préndez, cuyos poemas de las *Siluetas* estudia uno por uno, con erudición y con gracia; y al finalizar exclama:

Tengo un parecer..., que creo bastante firme, puesto que el mundo entero autoriza sus fundamentos como verdad harto conocida. Creo que la alta poesía moderna es cristiana por excelencia; creo que el cristianismo es clara fuente de inspiración artística, y que es mejor a ojos puros la contemplación de la belleza suprema que la del símbolo de un materialismo espantoso, que destruye todo elevado ideal: me refiero al sujeto de las buenas ocurrencias del señor Darwin. La poesía cristiana cobra mucho terreno; los grandes poetas de muchas naciones siguen ahora ese camino, y teniendo como principios los de la gran escuela clásica, ya se ve si estarán basados en sólidos cimientos.

Sobre el libro mismo se pronunció Darío con despierto interés, que llegaba, por momentos, al entusiasmo. En la obra de Préndez creía ver, en fin, un nuevo estilo literario, estilo robusto, escultórico, en reacción con la neurosis de oropel.

Bienvenido en estos tiempos dichosos, en que la literatura de confitería ha ganado mucho terreno. ¿Quién no ha hecho un verso a Dorila, a Clori, a Filis; siquiera a Tirsi o a Filomena? Cunde la manía poética de las décimas melosas, de las quintillas acarameladas, de los versos en pastillas, envueltos en alcorza, llenos de consonantes en on, en ores o en ares, y dignos de ser metidos en cucuruchos y puestos a vender en el escaparate del dulcero, para golosina de nenes llorones y deleite de niñas románticas y espirituales.

Vengan, pues, vigorosos y viriles, estos poemas de Préndez, estas estancias inspiradoras, relucientes como metal empavonado, sonoras y vibrantes, como cuerdas de bronce.

Pasó el tiempo. En 1888, el poeta chileno fue acusado de plagio por el joven crítico de letras Luis A. Navarrete, "a quien conozco desde sus primeros vuelos literarios", como decía Rubén Darío. La estentórea publicidad del ataque, pregonado desde la tribuna del Ateneo, dio bastante prensa al asunto, y Préndez debió acudir a defenderse con un extenso trabajo que vio la luz en *La Epoca*, en los días 18, 20, 21 y 22 de noviembre de 1888. Este ensayo, titulado *Siluetas de la Historia* y cuyo subtítulo, *Escrito presentado al juzgado de la opinión pública*, indica su forma², después de aducir muchos ejemplos de imitación, copia el fragmento *¿Qué es el plágio?* de Campoamor, y pasa luego a examinar detenidamente la acusación hecha por Navarrete. Préndez se detiene sobre todo en *Hipatia*, la composición más censurada, para mostrar cómo si él seguía a Pelletan, Pelletan a su vez tuvo a la vista el capítulo dedicado a Hipatia en las *Vidas de los sabios ilustres* de Figuier. Otras intervenciones de Navarrete en la discusión reafirmaron los puntos de vista del censor, que empleaba *La Tribuna* para la publicación de sus artículos. En *La Epoca* escribió también Rubén Darío su artículo *El Triunfo de Préndez*, que revela profundo estudio de la cuestión y que es una defensa ardorosa, aunque ilustrada, del poeta chileno. Ocurría que Pelletan en

² Al escrito de Préndez respondió Luis Blest Gana en su *Contestación al escrito presentado por el señor Pedro Nolasco Préndez ante el juzgado de la opinión pú-*

blica, en *La Tribuna*, Santiago, 30 de noviembre de 1888.

Referencia hay al mismo tema en *Plagios* (leído en el Ateneo de Santiago), por Romildo Colombo, mismo diario, 22 de diciembre.

su *Profesión de fe del siglo XIX* dedicó a Hipatia un estudio en prosa que tenía curiosas similitudes con el poema del mismo título que Préndez insertó en sus *Siluetas*. La cuestión versaba, entonces, más sobre si puede hablarse de plagio cuando se imita de prosa a verso, o al revés, que sobre el concepto mismo de plagio. La *Poética* de Campoamor dio los argumentos esenciales, todos por cierto favorables á Préndez, que había tenido ya el cuidado de aducirlos en su defensa. A ellos agregó Darío algunos otros que muestran su buen conocimiento de las letras. Herrera, el autor de la oda a la batalla de Lepanto, ¿no había acaso calcado —la expresión es de Darío— algunos versículos del cántico V del Exodo? Caro y Rioja, Shakespeare, Zorrilla, Tirso de Molina siguiendo a Boccaccio, y muchos otros ejemplos de imitación sirven al poeta forastero para probar, de una parte, que unas mismas ideas pueden vestirse con palabras diferentes sin que haya de hablarse de plagio, y para insistir, sobre todo, en que —como ha dicho Campoamor— “un poeta puede imitar a otro poeta pero no puede ni plagiar ni imitar a un prosista aunque copie las mismas ideas con las mismas palabras”³.

“¿Quién fue el que dijo —exclamaba Darío— que la selva enorme y sagrada es propiedad de un solo leñador?” Y agregaba, para dar mayor amplitud a su idea: “A cada cual le toca su tarea, quién desgaja, quién labra, quién parte. Y cada cual

³ *El triunfo de Préndez*, publ. en *La Epoca*, 29 de Noviembre de 1888, y reproducido en *Obras desconocidas*, p. 254-62.

La defensa de Préndez fue anunciada en Valparaíso por *El Heraldo*, a cuya redacción Darío ya no pertenecía, el 16 de noviembre, en el siguiente suelto:

“DESPUES DE LAS SILUETAS. — Se anuncia que el autor de las *Siluetas* ha encomendado la defensa de su obra a un joven imitador de Catulle Mendès, quien se esforzará en probar que Pelletan escribió en prosa y su admirador en verso”.

tiene su gloria, y su corona de laurel fragante. En la misma arcilla en que ayer formó el alfarero un cacharro tosco y duro, puede hoy la mano del artífice modelar una jarra de Sajonia o una taza de Sevres. Y otro más hábil pondrá sirenas o cuellos de cigüeñas en las ansas de la primera, o fingirá coronas de rosas diminutas en el borde de la segunda. El material es el propio para todos. ¿No es de una misma mina extraído el hierro de la lanza de Hugo y el de la flecha de Campoamor? ¿Y qué de raro entonces que la cadenciosa frase de Pelletan sea del mismo metal que el sonoro y opulento silabizar de Préndez?" (*Obras desconocidas*, p. 262).

La intención de Darío fue, sin embargo, escribir dos artículos sobre la cuestión, y no uno solo, o redactar un estudio más amplio, para el cual Préndez debía pedir la hospitalidad de la *Revista del Progreso*. Así se dice en esta carta que por la fecha en que fue escrita (12 de noviembre) ha debido proporcionar al poeta chileno algunos de los argumentos empleados en su Escrito.

Ya que esta maldita enfermedad me tiene postrado, y yo no puedo ir ni tú puedes venir, te daré por esta carta idea clara de la base de mis artículos, pues son dos los que pienso escribir.

Ante todo, ¿qué es plagio? Campoamor lo ha definido mejor que nadie en su estudio titulado *Mis plagios*. Debes de saber que el gran poeta fue acusado, por varios escritores madrileños, como plagiarlo. El se defendió y triunfó.

¿Quién es dueño exclusivo de ideas originales actualmente? Si en el gran Hugo se ven ideas enteras de poetas antiguos; si en Shakespeare se ven figurar idénticas y expresadas, en ocasiones, con los mismos epítetos de Teócrito —por ejemplo, en *Venus y Adonis*—, en Campoamor se notan afinidades, figuras y modos de Victor Hugo, sin que en ello haya pecado alguno ante la alta y severa crítica.

Tú tienes una ventaja, por cuanto Pelletan "jamás escribió en verso", y has escrito tus primeras siluetas inspiradas en la "prosa" del escritor francés. Y, si tienes culpa, contigo sufra la pena el divino Herrera, quien ha sido famoso con su

Cantemos al Señor que en la llanura
venció del ancho mar al trace fiero.
¡Oh Dios de las batallas! Tú eres diestra,
salud y gloria nuestra...

pues todo esto es verso castellano sacado a ojos vistas de la "prosa" de la Biblia.

Ahora bien, en cuanto al asunto de la obra literaria, ¿no están acusando los diarios a Daudet por su nuevo *Inmortal*? ¿Y a Sardou? ¿Y a Ohnet? ¿Y a Echegaray?

Navarrete ha creído conseguir un triunfo. Y realmente lo ha conseguido entre los novedosos y los gacetilleros de ciertos diarios. Aquí mi opinión ha conseguido ser igual a la de algunas personas de juicio y de ilustración. Todos estamos de acuerdo en que los versos que se hacen prosa pierden; como toda prosa que se pone en verso, tomando gallardías y alientos nuevos y propios, gana. ¡Si yo pudiera poner en verso las grandezas luminosas de José Martí! O ¡si José Martí pudiera escribir su prosa en verso!

Cada cual puede embellecer una idea, creada anteriormente, si tiene bellezas para ello. Y luego, el ritmo y la rima son creación también. Caso grave: Molière. Y, no obstante, el *Convidado de Piedra* es suyo y es de Tirso. Pueden compararse escenas enteras de ese drama, en la obra de ambos, y se notarán las semejanzas. Otro punto: el de Shakespeare y Bacon. Pero éste es asunto de charlatanes literarios, de mentirosos.

Y así hay muchos puntos de estudio bastante interesantes. Yo tengo algunas páginas ya en limpio. Si fuese posible y llegaras aquí, sería bueno, porque las discutiríamos juntos.

No podría ir a encontrarte a la estación, pero vendrías a mi posada. O si no, escíbeme respecto a las ideas que tengo sobre la cuestión, que así los dos nos ayudaríamos.

Busca en las librerías *Mis plagios*, de Campoamor, última edición. En la colección de *Los Lunes*, existente en la imprenta de *La Epoca*, hay un estudio, que no sería malo leer, sobre Sardou y sus plagios.

Si vienes, avísame por el (Telégrafo) Nacional. Si no, contéstame lo más pronto para dar a luz todo, en cuanto esté listo, y después de ver tu opinión. ¿Lo admitiría la *Revista del Progreso*?

Y en noviembre de 1888, habiendo necesitado informar al director de la Biblioteca Nacional de Nicaragua, el poeta Antonino Aragón, sobre Préndez, puso a éste a la cabeza de los escritores chilenos dignos de estudio, en una página de vibrante estilo y repleta de intenciones renovadoras y de afán justiciero. "Préndez no se parece a ninguno de los que hoy forman el parnaso de Chile. Matta es caótico, brusco, bellamente grande, con frecuencia un discípulo de Victor Hugo en español, lleno de arranques espléndidos y a veces de incorrecciones que irritan a los críticos. De la Barra es de tendencias indefinibles, porque dotado de una flexibilidad y potencia de ingenio muy raras, imita todos los estilos, sigue a todos los poetas que quiere, y así puede engañar al más lince, haciéndose pasar por obras del clásico Menéndez Pelayo, del romántico Zorrilla, o del originalísimo Bécquer, versos que son sólo suyos. Por eso se encuentran en sus producciones, desde el alto poema hasta la ligera rima. Concha Castillo escribe como don Gaspar Núñez de Arce, con la diferencia de que no duda, porque es un ferviente católico apostólico romano. Lillo, Rodríguez Velasco, tan conocido en esos países, y Blest Gana, ya no escriben sino en raras ocasiones. Son poetas retirados. En la juventud que

se levanta los hay que dan mucho que esperar y algunos han dado ya pruebas dignas de su claro talento. Se nota en ellos ante todo una tendencia plausible a lo fundamental, a dejar las superficialidades y a conocer y apreciar el arte verdadero. Se escriben poemas y dramas, se llevan en mira ideas grandes, se ha declarado guerra al mal gusto y a las insulsezas de sentimentalismo cursi, y ya se están acabando los poemas arreglados al piano. Los jóvenes han encendido la revolución actual". (*Obras desconocidas*, p. 248).

Y que Préndez fue amigo íntimo, capaz de recibir confidencias, se prueba además con una carta que se ha dado hasta ahora (Ghiraldo, *Archivo*, p. 312) sin fecha, pero que es fácil datar con las nociones que tenemos ya adquiridas: es de noviembre de 1888. En ella el poeta dice: "Recibí tu carta y tu libro. Me hallo en una situación que si quieres saberla no tienes más que hablar con Rodríguez Mendoza; y si quieres y puedes ayudar a remediarla, habla con Carlos T. Robinet. Yo no me extiendo más por el motivo de no tener espíritu tranquilo ni palabras a propósito". Y agrega una buena nueva literaria: "He escrito un artículo largo sobre *Las nuevas siluetas*; se publicará en *La Libertad Electoral*. Hago ciertas apreciaciones, y estoy contento de él. Quedaré más si quedas tú lo mismo". Como *post scriptum* añade: "Estoy declaradamente enfermo de tisis, y con una complicación de neurosis terrible. Y esto es lo de menos".

También figuraba entonces entre los jóvenes literatos y, desde luego, entre los habituales colaboradores de *La Epoca*, Luis Orrego Luco (1866 - 1949), hermano del brillante médico-escriptor Augusto Orrego Luco, que en diversos períodos fue

redactor principal de *La Epoca* en su calidad de amigo íntimo y consejero de don Agustín Edwards. Luis Orrego había comenzado ya a darse a conocer como cuentista y como cronista ágil, antes de iniciar la serie de sus novelas de costumbres chilenas. Ya vimos que salió un día a ofrecer su amistad a Rubén Darío en el ambiente de *La Epoca*, en la gratísima compañía de Daniel Caldera; algo después no necesitaban ya intermediarios para concederse una estrecha camaradería.

Orrego Luco escribió de Darío y de su vida en Chile cuando el poeta nicaragüense iba de vuelta a la América Central, en 1889, y aunque estos artículos no le gustaron a Darío, algo hay en ellos que puede convenir a nuestro propósito de iluminar la vida del poeta entre nosotros con todas las luces accesibles. Orrego Luco, por ejemplo, no creía que las penas exprimidas por Darío en sus *Abrojos* fuesen sinceras:

La primera vez que vi su nombre fue al pie de una composición muy corta, publicada en *La Epoca*. Iniciaba entonces una serie de poesías que debía titular *Abrojos* y que expresaban muchas amarguras cogidas en la vida, muchas espinas, muchas tristezas.

Si el autor de esas composiciones hubiera sido alguno de esos amigos que tanto conozco, me habría sonreído de aquellas penas soñadas; pero el nombre que veía al pie era nombre extraño, enteramente hebreo, recién llegado de las regiones remotas de la Biblia. El fondo y la forma, el estilo y el nombre que las firmaba guardaban armonía cabal y eran hijos legítimos de Oriente. Me pareció, en un principio, que Rubén Darío debía ser tan sólo un bello seudónimo, pero alguien me desengañó diciéndome que era un joven recién llegado de Nicaragua, de Centro América.

Cuando Caldera y Orrego Luco fueron a verle, el segundo retuvo en su memoria, con prolijidad ciertamente de novelista,

no sólo el desmedrado ambiente material en que había discurredo la conversación, sino también otros pormenores típicos, adecuados para representar al gran poeta forastero cuantas veces fuera necesario. "Hablabla con gran dificultad —escribió en 1889— pronunciando muy bien las palabras, pero cortaba, machucaba la frase". Orrego Luco era burlón, muy aficionado a la sátira, y en aquellos días de juventud tal vez haya extremado el matiz de la burla para cuanto no conviniese estrechamente con sus gustos y las aficiones que le había creado su cultura. El hecho es que, en general, no gustó de las realizaciones literarias de Rubén Darío en Chile, y que acaso le zahirió en las charlas despreocupadas de *La Epoca*, donde solían decirse claridades de cuerpo presente. Más de algo hubo de aceptar en Darío, sin embargo, y entre otras cosas, que en Chile había logrado imponer su talento en una medida que hoy no es fácil evaluar; pero mejor oigámos su propia expresión:

De todos los literatos jóvenes sólo conozco uno cuyos artículos hayan sido medianamente pagados, y ese... acaba de abandonar a Chile. Hablo de Rubén Darío.

Ya veremos, en el sitio oportuno, cómo reanudaron su amistad los dos escritores, en 1892, bajo el cielo de Madrid, y cómo, en fin, fue a Orrego Luco a quien acudió Darío en 1912, cuando proyectaba venir a Chile de nuevo. Una oculta afinidad del espíritu los aproximaba, aun cuando, en las apariencias, tan distantes se hallaran en casi todos los usos de la vida.

Varios álbumes conservan rastros de sus versos. Las iniciales y los nombres que aparecen en *Bouquet* (29 de enero de

1888) atestiguan las amistades del poeta. A Elisa Balmaceda, hermana de Pedro (y después la esposa de don Emilio Bello Codesido), le estampa en su cuaderno íntimo *Las siete cuerdas de la lira*; y en el de Ruperto Murillo, escritor aficionado, deja también unos versos con los cuales celebra el nacimiento de su hijo con el mismo nombre. Otras poesías quedan en los álbumes de Pedro Nolasco Préndez, de Manuel Rodríguez Mendoza, y los cuentos del *Azul*... aparecen dedicados a compañeros del periodismo y de la bohemia santiaguina de 1886 a 1888: *El fardo* a Luis Orrego Luco, *El palacio del sol* a Carlos A. Eguiluz, *Un cuento alegre (El rey burgués)* a Alcibíades Roldán. La dedicatoria de este cuento no es, por lo demás, lo único que aparece allí destinado a Roldán; al final se lee:

¡Oh, mi amigo! El cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías... Pero ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos a tiempo! Hasta la vista.

Estas palabras íntimas calzan sin duda a la dedicatoria, ya que con el cuento mismo nada tienen de común, y deben suponerse nacidas de la amistad que unió a Darío con Roldán desde las salas de redacción de *La Epoca*. Y otro día nace un hijo de Carlos Luis Hübner, y el nicaragüense escribe su risueño *Soneto para Bebé* en homenaje de este niño que alegra el hogar del joven escritor chileno, colega de redacción. Cuando muere doña Rosa Lazcano de Errázuriz, el poeta dedica un soneto a su viudo, Ladislao Errázuriz (29 de diciembre de 1887), ya recordado por Irrázaval como uno de los más brillantes periodistas de entonces. A él, en fin, sobrino de don Crescente, debe atribuirse el conocimiento que Darío logró de éste y que le condujo a escribir —años más tarde, sobre las reminiscencias de 1886— una de las mejores *Cabezas* de la serie.

De otros de los tertulios cotidianos de *La Epoca* esboza siluetas en años siguientes.

La Revolución de 1891 dio gran notoriedad política a Julio Bañados Espinosa (1858 - 99), crítico literario e historiador, a quien Darío había tratado en la redacción del diario santiaguino, cuando Bañados figuraba sólo como periodista especializado en el comentario político. Darío prefirió evocarle en el ambiente del diario.

Cuando le conocí, al verle no me impresionó muy bien que digamos. Me pareció frívolo, y es que es franco; me pareció vanidoso, y es que es de esa clase de hombres que bien pueden llamarse explosivos. Una palabra suya estalla casi siempre; una carcajada alegra un salón. Que de lo que parece defecto en Julio saquen sus enemigos armas y ataques en su contra; no me importa; yo veo en todo el lado generoso y entusiasta. Piensa apasionadamente; habla fogoso; trabaja vivo y rápido.

Cuando se aparecía en nuestra casa de la calle del Estado, sus visitas eran más a la imperial oficina de nuestro director Mac Clure que a las mesas llenas de papeles en que trabajábamos Rodríguez Mendoza, Lucho Orrego, Alberto Blest, Pedro Balmaceda y yo. Pero cuando le veíamos aparecer, anunciado por su franca risa o su voz vibrante, la nota alegre triunfaba en nuestro taller. Se hablaba de política, de arte, de teatros, de sport. ¿Quién me hubiera dicho que aquel joven caballero habría de ser, pocos años después, una de las más notables figuras del Gobierno dictatorial, que concluyó, tras la sangrienta guerra, con uno de los más trágicos suicidios de la historia?

Y tocó la buena suerte de que ambos amigos volvieran a encontrarse, pero no en Chile ni en Nicaragua sino en el am-

biente cosmopolita de París. Cuenta Darío en su *Autobiografía* que yendo una vez por los bulevares, oyó que alguien le llamaba por su nombre.

Me encontré —agrega— con un antiguo amigo chileno, Julio Bañados Espinosa, que había sido ministro principal de Balmaceda.

En el período a que se refiere Darío, Julio Bañados vivía en París y estaba cumpliendo el encargo final de su jefe político y amigo: escribir la historia de la administración Balmaceda y de la guerra civil, para lo cual se habían puesto a su disposición todos los archivos necesarios.

Nos vimos repetidas veces —cuenta el poeta—. Me invitó a comer en un Círculo de Esgrima y Artes, que no era otra cosa, en realidad, sino una casa de juego, como son muchos círculos de París. Allá me presentó al famoso Aurelien Scholl, ya viejo y siempre monoculizado.

Bañados Espinosa falleció muy prematuramente, de regreso en Chile, y Darío nunca más pudo verle después de aquella jornada parisiense.

Otro de los buenos amigos de entonces, Ramón Vial Bello, nieto de don Andrés, falleció estando Darío en Chile, y el poeta se apresuró a despedirle en un artículo cordial como pocos, que ostenta además el mérito de que nos diseña, a la pasada, el cuadro de los días de labor de *La Epoca*, tal vez los más interesantes en la existencia chilena del futuro autor de *Prosas profanas*. Al escribir sobre él, confiesa que le “creía

propenso a llegar a luengos años por su vigor corporal y su tranquilo y bello carácter", y le define diciendo que era "excelente hombre, corazón franco, pecho leal". (*Obras desconocidas*, p. 296 - 7).

El nombre de Narciso Tondreau (1861 - 1949) quedará fijo, sin duda, en la historia literaria de la América Española cuanto dure en ella el del propio Darío, desde luego por haberle inspirado el que iba a ser prólogo de los *Asonantes*, libro anunciado por el poeta chileno y jamás impreso. La verdad es que Tondreau se dejó llevar por otras ocupaciones, especialmente las de orden administrativo y docente, y se alejó de la afición literaria que había comenzado a manifestar en la juventud, esto es, a la llegada de Darío a Chile.

Cuando Rubén Darío alcanzó hasta Santiago, después de haber pasado unas pocas semanas en Valparaíso, Tondreau trabajaba en la redacción del diario *Los Debates*, de modo que los dos escritores no pudieron conocerse en el acto, cual ocurrió en tanto con los que colaboraban en *La Epoca* o iban a su tertulia de la noche. Consta, en fin, que tuvieron innumerables amigos comunes (entre ellos los hermanos Jorge y Roberto Huneus Gana), que se cambiaron dedicatorias en poemas y se cruzaron interesantes cartas, algunas conservadas hasta hoy. Tondreau era entonces amante de la música, lo que fue un título más para subyugar la curiosidad del huésped nicaragüense.

Tondreau vivía en una calle cercana a la Alameda —escribió Darío—. Muchas veces acontecía que al ir a buscarle, me detuviese en las escaleras, por no interrumpirle en alguna sonata que bajo sus dedos, cantaba lentamente, lentamente

al piano. Luego le encontraba en su cuarto, chico y elegante, lleno de papeles y de libros de lujo apanopiados en las paredes, entre una que otra japonería que unas cuantas pesetas de la mensualidad del diario habían sacado de la Ville de París (*Obras desconocidas*, p. 288).

A fines de 1886 Tondreau había dado a la circulación su primer libro, *Penumbras*, que en el acto fue comentado por Rubén Darío en un interesante artículo de *La Epoca* (14 de enero de 1887). Le gradúa como *forestier*, y al cimentar este diagnóstico dice:

A la selva, a la campaña nos lleva el bravo poeta; allí, a oír el himno de las cascadas, el ruido de los grandes árboles, liras del viento; a cortar flores silvestres junto a la roca, junto al torrente; a saciarnos con los estremecimientos, con los vagidos de la naturaleza, la gran voluptuosa; a ver en un arroyo las blancas espaldas de una ninfa de desflocados y vaporosos cabellos; a saludar con un cántico a la salvaje floresta, en su grandioso templo. (*Obras desconocidas* p. 90).

El libro mismo a que se refiere Darío es, sin embargo, débil y sólo podía tomarse como insinuación de un espíritu de poeta que luchaba hasta entonces, con la timidez propia del que comienza, para decidir su camino; Darío, desde luego, le elogia como autor de romances, lo que acaso influyó para que Tondreau formara el proyecto de reunir en volumen los *Asonantes*, a que el poeta nicaragüense debió brindar un *Prólogo*. "Siguiendo mis instintos viejos, mis inclinaciones clásicas", agrega Darío, le llaman la atención las traducciones de Horacio que Tondreau incluyó en su breve volumen, y a este respecto elogia la forma tradicional del estilo, que supone procedente de aquellas fuentes venerables, y condena "la imitación de escritores y poetas franceses". Algunos meses después cam-

biará de parecer, y él mismo, en su propia obra, aparecerá imitando sin rebózo a los escritores de lengua francesa. Pero no anticipemos. Sobre Tondreau, otra vez, al finalizar su estudio, Darío decía:

De todas maneras, debiendo ya concluir este artículo, diré que la publicación de las *Penumbras* me ha llenado de verdadero placer, puesto que el autor de ellas puede gloriarse de ser entre los poetas chilenos contemporáneos digno de toda estima y de todo aplauso. (*Obras desconocidas*, p. 95).

A raíz de haberle dedicado Tondreau su poesía *Mis amores*, el 5 de junio de 1887, Darío se la agradeció en una carta muy breve pero llena de importantes definiciones literarias y de juicios sobre escritores chilenos que no hallaremos en otras partes. He aquí el texto completo de esa linda epístola:

Señor Narciso Tondreau.

Mi querido amigo:

Mil y mil gracias por sus preciosos versos. Ha hecho usted muy bien en dedicármelos. Si los hubiese visto sin mi nombre me habría disgustado, sépalo usted. Así, así esos son los versos que debemos escribir: ese es, a mi modo de pensar, el gran secreto, el "modo".

La suya, ésa, es hermana de mi *Invernal* (que se había publicado en *La Epoca* el mismo día que *Mis amores*); y yo cambiaría, seguro de salir con ventajas. Es un arte exquisito el que usted ha empleado en esas estrofas. Ese arte, ese procedimiento que yo adoro, es visto con ojos turbios por los poetas de cierta especie, devotos de San Hermosilla, amigos de los ovillojos de circunstancias, y hacedores de alejandrinos a lo Mármol, de aquellos del invariable tamboreo. Mejor. Quien mire a Lillo como a un dios lírico, a Rodríguez Velasco como el summum de cuanto a poesía se refiere, a Valderrama como

poeta, y a Matta como un simple versero, no podrá gustar de esos lindos versos de usted, y hallará mil defectos al vigoroso don Guillermo. Este, para mí, es el único de los "viejos" que presintió un renacimiento, un arte nuevo.

No hay sino seguir adelante. Yo lo espero todo de los jóvenes, de todos nosotros.

Le saluda su afectísimo amigo

Rubén Darío.

Hay otra carta de Darío a Tondreau, escrita en Valparaíso el 7 de marzo de 1888, en la cual proporciona informaciones sobre su trabajo en *El Herald*o. "Le agradecería —escribe— que todo diario centroamericano, hasta los oficiales, que son insertables ahí, me los empaquetase, dulcemente, y me los remitiese a la redacción del Herald, donde estoy de croniquero y semanero, para servir y estimar a usted, mi querido poeta don Narciso Tondreau". Quéjase de que no escribe versos "hace tiempo", pero en cambio consigna que gana algo: "¡Un al-guito!" Y para conformar a uno de sus más molestos acreedores, agrega: "Dígamele usted al señor sastre de Santiago que tenga a bien esperarse un poquito para darle dinero. Pero que le daré, eso sí. Es cierto que no me ha cobrado aún una hermosa levita, que luzco los domingos, seriamente, en mi paseo matinal por las calles". Tondreau había traducido para *La Epoca* (4 de marzo de 1888) tres fragmentos de Richepin, y Darío elogiaba aquel trabajo: "Usted sabe que Richepin es hermoso y lo ha traducido hermosamente. De lo cual yo me alegro y gozo por ello una voluptuosidad literaria muy especial".

El libro de que el escritor chileno había tomado aquellas versiones era de Darío, y éste en su carta lo decía así con discreción de buen amigo:

Mire usted: cuando se canse de Richepin me lo envuelve y lo despacha acá; junto con el libraco egipcio. Digo, si no es molestia y si no le quito el deseo de tener alguna de las dos cosas.

Con relación a estos mismos sucesos, en el tantas veces citado prólogo de *Asonantes* se encuentran, además, algunas observaciones de excepcional importancia para juzgar de la influencia que ejercía ya entonces Rubén Darío en sus amigos, generalmente al través de lecturas de libros nuevos, como es el caso con Tondreau. El cambio de modo y de estilo que puede registrarse en la obra del poeta chileno, tan reducida que no ha sido hasta ahora tema de un estudio especial, sin duda nació en esos días, y hasta podría datarse si se pudieran seguir los recuerdos de Darío al pie de la letra.

Ya éramos viejos conocidos con Tondreau —escribía Darío en aquel *Prólogo*—. Cuando publiqué el juicio sobre *Penumbbras*, habíale hecho notar su poder de descripción, su valentía de imágenes, y su peculiaridad de forestier. Ahora, después de algún tiempo, me atrevo a indicarle:

—Amigo mío, ¿por qué no nos da usted un poema original, de términos y extensión que pueda dominar y que sean “suyos” con forma, con espíritu nuevo, un poema que llevara por título *El Bosque*?

El poeta pensó, y no quiso emprender la tarea. No me desalenté. Acababa de leer *La Mer* de Richepin y le remití ese libro admirable. Lo leyó, y desde entonces comenzó la nueva manera de Tondreau, la pasión por la eufonía rítmica, por la palabra sonora, por la cristalización de la idea en el verso, por la onomatopeya elegante. Antes seguía de cerca a los clásicos españoles, creía en la subsistencia de la época antigua; era pagano y tenía las continencias de un místico; rimaba octavas reales; creía que el soneto era prisión y grillos de un pensamiento, un cántaro chinesco en el que apretado

se deforma un niño para fabricar un enano; gustaba de la lija, y ensayaba todos los metros; seguía más la enseñanza de los preceptistas que la imitación de la naturaleza; no cortaba un alejandrino sino de modo que éste resonase campanudo y con todos los compases de la música zorrillesca. Lloraba penas y cantaba amores bastante ingenuamente. En cambio, traducía a Horacio. Y sobre todo, tenía el don de la armonía. Ciertamente es que es músico, como su amigo el escritor Arrieta Cañas. (*Obras desconocidas*, p. 286-7).

Algún tiempo después, llegaron a Darío noticias de que su amigo Tondreau andaba empeñado en la fundación de un diario nuevo, *La Tribuna*, y poco antes de la fecha de la aparición le dirigió una carta para recomendarle los servicios de un hermano de Poirier. La carta, publicada por Ghiraldo, merece ser reproducida.

Mi estimado poeta y amigo:

Sí no le he escrito, desde hace algún tiempo, no es porque haya dejado de estimarle y quererle, sino porque soy así, un tanto mal educado a ese respecto, como se lo puede decir, mejor que yo, nuestro excelente Jorge Huneeus. Hoy, antes de partir, voy a pedirle un favor. El joven Ruperto Cepeda, hermano del amigo Poirier y quien ha ayudado a éste en la correspondencia telegráfica de *La Epoca*, desde hace tiempo, desea servir la misma de *La Tribuna*.

Como sabe que usted será segundo redactor de ese diario, me pide que me dirija a usted recomendándole. Creo que hará el servicio a pedir de boca. Es muy a propósito para el trabajo ése, y creo que les agradará.

¿Cómo va de *Asonantes*? ¿Alcanzaré a llevarme un ejemplar?

Con recuerdos para Tomás, Jorge y Roberto, le saluda con cariño su amigo

Darío

Valparaíso, 18 de junio de 1888.

La partida de que habla aquí el poeta es su viaje de regreso a Nicaragua; y es significativo que se mencione el libro *Asonantes* como próximo a la publicación, ya que el prólogo que efectivamente escribió Darío para esa obra de Tondreau jamás publicada, fue escrito cuando Darío, un año después, se encontraba fuera de Chile.

En los duros días del invierno de 1888, uno de los más terribles que se han conocido en Chile, Tondreau había sido llamado a La Serena, su ciudad natal, con motivo de la muerte de su madre. Para hacer el viaje hubo de trasladarse a Valparaíso con la esperanza de tomar un vapor, pero el temporal difirió su viaje. Entonces le encontró Rubén Darío, y le dijo:

—¡Tú aquí!

—Sí, mi madre ha muerto; estoy muy triste. Ven al hotel. Fuimos.

Estaba con el corazón dolorido por el terrible golpe.

—Mira, me dijo, he distraído el dolor escribiendo esto.

Y me leyó un artículo, una conversación que había tenido aquella mañana con nuestro conocido el trágico italiano Emanuel que a la sazón trabajaba con su compañía espléndida en el teatro Victoria. Es un hecho reconocido que todo poeta escribe buena prosa, y aquí el artículo es de lo mejor que de Tondreau prosista, he leído.

Al mismo Tondreau, Darío pudo todavía dirigirle otra carta, también desde Valparaíso, que en el epistolario de Darío publicado por Ghiraldo en Buenos Aires aparece sólo con la fecha de Agosto: es, en todo caso, posterior al día 20 de ese mes, en que *La Tribuna*, por intercesión de Tondreau, comenzó la publicación del prólogo de *Azul...*, escrito por Eduardo de la Barra. He aquí el texto completo de esa simpática misiva:

Mi querido Tondreau:

El señor Jesús Leiva es mi compatriota y deseo que usted lo atienda y estime como a mí.

El es comerciante; nosotros somos poetas; pero Apolo y Mercurio son dioses en la hermandad del Olimpo. Sobre todo, él es un caballero cumplido y miembro de una distinguidísima familia salvadoreña; y un buen caballero.

Y, más que sobre todo, su amigo Darío se lo recomienda, para que en los días que esté ahí, que serán muy pocos, procure ser el Tondreau más dulce y al mismo tiempo que el Tondreau más gentil.

Suyo

Darío.

P. S. Gracias por la reproducción en *La Tribuna* del prólogo de don Eduardo.

Vale.

Valparaíso, 1888.

En esas charlas de agosto de 1888, cuando Darío corregía las últimas pruebas de *Azul*... y Tondreau esperaba, angustiado, la hora propicia para embarcarse hacia Coquimbo, más de una vez hubo de pasar entre los dos jóvenes el grave problema de la existencia del poeta en la sociedad civil, que no sabe bien para qué ha nacido ni, menos, de qué es capaz. Darío dio forma sintética a lo que allí se conversaba, en un breve y poco divulgado poema, y lo dedicó, como indicaba la lógica del corazón, a su amigo chileno, que a su vuelta a Santiago lo iba a publicar en *La Tribuna* (6 de octubre). He aquí ese poema:

Lo que son los poetas

(Para mi amigo Narciso Tondreau)

Un sacerdote antiguo,
rodeado de canéforas,
explicaba con cláusulas gallardas
lo que eran los poetas.
"Los dioses aman —dijo—
a los hombres que sueñan
en cosas misteriosas y profundas,
y cantan. Rubia y bella
se les ofrece Venus. Les da Apolo
su lira musical de siete cuerdas.
Lo formidable y lo pequeño admiran.
Comprenden sus secretas
sublimidades. Athos
y un nido de oropéndolas
iguales son ante su vista. Adoran
la gran naturaleza.
En la selva les cantan las cigarras
y en el azul les miran las estrellas.
Dicen que en el Olimpo
les brindan ambrosía y les dan néctar
y que Júpiter mismo les saluda
inclinando realmente la cabeza.
He aquí, pues, que son dioses
y humanos, y en la tierra
todas las dichas suyas son, y todos
los dolores les huyen. Y las tercas
miradas nunca ven de los infaustos
hados".

A la asombrada concurrencia
que oía y meditaba,
se acercó un viejo. Era
hermoso, y su gran barba refulgente

de plateadas hebras
hacía recordar la del gran Néstor,
flotando al aire ante las huestes griegas.
A los hombros caía
la espesa cabellera.
No veía, y miraba al infinito
con su pupila ciega.
"Sacerdote —exclamó—, cuando concluyas,
si quieres que de Troya la gran guerra
te cante, dame el rumbo de tu casa
y bríndame las migas de tu mesa,
pues hoy, en todo el día, no he comido,
y se me pega al paladar la lengua".

Valparaíso, 8 de agosto de 1888.

En *Historia de un poema de Rubén Darío*, el ilustre darriísta chileno Julio Saavedra Molina (*Revista de Educación*, septiembre-octubre de 1941, p. 80-3) explicó, por lo demás, con todo el relieve necesario la génesis de esta composición y ofreció al lector, en reproducción fotográfica, el original completo de la misma, conservado por Narciso Tondreau. Las explicaciones en que abunda este artículo proceden, como es fácil colegirlo, de idéntica fuente, pues Tondreau más de una vez fue consultado por Saavedra Molina sobre Darío. En sustancia, los dos poetas se encontraron en Valparaíso en agosto de 1888, según sabemos, y como, al parecer, Darío atravesaba una seria crisis de pobreza económica y desorientación espiritual, *Lo que son los poetas* habría sido la salida estética que el nicaragüense daba, en su lengua y estilo, a los graves problemas que ensombrecieron las conversaciones de esos dos muchachos.

Capítulo V

EN LA BOHEMIA SANTIAGUINA

Desde agosto de 1886 quedó abierto para Darío el panorama urbano de Santiago, del cual quiso apropiarse parcelas cada vez más extensas, en paseos y vagancias que le iban a servir inclusive para la creación literaria. En la vida callejera observó, en diferentes sitios, impresiones de la más variada índole, desde el cuadrito de costumbres empapado en poéticos ensueños, hasta el boceto sarcástico de algunos de los cuentos de *Azul...*, en donde *La canción del oro*, especialmente, conserva el aire y el perfume de la ciudad. Fresca es igualmente la impresión que le brinda Santiago en algunos rasgos del tantas veces mencionado Prólogo de *Asonantes*, entre los cuales cabe citar éste por su intención:

El roto santiaguino es vivaz, malicioso, ocurrente, aguerido y cruel. El *gamin* es hermano del suplementero. (*Obras desconocidas*, p. 283).

En visión sintética de lo que le aconteció por aquellos días en Santiago, recién llegado, Rubén Darío consignaba años después en su *Autobiografía*:

Tardes maravillosas en el cerro de Santa Lucía. Crepúsculos inolvidables en el lago del Parque Cousiño. Horas nocturnas con Alfredo Irarrázaval, con Luis Orrego Luco, o en el silencio del palacio de La Moneda en compañía de Pedro Balmaceda y del joven conde Fabio Saniniatelli, hijo del ministro de Italia.

En sus vagancias por la ciudad, más de una vez, también, pudo divisar al personaje de actualidad, al prócer, y al evocar el cuadro del Santiago de sus cariñosos recuerdos, esas imágenes también volvieron a ocupar su pluma en la *Autobiografía*:

¿Qué más recuerdos de Santiago que me sean intelectualmente simpáticos? La capa de don Diego Barros Arana; la tradicional figura de los Amunátegui; don Luis Montt en su biblioteca.

Debe notarse, a propósito, que Darío fue asiduo lector de la Biblioteca Nacional de Santiago, como lo había sido de la de Managua, cuyo local se encontraba entonces ubicado frente a los jardines del Congreso, en la esquina de las calles Bandera y Compañía. En la plazoleta que se abría hacia el norte del edificio veíase el mármol blanco de la estatua sedente de don Andrés Bello, ahora emplazada junto a la puerta de la Universidad de Chile. Y allí, en la Biblioteca Nacional, comenzaba a imperar don Luis Montt, erudito bibliógrafo, como nuevo director del establecimiento. A la muerte de Amunátegui, Darío escribió un artículo de muy encumbrado elogio, pero en él queda a las claras que apenas conocía su obra; físicamente, en cambio, le evocaba con gran limpidez en el Prólogo de *Asonantes*:

Amunátegui era otra gran columna. Una mañana, yendo por la Alameda, soberbio lugar de palacios de piedra, estatuas de bronce y arboledas vastas, vi pasar un viejo meditabundo, que iba con capa —allá donde nadie la usa—; un extremo de ella rozaba el suelo, y el hombre pensativo era saludado y saludaba a su vez a todo el mundo. Era don Miguel Luis Amunátegui el amigo de Bello. (*Obras desconocidas*, p. 280).

El personaje que tan imponente parecía a los ojos del joven nicaragüense, por muchos años hizo viaje todos los días entre su casa y la Universidad de Chile, de la cual era secretario general, y el Instituto Nacional, donde mantenía desde la mocedad la cátedra de literatura; y aunque ese viaje era muy breve, no mayor de tres cuadras, le daba ocasión de ver a mucha gente porque en ese trayecto el paseo era entonces como un ágora a la cual convergían multitud de seres importantes. A Darío, el esplendor de Santiago le hizo grande impresión, y llegó a gratificarlo con epítetos que hoy nos suenan un poco excesivos. ¿Es que la capital de tan modesta república podía parecer tan grande como él la diseña? Hay tal vez algo afectivo en el cuadro, que embellece ciertos rasgos y dulcifica otros. Vamos viendo.

De noche, Santiago es triste y opaca exteriormente. En sus salones ríe el gas en la seda y chispea la charla. El 18 de Septiembre la ciudad se engalana, llénase el campo de Marte de soldados, va el Presidente a la revista en coche tirado por cuatro caballos, precedido de batidores, y en las calles se escucha ruido de cascos y ruedas, de gente que pasa, y estruendo de fanfarrias y clarines. (*Obras desconocidas*, p. 283).

Parapetado en las columnas de *La Epoca*, el poeta logró acogida en un público abierto a las novedades pero exigente y serio.

Santiago en la América Latina es la ciudad soberbia. Si Lima es la gracia, Santiago es la fuerza. El pueblo chileno es orgulloso y Santiago es aristocrática.

¿Podrían hacer mella en estas gentes las palabras gráciles y sutiles de aquél a quien pronto se apellidó decadente?

Santiago es rica, su lujo es cegador. Toda dama santiaguina tiene algo de princesa. Santiago juega a la Bolsa, come y bebe bien, monta a la alta escuela, y a veces suele hacer versos en sus horas perdidas.

No, éste no es su mundo; el ritmo de la vida es aquí duro, agresivo casi; la lucha por la existencia adquiere cierta impiedad.

Las empresas periodísticas son ricas, pero algunas demasiado económicas.

En fin, suprema queja del poeta:

Santiago paga poco a sus escritores y mucho a sus palafreneros.

Pero en medio de aquella aridez hay el oasis, la mesa alegre donde se discute y se ríe entre gente de tono, de fortuna y de ideas: *La Epoca*, donde tiene franca y familiar entrada el forastero.

Uno de los escritores más representativos de aquel grupo, Carlos Luis Hübner, que en varias ocasiones alcanzó hasta la prensa, donde iba a dejar buena fama de ingenio chispeante y ameno, tuvo la encomiable prolijidad de enterarnos del ambiente de *La Epoca*, tan decisivo para la aclimatación de Darío en Chile. Oigamos sus recuerdos:

Me fui a la *Epoca*, donde redacté gratis (lo digo para *inter nos*) la sección *El día* y donde encontré una docena de colaboradores amigos. De las charlas amables y de las cenas alegres, nacieron varios estudios críticos que no tardaron en adquirir soplo de vida, lanzados al mundo desde las columnas del diario. Uno de ellos fue el estudio sobre *Renglones cortos*, el volumen que se debió llamar *Chicotazos*, y que ha sido causa de ésta mi digresión autobiográfica que aquí corto para proseguir con mi asunto.

Echo de menos para estudiar el nuevo volumen de poesías de Irarrázaval, la atmósfera de aquel año 87, para mí de feliz recuerdo. El círculo de colaboradores de aquel diario era entonces brillante: con amena profusión alternaban en sus columnas artículos de Alberto Blest y de Pedro Balmaceda, prematuramente arrancados del mundo; artículos de Rubén Darío, de Luis Orrego Luco, de Tondreau, de Jorge y de Roberto Huneus, de José Gregorio Ossa, brillante pléyade tan nutrida de verdaderas dotes literarias, como sistemáticamente proscriba de las gangas de gobierno; allí estaba Irarrázaval, haciendo sus primeras armas, y yo perdiendo mi tiempo. (*Revista del Progreso*, t. III, p. 363).

Y Emilio Rodríguez Mendoza, que como hermano de Manuel hubo de ir más de una vez a la imprenta de *La Epoca*, ha recordado asimismo en *La Libertad Electoral*:

Conocí por ese entonces a Rubén. Le vi por primera vez en *La Epoca*, metido en una de esas piezas de imprenta en que sólo hay unos cuantos libros en desorden, y unos cuantos centenares de diarios revueltos o destrozados por el abuso desmedido que de las tijeras se hace en nuestros diarios. Lo volví a ver muchas veces en la tertulia literaria de la calle de Nataniel número 3. (*Travesuras críticas*, 1º de febrero de 1896).

Las tertulias de *La Epoca*, como las han evocado algunos de sus partícipes en años siguientes, se hacían de noche y cuando el trabajo del diario estaba terminado o pronto a finalizar. Se distribuían tazas de té entre los asistentes, y todos ellos, como es de uso entre gente de prensa, hablaban a gritos o pensaban en voz alta, sin respeto a ninguna conveniencia. Mac Clure, el director, asistía también de vez en cuando a la charla, al volver del teatro o de las comidas de etiqueta o de las reuniones políticas en que se veía obligado a dar número por su calidad de diputado.

La conversación de Rubén Darío era agradable y amena —recordaba Ossa Borne—. “Non sempre”!... Solía tener sus días sombríos. En ocasiones, “callado como un muerto”, brotaba una chispa de su cerebro, y tornábase alegre, decidor, pasmoso de inagotables recuerdos de poesías enteras, de largos trozos de los autores que admiraba. Pero su compañía, por lo general, en la intimidad, grata, era también a menudo costosa, porque Rubén gustaba de buenos platos y caros licores, y no sabía apreciar su relación con los inmediatos medios de sus amigos que solían verse en amarillos aprietos, calificados por él de “celestiales” por ser celeste el imperio de los amarillos.

Los que recibían el título de amigos eran bien pocos, reducidos por las exclusivistas simpatías del poeta. La llegada de algún extraño al círculo, y sobre todo de quien no fuera grato a Rubén, daba a su ceño

en un punto mismo

de cólera y esplín los fruncimientos.

Y si notaba en sus compañeros que participasen de la antipatía hacia el intruso, cumplíase aquello de

... charlo como un necio,

salpicando el discurso

de burlas, carcajadas y dicterios.

¿Que me miran? Agravio.

¿Me han hablado? Zahiero.

Por cierto que, así, las cosas no podían terminar invariablemente en santa paz. Una vez estuvo al producirse un altercado, pero lo evitó la ingeniosa y salvadora intervención de Vicente Grez... Darío era aficionado a los cuentos picarescos, de los que poseía buen caudal, y los refería con sal y pimienta, "con mostaza" decía él. Las risotadas con que eran celebrados le causaban visible placer. Pero ¡ay! del chascarillo y de la verba si la mampara del gabinete reservado se abría para algún visitante no deseado!... (*Pacífico Magazine*, abril de 1918).

De la visita en el cuartucho de *La Epoca*, Luis Orrego Luco recordaba a Rubén Darío como "alto de cuerpo, de color avellanado, de ojos pequeños y brillantes, nariz aplastada, barba escasa", y señalaba, además, que "era flaco". "Cualquiera —agregaba— hubiera dicho un indio sentado en el *wigwam* al verlo con su aspecto indolente, su fisonomía inmutable y cobriza". Y otro buen amigo de las primeras horas de Santiago, Irrarrázaval, en 1933 le evoca así:

No era muy alto, pero lo parecía, a causa de la flacura y la flexibilidad de su cuerpo y de la estrechez de las ropas, y de lo corto de las mangas. El cuerpo era flexible en las piernas, flexible en el talle, flexible en el cuello, y daba, al andar, la impresión de esas cañas que crecen al borde de los arroyos cristalinos y reflejan su sombra en el agua que corre. La frente era ancha y pálida, el cabello ligeramente rizado, los ojos pequeños, casi oblicuos, encapotados con párpados gruesos y perezosos, los labios abultados y sensuales, la boca distraída. Cuando Rubén Darío bebía, su semblante se bañaba en una tenue luz verdosa y lívida. (*La Nación*, 14 de abril de 1933).

Ossa Borne le conoció en *La Epoca*, en cuya tertulia nocturna fue asiduo gracias a la amistad que le unía con Rodríguez Mendoza. A la muerte del poeta le diseñaba así:

El joven nicaragüense era enjuto de rostro, muy moreno, de amplia y despejada frente pensadora, coronada por muy negros cabellos lisos, invariablemente peinados, engomados sobre el casco y partidos al lado izquierdo. Fulgurante el mirar de sus ojos pardos, antes pequeños que grandes. Ancha y corta la nariz muy apartada del delgado labio superior, distancia que atenuaba la sombra del escaso bozo. El labio inferior grueso y sensual. Resaltaba la boca grande, ancha, y que encerraba una hermosa, blanca y pareja dentadura. El conjunto correspondía tal vez a la pregunta que él mismo se hace en *Prosas Profanas*: "¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de Africa, o de indio chorotega o neograndano?" Cambiemos el Africa por Asia, para conformarme a mis recuerdos que no admiten rasgos africanos y sí bien nipones en aquel rostro. Su estatura era mediana. Poco provisto de carnes, deprimido de pecho, angosto de hombros. Reposado el andar, de cuando en cuando interrumpido para atender mejor algún concepto del interlocutor, o para acentuar mayormente el propio discurso. Suave y agradable su voz, de timbre medio; pausado el hablar; moderado y simpático el reír; abundante el ademán, como si subrayara la frase, y que tenía tendencias a señalar la frente o a cubrir con la mano ahuecada la parte posterior de la cabeza. Por lo general, taciturno. (*Un manojo de recuerdos rubenianos*, *Pacífico Magazine*, abril de 1918).

Estos retratos físicos de Darío corresponden tal vez a la realidad, puesto que, rasgos más o menos, convienen a lo que de él vieron otros testigos de más tarde. Escojamos uno especialmente caracterizado: Amado Nervo. El poeta mexi-

cano dijo de él: "Alto¹, robusto, inexpresivo, ojos oscuros, pequeños, vivos, nariz ancha, de alas sensualmente abiertas, barba y cabellos ligeramente rizados, manos de marqués. Parsimonioso y zurdo continente, hablar pausado y un sí es no es tartamudeante, pero siempre ático y fino". (*El éxodo y las flores del camino*, ed. Reyes, p. 173). Conviene recordar que entonces (1891) Darío usaba la barba, que en Chile se rasuró siempre.

La fisonomía se anima si la amistad reemplaza al estimamiento, y cuando no hay espectadores en quienes el poeta no tenga perfecta confianza. En esa primera ocasión cuando le vio Ossa Borne, después de retirarse algunos visitantes, se salió de juerga y entonces el poeta se transfiguró. Mientras no se reunieran esas circunstancias, callaba y prefería oír a conversar:

Si lo invitáis a una tertulia de hombres —escribió Rodríguez Mendoza, su amigo de esos días—, a una velada literaria, le veréis reclinado negligentemente sobre una butaca, fumando un cigarrillo de papel o panetelas de Upmann; hablando poco pero siempre con cierta sonrisa, mezcla de orgullo y de ironía; ojeando cinco libros a la vez si los cinco son novedades literarias llegadas de Francia o de España; quedándose dormido cuando se habla de política o de grandes negociaciones; dispuesto en cualquier momento a libertarse del velo de tristeza que le envuelve, y a ponerse en pie y hablar con entusiasmo, si se trata de discutir la hermosura de una dama o de hablar de los caprichos de la misma; esperando impasi-

¹ Puede llamar la atención que Nervo señale como alto a Darío, cuando algunos de sus amigos chilenos le describen de mediana estatura. Se trata de medidas relativas. Ossa Borne medía más de

un metro ochenta de alto, y bien pudo parecerle pequeño el poeta centroamericano. Amado Nervo, en cambio, era muy bajito; Orrego Luco también era de talla corta.

ble la hora de cenar para darse el placer de improvisar unas cuantas estrofas o de beber una copa a la salud de las hadas que lo conducen hasta la región donde todo es aurora. (*La Tribuna*, Santiago, 1º de diciembre de 1888).

Como apéndice de la tertulia de *La Epoca*, la había también en la casa de Rodríguez Mendoza, ubicada en la calle Nataniel Cox, a la cual asistían regularmente Domingo Amunátegui Solar, Alcibíades Roldán, Pedro Balmaceda, Vicente Grez, el doctor Puga Borne, Narciso Tondreau, Samuel Ossa Borne, Manuel del Campo, Jorge Huneeus Gana y, naturalmente, Rubén Darío desde que por su presencia en *La Epoca* le fue dada la oportunidad de ligar amistades santiaguinas.

Refiriéndose al té de amigos que con Rodríguez Mendoza mantenían algunos jóvenes de ese tiempo, Ossa Borne cuenta algo acerca de aquella tertulia, en su doble calidad de contertulio habitual y frecuente y de vecino de los hermanos Rodríguez Mendoza en la calle Nataniel. He aquí sus palabras:

Algún tiempo después, Manuel Rodríguez Mendoza, jefe de sección del Ministerio de Industria y redactor del diario *La Epoca*, fijaba su domicilio en calle Nataniel, frente a su amigo Ossa, que era secretario del Correo. Las tareas periódicas absorbían sus primeras horas de la noche. Ya que no abandonar el té de los amigos, hubo de cambiarse su momento. Pero se mantenía siempre. Habiendo luz en las ventanas contiguas a la Iglesia Protestante, estaba franca la entrada y el periodista seguro de ser aclamado al presentarse. Allí llegó no pocas veces con Pedrito Balmaceda, algunas con Narciso Tondreau, con Javier Rodríguez del Río, con Tomás Ríos González. Pedro León Medina y Vicente Grez vivían en

la misma calle y solían hacer sus irrupciones. (*Revista Chilena*, t. I, 1917).

Emilio Rodríguez Mendoza, en tanto, que por ser hermano menor de Manuel no podía lograr acceso a aquella tertulia, alcanzó apenas a divisar a Rubén Darío, generalmente silencioso y pensativo, en el cenáculo, y ha conservado la impresión de lo entonces entrevisto en su libro de recuerdos *Como si fuera ayer* (p. 49 y siguientes). El hecho es que Darío, cuando dejó el transitorio albergue de *La Epoca*, tomó alojamiento, en calidad de pensionista, en una casa de la misma calle Nataniel Cox donde vivían los hermanos Rodríguez Mendoza, Samuel Ossa Borne y otros amigos, y desde entonces "Rubén menudeó a toda hora sus visitas a mi casa —escribe Rodríguez Mendoza—, que para él era camino hacia el centro de la ciudad. Llegaba, entraba, se instalaba a esperar a Manuel y se sumergía en una butaca color bronce, apreciablemente cómoda, que le permitía echar atrás la cabeza, cerrar los ojos y juntar las manos, estrechándose suavemente las puntas de sus dedos de violoncelista" (ibidem, p. 57). Advertidos y cariñosos, los habitantes de aquella casa ponían generalmente a sus alcances una taza de té. Y una noche, después de haber hecho Manuel Rodríguez Mendoza y Darío una visita al cementerio, ocurrió que el poeta, amedrentado, no quiso seguir a su refugio sino que pidió albergue a su amigo:

—No puedo marcharme solo, y tú, que eres bueno, tendrás que alojarme, porque me siento aterrorizado... ¡Los muertos, los cráneos... Hamlet, Yorik..., las sombras..., el más allá..., el más allá!... Soñar, dormir acaso... ¿Oyes cómo suenan esas palabras? Me muero de terror y no tengo vergüenza de confesarlo a mi amigo, a mi hermano... Dame cognac... (Ibidem, p. 61).

Esta escena de terror nocturno que obliga a Darío a solicitar albergue en la casa de Rodríguez Mendoza, tenía un motivo preciso: la visita al cementerio; pero hay testimonio de otra, en los recuerdos de Alfredo Irarrázaval. Contaba éste en 1933 que cuando llegó el cólera a Santiago, su hermano Galo y él pusieron casa aparte a fin de no llevar el contagio a su hogar, y se llevaron a vivir con ellos a su amigo Rubén. Debe ser éste el tercer hogar de Darío en Santiago, posterior a la casa de pensión de la calle Nataniel Cox, evocada por Rodríguez Mendoza. He aquí las expresiones de Irarrázaval sobre el tema que nos interesa.

Miguel Felipe Fierro —un santo laico—, con la cabeza blanca de canas y el corazón tierno y afectuoso como el de un niño, tomó la dirección del Lazareto del Sur, en el Camino de Cintura. Yo le acompañé. Y con este motivo, Galo y yo, separados de la familia por el temor de un contagio, pusimos campamento aparte en la calle de la Catedral, en los altos de la casa de la bondadosa señora Mena de Mira.

Rubén Darío se vino a vivir con nosotros, y ahí escribió el lindo prólogo de mis *Renglones cortos*. Una noche mi hermano y yo, llegamos a nuestra casa entre 11 y 12. Había luz en el cuarto de Rubén. Cuando nos aprontábamos para introducir la llave en la cerradura, la puerta de calle se abrió desde adentro y apareció a nuestros ojos el poeta, que había bajado la escalera. El cuerpo le temblaba y la voz traicionaba una emoción profunda.

—¿Qué tienes? —preguntó Galo.

—Miedo —contestó Darío.

—¿Miedo? ¿A quién?

—No sé; no me doy cuenta —replicó el poeta—. Pero he sentido pasos . . . Venían y se alejaban . . . Un fantasma invisible me echaba el hálito helado sobre la frente y se alejaba después en puntillas. ¡Qué horrible angustia! ¡No vuelvan a dejarme solo! Ahora que han llegado . . . ya podré dormir.

Y, efectivamente, 10 minutos después, dormía como un niño ².

La importancia de esta anécdota, entre las muchas revelaciones de la intimidad de la existencia de Darío a que abren paso los recuerdos de sus amigos chilenos, la apreciará especialmente el conocedor de la obra del cuentista, ya que en 1893, al redactar el cuento *Thanathopia*, el autor daba forma literaria, en labios de su protagonista, a observaciones que calzan primorosamente con la anécdota revelada por Irrarrázaval. El personaje de aquel cuento decía: “—Sí, os repito: no puedo dormir sin luz, no puedo soportar la soledad de una casa abandonada; tiemblo al ruido misterioso que en horas crepusculares brota de los boscajes en un camino; no me agrada ver revolar un mochuelo o un murciélago; no visito, en ninguna ciudad a donde llego, los cementerios; me martirizan las conversaciones sobre asuntos macabros, y cuando las tengo, mis ojos aguardan para cerrarse, al amor del sueño, que la luz aparezca”.

Ligadas a estas impresiones del terror nocturno, a veces inmotivado, en los recuerdos de los amigos chilenos de Rubén Darío aparecen también las de la simple bohemia, con amor a las mujeres fáciles, largas veladas báquicas y curiosidad nunca saciada de probar los nepentes que se prodigan en copas y vasos. Alguna alusión se transparenta en lo que sobre él se escribió para evocar sus años de Chile; sus traba-

² Con el título de *El gran lírico Rubén Darío y su permanencia en Chile* publicó Remac en el diario santiaguino *La Nación* una larga entrevista a Alfredo Irrarrázaval Zañartu, el día 14 de abril de 1933. En ella, además de fragmentos que hemos copiado, se ofrece

una nueva versión del nacimiento del abrojo *Cuando la vio pasar el pobre mozo*, la cual nada nuevo añade a las versiones que más adelante señalaremos. Remac es seudónimo de Rafael Elizalde Mac Clure.

jos literarios de entonces, especialmente los cuentos *La Canción del oro*, *El rubí* y *La ninfa en Azul...* y *El humo de la pipa* en *Obras desconocidas*, muestran la delectación del poeta en los licores, a los que recuerda allí, como esteta, por su color, su perfume y su similitud con flores y piedras preciosas, no sin que se eche de ver, por eso mismo, el amor goloso que a ellos le une. Léase, por ejemplo, en *La ninfa*:

Era la hora del *chartreuse*. Se veía en los cristales de la mesa como una disolución de piedras preciosas, y la luz de los candelabros se descomponía en las copas medio vacías, donde quedaba algo de la púrpura del borgoña, del oro hirviente del champaña, de las líquidas esmeraldas de la menta.

Lo grave es que los éxtasis alcohólicos se rebajaban pronto de nivel, y de esas mesas bien abastecidas y adornadas, a cuyas márgenes trataba con jóvenes elegantes y damas seductoras, iba cayendo a otras menos agradables, de donde era preciso hacerle salir para proceder a la convalecencia. Emilio Rodríguez Mendoza, hermano de Manuel, que de éste recibió no pocas informaciones de peso, registra en globo aquellas historias. "Supe después, cuando los años y la carne me pusieron en situación jurídica de imponerme de cosas tan trascendentales para las letras y la historia moral de aquella época deliciosamente bohemia, que más de una vez, y cuando ya se daba a Darío por definitivamente descarriado, por lo menos extraviado, se le encontraba redimiendo flaquezas en alguna calleja del Santiago negro, rodeado de un auditorio mixto y nada tranquilizador, al cual recitaba, cerrando los ojos al armonioso son de alguna arpa más babilónica que bíblica, el *Cantar de los Cantares* o algunas de las estrofas destinadas a quedar retenidas entre las espinas de *Abrojos*,

su primer libro, es decir, la primera aparición de una gloria desnuda y sollozante". (*Como si fuera ayer*, p. 54).

Otra nota útil para configurar también el ambiente bohémio de entonces, nos la dará Federico Gana, quien no trató a Rubén Darío en Chile, como reminiscencia de conversaciones con Manuel Rodríguez Mendoza.

—Como usted comprende —agregaba Manuel—, con este sistema de gastar el dinero, y no era mucho el que Darío ganaba en *La Epoca*, su situación era siempre precaria. Pedro Balmaceda y yo éramos sus confidentes, sus amigos íntimos; escuchábamole continuamente lamentarse de su pobreza, de las dificultades que solía tener con la dueña de casa de pensión donde se hospedaba. En cierta ocasión, Darío hacía cinco o seis días que no iba a la imprenta y nadie habíale visto por el centro. Temimos con Pedro que estuviese enfermo y juntos fuimos a visitarle. La patrona de la casa nos dijo que estaba bien porque no le había oído quejarse de mal alguno, pero que hacía seis días que estaba en cama y no se levantaba, y agregó:

—Es muy raro este caballero. Ahí se lo pasa acostado, rodeado de libros y de papeles, hablando solo a ratos. No me llama sino para pedirme de comer.

Pedro Balmaceda interrogó a la señora sobre cuánto pagaba el poeta por la pensión y si debía algo. La señora contestó que, efectivamente, ese día vencía el mes y expresó la cantidad. Entonces Pedro, con una rápida mirada, echó mano a la cartera. La señora al observar el ademán, agregó:

—Aún debe más, caballeros, porque todos estos días he tenido que darle algunos extras que aumentan la cuenta, y estos son muchos pichones que se ha comido, que he tenido que mandarlos buscar afuera, porque desde que está en cama, éste ha sido su único alimento.

Ud comprende nuestra hilaridad. Naturalmente, entre Pedro y yo tuvimos el placer de pagar el mes de pensión y los famosos pichones! (*Zig-Zag*, 2 de diciembre de 1916).

El abandono era, sin embargo, más constante, y afectaba a todas las relaciones de la existencia. Si del poeta dice el vulgo, por lo general, que vive en la luna, de éste, en concreto, podía afirmarse que no se bajaba jamás voluntariamente de ella, y que era preciso apearle por la fuerza, sea para que cumpliera algún trabajo interrumpido o sólo para evitar el evidente suicidio. Irarrázaval Zañartu, testigo tanto de la vida pública como de la vida oculta de Darío, en 1933 lo decía en esta forma:

Lo que más nos sorprendió en Rubén eran sus ausencias de espíritu; su absoluta incompreensión de las cosas prácticas, banales y corrientes de la vida; contestar los saludos, acudir a las citas, escobillar la ropa, desplegar la servilleta, pagar las cuentas, etc. Parecía vivir en otro plano, en constante comunicación, interna y misteriosa, con los espíritus. Solamente cuando el vate comenzaba a llenar carillas, se desplegaba, en lo invisible, la escala de Jacob y descendían por ella los espíritus y las Musas, trayendo en sus manos los joyeles incomparables de su inspiración tropical.

La bohemia a la cual se asomaba Darío en esas horas, estaba formada de los más rudos contrastes de ambiente. Ossa Borne, que le acompañó no pocas veces en nocturnas correrías, ha dejado mención de la pobre mujer de vida fácil, Domitila, como nombre de guerra o apodo literario, que adquirió transitoria prominencia ante el poeta, quien solía dejarla estupefacta con sus audacias de expresión y sus delirios.

En casa de Thais —escribe Ossa Borne—, Rubén Darío cayó en éxtasis, exageró la mudez ante sus compañeros y solamente tuvo palabras en la intimidad de ella, de ella a quien fue necesario prevenir antes a solas. Más tarde aquella Domi-

tila reconocía no haber comprendido desde el primer instante lo que había en ese hombre, cuánto encerraba de talento el joven poeta, cómo en la intimidad le resultaba encantadora su palabra, extraña, única; cómo era un mundo su cerebro, y fue su grande amiga a quien dedicó recuerdos de que, desgraciadamente, no se han encontrado los apuntes.

Y entonces sobreviene el contraste. Domitila, ruda y acaso ignorante de todo, le debe haber parecido al poeta más apreciable que la diva de buena voz, bella sonrisa y refinada coquetería, a quien solían frecuentar sus amigos para divertirse con su charla extóica. "Visitaban Rubén Darío y algunos amigos a una bella extranjera que cantaba con donaire. El poeta estaba mudo, insoportable, terco, contestando a medias y con visible mala gana. Vio en un bolsillo de Pedrito Balmaceda algo como un libro y se apoderó de él. Se juzgó grande la impertinencia. No era, ciertamente, aquel sitio para ir a leer. Así se le hizo presente, una vez en la calle. Pero la réplica fue rápida. El no había ido a leer ni había leído. El había escrito. El libro que sacó del bolsillo de Pedro le dio el papel para escribir impresiones:

.....
.....
Porque para oír su voz
Que nada tiene de rara,
Oler *Cold Cream* en su cara
Y besar polvo de arroz,
Treinta millones de veces
Prefiero a la Domitila".
.....

Capítulo VI

PEDRO BALMACEDA TORO, A. DE GILBERT

De los muchos amigos que encontró Rubén Darío en Chile, la mayoría no fueron más que tertulios de redacción, que suelen alternar cuatro palabras con el escritor nuevo que ha venido a plantar su tienda en Santiago; pero otros ahondaron más en el poeta y supieron advertir en sus tristezas, en sus desencantos, en sus melancolías, la escondida perla de un raro talento poético. Mas ninguno alcanzó hasta donde Pedro Balmaceda, porque ninguno poseía los mismos ideales artísticos ni aceptaba tan ampliamente como Balmaceda la visión que el nicaragüense tenía formada del mundo.

Y ahora quiero evocar el triste, malogrado y prodigioso Pedro Balmaceda —escribía Darío en su *Autobiografía*—. No ha tenido Chile poeta más poeta que él. A nadie se le podría aplicar mejor el adjetivo de Hamlet: “Dulce príncipe”. Tenía una cabeza apolínea sobre un cuerpo deforme. Su palabra era insinuante, conquistadora, áurea. Se veía también en él la nobleza que le venía por linaje. Se diría que su juventud estaba llena de experiencia. Para sus pocos años tenía una sapiente erudición. Poseía idiomas. Sin haber ido a Europa, sabía detalles de bibliotecas y museos. ¿Quién escribía en ese tiempo sobre arte sino él? ¿Y quién daba en ese instante una

vibración de novedad de estilo como él? Estoy seguro de que todos mis compañeros de aquel entonces acuerdan conmigo la palma de la prosa a nuestro Pedro lamentado y querido.

Y ¿cómo no evocar ahora que él fue quien publicara mi libro *Abrojos*, respecto al cual escribiera una página artística y cordial?

Cuando llegó Darío a Santiago, acababa de llevarse a cabo la elección presidencial, y se sabía que los votos de la mayoría de los electores favorecerían la postulación de don José Manuel Balmaceda, quien fue proclamado Presidente electo por el Congreso Nacional el día 30 de agosto. Asumió la Presidencia el 18 de septiembre, con el siguiente ministerio: Eusebio Lillo, Ministro del Interior; Joaquín Godoy, de Relaciones Exteriores; Agustín Edwards, de Hacienda; Pedro Montt, de Justicia e Instrucción Pública, y Evaristo Sánchez, de Guerra y Marina. Pedro Balmaceda Toro era el hijo mayor del Presidente, y en La Moneda, palacio de gobierno, quedó instalado su hogar.

Es el propio Darío quien ha contado las circunstancias que rodearon su primer encuentro con el joven Balmaceda, en un relato que debemos respetar hasta la última letra dado el valor de confesión personal que posee.

A Balmaceda lo conocí recién llegado a Chile, y fue de los primeros corazones que me hicieron endulzar la ausencia de la patria nativa.

Yo trabajaba en *La Epoca*.

Al hojear un día los diarios de la tarde, encontré en *Los Debates* un artículo firmado con un pseudónimo que no recuer-

do, artículo cuyo estilo nada tenía de común con el de todos los otros escritores de entonces¹. Era sobre la muerte de un romancero popular, uno de esos poetas broncos e ingenuos que florecen como los árboles salvajes, al sol de Dios y al viento que les acaricia. No pude saber por de pronto quién era el autor de aquellas líneas deliciosas en las que la frase sonreía y chispeaba, llena de la alegría franca del corazón joven.

Al poco tiempo, Manuel Rodríguez Mendoza llegó a la redacción con Pedro Balmaceda. Presentaciones. Charla. Hablando de asuntos de letras, le comuniqué mis impresiones respecto al artículo aquel.

—¡Soy yo! —me dijo con una expresión de vanidad infantil, esa que excluye el orgullo necio y es límpida como el agua de una fuente montañesa. (*A. de Gilbert*, p. 5-7).

Estaban conversando en el diario cuando sonaron las campanas de alarma bomberil, y Darío creyó conveniente disculparse con su amigo por dejarlo solo: su deber le llevaba al incendio para dar cuenta de él en la crónica de *La Epoca*. Balmaceda no aceptó esta separación repentina, y se propuso acompañarle; Darío aceptó, y echaron a caminar, tomados ya del brazo, como viejos acamaradas.

“Conversamos largamente camino del lugar del incendio y ya estábamos cerca, en medio de la aglomeración de las gentes, frente a las llamaradas que se extendían sobresaliendo por las techumbres encendidas; y la cuestión literaria era el objeto de nuestra plática. Apenas si sentíamos los estrujamientos, el hablar confuso de la muchedumbre acompasado por la cadenciosa palpitación de las bombas, el estallido de los cristales en el fuego, el golpe de las hachas, la voz

¹ El artículo de Balmaceda sobre Bernardino Guajardo fue publicado en *Los Debates* el 5 de

diciembre de 1886, pero, contrariamente a lo que afirma Darío, sin ninguna firma.

de las bocinas y clarines". (*A. de Gilbert*, p. 10). Y entonces, ¡cosas de la juventud!, mientras una casa ardía, los muchachos, que discutían sobre los Goncourt y sobre Zola, comunicándose su amor por Francia, disertaban a más y mejor sobre sus destinos, y terminaron —horas después— dándose las buenas noches frente al palacio de la Moneda. El día de este encuentro ha sido precisado por don Julio Saavedra Molina: 10 de diciembre de 1886.

El joven escritor chileno a quien Darío había distinguido, como experto catador de esencias literarias, al través de un artículo que bien pudo pasarle inadvertido, se había rodeado de un ambiente de arte que complacía a sus amigos. Manuel Rodríguez Mendoza, que recibió del Presidente Balmaceda el encargo de editar y prologar las obras de su hijo, recordó algunos adornos de las habitaciones de Pedro que acreditan las aficiones del joven artista, ansioso de abarcar a todas las horas del día la inspiración de su pequeño museo. "En su gabinete de estudio había también un testimonio elocuente de sus aficiones artísticas. Arreglado con gusto y originalidad, llamaba de preferencia la atención por su escogida librería de autores contemporáneos, la más valiosa que haya visto a ningún joven dedicado al cultivo de las letras. Tenía la pasión de los cuadros y las porcelanas; de las acuarelas y de las tierras cocidas; de las aguas fuertes y los grabados; de los tapices antiguos y de las curiosidades pompeyanas. Para él, un autógrafo de los Goncourt, un busto de Carpeaux, un retrato de Carolus Duran, un botón de rosa, en el cual hubiese puesto sus labios una mujer hermosa y de ingenio, valían, por sí solos, mil veces más que todos los efectos que se ocultan en los sótanos helados de los bancos".

Darío describió por lo demás con todos los pormenores deseables el ambiente en que se desarrollaban sus veladas de La Moneda en la dulce compañía de Pedro Balmaceda. La decoración de esas habitaciones aparecerá en seguida representada en no pocas páginas de *Azul...*, de modo que interesa retener en sus propios términos la evocación del poeta. He aquí sus palabras:

Entrando por la puerta principal al Palacio de La Moneda, se subía una escalera, a la izquierda —al pie de la cual se pasaba un granadero, el arma al brazo—, se iba rectamente pasando frente a la puerta del despacho del Presidente de la República, se torcía a la derecha, y se encontraba entre varias, tras una crujía de piezas, a unos cinco pasos, una puerta con vidrios deslustrados. Era la del gabinete de Pedro; el que tenía antes de la última refacción de esa parte del palacio.

Un pequeño y bonito cuarto de joven y de artista, por mí fe!; pero que no satisfacía a su dueño. El era apasionado por los *bibelots* curiosos y finos, por las buenas y verdaderas japerías, por los bronceos, las miniaturas, los platos y medallones, todas esas cosas que dan a conocer en un recinto quién es el poseedor y cuál es su gusto. Paréceme ver aún, a la entrada, un viejo pastel, retrato de una de las bisabuelas de Pedro, dama hermosísima en sus tiempos, con su cabellera recogida, su tez rosada y su perfil de duquesa. Más allá, acuarelas y sepias, regalos de amigos pintores. Fija tengo en la mente una reproducción de un asunto que inmortalizó Doré: allá en el fondo de la noche, la silueta negra de un castillo; la barca que lleva un mudo y triste remador; y en la barca tendido el cuerpo de una mujer pálida. Cerca de este pequeño cuadro, un retrato de Pedro, pintado en una valva, en traje de los tiempos de Buckingham, de Pedro cuando niño, con su suave aire infantil y su hermoso rostro sobre la gorguera de encajes ondulados. En panoplia, los retratos de la familia, de amigos, y entre éstos, llamando la vista, el de don Carlos de Borbón, vestido de hua-

so chileno; retrato que le obsequió el príncipe cuando Pedro fue a pagarle la visita que aquél hizo al Sr. D. José Manuel Balmaceda, a su paso por Santiago ².

En todas partes libros, muchos libros, libros clásicos y las últimas novedades de la producción universal, en especial la francesa. Sobre una mesa diarios, las pilas azules y rojizas de la *Nouvelle Revue* y la *Revue des Deux Mondes*. Un ibis de bronce, con su color acardenillado y viejo, estiraba su cuello inmóvil, hierático. Era una figura pompeyana auténtica, como un César romano que le acompañaba, de labor vigorosa y admirable.

Cortaban el espacio de la habitación, pequeños biombos chinos bordados de grullas de oro y de azules campos de arroz, espigas y eflorescencias de seda.

Había una puerta que daba a las salas de la familia, y otra opuesta que llevaba a una pequeña alcoba.

Junto a esta última, no lejos del piano, se veía colgado un cuadro de madera y en el centro un pedazo de seda con los colores de la bandera francesa, opacos y descoloridos por el tiempo. En letras viejas se leía en él *Liberté, Egalité, Fraternité*. Era un pasaporte del tiempo del Terror. Sobre una repisa, entre varios *bibelots*, sobresalía una quimera de porcelana antiquísima, de un tono dorado, con las fauces abiertas. (A. de Gilbert, p. 27-32).

Abriendo paso en sus reminiscencias a la amistad que le había prodigado Pedro Balmaceda, el poeta decía también, siguiendo el hilo de sus emociones, que éste había sido para

² Por esta referencia al retrato de don Carlos de Borbón, que estuvo en Chile en junio y julio de 1887, cuando Darío vivía en Valparaíso, puede caerse en la cuenta de que éste reunía en la me-

moría las diversas visitas que hizo en La Moneda a las habitaciones de su amigo Pedro, y que, en concreto, no pudo ver el retrato antes de setiembre de 1887, fecha de su segundo viaje a Santiago

él “como uno de esos seres desconocidos que nos sonríen, cariñosos y fugaces, en el país del sueño”, en tal medida había probado comprender sus apetencias de hombre a quien el refinamiento encantaba, a condición de que le sirviera de vehículo el arte.

Por lo demás, no fue la literatura el solo objeto de las ocupaciones de Pedro Balmaceda: otras artes le interesaron, hasta el punto de haber pretendido abarcarlas más como ejecutante que como *amateur*. Según los recuerdos de Manuel Rodríguez Mendoza, Ernesto Molina, gran pintor chileno, le enseñó a dibujar con lápiz y pluma “y le dio algunas lecciones para la combinación de los colores que se emplean en la pintura al óleo”. Balmaceda solía llevar paleta de pintor en sus excursiones por Viña del Mar y por Lota, y en las vacaciones de 1888 pintó algunos pequeños cuadros con motivos marinos y de paisajes campestres.

En el taller de Nicanor Plaza —agrega Rodríguez Mendoza— aprendió a modelar en greda... Dibujaba, pintaba y esculpía como un aficionado de talento y de esperanza.

De las artes plásticas pasaba también a la música, inquieto aún en su vibrante juventud, indeciso acerca de lo que en definitiva sería la ruta del futuro. “Todos sus amigos le oyeron entonar con una voz afinadísima, aunque de poco volumen y extensión, y tocar en el piano, con refinado gusto, trozos de *Carmen*, *Mignon*, *Gioconda*, *Hebreá*, *Aída* y otras partituras...”, informaba Manuel Rodríguez Mendoza, después de Rubén Darío el más autorizado testigo de esa vida tronchada. En el refugio que se había dado en La Moneda, palacio presidencial, al hijo primogénito del Presidente de la República, no se conservaban sólo testimonios de las artes a las cuales dedicaba su atención Pedro Balmaceda, sino tam-

bién algunos de los instrumentos adecuados para ejecutarlas, como un piano, predilecto de ciertas horas de reposo y ensueño.

En aquel rincón encantador, caluroso de hogar, los dos jóvenes artistas se fugaban del mundo: el chileno de su asma inquietante, de su tuberculosis, de su cuerpo frágil señalado a la muerte prematura, y el nicaragüense de la estrechez de su miseria, para evocar el cuadro de sus futuras hazañas.

Íríamos a París, seríamos amigos de Armand Silvestre, de Daudet, de Catulle Mendès; le preguntaríamos a éste por qué se deja sobre la frente un mechón de su rubia cabellera; oiríamos a Renan en la Sorbona y trataríamos de ser asiduos contertulios de madame Adam; y escribiríamos libros franceses! Eso sí. Haríamos un libro entre los dos, y trabajaríamos porque llevase ilustraciones de Emilio Bayard, o del ex chileno Santiago Arcos...³.

Como este cuadro ya está visto, vamos a otro en el lomo del incansable Pegaso:

Y luego, ¿por qué no?, un viaje al bello Oriente, a la China, Japón, a la India, a ver las raras pagodas, los templos llenos de dragones y las pintorescas casitas de papel, como aquélla en que vivió Pierre Loti; y vestidos de seda, más allá, pasearíamos por bosques de desconocidas vegetaciones, sobre un gran elefante.

La risa sacudía los hombros hundidos del rubio adolescente chileno, una mueca se dibujaba en el rostro del centro-

³ Darío y Balmaceda aluden a Santiago Arcos, hijo, que poco antes había publicado en París una traducción de Bécquer ilustrada

por él. Arcos había nacido en Chile, pero se le podía llamar "ex chileno" porque nunca más volvió a su tierra natal.

americano. Sabía éste que su compañero estaba condenado a pronta muerte, y presentía que el suyo sí era camino de triunfador.

No olvidaré en toda mi vida —porque si de la memoria se me borrasen las tendría presentes en el corazón— las noches que en ese habitáculo del cariño y del ingenio pasé, cuando el cólera en 1887 vertía en la gallarda Santiago sus venenosas urnas negras —escribió Darío—. El té humeaba fragante; en el plaqué argentado chispeaba el azúcar cristalina; la buena musa juventud nos cubría con sus alas; la charla desbordante hacía tintinabular campanillas de oro en el recinto; pasaba afuera el soplo de la noche fría; dentro estaba el *confort*, la atmósfera cálida y las ondas áureas con que nos inundaba la girándula del gas; y una ilusión viene y otra ilusión va; un recuerdo, un verso, un chisporroteo; a veces casi hasta la media noche, hasta que un recado maternal llegaba: “Ya es hora de que te duermas”. Entonces aplazábamos el tema comenzado, nos despedíamos, y más de una vez, a eso de la media noche, rechinaron los pesados cerrojos de las enormes puertas del Palacio de La Moneda, dando paso a dos personas. ¡El fiel y viejo servidor de la casa iba a acompañarme, allá lejos adonde yo vivía, a la calle de Nataniell!

Mozos muy jóvenes, con sólo un año de diferencia en la edad⁴, los dos estaban enamorados del arte y de lo bello, del azul, como empezaron a decir siguiendo a Victor Hugo, que para ambos era maestro; y deben haberse creído un tanto aislados en ese ambiente dentro del cual se veían sumidos. La deformidad física de Balmaceda, que era jorobado, le ale-

⁴ Darío había nacido en 1867, y Pedro Balmaceda el 23 de abril de 1868, según la partida bautismal cuya copia tenemos a la vista.

jaba de trasnochadas; pero en desquite, y porque las horas del día no fuesen siempre las más propicias para que estos dos espíritus se comunicaran sus ensueños, el menudo habitante del palacio de gobierno llevaba a su amigo a su propia casa. Eran dos adolescentes, rubio el uno y moreno el otro, que habían comenzado la vida en muy diferente forma. El nicaragüense no había recibido calor de hogar, y vagaba en edad prematura por las repúblicas de la América Central, conociendo intrigas sucias y oliendo la pólvora de los motines. "Desterrado voluntario", afrontaba en Chile la lucha cruel de la vida sin otro escudo que su talento y su sed de arte. El mismo lo dijo en la página final de *A. de Gilbert*:

Llevado por el viento como un pájaro; sin afecciones, sin familia, sin hogar; teniendo desde casi niño sobre mis hombros el peso de mi vida; fatigado desde temprano por verdaderas tristezas, guardo en lo profundo de mi ser bondad, mucho cariño, mucho amor; no seáis injustos. Yo tengo por únicos sostenes mis esperanzas, mis sueños de gloria. Esto me libra de ser escéptico, de ser ingrato, del vahído siniestro del abismo del mal. Yo creo en Dios. Y así voy por el mundo, por un camino de peregrinación, viendo siempre mi miraje, en busca de mi ciudad sagrada, donde está la princesa triste, en su torre de marfil...

Mientras tanto, Pedro Balmaceda, nacido en la opulencia, recibió esmerada educación. La endeblez de su cuerpo, iluminada con el fuego apasionado de sus ojos, atrajo hacia él los cuidados del padre, quien se reservaba tiempo en sus ajetreos políticos para condescender a estimular sus aficiones literarias, y los mimos de la madre, sin duda presintiendo la corta existencia del niño cuyo cuerpo estaba roto.

Estas distancias, por paradójica ley, les acercaron.

Pedro Balmaceda, por lo demás, abrió a su amistad todo lo que podía corresponderle en las comodidades de que estaba rodeada la vida de su padre, el Presidente de la República. Uno de los coches de gobierno solía conducir a los dos mancebos a dar paseos por los parques públicos, lo que permitió a Darío formarse una idea espléndida del Santiago que estaba recorriendo. Así por lo menos se ve en las líneas siguientes, tomadas de *A. de Gilbert*, irreemplazable testimonio autobiográfico.

En las tardes de primavera, cuando aun el otoño con sus melancolías grises acaba de desaparecer, y los árboles hojosos de la Alameda, con traje nuevo, se enfloraban, acostumbrábamos ir al Parque Cousiño, a proseguir nuestra incorregible tarea de soñar y divagar. Ibamos en uno de esos coches que allá nombran "americanos", cerrados, mas con vidrios que dejan campo a la vista por todos los cuatro puntos. Se le ordenaba al cochero ir paso a paso. Cada vez en el viaje teníamos cuadros e impresiones nuevas, ya en los lados de la Alameda, donde se estacionan los carruajes, transeúntes, vendedores de frutas con sus cestos, los de helados con sus botes de hojalata en la cabeza, cada cual canturreando su melopea especial; un fraile, *rara avis*, los brazos cruzados y la cara limpia al rape; una desgraciada, envuelta en su manto, dejando ver la faz llena de afeites, un florero que ofrece sus ramos frescos; o allá, siguiendo por la calle del Ejército Libertador, la fachada de las casas ricas; los carruajes particulares a las puertas; las lindas damas apenas entrevistas en las rejas, o en los peristilos y entradas de los palacetes. Y entre todos éstos, la morada de la millonaria señora de Cousiño, opulenta y envidiable, con su entrada elegante, sus alrededores floridos, sus *panneaux* pintados por Clairin, sus retretes que nada tienen que envidiar a un interior parisiense, su comedor entallado y valiosísimo, y sus obras de arte, entre las que impera un Guido Reni, sober-

bio desnudo inestimable. Y así, yendo a lo largo de la extensa calle, y tras dar vuelta a una plaza, torcer y pasar por la Artillería, llegábamos a las puertas del parque.

A lo lejos, veíamos la cordillera de los Andes, y más cerca, los cerros que, coronados de nieve, semejaban, según ocurrencia de Pedro, "una gran mermelada espolvoreada de azúcar". El parque, cuyo nombre viene de haber sido este sitio cedido a la municipalidad por el millonario D. Luis Cousiño, es uno de los mejores paseos de la populosa capital. Largas avenidas, calles amplias para la circulación de los carruajes, una extensa "pampa" donde se dan las grandes revistas militares; arboledas variadas, jardines poblados de flores, en que resaltan manchas de primulas, grupos de rhododendros y de ciclamores carmesíes primaverales, floderlisados cándidos sobre fondo verdoso, explosiones rojas de peonías apiñadas, y entre sus cercos de esmeralda, largas filas de violetas, en sus palacios trémulos que mueve el aire y recoitan las tijeras de los jardineros. Aquí están las glorietas cubiertas de madreselvas y de campánulas; allá, frente al café donde se detienen los paseantes para invadir las mesas y los kioscos, la laguna con sus barcazas, los puentes curvos y rústicos, los sauces de largas barbas verdes como los árboles de aquella floresta de la *Evangelina*, y los móviles peces rojos que forman remolinos sangrientos en las aguas glaucas.

Caminábamos, reíamos, pensábamos. En esos paseos fueron concebidos muchos cuentos, muchos versos. En esos paseos delineó Pedro en su mente, como con el clarión un pintor esboza en la tela, aquella página diáfana del *Camino del Sol*, y aquel cuento blando y otoñal en que las palomas vuelan en el templo sobre el ataúd de la virgen difunta.

¡Ah, sí! su espíritu mariposeaba, flotaba; iba poseído de un anhelo casi místico, a besar estremecido los labios de púrpura de las centifolias, a sorprender las cópulas misteriosas en los cálices perfumados; visitaba las penumbras y frescores eclógicos; y así os explicaría cómo en sus páginas se perciben

aromas penetrantes, estallidos de capullos, tibiezas de nidos. A veces, un simple cuadro común era la oruga de un cuento irisado. (A. de Gilbert, p. 79-84).

Algo de lo entrevisto en aquellos paseos quedó, con fresca impronta, en las páginas de *Azul...*, en cuya prosa puede seguirse la vida santiaguina conforme el más bello de los itinerarios. Los jardines de las mansiones suntuosas y los interiores de las mismas, aparecen desde luego en *La canción del oro*:

Tras las rejas se adivinaban extensos jardines, grandes verdores salpicados de rosas y ramas que se balanceaban acompasada y blandamente como bajo la ley de un ritmo. Y allá en los grandes salones debía estar el tapiz purpurado y lleno de oro, la blanca estatua, el bronce chino, el tibor cubierto de campos azules y de arrozales tupidos, la gran cortina recogida como una falda, ornada de flores opulentas, donde el ocre oriental hace vibrar la luz en la seda que resplandece. Luego, las luces venecianas, los palisandros y los cedros, los nácares y los ébanos, y el piano negro y abierto, que ríe mostrando sus teclas como una linda dentadura; y las arañas cristalinas, donde alzan las velas profusas la aristocracia de su blanca cera.

En las veladas de La Moneda no siempre estaban solos aquellos dos amigos, y Darío ha recordado los nombres de algunos de sus habituales acompañantes, que contribuían a dar a las reuniones el tono íntimo y artístico que les presta relieve en los recuerdos.

Eran de su confianza, Carlos Eguiluz, antiguo secretario de su padre, joven de buen criterio, carácter amable, muy versado en la literatura francesa, y que, en los escasos momen-

tos que su ocupación le dejaba libre, iba a la conocida pieza de su amigo a tener descanso y charla⁵. Manuel Rodríguez Mendoza, nuestro compañero de *La Epoca*, que dejaba oír en aquel recinto sus ocurrencias, sus juicios implacables, sus hipóboles, sus risas burlescas, y sus frases gráficas como una caricatura de Caran d'Ache. El poeta Tondreau, que llegaba poco y tocaba el piano o leía versos; Luis Orrego Luco, uno de los *jeunes* de más talento y mejor estilo; un joven pintor, cuyo nombre no recuerdo y que a la hora en que escribo debe estar en Europa perfeccionándose en su arte⁶; Alfredo Irarrázaval, poeta satírico y mozo de espíritu alegre, que habla como escribe, con la diferencia de que quizás le cuesta más conversar que derramar versos picantes y fáciles; y un poeta que nunca iba a verle, pero que altamente le comprendía y admiraba, Pedro Nolasco Préndez, cantor de vuelo de cóndor, de versos robustos y valientes, cuyo fogoso pegaso si a veces la tierra toca con sus cascos, siempre tiende hacia las altas cumbres, y tiene líricas crines ondeantes, y bello lleno de espumas épicas. (A. de Gilbert, p. 72-4).

De un viaje que Pedro Balmaceda hizo al mineral carbonífero de Lota se han salvado las reminiscencias del joven escritor chileno confiadas a su amigo y que éste dio a luz en el libro que dedicó a su muerte. Son fragmentos de cartas, y poseen, por eso mismo, el encanto y la frescura espontánea propios del género epistolar cuando se le practica con aban-

⁵ A este Eguiluz dedicó Darío *El palacio del sol*, en la primera publicación que se hizo en *La Epoca*, 15 de mayo de 1887. *El palacio del sol* fue después incluido en *Azul*,...

⁶ Dos pintores salieron de Chile por ese tiempo en viaje de estudios como señala Darío: Alfredo

Valenzuela Puelma, en mayo de 1887, y Ernesto Molina, en marzo del mismo año. Habiendo sido éste mencionado por Rodríguez Mendoza entre quienes hicieron clases de su arte a Pedro Balmaceda, según ha podido verse más arriba, parece que la alusión del poeta conviene mejor a él.

dono. "... Contemplo a un lado la nota verde —escribía Balmaceda—, siento la melodía amplia y sonora de los grandes pinos y de los copudos alerces, el aire suave de los eucaliptus, el cabeceo majestuoso de las araucarias y el remolino pardo-oscuro de los robles. ¡En pleno parque de Lota! Por aquí se entra al cielo".

En otra carta, más extensa, intenta el chileno describir el parque mismo en su interioridad. Diseñado en una colina que se interna hacia el mar, ofrece todas las variantes de la perspectiva, y como se han diseminado estatuas de mármol en sus encrucijadas, las sorpresas se revisten de particular hechizo para los ojos del gentil adolescente artista. Y hay también pájaros que vagan sueltos en la espesura, pájaros que consueñan con el ambiente de la fronda. Derrotado por la empresa, después de haber narrado alguno de aquellos motivos, el joven dice a su amigo:

Si quisiera describirte todo esto, necesitaría ser pintor, haber palpado la naturaleza, conocer los secretos y los horizontes azules del arte, haber luchado en la escultura con las formas abruptas de la roca y los griegos modelados de los jarrones satíricos.

¡Linda manera de confesarse vencido por aquel paisaje de ensueño! En el cual, por lo demás, sufrió Pedro una de las amenazadoras crisis de salud con que se podía presentir su pronto final. El diario *La Situación* informaba el 5 de diciembre de 1887 en los siguientes términos:

Don Pedro Balmaceda, hijo de S. E. el Presidente de la República, ha vuelto a sufrir el ataque que en Concepción puso en peligro su vida. Temiendo que el estado de su

salud se empeore, el distinguido joven, que se encuentra en Lota, regresará a Santiago en un día de esta semana.

Darío, informado hasta sus más menudos pormenores sobre aquella crisis de salud, la refiere así en *A. de Gilbert*:

Hallándose Pedro en Lota, hará como un año, sufrió uno de los más formidables ataques de su dolencia. Estaba en una fiesta. "Sentía —me dice en una carta—, sentía morir lejos de mi casa, de mi familia; y lo que más me martirizaba era morir de frac y corbata blanca". Cayó y le llevaron a un lecho. Le abanicaron, le descinaron la ropa, le dejaron al fin solo "con las flacas voluptuosidades de mis huesos", dice.

En su piano solía tocar Balmaceda algunos trozos de Chopin, que el poeta nicaragüense escuchaba extasiado; y por el lazo sutil de la música llegó éste a conocer el más íntimo secreto de su joven amigo: estaba enamorado.

Tenía Pedro una amiga que era como él adoradora del músico polaco —comentaba Darío en *A. de Gilbert* (p. 47-9)—. Una joven, casi una niña, tal vez un ángel, quizá el espíritu más artístico y delicado de toda la ciudad de los palacios. El la amaba fraternalmente como a una angelical alma, compañera de la suya. La visitaba todos los días; ella le tocaba de Chopin; y aquella dama de ojos llenos de luz y de enigmas, calmó con sus melodías más de una amarga pena en el pecho de su amigo enfermo.

Y Pedro le pidió versos para llevarle a esa tierna criatura, que estaba llamada a sobrevivirle. Darío accedió, y compuso esta

Rosa

Mujer, flor. La mejilla
sonrosada es gemela
del pétalo, do brilla
la gota de rocío que se cuela
entre los rayos de la luz. La boca
fresca, es el cáliz donde se halla preso
en tibio nido de perfume, el beso.
Alba! la luz adora
esta rosa aromada y sensitiva.
Oh, amor! Tú eres la aurora
que bañará de luz esta flor viva.

Darío ha recordado también que le encontró un día desilusionado por el logro del estilo. Los ensayos juveniles le parecían ya cortos, y quería algo más:

¡No! No es eso lo que yo deseo. ¡Basta de novelitas de Mendès, de frases coloreadas, de hojarasca de color de rosa! El fondo, la base, Rubén: eso es lo que hay que ver ahora. Leeremos a Taine, ante todo. Nada de naturalismo. Aquí tengo a Buckle. A Macaulay es preciso visitarle con más frecuencia. Caro, el francés, y Valera, el español, servirán de mucho. Déjate de pájaros azules.

Lo más general en el espíritu de Balmaceda era, sin embargo, la búsqueda de lo nuevo en los escritores franceses más recientes, de los cuales había alcanzado a formar una biblioteca no por incipiente menos rica; y a esos escritores les admiraba antes que el fondo de ideas y de doctrinas, la riqueza de la elocución, el chisporroteo del ingenio, el amor de la decoración fastuosa y elegante, más cosmopolita que nacional. Es verdad que en aras de la novedad llegaba hasta

señalar la excelencia de la obra de Zola, ya que sus gustos iban más que por el lado de la *gauloiserie* por el de las extremas finuras de la expresión. Y es el propio Darío quien, recordando palabras de su amigo con motivo de la prematura muerte, le señala en este aspecto de sus predilecciones literarias:

El tenía en su conversación mariposeos y transiciones. Había en esto mucho de mujer. A intervalos, la risa vibraba su diapazón:

—Por mi parte, hombre, yo opino que es suficiente gloria para los hermanos Goncourt haber sido los introductores del japonismo en Francia, haber dado la nota del buen gusto en los muebles y adornos de salón con plausibles resurrecciones de cosas bellas, y haber presentado a Zola y el desarrollo de la escuela. ¿Qué crees tú? Pero por lo visto, tú no te fijas. ¡Qué ...! Escribiremos un libro hirviente titulado *Champaña* ...

Y nos reíamos.

No sabemos, porque la muerte lo ha vedado, cuánto de esta amistad iba a influir en la obra del malogrado Pedro Balmaceda; nos queda en cambio la influencia positiva, irre-dargüible, que éste ejerció sobre su amigo. Ya se verá, cuando hablemos de *Azul*..., todo lo que el poeta asimiló de las charlas con su amigo chileno, de las lecturas que sin duda hicieron juntos, del ambiente de arte rico y adornado que Balmaceda captaba en los libros que recibía de París y en las revistas que le informaban del movimiento simbolista de entonces. Este asunto quedó suficientemente explayado en *Obras desconocidas*, donde ocupa las páginas LI - LXXVI de la Introducción. Los temas del Modernismo estudiados allí

son todos los siguientes: los cisnes, las flores de lis, la decoración modernista, japonerías y chinerías, el bosque mitológico, las joyas y pedrerías, los centauros, las palomas, ninfas, sátiros y bacantes. Merced a la reproducción, en columnas paralelas, de fragmentos de obras escritas en Chile y de otras posteriores, pudo establecerse que Darío había encontrado en este país, por primera vez, algunos modos de decir y asociaciones de ideas y de imágenes que le iban a servir, años más tarde, para componer sus poemas modernistas. En suma, dicho en otra forma, quedó establecido que el Modernismo había nacido en Chile.

En las reminiscencias de Darío, la figura de Pedro Balmaceda fue elevada a la categoría de tema para la creación literaria: así nació *La muerte de la Emperatriz de la China*, cuento, que no aparece en la primera edición de *Azul*. . . aunque sí fue incluido por su autor ya en la segunda. Recaredo, protagonista de aquel relato, no puede ser otro que Pedro Balmaceda, y la pasión que aquél sufre por una estatuilla oriental es parecida a la que de verdad dominó a Balmaceda y que Darío cuenta en *A. de Gilbert*:

No sé si tuvo mi brillante compañero una de esas pasiones dominadoras que consumen, no sé que haya tenido santuario en su corazón ninguna mujer de carne y hueso. El murió a los veintiún años. Aquella adolescencia parecía tender sus alas a lo desconocido y misterioso. En la Ville de París, en un gabinete en que se apartan las cosas escogidas, lejos de todos los vulgares objetos de *bric-à-brac*, había un adorable busto de tierra cocida que a la vista semejaba un bronce. Era una Bianca Capello, tierna como si estuviese viva, con frente cándida que

pedía el nimbo y labios de donde estaba para emerger un beso apasionado, o femenino arrullo columbino. Se destacaba la cabeza morena sobre el fondo de un cortinaje de brocatel ornado a franjas de plata y seda ocre oriental. Bianca era la amada de Pedro. Allí la íbamos a ver. El le hacía frases galantes.

—Mi novia —me decía.

Un día me recibió con estas palabras de gozo.

—¡Por fin la tengo!

En efecto, Bianca adornaba ya, en puesto de honor, el salón principal de la familia. Me entristecería ver ahora la faz enigmática y apacible de la viuda de Pigmalión.

Para más pormenores sobre la curiosa pasión del joven escritor chileno por aquella figura de cerámica, pasión en todo efectiva, véase la carta que damos en el Apéndice (II), dirigida por Pedro Balmaceda a su amigo Préndez.

Dentro del cuento, Pedro queda transformado en escultor, y la estatuilla de Bianca Capello en “un fino busto de porcelana, un admirable busto de mujer sonriente, pálido y encantador”.

¿Qué manos de artista asiático —se pregunta Darío en aquellas evocaciones— habían modelado aquellas formas atra-yentes de misterio? Era una cabellera recogida y apretada, una faz enigmática, ojos bajos y extraños, de princesa celeste, sonrisa de esfinge, cuello erguido sobre los hombros columbinos, cubiertos por una onda de seda bordada de dragones, todo dando magia a la porcelana blanca, con tonos de seda inmaculada y cálida. ¡La emperatriz de la China!

En el cuento además se desliza un drama de celos, que según sabemos no calza a la vida de Balmaceda, en la cual no cupieron intensas pasiones de la carne, pero él permite a Darío ensayar una curiosa enumeración de mujeres, en don-

de no es forzado ver sendos retratos de jóvenes chilenas de quienes entonces pudo tener noticias muy directas, al través de los relatos de sus amigos.

¿Lo diría por la rubia Eulogia, a quien un tiempo había dirigido madrigales? Ella movió la cabeza. —No. ¿Por la richona Gabriela, de largos cabellos negros, blanca como un alabastro y cuyo busto había hecho? ¿O por aquella Luisa, la danzarina, que tenía una cintura de avispa, un seno de buena nodriza y unos ojos incendiarios? ¿O por la viudita Andrea, que al reír sacaba la punta de la lengua roja y felina, entre sus dientes brillantes y amarfilados?

Lo más singular de todo es que este cuento fue discutido y comentado, antes de llegar a la pluma, por Balmaceda y por Darío, y que ambos proyectaron, según parece, escribirlo como cariñosa emulación. De Darío se conoce el resultado completo y definitivo; de su amigo chileno sólo el esbozo, trunco o descarnado como esqueleto, que confiaba en carta íntima a Manuel Rodríguez Mendoza. Encargado por el Presidente Balmaceda de recoger las obras de su hijo, Manuel Rodríguez abrió esas páginas con un Prólogo henchido de afecto al joven escritor malogrado en la mañana de la vida, y para enriquecer el Prólogo con algo emanado del propio espíritu que estaba evocando, añadió allí fragmentos de cartas de Pedro Balmaceda en que éste le comunicaba ideales literarios. "Quiero apurar el color, pero en sus tonos más suaves; quiero escribir a lo Watteau, si es admisible esta manera de decir". Y sigue explayándole su proyecto:

La emperatriz del Japón se muere de nostalgia entre sus monstruos de bronce.

Para divertirse un poco le da de puntapiés a sus mandarines y bonzos, y quiebra sus abanicos en las narices de sus damas de honor.

Está celosa de unas Venus que el emperador ha hecho traer de París; desea parecerse a ellas, tener los mismos perfiles griegos.

Hace venir a su pintor favorito, un notable artista, que con una pincelada bosqueja un horizonte y con unas cuantas manchas de espátula, dibuja un pavo real.

—¡Que me hagan mi retrato! —dice la emperatriz.

Segundos después aparecen los acentos circunflejos, los tonos de ámbar quemado, las palideces cerosas de su fisonomía, realzada por el oro y el rubí de sus trajes.

¡Un verdadero ídolo de marfil! . . .

—¡Qué horror —exclama—, ésa no soy yo!

Y el pintor favorito es azotado con látigos de piel de culebra.

Al pasar por donde están las Venus parisienses, el pobre artista exclama:

—Los demonios quieren ser dioses . . .

Al día siguiente la emperatriz no siente celos y se entretiene en dar puntapiés a sus mandarines o en jugar con sus babuchas de seda, color garganta de paloma atornasolada.

No se hacen Venus con el marfil de los ídolos.

Ese es el cuento, que le envió en esqueleto. Cuando esté terminado tendrá su poquillo de intención. ¿Tiene originalidad? Usted contestará por mí.

Quien compare, línea por línea, el esbozo de Balmaceda y el cuento acabado de Darío, podrá convenir con nosotros en que ambas páginas debieron necesariamente en algún instante ser compartidas por los dos artistas. Luego, en Darío, que la llevó más lejos, la obra se cargó de elementos propios, y el autor se dio maña para intercalar en el relato puramente imperial y fantástico la imagen de su amigo, a quien ~~disfrazó~~ bajo el nombre de Recaredo y a quien atribuye, en cambio, como clave para el lector de más adelante, la pasión

por aquella frágil estatuilla de terracota mentada por el poeta no ya en el cuento mismo sino en sus recuerdos de *A. de Gilbert*. El paralelo es sorprendente, y configura la influencia literal de Balmaceda en Darío que se podía sospechar al cabo de tanta intimidad artística.

Hasta aquí hemos aceptado, examinando algunos textos coincidentes, que esa amistad literaria fue tan completa como pudieran pedir los anhelosos corazones de ambos jóvenes. Pero un fidedigno testigo de aquellas horas, Samuel Ossa Borne, que tan fresca memoria conservó de todas ellas, sentía en forma distinta. Poseía por entonces Ossa una biblioteca en formación, compuesta casi exclusivamente de autores franceses contemporáneos, y era amante de la nota nueva y rara. Consta que prestó a Darío no pocos de sus libros, y que sus conversaciones con él iban principalmente a la poesía y a las artes, y de tales conversaciones extrajo, en fin, como conclusión, que el mentor literario de Darío en Chile había sido antes Rodríguez Mendoza que Pedro Balmaceda. La página en que cimienta aquel diagnóstico es de insustituible precisión y merece, ciertamente, la atenta lectura de quien haya seguido hasta ahora la exploración que hacemos en los años de formación y de lucha de Rubén Darío. Hela aquí:

Rubén Darío entregóse, al parecer, de lleno a la amistad de Manuel Rodríguez Mendoza y a su afectuosa y sabia dirección, aunque en la intimidad que entre ambos llegó a existir mantúvose, de parte del poeta, un tono de consideración y deferencia que honraba al uno y al otro y que halagaba a los amigos de Manuel que se apercebían de ello, como yo, no obstante la inconsciencia de mi vagar sin rumbo ni compas, sin otras miras que gozar del vivir, de la juventud, sin tasa ni medida y como infatigable lector. *A la longue la vie va si vite*

aujourd'hui, l'insoucieuse inconscience est si grande, les distractions si multiples..., dijo Villiers de l'isle Adam.

No fue tan completa la amistad que vinculó al poeta con Pedro Balmaceda Toro, por grande que por él fuese el afecto de Darío, y que a ella se unieran las sorpresas que hubo de producir cuanto encerraba el cerebro de ese genial muchacho. Pero su espíritu irresistiblemente escéptico e inquieto, desconfiado y burlesco, no le hizo apto para todas las intimidaciones de Darío. Eso sí, en el campo de las letras hubo entre ambos mucha comunidad de ideas.

Podría decirse, pues, si se acepta el testimonio de Ossa Borne, que los tres se entendieron a maravilla, y que cuando —como es inevitable en la existencia— uno quedaba a la zaga, el otro o los dos iban en su ayuda. De Pedro Balmaceda agrega, también, que “era un ingenio maravilloso, enorme talento natural, conjunto de pasmosas condiciones de asimilación, un interés por ilustrarse que en él lo dominaba todo”.

Al llegar el verano de 1887, Rubén Darío vivía en Valparaíso y Pedro Balmaceda Toro se instaló en Viña del Mar, sitio de recreo en el cual se recogía periódicamente el Presidente de la República, su padre, para olvidar un poco el rumoroso enjambre de los apetitos y de las inquietudes de Santiago. Nueva oportunidad para que los dos muchachos se vieran con frecuencia, y entonces el poeta gozó más detenidamente la compañía del primer mandatario, que, libre de algunos de los deberes inherentes a su cargo, pudo concederle una atención que en la capital apenas podía ser insinuada.

El señor Balmaceda —escribió Darío al evocar la vida de su hijo—, persona de rara potencia intelectual, además de las dotes de gobernante y de político que posee, es un literato y orador distinguido. Sobre todo, en la tribuna es donde ha triunfado más en su vida pública. Su voz es vibradora y dominante; su figura llena de distinción, la cabeza erguida, adornada por una poblada melena, el cuerpo delgado e imponente, su trato irreprochable de hombre de corte y de salón, que indica a la vez al diplomático de tacto y al caballero culto. Es el hombre moderno.

Esta soberbia estampa de varón, frecuente en Chile, se había humanizado no poco en Viña del Mar, donde el poeta le contemplaba más que como al político en auge, magnificado por el poder, como al padre cariñoso y comprensivo de su joven amigo. Dada la breve distancia que media entre Viña del Mar y Valparaíso, Darío, en fin, pudo ser más de una vez huésped de los señores Balmaceda en su casa veraniega, a diferentes horas del día y algunas veces en la del almuerzo, *sans compliments*, en familia:

Era en su mansión de Viña del Mar, en el precioso *chalet* donde pasaba las temporadas de verano —escribía después Darío—. Presentado a él por su hijo el brillante y malogrado A. de Gilbert, tuve la honra de sentarme a su mesa. Estaban allí su madre, una anciana y venerable dama; su esposa doña Emilia Toro, nieta del señor Toro Zambrano, conde de la Conquista, sus hijos y dos amigos íntimos; el hoy ilustrísimo señor Obispo Fontecilla y el afamado general Cornelio Saavedra, pacificador de los indios araucanos.

Oyéndole hablar en aquella elegante mesa, Darío pudo penetrar más allá de la cubierta del personaje, con lo cual avanzó algo para el diagnóstico del inquietante Balmaceda, cuyo suicidio, en 1891, sin duda le sobrecogió.

En la mesa era la voz del Presidente la que se oía sobre todas, en los mil giros de la conversación. Balmaceda poseía ese agradable chisporroteo de los buenos conversadores y cierta delicadeza de percepción y de juicio casi femenino. Al instante se advertía que de continuo está en tensión el cordaje de sus nervios.

Sin avanzar nada, como se ha visto, de la situación política de Chile, Darío estaba interesado en el espectáculo que le daba el Presidente de la República visto en la intimidad o, como dijo el mismo poeta, *at home*, y ese espectáculo era digno de atención y de estudio. Darío le respeta y le quiere por ser el padre de su joven amigo, pero como figura política central en el país en que se halla de paso, sin duda aspira, además, a entenderle en cada una de sus imprevistas facetas.

Las relaciones entre Rubén Darío y Pedro Balmaceda no sólo se mantuvieron entonces sino que, merced al ambiente, se robustecieron y afianzaron. A Darío, por ejemplo, le convenía en alto grado mantener su colaboración para *La Epoca* de Santiago, y para ello hubo de confiar en la buena amistad de Balmaceda, quien ocasionalmente escribía en ese diario con el ya bien conocido seudónimo A. de Gilbert. Así se desprende de algunas de esas colaboraciones, que el diario santiaguino insertaba en la sección de *Bellas Letras*, acompañadas de muy elogiosos comentarios en que se reconoce acaso la pluma de Balmaceda. Con motivo de la traducción de *Pensamientos de otoño*, sobre un poema original de Armand Silvestre, Balmaceda escribía líneas delicadas y encantadoras:

PENSAMIENTOS DE OTOÑO.— En esta sección publicamos una composición inédita que nos ha remitido desde Valparaíso el joven poeta don Rubén Darío.

Hay ciertas personas para quienes la historia está de más. Darío es una de esas. No tiene biografía, y si la tuviera, nosotros la suprimiríamos, porque ése es el mérito del poeta: vivir ignorado, sin porvenir, sin presente, como las aves de paso, según la expresión de Musset.

La poesía moderna se acerca día a día al ideal de la amargura, a las tristezas mundanas, a las miserias del hambre, de la oscuridad. Los verdaderos poetas son los que sufren, los que lloran, no los que cantan, porque el arte forma la música, las ideas delicadas, las sensaciones del placer, las voluptuosidades del mármol, y sólo quienes tienen el vino triste, quienes tienen la esperanza verde del ajeno, pueden soñar en los ideales perdidos...

Y ¿quién creyera? ¡Para reír hay que llorar! Nuestro amigo, en un libro inédito que ya se encuentra en prensa, y titulado *Abrojos*, nos refiere alegres historias, algo del perfume del jazmín y de las rosas que tienen sus espinas y su poco de sangre.

La poesía que copiamos en esta sección es hermosa bajo muchos conceptos, y serviría de modelo —si nuestro amigo no fuera tan joven— como intención delicada, soñadora, llena de rasgos exquisitos.

En ella se sienten todos los perfumes y murmullos que arrastra el otoño, entre torbellinos de hojas secas; algo del recuerdo de un amor inocente que sólo hablara de los rosales trémulos, algo como una pasión expirante, un crepúsculo del alma.

No necesitan juicio los versos de nuestro amigo. Dominados por la amistad, sólo queremos hacer notar toda la pálida alegría de esta composición, toda la languidez extenuada de sus versos.

Y algunos días después, la misma pluma anónima comentaba el poema *Autumnal* en términos no menos delicados.

AUTUMNAL.—El otoño con todas sus grandezas melancólicas, con sus tristezas infinitas, nos produce la impresión de un himno que se apaga lentamente, de una frase de amor que se corta en la mitad. Los árboles abandonan su ropaje verde y se visten de hojas amarillas. Las hojas se desprenden y ruedan: han cumplido su destino. Los días interminables, las eternas lluvias se acercan, pero antes el cielo se cubre con su manto gris de otoño: la tierra antes de llorar suspira.

En presencia de espectáculo tan sencillito, tan natural, nos sentimos conmovidos involuntariamente. ¿Por qué? ¡Ah! no se analiza el sentimiento.

Rubén Darío, nuestro querido poeta, ha experimentado profundamente esa emoción y ha cantado el himno del otoño, el excelsior del otoño, su *Autumnal*. Hacía mucho tiempo que no veíamos algo tan poético, algo tan sentido como esta composición, quizá la mejor que nos haya dado.

Hace poco tiempo, un brillante artículo de A. de Gilbert saludaba la aparición de los *Abrojos*, expresando lo que todos sentíamos. No tenemos espacio suficiente para esbozar ni una crítica ni un retrato; hemos querido únicamente lanzar una palabra que guardábamos desde hace largo tiempo, decir en confidencia a todo el mundo que las poesías de Darío son encantadoras. (14 de abril de 1887) ⁷.

En esta amistad de almas algo hubo que alejó a los dos jóvenes. Darío lo refiere con suma discreción: "Nuestra amistad fraternal tuvo una ligera sombra. A ella contribuyeron situaciones que me hicieron aparecer ante él como "sirviendo, in-

⁷ Damos estos fragmentos, que suponemos de la pluma de Balmaceda, como aportación al conocimiento de la obra de A. de

Gilbert, recogida a su muerte y por orden del Presidente de la República en un volumen notoriamente incompleto.

tereses políticos contrarios a los de su padre", rápidos relámpagos de carácter, y sobre todo, razones que bien podrían llamarse la explotación de la necesidad. No estreché su mano al partir".

El desconocido incidente que separó a los dos escritores queda envuelto en penumbras, y ninguna de las explicaciones que de él se han intentado puede satisfacer al curioso. Mientras Darío estuvo en Santiago, *La Epoca*, el diario de su colaboración asidua, figuraba en las filas gobiernistas, ya que su propietario, don Agustín Edwards, fue ministro de Balmaceda, y pasó a la oposición sólo avanzado el año 1888. Pero cuando Darío volvió a Valparaíso inició colaboración en *El Heraldo*, que desde sus comienzos, en el mes de enero de 1888, se iba a significar por su oposición a Balmaceda. La referencia anterior podría entenderse en el sentido de que colaborar a *El Heraldo* era una forma de ayudar "intereses políticos" contrarios al padre de A. de Gilbert. En la política misma, Darío no se mezcló para nada, principalmente porque la de Chile estaba en sus días adquiriendo una complejidad tal que se le hacía a él inaccesible. Acaso el origen de aquel incógnito suceso haya de estar más bien en la irritabilidad de los caracteres de ambos mozos, no por maldad ni por sequedad de corazón, sino porque el artista vive entre caprichos y suele tomar por realidad la ilusión y dar proporciones de montaña a lo que no pasa de ser grano de arena. De todos modos, el incidente que distanció a los dos jóvenes ha debido producirse después de enero de 1888, ya que en esta fecha el poeta escribía en el álbum de Elisa Balmaceda Toro la poesía *La lira de siete cuerdas*, que hubo de quedar inédita hasta 1938⁸. En el álbum de Elisa había puesto unas

⁸ La publicó por primera vez don Julio Saavedra Molina en *Poesías y prosas raras*, p. 9.

líneas el pretendiente don Carlos de Borbón, y Pedro, aludiendo a las aficiones monárquicas de Darío, le estimuló a decir también algo en elogio de su hermana. Darío escribió:

LA LIRA DE SIETE CUERDAS

A Elisa

Un Príncipe ha dicho antes
sus palabras más sinceras:
justo es que pulse un poeta
su lira de siete cuerdas.

I cuerda

¿Cantar a la dama? Bien
está, por belleza y fama,
y es muy justo que a la dama
galanterías se den.

¿Cantar a la niña? Es cosa
que más mi lira prefiere.
Soy un loco que se muere
por los botones de rosa.

Tú, ni dama ni niña eres
porque estás en el divino
crepúsculo matutino
en que nacen las mujeres.

Luz y gloria son tus galas,
ángel eres, y en Dios sueñas:
Tú debes tener las señas
donde tuviste las alas.

II

Has de saber, Elisa,
que este mundo y el cielo valen nada
ante el mundo que forma tu mirada
y ante el cielo que crea tu sonrisa.

III

(Melopecta)

Yo me voy a mi tierra, lejos, muy lejos,
donde hay bosques de encinas y robles viejos
y lagos muy azules, y rudos montes,
atalayas que atisban los horizontes,
y de arbol
coronan su cabeza
cuando la diana empieza
que anuncia el sol!

Es la floresta indiana, con sus rumores,
sus pájaros y fieras, nidos y flores;
con el himno salvaje que el viento toca
en su arpa, que es el pino sobre la roca.

Luego, el azul,
los frescos platanales,
los verdes cafetales
y el abedul.
Y cuando ya esté allí,
en medio de mis selvas me acordaré de ti.

IV

Cantar a una paloma es dulce, es suave.
¿No es cierto, Anacreón, y tú, Virgilio,
que lleva la tierna ave
himno en el ala y en el buche idilio?

V

¡Vé qué dicha, corazón:
tiene de la madre el beso,
del hermano la caricia
y de su padre el consejo!
¡Y nota, bardo, qué oro
para cincelar el verso!

VI

La cuerda del madrigal
quise pulsar en la lira;
mas no pulso cuerda tal,
que siempre dice mentira
la cuerda del madrigal.

Con fibras del corazón,
quiero dejar al partir,
en este álbum mi canción,
y la canción vas a oír
con fibras del corazón.

VII

¡Oh niña, niña gentil,
que siempre estés de amor llena!
¡Oh dulce y blanca azucena,
que siempre estés en Abril!

Rubén Darío.

Santiago, enero de 1888.

Capítulo VII

ABROJOS

Pedro Balmaceda por su parte había comenzado a seguir las producciones de su amigo, y en los *Abrojos* encontró muestras de talento y la revelación de una amargura que convenía a maravillas con su triste concepto del mundo. Eran, como dice Darío, “desahogos”, inspirados en las *Humoradas* de Campoamor y en las *Saetas* de Leopoldo Cano, con algo de Bartrina y de otros autores de epigramas; pero señalaban la existencia de un poeta sincero, capaz de exaltarse ante la belleza, todo lo cual impresionó grandemente a Balmaceda. Y cuando llega el instante en que la cartera de recortes de Darío se ha llenado de estas minúsculas fibras de su angustia y de su nostalgia, “Pedro las hizo imprimir en casa de Jover”. La publicación de los *Abrojos* fue anunciada como muy próxima por *La Libertad Electoral*, diario del cual era entonces cronista Narciso Tondreau, a quien se debe atribuir el siguiente suelto:

ABROJOS.— Está ya terminada la impresión del elegante volumen de poesías de don Rubén Darío que lleva el título de *Abrojos*. La impresión hace honor a los talleres de don Rafael Jover, dueño de la Imprenta Cervantes, que es una de las que ejecutan más esmerados trabajos en esta capital.

En cuanto a los versos que el volumen contiene, diremos que son de mérito sobresaliente y que revelan en su autor un poeta de sentimientos exquisitos y refinados.

En el mundo de prosa en que vivimos habrá muchos que no comprendan el libro del señor Darío; pero, consuélase el joven poeta: en medio de la revuelta muchedumbre que adora el becerro de oro, hay muchas almas impresionables que saben distinguir lo que es sentimiento y poesía.

Sabemos que el joven don P. B. T. publicará un juicio sobre el libro del señor Darío.

Las iniciales que el suelto daba corresponden al nombre de Pedro Balmaceda Toro, quien efectivamente escribió sobre el libro de su amigo Darío el día 20 de marzo en las columnas de *La Epoca*. Balmaceda no sólo costó la edición —según creemos— sino que tomó a su cargo la parte ingrata de la tarea: imprenta, corrección de pruebas y demás, porque Darío entre tanto se había ido a Valparaíso.

Entre los libros de Darío, *Abrojos* es el que tiene historia mejor conocida, gracias a la luz que sobre ella proyectaron el propio autor y sus amigos chilenos. En el álbum de Rodríguez Mendoza escribió Rubén Darío la siguiente *Historia de un Abrojo*, que divulgó Orrego Luco al escribir sobre su amigo nicaragüense cuando éste acababa de alejarse de las costas chilenas rumbo a Centro América. Hela aquí:

—¿Noches buenas, no? Charlas como aquellas será difícil que volvámos a tenerlas, entre el ruido de los papeles, uno frente a otro, ambos flacos y soñadores, llenos de ciertas vanidades que son virtud en algunos hombres.

Hablábamos una noche en la sala de redacción, de cierto brillante talento; una triste historia de amor, un capítulo

que bien podría titularse: *De cómo se va al país de Bohemia*. Verdaderamente, el sucedido me impresionó. La lluvia tamborileaba musicalmente, cayendo escasa de los tejados. Hacía frío, frío de esos que hacen pensar en una taza de té, en una copa de vino negro y en un buen lecho lleno de blancuras tibias.

Ya los *Abrojos* —esos abrojos míos que son tuyos también— estaban casi terminados. Luego tú, desesperaste:

—¡Y bien! Ahí tienes tema para uno.

En verdad, la historia melancólica, la locura pálida del desengaño, todo aquello...

Escribí:

Cuando la vio pasar el pobre mozo,
Y oyó que le dijeron: —¡Es tu amada!...

Lanzó una carcajada,
Pidió una copa y se bajó el embozo.

—¡Que improvise el poeta!

Y habló luego
De amor, del placer, de su destino.
Y al aplaudirle la embriagada tropa,
Se le rodó una lágrima de fuego,
Que fue a caer al vaso cristalino.

Después tomó su copa
Y se bebió la lágrima y el vino.
A ti te gustó, ¿no es verdad? — *Rubén Darío*.

La versión que daba Manuel Rodríguez Mendoza en 1888, dentro de la polémica que hubo de mantener con Eduardo de la Barra a propósito del *Azul*..., concuerda con la de Darío, si bien parece más sintética.

Un día le contaba yo una triste historia de amor —dijo Rodríguez Mendoza—, los padecimientos de un amigo mío que hoy no figura en el campo de las letras, a pesar de sus felicísimos ensayos de poeta y de crítico; aquel relato le interesó vivamente, por tratarse de un joven de talento y

perseguido y azotado por la desgracia; tomó entonces el autor de los *Abrojos* una hoja de papel y escribió a vuelapluma esta hermosa composición.

El cuadro bohemio ganó desde entonces una imagen más, acaso la más insistente y pegajosa de todas, y no hay bebedores, por lo menos en Chile, entre quienes no haya discurrido alguna vez, siquiera en retazos, la tentación de beberse la lágrima en el vino. Pero, con el tiempo, se ha ido adornando la escena con nuevos detalles de ambiente y de personas. Orrego Luco, por ejemplo, ya en 1889 presentaba el cuadro en forma ligeramente distinta:

La historia que inspiró a Darío fue la siguiente: Varios amigos habían comido en alegre reunión. Al destaparse el *champagne*, todos brindaron, menos uno, que acababa de recibir uno de esos golpes que dejan una tristeza más y una esperanza menos. Luego salieron juntos, a las ocho y media de la noche, y cruzaron por una de las calles más concurridas a esa hora. Al doblar de una esquina, alguien tomó del brazo a este joven y le dijo:

—Mira, es tu amada.

Era una rubia, una mujer encantadora, que el joven en aquel instante —por las circunstancias de su vida— tenía muy cerca y muy lejos del corazón. La impresión fue tan profunda, que lo apartaron llevándolo a cualquier parte, a un café. Al coger la copa no pudo contenerse, rodaron sus lágrimas y... se bebió la lágrima y el vino¹.

Fuera de aquella explicación que el propio Darío hace de uno de sus abrojos, interesa saber cómo nacieron ellos

¹ Sin pretender desmentir tales explicaciones, recordemos el siguiente pasaje de *Lélia* de George Sand: "Mais quelle douceur était ce? Trenmor cherchait vainement la

cause de ces larmes qui tombaient au fond de sa coupe dans le festin, comme une pluie d'orage dans un jour brulant". (Ed. Michel Lévy, 1896, p. 28).

en conjunto y qué significa el libro en su intención. Sobre todos estos problemas es particularmente plausible el comentario de Rodríguez Mendoza, a quien la colección aparece dedicada.

Nacieron de las *Humoradas* de Campoamor y de las *Saetas* de Leopoldo Cano —escribió Rodríguez Mendoza—; y convino Rubén en que el abrojo debería tener algo de la humorada y algo de la saeta: la nota alegre hermanada con la nota triste, el dolor al lado del placer, la virtud vacilante cerca del vicio victorioso, el deber burlado por la audacia o el cinismo, en una palabra, la risa en los labios y el llanto en los ojos...

El título —la palabra abrojo— se acordó después de leer una bellísima dolora de Manuel Acuña, el poeta loco, autor del apasionado *Nocturno* en que las estrofas parecen escritas con el llanto amargo de las almas enfermas y sin esperanzas.

Si no hubiera sido por la dolora de aquel joven náufrago de la vida, que halló el reposo eterno en una copa de cianuro de potasio, los *Abrojos* se llamarían quizás *Gotas de vitriolo*, título absurdo, al parecer, que le sugerí yo al autor de *Azul*..., a fin de despertar la indiferencia egoísta del público, a fin de sorprender —ésta es la palabra— a los refinados que gustan leer las obras que saben a bombones parisienes...

Darío, cuyo gusto literario era espontáneamente feliz, no aceptó la sugestión de su amigo chileno, y su libro no se llamó *Gotas de vitriolo*... Rodríguez Mendoza agrega:

Pero, siguiendo en mi historia de los *Abrojos*, ¿conoce usted, amigo Samuel, el primero que se escribió en la sala de redacción de *La Epoca*, sobre la misma mesa pedestal en que

la Venus de Milo nos hablaba de ideales y de ensueños que se han desvanecido para siempre?

Tal vez no.

Ese primer abrojo fue mío.

Ello no extrañará a Ud., a Ud. mi inseparable compañero de charlas literarias, que me ha oído lamentar, en medio de las exigencias prosaicas de la lucha por la vida, el suicidio de mis aspiraciones de artista.

Cuando el autor de *Azul*... proyectaba, lleno de entusiasmo, al impulso de las ambiciones generosas de los veinte años, el libro cuyo origen le refiero; cuando Rubén me hablaba de los mil abrojos que enardecían su cerebro, solía yo preguntarle:

—¿Por qué no los escribes; por qué no los aprisionas en unas cuantas cuartillas de papel?

—¡Ah!, me contestaba, es que yo me río a carcajadas de las sederías de Lyon que se exhiben en las vidrieras de Pra...².

El velo de la reina Mab...

¿Ha visto Ud., amigo Samuel, algo más diáfano y sutil, de una fantasía más extrahumana, de un encanto más dulce y divino?

Así me explico que Rubén mirase sus abrojos como entretenimiento baladí, a pesar de que ellos forman una admirable colección de miniaturas al aguafuerte, dignas casi todas del buril de Rembrandt o de Alberto Durero.

Una noche, fría noche de invierno, de las que invitan a beber el vino negro que la sangre enciende y pone el corazón con alegría; una noche de julio o agosto, el tejedor maravilloso de velos de hadas tuvo el raro capricho de exigirme que esbozara en prosa unas cuantas ideas que participaran de la intención de la saeta y la humorada.

—Ya sabes, me dijo: escribe una saeta humorística. Ensayá. Mientras tú meditas un instante, yo daré forma a algu-

² Importante casa comercial de Santiago, que en 1887 poseía la mejor clientela.

nos de mis abrojos. Pero, te confieso que no estoy en mi noche para seguir en pos de Campoamor y de Leopoldo Cano. Siento... ¿A que no imaginas lo que siento? Siento como un lejano enjambre de cigarras y de abejas...

—Adivino, le interrumpí: los poetas como tú gustan del cantar de la cigarra y de la miel que se guarda en cofrecillos de blanca cera.

En seguida, él y yo nos inclinamos sobre el papel; las plumas vacilaron un momento, como si nos distrajera el lejano cantar de las cigarras, el lejano zumbiar de las abejas...

—¿Has terminado, al fin?

—Sí, le contesté; escucha, pero sin burlarte de mí.

Y leí:

“Pobre Maruja... Hice amistad con ella y su madre cuando iban por las mañanas al Mercado, a efectuar las compras para la cocina de un burgués millonario. Maruja era un botón de rosa, fresco y fragante. Pero, qué timidez más extraña y qué pudor más invencible... Anoche —dos años después— la encontré en el vestíbulo del Municipal. La acompañaba un elegante mozo, lo que no fue obstáculo para que ella se sonriera conmigo y me dijera al pasar:

“—¿Qué le pareció *Mignon*? ¡Qué bien la Cordier!...

“Volví a mirar a la pobre muchacha, y... verdaderamente, no la pude reconocer...”.

Rubén, amigo fraternal, tuvo la generosidad de aplaudirme.

—¿Y tú? le dije, para disimular la vergüenza de mi desgraciado abrojo. ¿Has terminado?

—Creo que sí.

—Lee.

Y leyó:

“Lodo vil que se hace nube
“es preferible por todo

“a nube que se hace lodo:

“ésta cae . . . y aquél sube . . .”³.

Me puse de pie y estreché la mano de Darío con cariñoso respeto.

Campoamor y Leopoldo Cano habrían puesto su firma a ese abrojo que, en cuatro versos, compendia la historia de las que caen de mucha altura, hasta arrastrarse en el sucio jergón de las rameras, y de las que ascienden desde muy abajo, hasta redimirse por el amor y el arrepentimiento. . .

Mes y medio después, los *Abrojos* se aplaudían con entusiasmo en algunos círculos literarios de la capital.

Tales fueron, amigo Samuel, los orígenes de esta obra tan discutida por algunos Zoilos y Tartufos de nuestra tierra.

Entre los Zoilos a que se refiere Rodríguez Mendoza podría señalarse tal vez a Luis Orrego Luco. Contaba este escritor que había sido “uno de los primeros en aplaudir estos versos cuando se publicaron, y sentía entonces, como algunos otros, el entusiasmo que expresó con tanto brillo A. de Gilbert”; pero después, es decir, en 1889, ya no le gustaban. Para definir el género mismo de los abrojos, Orrego dice:

Eran composiciones breves, destinadas a expresar un sentimiento doloroso, una espina que se arrancaba del pecho; eran los desahogos de los momentos de amargura, cuando se

³ Este abrojo fue copiado en el álbum literario de Pedro Nolasco Préndez, en donde, junto a la firma de Darío, se lee la fecha noviembre de 1886. Pero Préndez, según parece, no quedó satisfecho con aquellos cuatro versos, y obtuvo nueva contribución a su álbum, el poema que comienza diciendo: “Ante el tribunal divino”

(*Obras desconocidas*, p. 95-7), que encierra un juicio general acerca de las relaciones que medían entre Andrade y Préndez. En el álbum, que hemos visto gracias a la gentileza de Carlos Préndez Saldías, los versos aparecen fechados en el mes de enero de 1887 pero los publicó *La Epoca* sólo en su edición de 4 de marzo.

hallaba realmente en la miseria, enfermo, desengañado y triste; miserias que sólo podemos comprender los que lo conocíamos entonces. Algunos de esos abrojos tienen su historia interesante.

Y luego entra a explicar por qué, a distancia de sólo dos años, no le podía satisfacer aquella poesía incisiva y nerviosa.

La vida, tal como se desprende de los *Abrojos* de Darío, no es la vida real, es un mundo recargado con los colores de las miserias y de las tristezas de aquel tiempo, es un mundo falsificado por el instrumento que lo observa. Esta falsificación yo la perdonaría si fuese sincera, si tuviese el relieve y el sentimiento profundo de las desengañadas concepciones de Leopardi, de Heine y de Musset. La verdad es que Rubén no había dado todavía con el verdadero tono de sus cuerdas de poeta. No debió nunca dedicarse al género subjetivo, al género de Musset y de Heine, a las tristezas íntimas, a los dolores ocultos y poderosos; ni le cuadraban tampoco la burla desdeñosa y cruel, el escepticismo y la pasión de Lord Byron y de Puchkin, el Byron ruso.

Le faltaba una de las condiciones esenciales para cultivar ese género: el ardor del alma, el culto apasionado y personal —a través de la vida propia— de lo bello, el sentimiento poderoso que coloca un revólver en la mano de Werther.

El corazón de Darío era tibio, casi frío, y su imaginación estaba poblada de imágenes brillantes, de armonías, de colores y de sueños. Comprendía de una manera admirable la parte externa de la naturaleza, interpretaba ese mundo de la luz y de la carne con tanta habilidad como Fortuny en la pintura; pero el mundo oculto e íntimo, el de las pasiones tempestuosas que produce los arranques del *Intermezzo* y de las *Noches*, ese no lo conoció nunca. En los *Abrojos* estaba fuera de camino; al escribir su *Invernal*, su *Autumnal*, su *Anatkh*, Rubén Darío fue todo un poeta, un gran poeta. Al buscar sus combinaciones admirables de colorido y de armonía, de luces

y de notas, seguía la senda marcada por Víctor Hugo. (*La Libertad Electoral*, 20 de febrero de 1889).

Según los recuerdos de Samuel Ossa Borne, los *Abrojos* reflejaban situaciones autobiográficas, en el grado que ello le era permitido al poeta por su concepto de la poesía. Aludiendo al "desorden en el vivir del inexperto joven" y a los extremos en que le sumía aquel desorden, dice:

La pobreza avanzaba, vencían los meses y una tras otra se acumulaban las cuotas del alquiler y de la cocinería. Esta situación inspiró el *Abrojo VI*, que dice así:

Puso el poeta en sus versos
todas las perlas del mar,
todo el oro de las minas,
todo el marfil oriental,
los diamantes de Golconda,
los tesoros de Bagdad,
los joyeles y preseas
de los cofres de un Nabab.
Pero como no tenía
por hacer versos ni un pan,
al acabar de escribirlos
murió de necesidad.

Rubén Darío estaba desesperado. Hubo momentos en que se temió pudiese llegar a extremos de locura.

El mismo informante cree, en fin, que algún abrojo nació en *La Epoca*, como experiencia directa del poeta sumergido en la bohemia santiaguina de guante blanco y sombrero de copa, en que sus amigos chilenos le llevaban la delantera.

Una noche llegaron a la sala de redacción el director y sus amigos Ladislao Errázuriz y Vicente Grez. Iban bien dispuestos, y con sus picarescos chascarrillos hicieron la alegría del personal. Mac Clure refirió que una vez que había llamado su atención la hermosura y la gracia de una muchacha en el alegre grupo de obreras que cotorreaban en el dintel de una puerta, volvió y golpeando a ésta, interrogó a la madre de la creatura acerca de si daría entrada a un tuerto. Y, a fin de parecerlo, hizo servir de monóculo una moneda de oro. La interpelada replicó que en su casa no admitía tuertos, pero tal vez pudiera entrar algún ciego. Una segunda moneda convirtió al joven en el ciego del caso, y la mujer fue el lazarillo que retrocediendo lo condujo de ambas manos al interior. El Abrojo XVI daba pocas horas después de oída esta anécdota la impresión que ella dejó en el poeta:

Cuando cantó la culebra,
cuando trinó el gavián,
cuando gimieron las flores
y una estrella lanzó un ¡ay!;
cuando el diamante echó chispas
y brotó sangre el coral,
y fueron dos esterlinas
los ojos de Satanás,
entonces la pobre niña
perdió su virginidad.

El propio Samuel Ossa Borne, uno de los cordiales amigos de Darío en la bohemia santiaguina de 1886, tocó importante papel en la edición de los *Abrojos*, ya que él, según parece de algunas informaciones contemporáneas, asumió —en compañía de Balmaceda— la tarea de corregir las pruebas de imprenta del libro, lo que le permitió conservar los originales para su colección de curiosidades literarias. A él tam-

bién debemos informaciones críticas que adquieren valor dentro de la historia íntima de este libro.

En los *Abrojos* hay lagunas —informa Ossa Borne—. En mi concepto la más grave es esta parte del XXXIII:

Mira, cuando tus ansias vuelo tomen
y te finjan grandezas tus antojos,
bellas, rostros divinos y labios rojos
que unas comen pan duro, otras no comen.

En el original está lo mismo. Los originales son claros. Ellos demuestran que Darío escribió sus *Abrojos*, y lo mismo sus *Rimas*, sin vacilaciones, y las contadas que dieron lugar a tal cual cambio, fueron hechas en el acto mismo de nacer la idea. Las más importantes son las del Prólogo a Manuel Rodríguez, en el cual después del verso:

de nuestras amigas charlas
se alcanzó a escribir:

mi alegre musa, al desgairé
me sopló unos consonantes
a aquel par de fabricantes
de castillos en el aire.

Pero la modificación fue inmediata. Así lo demuestran los originales que están escritos al correr de la pluma siguiendo el pensamiento. De la precedente estrofa, eliminada, se conservó la idea del “fabricante de castillos en el aire”, que se encuentra al final casi de la primera parte del prólogo. Hay en éste también otro caso: en seguida de la frase “y la hipocresía en todo” se alcanzó a escribir: “Mucho tigre carnic”, lo que fue rayado inmediatamente para dejar el verso como está en la edición de Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1887. (*Pacífico Magazine*, abril de 1918).

Y en otra parte de sus recuerdos, Ossa Borne agregaba: "De sus *Abrojos* —que conocí en las pruebas de imprenta y de los que poseo los originales— debo decir: en su mayor parte me produjeron efecto favorable; algunos me deslumbraron, y no faltan algunos que habría preferido no hallar en el volumen. De las *Rimas* —que también poseo originales—, he de reconocer que me encantaron. Publicado *Azul*..., fue enorme mi impresión. *Azul*... me dio a conocer otro Rubén Darío". Después los originales de *Abrojos* fueron entregados por Ossa Borne a su amigo don Matías Errázuriz, quien los conservó en su casa de Buenos Aires hasta que ésta fue convertida en Museo Nacional de Arte Decorativo. En el catálogo de dicho Museo se lee la siguiente nota (p. 231):

469. *Manuscrito de "Abrojos", de Rubén Darío.*— Comprende 72 páginas de puño y letra del poeta. Está precedido por esta breve nota, redactada en papel de la Administración Principal de Correos de Santiago: "Estimado Samuel: Le dejo sobre su mesa los originales de los *Abrojos* de Rubén Darío. Hasta luego. *Manuel*". Trátase de un envío hecho por Manuel Rodríguez Mendoza a Samuel Ossa Borne. El libro fue editado en 1887, en Santiago de Chile, en la Imprenta Cervantes, calle de La Bandera N° 73. La obra fue escrita en Chile por el poeta, quien tenía a la sazón 19 años. En el original que posee el Museo faltan las tres primeras cuartetas y dos versos de la siguiente, correspondientes al primer poema. Hay incluidos varios poemas que no figuran en dicha edición (los N.os IV, V, IX y X). En posteriores ediciones se añadieron algunas composiciones más que fueron publicadas previamente en el diario *La Epoca* de Santiago de Chile. En la edición de *Obras Completas* de Darío, compiladas por Ghirardo, registrada en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires

con el número 239-522, dicese en una acotación al margen del texto de *Abrojos* que los originales manuscritos se hallan en poder de don Matías Errázuriz.

Abrojos es el libro más íntimo de Rubén Darío, y difícil sería no ver en él una exhalación directa de su espíritu lastimado por la realidad circundante, maltrecho con los golpes de la vida y resentido de las humillaciones cotidianas a que está sometido el artista en los difíciles comienzos. Podría reprochársele que se halla empapado en lágrimas y que contiene dicterios de sarcasmo; pero tal vez le afecte más la nota de arte incipiente, que invalida no pocas de sus páginas.

De los *Abrojos*, el poeta publicó no más de nueve en el diario *La Epoca*, contrastando ellos por su brevedad, la malicia de sus rasgos, la observación intencionada que casi siempre contienen, la desesperada melancolía, cuando no el frío sarcasmo, con los versos acogidos habitualmente en las columnas de ese diario. El prólogo de que los ornó Rubén Darío explica en forma clara y precisa cómo nacieron y de qué substancias se nutrió su escasa carne lírica. "Vimos perlas en el lodo, burla y baldón a destajo", escribía entonces el joven nicaragüense, y estos contrastes que sublevaban su inquietud le produjeron una honda conmoción espiritual: si hay estas alternativas en la existencia, ¿por qué no condenarlas? ¿Por qué no exponer a la vergüenza al que delinque, al que ataca a la virtud, al que se burla de la miseria, a todos en fin cuantos hacen de la vida una farsa? Los *Abrojos* son, para decirlo en una sola palabra, vengativos, y adoptan con espontaneidad la forma epigramática que la retórica precisamente aconseja para este tipo de composiciones. Es verdad que sue-

len resplandecer entre ellos alguna intención pura y algún ensueño propiamente poético, pero lo más corriente es el sarcasmo.

En el prólogo de *Abrojos* el poeta por lo demás dijo:

Si hay versos de amores, son
las flores de un amor muerto
que brindo al cadáver yerto
de mi primera pasión.

Abrojos contiene cincuenta y ocho breves composiciones y un prólogo en verso, ya citado, por el cual se dedica el libro a Manuel Rodríguez Mendoza:

Tu noble y leal corazón,
tu cariño, me alentaba
cuando entre los dos mediaba
la mesa de redacción.

Yo haciendo versos, Manuel,
descocado, antimetódico,
en el margen de un periódico
o en un trozo de papel.

Tú aplaudiendo o censurando,
censurando o aplaudiendo,
como crítico tremendo
o como crítico blando.

Versos en los cuales, si nos place, habremos de perdonar el prosaísmo frecuente, la indiscreta intervención del ripio, en atención a todo lo que sus expresiones nos dejan entrever de la existencia del poeta en el edificio de *La Epoca* de Santiago, cuando iniciaba su carrera chilena. La vida sigue desfilando en los versos, y el poeta la glosa:

Al oír sus razones,
fueron para aquel necio
mis palabras, sangrientos bofetones;
mis ojos, puñaladas de desprecio

Es fácil reconstruir la escena que pudo dar nacimiento a estas cuatro líneas, nada pulcras como arte. No es más fina la expresión del abrojo que lleva el número XIX:

La estéril gran señora desespera
y odia su gentil talle,
cuando pasa la pobre cocinera
con seis hijos y medio por la calle.

En ambos casos, el poeta se limita a observar hechos de la vida cotidiana y a narrarlos, con poco aliño, bajo forma métrica. Poco se exige y en consecuencia poco logra.

Otras veces, en cambio, se eleva hasta el soneto, y compone uno nada vulgar (XXXIII); emplea también el romance, pero lo más común dentro de los *Abrojos*, en cuanto forma estrófica, es la redondilla, de las cuales se ven muchas aisladas e independientes, con visible influencia del típico cantar español, así como también breves silvas, o agrupaciones irregulares de versos de varia medida, consonantes todos o sólo algunos.

De aquellas silvas, la más popular, si no la más perfecta, es el abrojo número XVII, "Cuando la vio pasar el pobre mozo", cuyo origen ya se ha explicado, cuadro de bohemia en unas pocas pinceladas magistrales, y de los romances el más penetrante lleva el número XLII:

Tan alegre, tan graciosa,
tan apacible, tan bella...
¡Y yo que la quise tanto!
¡Dios mío, si se muriera!

Envuelta en oscuros paños
la pondrían bajo tierra,
tendría los ojos tristes,
húmeda la cabellera.
Y yo, besando su boca,
allá en la tumba, con ella,
sería el único esposo
de aquella pálida muerta.

La expresión contorsionada de la ira brota no pocas veces de estos frágiles poemitas que forman sin duda una parte débil en la obra del autor de *Prosas profanas*, pero que tienen grande importancia como transición en el estilo y por las revelaciones de la psicología.

Pedro Balmaceda, que tanta participación había tomado en la edición de los *Abrojos*, llevó más lejos todavía su obra, ya que, como había anunciado *La Epoca* al comunicar la publicación del libro, escribió todo un artículo de comentario sobre él. El artículo no es sólo simpático y cariñoso, como correspondía al grado de amistad que se había formado entre aquellos dos mozos, sino que contiene, además, no pocas observaciones eruditas cuyo mérito se conserva hasta hoy. Los *Abrojos*, según Balmaceda, se caracterizan así:

Es una poesía nueva entre nosotros, es la virgen de los hielos, las rubias ondinas de los bosques de Alemania, que han emigrado a nuestro país, y por lo mismo que allá en el polo esa inspiración seduce, aquí, llenos de sol, de aire, tiene atractivos y magnificencias deslumbradoras.

Es Bécquer, con el cielo de Sevilla; es un poco de Musset con la tristeza aristocrática del faubourg Saint Germain; es Leopoldo Cano, es Bartrina, es Heine, el gran poeta, el único que ha tenido el cielo entre sus brazos, el único que ha acariciado a los dioses, que ha vivido en el Olimpo y que ha

sufrido grandes contrariedades a la altura de su genio y de su desgracia! Darío, por temperamento, por escuela, tiene el vino triste. Sus poesías son concebidas en otoño, con todos esos rasgos grises de la melancolía. Sólo de vez en cuando se descubren algunas características, algunas historias de besos, el poema de los labios con toda la frescura y delicadeza de la mujer.

Darío es el primer cantor de la nueva escuela que ha llegado a nuestras playas. F. Coppée, A. Silvestre, Arène y todos los *parnasiens* del gran barrio de París, si comprendiesen el español, dirían que Darío es un hermano. Tiene toda la gracia de esos elegantes escépticos, que aunque no creen en la vida, pasean con todo lujo, con espléndido traje.

Además del juicio de Pedro Balmaceda, *Abrojos* mereció un artículo de Poirier dado a luz en la *Revista de Artes y Letras*, el cual contiene, para la historia, un precioso dato, ya que en sus líneas se da a conocer la existencia del ejemplar de *Primeras notas* traído por Rubén Darío a Chile y entregado al estudio de Eduardo de la Barra⁴. Poirier señaló como rasgos adecuados para definir la poesía de su amigo, “un tinte de profunda melancolía y de amarga decepción de los hombres y de las cosas” y “un fondo moral o filosófico”, que se logra, claro está, como lección implícita de la obra, ya que en general los *Abrojos* no son docentes. El comprensivo artículo de Poirier, que aparece fechado en Valparaíso, el 21 de marzo de 1887, termina diciendo:

⁴ Este libro informe que también lleva el título de *Epístolas y poemas*, pasó de manos de Eduardo de la Barra a las de Narciso Tondreau, quien lo comunicó a don Julio Saavedra Molina. Este in-

signe dariísta cumplió en fin con el deber de examinarlo detenidamente y de señalar en forma puntual su contenido, en el folleto *El primer libro de Rubén Darío “Epístolas y poemas”*, Santiago, 1943.

En los versos de Rubén Darío hay tanta novedad, y en su estilo tanto garbo, como soltura en su manera de decir donosa y galana.

Es poeta de raza y poeta de escuela.

Hay, además, en sus composiciones, lo repetimos, fondo moral y elevada concepción filosófica; realizado todo ello por las cualidades de estilo que hemos tenido ya ocasión de encomiar con justicia.

Si bien podrán ciertos críticos meticulosos reprocharle el realismo de algunos de sus cuadros, quizás los mejores en la obra que analizamos, para los que tengan verdadero gusto estético, tiene nuestro poeta en su apoyo autoridades de la talla de Campoamor, que ya en su *Poética* sostiene ese realismo con razones de gran peso.

Es fácil comprender que este libro hizo daño a Rubén Darío. Fue preciso esperar algo más de un año para que en *Azul...* apareciera el otro poeta que se aguardaba, poeta intencionado y risueño, sutil artista de la palabra y de la imagen, del color, de la luz, del sonido concertado y elegante, a cuyo nacimiento prestó el amparo de su ambiente literario la tierra chilena.

En dos formas por lo menos manifestó Darío su opinión íntima sobre los *Abrojos*; la primera vez en una carta a Tondreau, a quien entonces no conocía sino por la vía epistolar. Le trata de "mi querido señor Tondreau" desde Valparaíso y con fecha 3 de abril de 1887:

No diga usted que soy mal educado porque hasta hoy no le contesto. Muchos inconvenientes, entre ellos mi salud un tanto quebrantada, han sido causa de mi tardanza en escribirle. Hoy lo hago con muchísimo gusto, enviándole, además, mis *Abrojos*, cuyo volumen hasta hace pocos días no recibí de Santiago. Ahí tiene usted esos versos, ásperos y tristes. ¡mis más queridos versos! De la benevolencia de los crí-

ticos deduzco yo que no miran mis *Abrojos* por su lado verdadero. Yo que esos críticos, buena lección hubiera dado al poeta que echa su mal humor a la cara de la gente a título de poesía. ¡Porque *spleen*, y no otra cosa, son los tales versos! Guárdelos usted, mi querido poeta, si no como regalado y bello libro, por razón de que el olmo no da peras, sí como un recuerdo de éste su amigo que, sin conocerle, le cuenta entre los mejores que ha encontrado, con ser poquísimos. (*Archivo de R. D.*, Buenos Aires, p. 340-1).

La segunda de las manifestaciones de su juicio sobre los *Abrojos*, más severa acaso, estaba destinada al público.

Si Pedro no hubiese publicado el libro, los *Abrojos* no habrían sido conocidos —escribió Darío en *A. de Gilbert*—. Yo no quería que viesan la luz pública por más de una razón. El libro adolece de defectos, y aún entonces, no estaba yo satisfecho de él. Como primer libro, como tarjeta de entrada a la vida literaria de Santiago, no era muy a propósito. Ante todo, hay en él un escepticismo y una negra desolación, que si es cierto que eran verdaderos, eran obra del momento. Dudar de Dios, de la virtud, del bien, cuando aún se está en la aurora, no. Si lo que creemos puro lo encontramos manchado, si la mano que juzgamos amistosa nos hiere o nos enloda; si enamorados de la luz, de lo santo, de lo ideal, nos encontramos frente a la cloaca; si las miserias sociales nos producen el terror de la vergüenza; si el hermano calumnia al hermano, si el hijo insulta al padre, si la madre vende a la hija, si la garra triunfa sobre el ala, si las estrellas tiemblan arriba por el infierno de abajo... truenos de Dios! Ahí estáis para purificarlo todo, para despertar a los aletargados, para anunciar los rayos de la justicia.

Y así y todo siguió escribiéndolos, aun después de publicado el libro, hasta el mismo año 1889, el de su partida de Chile, y publicándolos en diversas partes.

Capítulo VIII

LA ADUANA DE VALPARAISO

Cuando *Abrojos* estaba en prensa en los talleres tipográficos de Rafael Jover, Darío salió de Santiago para establecerse en Valparaíso, donde le esperaba abierto el hogar de su buen amigo Eduardo Poirier, el mismo que le había acogido meses antes, al llegar a Chile. "Rubén Darío vivía en mi casa", confesaba Poirier poco después. ¿Qué iba a hacer al puerto? En la nota IV de la segunda edición de *Azul...* (1890) el poeta escribió:

Cuando en 1887 llegó por primera vez el cólera a Santiago de Chile, puse pies en polvorosa, huyendo del terrible enemigo, y me trasladé a Valparaíso, donde de periodista me transformé en empleado de Aduana. ¡De mi ineptitud en tal campo pueden dar razón aquellos excelentes muchachos, mis compañeros! Pero había que dar vueltas al manubrio del trabajo, y a falta de pruebas de imprenta, buenas son pólizas.

El cólera había llegado no propiamente a Santiago sino a todas las provincias limítrofes de la región cuyana, República Argentina, en la cual hizo no pocas víctimas en 1886; y Valparaíso quedó afectado tanto como la capital con la amenaza de la epidemia, que por lo demás registra el propio

Darío, meses después, en sus crónicas de *El Heraldó*. No es raro, sin embargo, que Darío se sintiese más a cubierto del flagelo en Valparaíso por ser puerto de mar y por hallarse, en fin, a mayor distancia que Santiago de los focos originales de la epidemia, ubicados en tierra argentina.

En los primeros días, nada se sabe de él. Si se le siguen los pasos en la colaboración literaria, se le verá contribuir con no pocas poéticas composiciones en *La Época*, más o menos con el mismo ritmo observado antes, esto es, cuando vivía en Santiago; pero andando el tiempo entró efectivamente a la Aduana.

Antes, debe hacerse mención de la colaboración que pudo prestar Rubén Darío, en este período justamente, a *La Unión*, diario de Valparaíso que, como sostenido por conservadores, quedaba muy distante de otros en que también se le ha visto escribir, si bien con el poeta, por su carácter de extranjero, no podían regir los distingos políticos que separaban habitualmente a los periodistas de casa. Don Alejandro Silva de la Fuente, que por muchos años estuvo al servicio de *La Unión* y que en 1887 era ya redactor de este diario, nos decía que a Darío le había conocido precisamente en las oficinas de su periódico, aun cuando no pudiera recordar qué función llenaba en ellas. Sin poder indicar más por el momento, de Darío en *La Unión* quedan en todo caso dos rasgos muy perceptibles.

Es el primero el extenso artículo titulado *Los gobiernos americanos*, que salió en *La Unión* de 2 de marzo de 1887 con la firma completa de Darío, y en el cual se trata de los presidentes de Nicaragua don Evaristo Carazo y don Adán Cárdenas, escrito con motivo del término del período gubernativo que enteraba este último. Algo dice también allí el autor acerca del Canal de Nicaragua, el cual, ante las enor-

mes dificultades que hallaba Lesseps en la perforación del Istmo de Panamá, era tema recurrente para la prensa de todo el mundo. Pero la mayor novedad de este artículo, por lo menos para nuestra empresa biográfica, es que aparece fechado al comienzo en la siguiente forma: "Valparaíso, 1º de marzo de 1887". Queda a la vista, con esta indicación, que Darío había hecho viaje al puerto para asumir su cargo en la Aduana, ofrecido por sus amigos cuando estaba en Santiago, según todo autoriza a presumirlo, y que ese viaje no tiene nada que ver con el cólera y sí con el empleo, ya que éste se decretó para que rigiera a partir del día 1º de abril.

El segundo de aquellos rastros es un suelto, muy simpático para el poeta, por el cual se entera al público de la publicación de los *Abrojos*, se elogia la edición como muy esmerada y se ensaya, en contadas palabras, una crítica literaria no poco certera.

Apenas hemos tenido tiempo para hojear rápidamente estas páginas de versos —decía aquella nota, deslizada en la crónica del diario—, y por lo poco que hasta ahora hemos visto de ellas, encontramos que ese melancólico título de *Abrojos* se aviene al género y al espíritu de las composiciones que en ellas se contienen.

Hay en este libro una triste amargura, un desencanto profundo, y hasta cierto escepticismo de los hombres y de las cosas, que no alcanzan a ocultarse detrás de la sonrisa tristemente burlona y sarcástica que asoma a los labios del autor.

Por lo demás, hay en el volumen que hemos hojeado originalidad, inspiración, y hondas tristezas de juventud.

Esta notícula apareció el 16 de marzo de 1887, lo que contribuye a establecer cuándo llegaron a Darío ejemplares de su libro a encontrarle en Valparaíso; pero más allá no vemos

cosa alguna que dé noticias de su existencia dentro del diario. ¿Tradujo? ¿Hizo el lleno, como se decía entonces? ¿Estuvo en la crónica? No sabríamos decirlo; pero con la autoridad del señor Silva de la Fuente y con la existencia del artículo ya mencionado, puede sí asegurarse que, por algunos días o durante unas pocas semanas, Darío estuvo relacionado con *La Unión* de Valparaíso, precisamente cuando acababa de salir de Santiago.

El día 29 de marzo de 1887 expedía el Ministerio de Hacienda, servido entonces por don Agustín Edwards Ross, propietario de *La Epoca*, el decreto que nombraba “guarda inspector” de la Aduana de Valparaíso a “don Rubén Darío” en compañía de otros tres funcionarios de su misma categoría. El diario santiaguino comentaba la noticia, el 1º de abril, en términos cariñosos para el poeta:

RUBEN DARIO.— El *Diario Oficial* de hoy nos trae una noticia que nos alegra y nos entristece al mismo tiempo: Rubén Darío el poeta de los *Abrojos*, el escritor elegante y ameno, ha sido nombrado guarda inspector de la Aduana de Valparaíso. Las duras necesidades de la vida arrojan al poeta en el departamento de carga de una aduana. Pero ¿por qué murmurar? ¿Acaso Erckman y Chatrian, esos dos eminentes novelistas que escriben en colaboración, no ocupan el mismo puesto en una de las estaciones de ferrocarriles en París?

Nos alegramos infinito por ese nombramiento que viene a manifestarnos en el señor Darío la decidida voluntad de permanecer en nuestro país, y en el señor Ministro de Hacienda decidida protección a un hombre de letras.

Pero esas previsiones generosas iban a ser pronto desmentidas por el anárquico poeta: no tomó en serio el cargo que

se le había ofrecido y que “en horas de pesadumbre y de tristeza” pudo haber calmado su hambre, si bien no ofrecía a su espíritu el ambiente refinado que aguardaba. A fines de junio de 1887, sin haberse presentado a servir el empleo sino unos pocos meses, Rubén Darío pide licencia por motivos de salud. El facultativo que le examinó dictamina con fecha 20 que se halla afectado de un reumatismo “que le imposibilitaba para ejercer las funciones de su cargo”, y en consecuencia se dicta el decreto de 2 de julio que le concede licencia por un mes. El 2 de agosto, vencido el plazo de la licencia, el comandante del resguardo, jefe inmediato de este problemático empleado, hace saber al suyo, el Superintendente de Aduanas, don Augusto Villanueva, que Darío no se ha presentado a reasumir sus funciones. El Superintendente comunica tal cosa al interesado, y le dice que si no le conviene permanecer en el servicio, que exige su presencia en la Aduana, debe presentar la renuncia para evitar que se declare vacante el empleo. Estas conminaciones caen en el vacío: el poeta no responde, no comparece, y aparentemente está empeñado en que se declare vacante el cargo. Es lo que ocurre al fin, con fecha 18 de agosto, en la cual se dicta un decreto que dispone eso y nombra en el acto un reemplazante para el poeta.

¿Fue Darío víctima en esos días de uno de aquellos accesos de bohemia en los cuales perdía el concepto del tiempo, se olvidaba de sus deberes y se entregaba a vivir como Dios ayudara? En todo caso, y en desquite, el poeta pudo observar en el muelle de la Aduana de Valparaíso, al cual había debido asomarse por algunos días, tipos populares y rasgos de ambiente que iban a pasar en seguida a su producción literaria. Allí, nació el cuento *El fardo*, que su autor dedicó a Luis Orrego Luco, quien al parecer, en carta que no

ha llegado a nuestros días, había lamentado lo prosaico del trabajo aduanero que había debido asumir el poeta.

Si con la distancia del tiempo no podemos ya imaginar en detalle qué sucedió a Darío en su cargo aduanero ni menos por qué le abandonó en forma tan abrupta, hay quien puede suplir estas noticias. Eduardo de la Barra, confidente de Darío en las dos temporadas que éste pasó en Valparaíso, y sobre todo en la segunda de ellas, lo dijo, aunque de soslayo, al tratar del cuento *El fardo* en su detenido prólogo de *Azul...* Veamos sus palabras:

¡Imaginadlo enjaulado en el pandemonium de la Aduana de Valparaíso, tratando de fardos, contando barricas, alineando números en negras columnas! ¡Imposible!

El hecho es que un día, sintiéndose incapaz de seguir soportando esta prosa, el poeta se ausentó de su empleo, alegó el rigor de una enfermedad y no volvió más a él. Sus valedores pueden haberle comprendido, más o menos como muestra Eduardo de la Barra, pero no podían hacer indefinidamente la vista gorda ante la indisciplina y la rebeldía de este empleado "descocado y antimetódico".

Darío era inadaptable a la disciplina de un empleo de labor cotidiana, y si duró poco tiempo en su cargo aduanero de Valparaíso, también soportó pocos meses el burocrático ambiente de un puestecillo en el servicio postal de Buenos Aires, diligenciado por sus amigos para aliviar la situación económica del poeta, muy apurada desde que Colombia suprimió su cargo de cónsul.

Si estas notas sobre sucesos y documentos administrativos no logran hacer luz en la vida de Darío durante su per-

manencia en Valparaíso, acaso los recuerdos de sus amigos consigan precisar detalles sin duda necesarios. A la muerte del poeta, Eduardo Poirier compaginó sus reminiscencias, pero seguramente escribía de memoria, sin auxilio de informaciones, porque confundió hechos obvios y pasó por alto pormenores que ahora cobran importancia. De todos modos, queda en claro que Rubén Darío encontró albergue en casa de Poirier, como ya decíamos. Agrega el autor que Darío no solía atender con la debida oportunidad a los compromisos contraídos. Debe referirse a las colaboraciones de *La Epoca* y *La Libertad Electoral*, y después de *El Heraldo* de Valparaíso, y dice que "en muchas ocasiones se las escribí yo, para que él no perdiese el destino". Poirier agrega todavía:

Y lo difícil para mí era despertarlo por las mañanas, para que llegase con puntualidad a su empleo, después de haberse llevado casi toda la noche devorando en el lecho y mascullando en alta voz —sin curarse de mi bien ganado sueño— alguna novela de Flaubert, de Goncourt y de Zola, o entregado al delectante estudio de sus maestros favoritos: Hugo, Verlaine, Poe, Walt Whitman.

A propósito de este autor, es significativo lo que trae Darío en una nota de la segunda edición de *Azul*...

En mi opinión —dice— el más grande de los poetas de la América del Norte... En Francia no se le conoce aún lo suficiente. Un magistral estudio sobre la vida y obras de Whitman publicó en la *Revue des Deux Mondes* Gabriel Sarrazin. Asimismo José Martí le dedicó una de sus más bellas producciones en *La Nación* de Buenos Aires, y R. Mayorga R. un excelente artículo en la *Revista Ilustrada* de Nueva York.

El estudio de Sarrazin sobre Whitman, por lo demás, que Darío bien pudo leer en su original francés, fue tradu-

cido al español y publicado por el diario *La Tribuna*, que no le era desconocido, en los días 23 y siguientes de noviembre de 1888 (tomado de *La Nouvelle Revue* y no de la *Revue des Deux Mondes*, como dice Darío); y los artículos de José Martí, aunque dirigidos efectivamente a *La Nación* de Buenos Aires, por lo común se reproducían en la prensa chilena, como recordamos en nota anterior, en homenaje al excelso valor literario que generalmente ostentaban.

Pero en su admiración por la obra de Martí el poeta nigragüense había llegado mucho más lejos. Cuando en su estudio sobre la literatura de Centro América escribió sobre Guatemala, aprovechó el paso para intercalar allí unas cuantas líneas de singular elogio a Martí.

Hoy —decía en 1888— ese hombre es famoso, triunfa, esplende, porque escribe, a nuestro modo de juzgar, más brillantemente que ninguno de España o de América; porque su pluma es rica y soberbia; porque cada frase suya si no es de hierro, es de oro, o huele a rosas, o es llamarada; porque se fue a ese gran país de los yankees y ahí escribió en correcto inglés en *The Sun* donde Dana le estima; porque fotografía y esculpe en la lengua, pinta o cuaja la idea, cristaliza el verbo en la letra, y su pensamiento es un relámpago y su palabra un tímpano o una lámina de plata o un estampido. A veces, un titán coge una hacha gigantesca y destronca una selva. Los árboles que caen espantan el silencio solemne. Mas cuando el poeta en prosa os habla del amor, ¡oh lectores!, o del arte, o de todo lo del alma que es cándido y sensible, oiréis una arpa eolia o el arrullo de un coro de palomas.

Ese escritor se llama José Martí. Martí alcanzó a escribir en *El Progreso* de Guatemala algunos artículos, y después partió. (*Obras desconocidas*, p. 201).

Poirier agrega: "Como recuerdo de esa etapa de su vida nos dejó, entre otros, su famoso cuento *El Fardo*". Al publi-

car *El Fardo* en la *Revista de Artes y Letras*, de Santiago, el autor lo había dirigido a Luis Orrego Luco con las siguientes palabras:

Has murmurado, Luis, de la prosa de la aduana, y has hecho mal. ¡Si vieras cuántas cosas se miran, además de las aes en triángulo y de los enigmas de las pólizas! Yo pensaba como tú, al frente de tan claras arideces, y mira lo que he encontrado ayer, al salir del galpón de avalúos, a los dos días de mi empleo.

Esto fija, por lo demás, la fecha de la composición del cuento hacia el 3 de abril de 1887, como quiera que el nombramiento fue expedido para que contara desde el 1º de ese mes. Luis Orrego Luco, bien calificado para opinar sobre *El Fardo*, escribía en 1889, al tratar de *Azul* . . . :

Una de las cosas que más asombran en Darío es la variedad. Junto a la *Canción del Oro*, que es un trozo lírico, tiene *El Fardo*, una página realista, que me recuerda alguna de las *Escenas montañosas* de Pereda, a quien Darío nunca soñó en leer y ni siquiera conocía.

En estas páginas hay una vida palpitante y un sentimiento profundo. Al escribirlas se hallaba el poeta de Nicaragua sumido en la miseria más tremenda, y esas páginas eran sus lágrimas calladas.

Vamos a ver, mientras, su colaboración periodística para desentrañar algo de estas sombras. Fue nombrado el 29 de marzo, como se ha dicho, pero ya el 24 había aparecido en *La Epoca* su menudo poema *Aviso del Porvenir*, fecha Valparaíso, marzo de 1887; el mismo diario publica poco después *A Rosa*, datada también en Valparaíso, 10 de abril. El 29 aparece en *La Epoca*, *El Rey Krupp*; al día siguiente *El Fardo*, cuento que hubo de ser escrito en el puerto. La colaboración

en *La Epoca* no se interrumpe entonces, y es irregular si se quiere, pero da a entender que el poeta podía atenderla desde Valparaíso. Consta, por lo demás, que Darío vivía en el puerto de la siguiente nota publicada en *La Epoca*, el 17 de mayo de 1887:

RECTIFICACION.— En el número del Sábado de *La Libertad Electoral* se dice que entre los caballeros que pronunciaron discursos al borde de la tumba del vice-almirante don Patricio Lynch había figurado don Rubén Darío. Fue ésta una equivocación de nuestro colega, que en el número de anoche rectifica diciendo: “El señor Darío se encuentra en Valparaíso, y no ha asistido a los funerales del señor Lynch; quien habló en el cementerio fue don Rubén País León”.

Hay una interrupción seria, eso sí, entre el 5 de junio, fecha de *Invernal*, y el 23 de septiembre, día en el que aparece *El zorzal y el pavo real*, fábula escrita con motivo de la polémica acerca de los resultados del Certamen Varela. ¿Qué ha sucedido en ese intervalo? Nada menos que la redacción que Darío hubo de hacer de las piezas presentadas al Certamen, el *Canto épico* y las *Otoñales*, imitadas de Bécquer. Y tan buenas relaciones guardó el poeta con *La Epoca* desde Valparaíso, que no sólo se publicaron sus trabajos despachados por la vía postal, sino que además se anunció su libro *Abrojos* a la cabeza de la Crónica, en un aviso que todo nos hace suponer gratuito. El anuncio decía, por lo demás, que el libro estaba a la venta en la oficina del diario, y apareció durante varios meses de 1887.

Las horas que Darío debió haber dedicado a la atención del modesto cargo en la Aduana de que hablan los documentos a que nos hemos referido más arriba, fueron entre-

gadas a labores muy diferentes. Si del nacimiento de *Azul*... tiene mucha responsabilidad ese puerto de Valparaíso por el cual vaga el poeta "en busca de cuadros", también fue la cuna de artículos y poemas que no serían recopilados hasta la publicación de las *Obras desconocidas*. El panorama de Valparaíso visto de lo alto, cerro abajo, le parece digno de mención, y en una de las prosas más intencionadas de *Azul*... abrialè paso en páginas que los críticos literarios, después, han elogiado por su gallardía pictórica.

Sin pinceles, sin paleta, sin papel, sin lápiz, Ricardo, poeta lírico incorregible, huyendo de las agitaciones y turbulencias, de las máquinas y de los fardos, del ruido monótono de los tranvías y el chocar de los caballos con su repique-teo de cascabeles sobre las piedras; del tropel de los comerciantes; del grito de los vendedores de diarios; del incesante bullicio e inacabable hervor de este puerto; en busca de impresiones y de cuadros, subió al Cerro Alegre, que, gallardo como una gran roca florecida, luce sus flancos verdes, sus montículos coronados de casas risueñas escalonadas en la altura, rodeadas de jardines, con ondeantes cortinas de enredaderas, jaulas de pájaros, jarras de flores, rejas vistosas y niños de caras angélicas.

Abajo estaban las techumbres del Valparaíso que hace transacciones, que anda a pie como una ráfaga, que puebla los almacenes e invade los bancos, que viste por la mañana terno crema o plumizo, a cuadros, con un sombrero de paño, y por la noche bulle en la calle del Cabo con lustroso sombrero de copa, abrigo al brazo y guantes amarillos, viendo a la luz que brota de las vidrieras los lindos rostros de las mujeres que pasan.

Más allá, el mar, acerado, brumoso, los barcos en grupo, el horizonte azul y lejano. Arriba, entre opacidades, el sol.

Donde estaba el soñador empedernido, casi en lo más alto del cerro, apenas si se sentían los estremecimientos de abajo. Erraba él a lo largo del Camino de Cintura, e iba pensando en idilios, con toda la augusta desfachatez de un poeta que fuera millonario. (*En Chile. En busca de cuadros*).

Capítulo IX

EL CERTAMEN VARELA

En el invierno de 1887 Rubén Darío masticaba en Valparaíso su ya inútil arrepentimiento por haber abandonado el modesto cargo aduanero que pudo haber sido sinecura apropiada a las necesidades de su vida de entonces, cuando fue convocado en Santiago el Certamen Varela. Pedro Balmaceda, siguiendo en su generoso papel de consejero y guía, creyó necesario instarle para presentarse en él, y cuando aparecieron las bases en los diarios le envió una carta gentil y persuasiva. "Un consejo, que espero seguirás con entusiasmo —decía en ella—. Es un deseo de amigo. Puede traerte provechos de consideración. El señor Varela ha abierto un nuevo certamen para el mes de septiembre". Y le copiaba los dos temas que a Darío podían interesar: las composiciones al estilo de Bécquer y el canto épico; en seguida agregaba: "Ya ves. Trabaja y obtendrás el premio, un premio en dinero, que es la gran poesía de los pobres". Darío, atendiendo la indicación, escribió las *Otoñales*, a las cuales referíase Balmaceda días después.

Junto con ésta van las *Otoñales*. En una carta de invierno, la poesía de las hojas secas. Sabrás que el plazo fijado

para la admisión de composiciones en el Certamen Varela expira el 1º de agosto. Ojalá corrigieses las que te envío y en época oportuna me las remitas todas, que los dos, Manuel (Rodríguez Mendoza) y yo, nos encargaremos de llevarlas a la Universidad.

Las composiciones becquerianas fueron, pues, leídas por Balmaceda para obtener su juicio previo, no manifiesto en las cartas pero sí insinuado en la expresión "ojalá corrigieses". Sobre el *Canto épico* no aparece mención en esta correspondencia, y debe presumirse que Darío no lo consultó a Balmaceda sino a Eduardo de la Barra pues, como se verá más adelante, de éste recibió informaciones y datos que le sirvieron para redactarlo.

El programa del Certamen, publicado en *La Libertad Electoral* de Santiago el 28 de junio de 1887, comprendía seis temas, a saber: Tema primero, Canto épico a las glorias de Chile, con premio de \$ 600; tema segundo, poesías líricas, una "Colección (doce a quince) composiciones inéditas de poesías del género sugestivo o insinuante, de que es tipo el poeta español Gustavo A. Bécquer", con premio de \$ 500, tema tercero: didáctica, un "tratado elemental de versificación castellana destinado a la enseñanza", con premio de \$ 500; tema cuarto, un estudio político-social referente a Chile, con premio de \$ 500; tema quinto, un estudio de costumbres nacionales, con premio de \$ 300; y tema sexto, una colección de fábulas originales en verso, con premio de \$ 300¹. En la misma oportunidad quedó designada la junta que iba a correr con la organización del Certamen y con el juicio

¹ Para apreciar el valor de las cantidades expresadas, conviene recordar que en 1887 el peso chi-

leno valía 25 peniques y fracción, como ya se dijo.

de las obras presentadas a él, formada por don José Victorino Lastarria, don Diego Barros Arana y don Manuel Blanco Cuartín.

El Certamen fue convocado por don Federico Varela, rico minero e industrial del Norte y a la sazón senador de la provincia de Valparaíso, relacionado en estrecha amistad con escritores prestigiosos de la época. En 21 de mayo de 1887 el señor Varela había dirigido a su amigo don José Victorino Lastarria una carta en la cual le habló del futuro Certamen que tan lejos llevaría su nombre en la historia del mecenazgo chileno. Decía que "se advierte cierto desmayo" literario y que "si los certámenes no dan todo su fruto, es porque a ellos concurren los principiantes casi exclusivamente". Desde el comienzo el torneo debió ser entendido como invitación para medir sus fuerzas tanto los escritores más nuevos como los antiguos. Según Varela el obstáculo que generalmente retraía a los escritores de más edad era la cortedad de las recompensas, y como premio ofreció cantidades sin duda muy elevadas con relación a lo entonces usual. Sin embargo, la presencia de escritores ya fogueados, como Daniel Barros Grez y Eduardo de la Barra, revelada cuando fueron conocidas las recompensas, dio motivo a críticas acerbas y a lamentaciones que están fuera de lugar si se atendía a lo dicho por Varela. La munificencia de éste, por lo demás, conmovió a Rubén Darío, y en su estudio sobre la literatura centroamericana (*Revista de Artes y Letras*) se lee lo siguiente:

Allá no hay ejemplo de que un Varela centroamericano haya promovido un certamen, o haya hecho publicar tal obra de tal autor, como no sea con fines políticos. No, nunca. Gobernantes ha habido, eso sí, favorecedores de las letras, en estos últimos años. (*Obras desconocidas*, p. 210).

La ceremonia de la distribución de los premios, el 8 de septiembre, atrajo mucho público, y desde antes de las dos de la tarde estaba lleno el Orfeón Francés, en cuyo salón había sido anunciada. Presidieron el acto dos de los miembros del jurado, don Diego Barros Arana y don José Victorino Lastarria, y este último manifestó que a él no podría presentarse el tercero, don Manuel Blanco Cuartín, "por hallarse con la salud gravemente quebrantada". Lastarria siguió hablando en nombre del jurado y dio lectura, en parte, al extenso informe sobre las piezas, que según después se ha sabido era obra suya. Antes dijo que se había observado el proceder de ese jurado "en punto a la división de algunas cantidades asignadas como premios, e hizo ver que, a más de estar ello en las facultades conferidas a los jueces por el señor Varela, obedecía a verdadera imposibilidad para discernir un solo premio entre composiciones de idéntico mérito" (*Los Debates*, 8 de septiembre). Cuando llegó el momento de señalar quiénes habían sido galardonados con la recompensa prometida para el Canto épico a las glorias de Chile, se supo que resultaban, *ex aequo*, premiados el chileno Pedro Nolasco Préndez y el nicaragüense Rubén Darío. "El primero recibió incontinenti sus trescientos pesos, y no el segundo por hallarse enfermo o ausente", decía la gacetilla del diario ya citado.

En la redacción de *La Epoca* este fallo hubo de producir grande impresión, pues los dos autores eran de la casa; y es evidente por la publicidad otorgada al canto épico de Darío que era éste el preferido en el juicio de los redactores del diario. El más franco y audaz de esos redactores, Jorge Huneeus Gana, se apresuró, por ejemplo, a escribir un artículo para examinar, como crítico literario, el poema de Darío, y en el curso de él se avino a decir que en su parecer la recompensa no debió ser compartida entre dos. Hablando de la in-

vocación del poema, la declaraba tan hermosa que ella podría “llevarse únicamente la palma del certamen en que se le adjudicó uno de los premios”.

Y perdonen los señores jueces y perdone también el inspirado poeta a quien discernió el jurado una parte del triunfo que pertenecía entero al poeta Darío —agregaba, para explicar su sentir hasta el fondo—. Perdonen la franqueza con que hablo, porque no me atrevería a estampar estos conceptos públicamente si no me acompañara, como me acompaña, la evidencia de que al decir esto, reflejo la opinión del público más imparcial e ilustrado y tal vez hasta la opinión del mismo poeta copartícipe del triunfo de Darío.

Referido nominativamente en estas líneas, que pueden estar basadas en serios indicios, Préndez guardó absoluto silencio. Grande y cordial amigo de Darío, tal vez le halagaba el triunfo del joven poeta nicaragüense, tanto más cuanto que éste lo había logrado fuera de su patria, haciendo cara a escritores de mayor experiencia.

El hecho es, en fin, que el poema fue publicado en esas columnas, y además se advirtió previamente que para ello se habían adquirido sus derechos de autor. Y *La Patria* de Valparaíso, el famoso diario de Isidoro Errázuriz, en general indiferente a las obras de Darío, también lo dio a luz. Refiriéndose a este suceso, digno por cierto de ser anotado, *La Epoca* le dedicaba el siguiente suelto de crónica:

EL CANTO EPICO DE DON RUBEN DARIO.— *La Patria* de Valparaíso reproduce el hermosísimo *Canto épico a las glorias de Chile* de don Rubén Darío, que publicamos el domingo.

El colega dice lo siguiente respecto a esa reproducción:

“Esta bellísima composición obtuvo, con harta justicia, los honores del triunfo en el último Certamen Varela, y aun

cuando en nosotros ha sido norma invariable hacer que los versos no figuren en el material de actualidad de *La Patria*, no hemos podido resistir al deseo de engalanar por hoy nuestras columnas con este importantísimo trabajo, que tanto lustre y honra está llamado a dar a su joven autor.

“Creemos que nuestros lectores no podrán menos que ver complacidos que, en su obsequio, hayamos hecho hoy esta pequeña alteración a una práctica seguida desde hace largo tiempo en esta imprenta”. (11 de octubre de 1887).

Desde su publicación en la prensa, el poema de Darío lleva una dedicatoria que no pudo haberse puesto en el original entregado al Certamen y que dice así: “Al Excmo. señor don José Manuel Balmaceda. Señor: Si algo puede valer este canto a las glorias heroicas de Chile, mi segunda patria, acéptelo usted como un homenaje al hombre ilustre, y como un recuerdo al padre de uno de mis mejores amigos”. Para verse autorizado en la dedicatoria, Darío dirigió al Presidente Balmaceda una expresiva carta, cuyo texto es el siguiente:

Sr. D. J. Manuel Balmaceda.

Presente.

Muy respetado señor mío,

he querido darme la honra de dedicar a U. mi *Canto épico a las glorias de Chile*, publicado en *La Epoca* del Domingo.

Si tal dedicatoria fuese de su agrado, no habrá mayor satisfacción para mí, y quedaré comprometido a seguir produciendo mis pobres frutos; y procurando, con mis pocas fuerzas, servir a Chile, mi segunda patria.

Saluda respetuosamente a U.

su afmo. S. S.

RUBEN DARIO.

Stgo., Oct. 9/87.

Balmaceda se mostró muy sensible al obsequio, y dirigió en respuesta al poeta una breve carta, ignorada hasta hoy de todos los biógrafos de Rubén Darío, en cuyos términos, por lo demás, se refleja muy bien el grado de estimación que el nicaragüense había alcanzado en el Presidente de Chile. He aquí su texto:

Señor don

Rubén Darío.

Mi apreciado amigo:

Su *Canto*, tan bien concebido y desarrollado, es una obra literaria notable, que todos los chilenos leerán con entusiasmo.

Lo he leído dos veces, y he gozado con el recuerdo de las hazañas que le sirven de tema, y con la justa satisfacción de ver a un joven subiendo las escalas del honor público y de la reputación general.

Gracias por su dedicatoria. Persevere Ud., estudie y no abandone las letras, que tanto pueden recibir de Ud.

Su afmo. amigo.

J. M. BALMACEDA.

Octubre 11 de 1887.

La Epoca, que recibió del alborozado poeta una copia de esta epístola, la tituló *Honrosa carta* y la publicó en su edición de 12 de octubre.

Además de las noticias que se han dado sobre publicaciones del *Canto épico* en los diarios, cabe señalar que esta obra alcanzó inmediata popularidad en otros medios. El día 11 de noviembre de 1887, por ejemplo, se llevaba a cabo en la Escuela Normal de Preceptores una velada en homenaje al director del establecimiento, don Martín Schneider, y el primer número del programa formado para el desarrollo de la fiesta fue la recitación del *Canto épico* por seis alumnos de aquella escuela.

El jurado elogió el Canto de Darío pero dijo que no carecía de defectos, lo que es verdad. En la descripción del combate de Iquique hay notas gratas, aunque pudo y debió haberse pormenorizado algo más. La arenga de Prat en la cubierta de su nave es pobre, si bien reproduce casi a la letra la historia, y cae por ello en frecuentes prosaísmos. La visión profética atribuida a Prat en el momento supremo de la contienda, cuando se apresta a lanzarse sobre la cubierta del barco enemigo a conseguir la muerte que había tardado en arrebatárle, es hermosa y está bien concebida, pero poco agrega al total de la composición. El final es hermoso:

En la región de las inmensas almas
debe haberse sentido en esas horas
como un ruido de palmas
y un despertar de auroras.
¡Oh, Patria! ¡Oh, Chile! . . . Así acabó, magnífico,
solemne, hermoso, de grandeza homérica,
sobre las anchas olas del Pacífico
el combate más vasto que vio América!

Pero también hay que leerle con intención de corregir al autor. El calificativo "más vasto" que el poeta da al combate es, sin duda, exagerado, y no tiene otra explicación que una exclusiva para Chile. El combate de Iquique es, como batalla naval, un hecho menudo en la historia chilena, y sólo parece vasto si se le considera por la repercusión moral que produjo en la patria de Arturo Prat. Nadie vio en Chile una herida en aquella acción de armas, a pesar de que había sido rudo contraste para la marina chilena de guerra, y si se le da en la historia el sitio que tiene, ello se debe al ejemplo de valor moral insuperable que brindaron Prat y sus compañeros al inmolarsen en la contienda contra un enemigo superior

por el número y por las armas, y no inferior como coraje y ardor guerrero.

El poema se halla, pues, muy lejos de merecer los encomios que le prodigó Jorge Huneeus Gana, aunque tal vez no merezca tampoco el rigor de la censura que le aplicara en malhumorado artículo el misterioso Eduardo von Warner, quien a la postre resultó ser Efraín Vásquez Guarda, pero recibió aplausos y en general gustó. El artículo de von Warner hubo de ser reparado por los amigos del poeta, celosos de su fama. Alfredo Irarrázaval Zañartu, abandonando la sorna habitual de sus escritos de entonces, y optando por la prosa, escribió a propósito de él una nota firmada con el seudónimo Pic (*La Epoca*, 29 de octubre de 1887) donde dice, entre otras cosas:

El autor del juicio, que con él revela no tenerlo mucho, se ha limitado a citar todos los versos incorrectos que encontró en el poema, pero ni por un instante se le ocurrió citar algunas de las muchísimas bellezas, de las inspiradas estrofas que el canto de Darío contiene.

En un periódico literario de la época, *El Ateneo de Santiago* (15 de octubre de 1887), dirigido por Ricardo Fernández Montalva y que reunía las firmas de no pocos escritores jóvenes, se hace un juicio equilibrado y razonable del *Canto épico*.

Y ya que hablamos de Rubén Darío. Todo el mundo habrá leído el *Canto épico a las glorias de Chile*, que mereció un premio en el Certamen Varela, y que este inspirado cuanto joven poeta ha dado a luz últimamente en uno de los diarios de la capital.

Versos de oro y bronce, inspiración ardiente y majestuosa, noble sentimiento patriótico, corrección, unidad en el te-

ma, he aquí lo que compone este canto que ha empeñado para con el autor la gratitud y el aplauso de los chilenos.

Rubén Darío, que es hijo de Nicaragua, sólo cuenta veintiún años de edad. Por consiguiente empieza a vivir, y ya se ha puesto con sus obras al lado de aquellos que llegan al fin de la jornada, y que han necesitado de largos trabajos y fatigas para obtener el nombre que tienen.

Su *Canto épico* durará mientras exista un chileno sobre la tierra, y el sentimiento de lo bello y grande en los corazones humanos.

Era previsible que Rubén Darío no podía intentar en 1887 un canto épico de esta magnitud, ajustado a la historia, si no quería echarse al cuerpo libros documentales ni aprender con detenimiento las biografías de unos cuantos héroes. Ante el problema, fue a ver a Eduardo de la Barra y le pidió que le dijera si quería presentarse al Certamen en el tema del Canto épico. El poeta chileno le respondió que no, y entonces Darío planteó su petición. Eduardo de la Barra en la polémica sobre *Azul...* explicó también esta parte de sus relaciones con Darío:

El me leyó el canto que presentó al concurso, tres días antes de remitirlo. Ciertamente, que yo le hice algunas indicaciones de forma que él aceptó, y una de fondo, la cual dio ensanche a su tela, mediante la visión del porvenir que tiene el héroe antes de abordar la nave enemiga. A él le agradó mucho este recurso épico que yo le ofrecía, mas, como nada supiera de nuestra guerra, como no conocía su origen ni los hechos gloriosos llevados a cabo, ni los lugares donde se desarrolló el gran drama, ni los héroes que en él intervienen, y como ya tiempo no quedaba para ese estudio, ya que él se había limitado a estudiar el episodio de Iquique, de fijo que no podía ejecutar mi idea por más que le agradaba. Yo le salvé esta di-

ficultad, y, apelando a mis recuerdos, le escribí en el acto apuntes en prosa que él convirtió en lindos versos, aunque sin abarcar mi pensamiento en toda su extensión, pues yo quise juntar en aquella visión el nudo y la máquina del Canto épico, al mismo tiempo que darle al cuadro la amplitud propia del tema propuesto, el cual debía abarcar toda la Guerra del Pacífico ².

El Certamen Varela de 1887 es el más importante de la literatura chilena, y no sólo porque en él se encuentre el nombre de Darío sino por el gran caudal de composiciones presentadas en la justa para optar por los premios señalados. En el Canto a las glorias de Chile compitieron seis composiciones, y la de Rubén Darío llevaba el seudónimo Ursus. Para optar al premio establecido a las imitaciones de Bécquer se enviaron al jurado cuarenta y siete grupos diversos, entre los cuales, por su abundancia, los jueces creyeron conveniente premiar no con dinero sino con la publicación en el libro del Certamen, los de los siguientes autores:

Pedro Olegario Sánchez
Delfina María Hidalgo
José Tomás Matus
Luis Felipe Barros Baeza
Rubén Darío
Santiago Escuti Orrego

² El 21 de Mayo de 1888 fueron trasladados a Valparaíso y colocados en la cripta del monumento a la Marina Chilena, los cuerpos de Arturo Prat y de sus compañeros Serrano y Aldea, en una ceremonia cívica de gran lucimiento.

Con este motivo se dio a luz el libro titulado *El 21 de Mayo de 1888*, en el cual fue reproducido el *Canto épico* de Darío, recogido, además, en el primer volumen del Certamen Varela.

Carlos Luis Casanueva
Julio Vicuña Cifuentes
Oscar Torres
José del Carmen García
Policarpo Munizaga Varela
José Eduardo Moreno
Ricardo Fernández Montalva
César Zilleruelo
Vicente 2º Santos
Raimundo del R. Valenzuela
Ramón Escuti Orrego
Samuel Núñez Olachea
Carlos A. Gutiérrez

El jurado se tomó el prolijo trabajo de examinar una por una las composiciones en su informe, y sobre las de Darío, entregadas bajo el seudónimo Imberto Galloix³, escribió en estos términos: "Estas catorce composiciones son originales por su concepto y por su disposición, que es enteramente artística y está expresada en versos flúidos y sonoros. Todas ellas corresponden al tema segundo, y no hay una que por la profundidad de su estilo no llame la atención, haciendo pensar. Son enteramente del género de Bécquer". Y esta última advertencia, atendiendo al espíritu del Certamen, era un elevado elogio...

La adaptación de ciertos tonos lúgubres de la poesía becqueriana está lograda felizmente en la rima V, que comienza:

³ El nombre corresponde al de un poeta suizo de lengua francesa (1807-28), celebrado por Sainte-

Beuve y Victor Hugo. Sus composiciones fueron recogidas sólo en 1834.

Una noche tuve un sueño . . . ,

breve romancillo que recuerda con cierta fidelidad el ritmo de aquella rima de Bécquer:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos! . . . ⁴.

La estructura del romance tradicional, en cuanto métrica y estilo, está muy bien hallada por Darío en la rima VII, donde dice:

Llegué a la pobre cabaña
en días de primavera . . . ,

la cual narra, con extraordinaria concisión de rasgos, una historia de luctuoso sabor. La “niña triste” que cantaba cuando el poeta la vio en esos “días de primavera”, ya no está cuando el poeta vuelve, en el tiempo en que “el gris otoño empieza”:

Yo sentí frío en el alma,
cuando vi sus manos trémulas,
su arrugada y blanca cofia,
sus fúnebres tocas negras.

A un par de hermosos versos que en la primera visión —primaveral— del poeta caracterizaban la estación:

Fuera volaban gorriones
sobre las rosas abiertas,

⁴ Bécquer, *Obras*, t. III, p. 203, rima LXXII. Cito de la edición española hecha en Madrid, 1885.

corresponden al fin, en estrecho paralelismo de imágenes, estos otros no menos sugerentes:

Fuera las brisas errantes
llevaban las hojas secas.

Este romance puede confirmar la verdad de las copiosas lecturas de clásicos hechas por Darío antes de su llegada a Chile: caracteres de la mejor poesía popular española han pasado al lenguaje del poeta americano. Los rasgos descriptivos, sobre todo los que pintan la naturaleza, han sido aprendidos de Góngora, maestro a quien más adelante iba a rendir Darío el testimonio de una absoluta pleitesía.

Algo después el ramillete de las *Otoñales* se desnaturaliza: llégase a creer que del material de *Abrojos* el poeta separó algunos epigramas para darles lugar entre las composiciones de carácter becqueriano solicitadas en el Certamen; y así ocurre que en lugar de seguir reproduciendo las delicadas imágenes distintivas del estilo de Bécquer, ofrece líneas menos sutiles y menos puras. Tal es, por ejemplo la rima XI, ya citada, donde el poeta, entregado a una labor más bien autobiográfica, dice:

O callo como un mudo
o charlo como un necio,
salpicando el discurso
de burlas, carcajadas y dicterios.
¿Que me miran? Agravio.
¿Me han hablado? Zahiero.

Cuyo tercer verso (salpicando el discurso), a lo menos, se distingue por lo vulgar; luego el mismo trozo abunda en expresiones no más diestras, de las cuales no es capaz de redimirlo el final, con ser sugerente y hasta su poquito enigmático:

¿Quieres saber acaso
la causa del misterio?
Una estatua de carne
me envenenó la vida con sus besos.
Y tenía tus labios, lindos, rojos,
Y tenía tus ojos, grandes, bellos...

La rima XIV es una bella descripción de dos estados de espíritu opuestos: el poeta se siente alternativamente amado y engañado, y a influjo de estas impresiones todo cambia para él en la naturaleza:

El ave azul del sueño
sobre mi frente pasa;
tengo en mi corazón la primavera
y en mi cerebro el alba.
Amo la luz, el pico de la tórtola,
la rosa y la campánula,
el labio de la virgen
y el cuello de la garza.
¡Oh, Dios mío, Dios mío!...
Sé que me ama.

Cae sobre mi espíritu
la noche negra y trágica;
busco el seno profundo de las sombras
para verter mis lágrimas.
Sé que en el cráneo puede haber tormentas,
abismos en el alma
y arrugas misteriosas
sobre las frentes pálidas.
¡Oh, Dios mío, Dios mío!...
Sé que me engaña.

Este breve poema parece ser, con el VII, ya señalado, el mejor del conjunto, en el cual hay gracia, armonía, felices do-

tes de poeta, pero también desigualdades de tono. La propia rima que acaba de repasar el lector, no es otra cosa que una ampliación de otra de Bécquer, brevísima, con justicia citada como una de las mejores en su obra poética:

Hoy la tierra y los cielos me sonríen,
hoy llega al fondo de mi alma el sol,
hoy la he visto. . . , la he visto y me ha mirado. . .
¡Hoy creo en Dios!

Es interesante, finalmente, hacer notar que las rimas de Bécquer en Chile lograron gran boga, acreditada por las ediciones conocidas de ellas en ese tiempo: a la llegada de Darío a Chile habían aparecido ya dos, y las dos en Valparaíso, en 1883 y 1886. Al ponerlas como modelo, el promotor literario del Certamen Varela, don José Victorino Lastarria, pensaba por lo demás que esta forma nueva de la poesía podría prestar servicio a la renovación literaria. En el ambiente espiritual de Chile, ciertamente muy afrancesado, la nota castiza podía darla este afecto a la poesía de Bécquer, reproducida en libros y señalada como tema de imitación a los poetas. Pero Darío no se plegó a la moda sino en el grado necesario para hacer sus imitaciones, a sabiendas de que lo eran, y para optar al premio, que venía muy bien a sus necesidades. Sus gustos iban por otro lado, y los declaró paladinamente en cuanto se le ocurrió que la ocasión era llegada.

Y aprovecho esta oportunidad —escribía un año después y a propósito de Préndez— para lamentar una dolencia literaria que aquí. . . ha alcanzado desarrollo quizá con motivo de un último certamen, hablo del becquerismo. Bien está que se alaben mucho y se hagan conocer en todas partes las obras de Bécquer, pero no que se forme escuela becqueriana, no que se imiten las *Rimas*, composiciones admirables,

sentidas, originales, o mejor dicho, personales, que a pesar de ser muy pocas y toda la "obra" poética de su autor, le dieron fama y gloria. Bécquer, que no cantaba sino la eterna canción del amor, lo hizo de modo inimitable puesto que vivió sus rimas. Así sus imitadores que producen éstas como se dice a sangre fría, no remedan del modelo sino la forma, y si logran igualarla, de algo más necesita la República que de suspirillos germánicos, como dice Núñez de Arce, y no siempre los poetas deben estar ojerosos pensando en la mujer amada, o llenando abanicos y álbumes con madrigales y hojas de rosas llenas de polvos de arroz: que el arte tiene vastos horizontes y allá se lanzan los que tienen alas. Así como en la inmensa variedad de la raza humana, a pesar de combinaciones no hay dos cuerpos iguales en todo, así en el misterioso yo, en lo íntimo del alma, son todos los hombres distintos, y llevan su pequeño mundo interior, el cual tan solamente puede ser contemplado por los propios ojos del mismo espíritu que nos anima. La inspiración habita en ese mundo del alma de los poetas, y por eso los poetas más originales son los que, sin sentir influencia ajena alguna, sacan de lo profundo de su ser lo que nadie conoce sino ellos, y lo exponen triunfalmente con la fuerza del arte, y entonces aquello desconocido y extraño, mueve a la admiración y llama el aplauso. Los imitadores vienen después, y como no busquen también en su mundo espiritual algo que sea propio y lo empleen, entran desde luego en la numerosa comunidad de las medianías. Préndez ha buscado, y por lo que a la luz muestra, bien se ve que podría, orgulloso, regar su huerto con el agua de su propio río. ¡Ojalá lo miraran nuestros ojos! (*Obras desconocidas*, 16 de noviembre de 1888, p. 252-3).

Pasaron los años, y en el sensible espíritu de Rubén Darío comenzó a abrirse paso una nueva evidencia: Bécquer se aureoló para él de luces nuevas, como contraste con la poesía algo bronca de los españoles que fueron sus contemporáneos.

De allí nació un fragmento encantador, que creemos conveniente exhumar. Tratando de *La coronación de Campoamor*, en 1899, Darío escribía:

Si aquí hubiese un Luxemburgo en que habitasen, reconocidos por los pájaros, las rosas y los niños, los poetas de mármol y de bronce, los simulacros de los artistas cristalizados para el tiempo en la obra del arte, las tres estatuas que se destacarían representando esta centuria lírica, serían la de Zorrilla en primer término, la de Núñez de Arce y la de Campoamor. No lejos, por fondo un macizo de flores apacibles, tendría su busto Bécquer, que por tener algo de septentrional ha sido excomulgado alguna vez por ciertos inquisidores de la Academia de la Lengua y de la tradición formalista (*España contemporánea*, ed. París, 1921, p. 62).

Viejos y jóvenes habían justado, cubiertos todos con el velo del seudónimo, en el torneo más famoso de nuestra literatura; pero una vez que se dieron a conocer los resultados y se supo quiénes recibían los premios y, sobre todo, quiénes no habían obtenido recompensas (por lo menos adecuadas a la idea que ellos mismos tenían de sus méritos), comenzaron las murmuraciones. De las salas de redacción, de los círculos literarios y de los clubes y corrillos saltaron luego a los diarios, y por algunos días se produjo una tempestad de primavera con escenario en los periódicos. A pesar de que Federico Varela había sido explícito al decir que la presencia de los escritores sin distinción de edades era condición indispensable para que el Certamen surtiera su efecto, fue la asistencia de los escritores ya fogueados la que más se comentó. Los diarios tomaron partido: *La Epoca* pasó a ser, desde el primer mo-

mento, la trinchera desde la cual iba a dispararse contra los autores de más edad, esto es salvo otros de menor importancia, sobre Barros Grez y Eduardo de la Barra, el primero ya vecino de los sesenta años y el segundo próximo a los cincuenta; en *La Libertad Electoral* encontraron acogida los escritores incriminados, y especialmente don Eduardo, a quien se regalaba una oportunidad de volver a empuñar la pluma del polemista, que con tanto gusto manejó siempre. Los otros diarios se quedaron al margen de la contienda, o se limitaron a recoger ecos dispersos de la discusión. En *Los Debates*, por ejemplo, después de publicarse en su texto íntegro el fallo, que no es poco decir porque es muy largo, apareció algo más tarde un comentario crítico firmado por Eduardo von Warner sobre la poesía becqueriana (22 de septiembre). Este artículo, a más de ser una pieza excelente de crítica literaria, estaba calculado como para producir duradera impresión, pues recalcaba la buena doctrina: en los certámenes no debe fijarse el estilo de las composiciones sino dejarse en plena libertad a los autores para escribir como les acomode y sea de su gusto, censura muy personal a Lastarria, aunque no se dé su nombre, pues de él fue la iniciativa de proponer a Bécquer como tema de calco. Todo ello, en fin, porque en el entender del crítico la poesía becqueriana, poco original, de muy reducido ámbito, no era modelo para inspirar a otros poetas, más o menos lo que hoy se piensa en esta materia.

El propio autor publicaba en *Los Debates*, asimismo, un par de fábulas en verso bajo el título común de *Los Certámenes* (26 de septiembre), que al parecer no fueron consideradas en la polémica a que nos vamos a referir. En la segunda, por lo demás, Eduardo von Warner acusaba por igual a los concursantes de haberse interesado más en el dinero que en la gloria al tomar parte en el Certamen Varela.

Un artículo con la firma de Gil Pérez (seudónimo, como ya se ha dicho, de José Gregorio Ossa) publicado en *La Epoca* el 13 de septiembre, así como una inserción titulada *Los certámenes literarios*, dio la señal de combate. Eduardo de la Barra replicó en verso, con incisiva agresividad, bajo el seudónimo de Argos, velo transparente desde que había sido empleado antes por el mismo autor, en polémicas religiosas y políticas. En la colección de *Poesías* de Eduardo de la Barra (tomo II) se recogieron tres composiciones motivadas por el Certamen Varela. La primera, titulada *Los Certámenes*, aparece dedicada a Buenaventura Cádiz; la segunda es *El pollo metido a gallo*, dedicada a Ramón C. Briseño, y la tercera es *El laureado*, que el autor dedica a Evaristo Soublette. El primer poemita parece describir alegóricamente a Rubén Darío cuando dice:

Por fin, llegó el Zinzontle americano,
el Ruiseñor de Grecia, un tanto cano,
y a competir con ellos noblemente
el oriental Bulbul alzó la frente.

Donde debe entenderse que el "Ruisseñor de Grecia" no es otro que el propio Eduardo de la Barra, cuyo cabello era cano desde la juventud. . .

No vamos a seguir la polémica porque sería inoficioso. Baste saber que en ella, como en todas, se repitieron manidos argumentos y se hizo cuestión de algo que no podía, en buena doctrina, llevarse tan lejos; lo que sí debe recordarse es la intervención que cobró en la querella el maestro Lastarria. Lastimado en su amor propio, dirigió una carta a B. de Zamora (seudónimo del escritor peruano José Arnaldo Márquez en *La Libertad Electoral*) donde preguntaba: "¿No acabáis de ver la tempestad que se ha armado, y de que ha sido eco uno

de los diarios de esta capital, contra los que como vos, Barros Grez, Eduardo de la Barra, concurren al Certamen Varela?". Lastarria tomaba partido por los mayores, no sólo porque él ya era un anciano de setenta años, sino porque estaban en lo justo. En el fondo había también una queja mezquina deslizada en medio de la disputa literaria. Eduardo de la Barra había obtenido muchos premios por sus diversos trabajos, y las malas lenguas dijeron que como era yerno de Lastarria y éste formaba parte del jurado, podía suponerse una complacencia torcida. En todo caso, la calidad de las composiciones premiadas deja fuera de toda duda la justicia del veredicto.

Decíamos más arriba que Darío hizo viaje de Valparaíso a Santiago con el objeto de recoger el premio del Certamen Varela. En la capital le encontró por esos días Orrego Luco, quien le había dejado de ver algunos meses antes.

Mientras se imprimían los *Abrojos*, el poeta se retiró del diario en que trabajaba y se fue a Valparaíso, a casa del señor Poirier. Durante mucho tiempo quedé sin noticias suyas; de tarde en tarde una carta venía a traérmelas, y todas eran tristes. Después dejó de escribirme y no supe más de él.

* A mediados del año 87, una tarde en que fui a la sala de redacción de *La Epoca*, en donde solía reunirme con Alberto Blest, Pedro Balmaceda y otros amigos que iban a charlar, me encontré de nuevo con el poeta de Nicaragua. Acababa de sacarse el premio del Certamen Varela y estaba muy elegante, de ropa azul marino, corbata a la moda, sombrero lustroso y pañuelo de seda que sacaba a cada momento, como para deslumbrarnos, dando importancia a su persona. En medio de aquellos muchachos tan diversos, de inclinaciones tan distintas, pero todos de talento, pasé, sin sentirlos,

muchas horas. En una pared brillaba la panoplia con una coraza, un casco y sables y carabinas, en las otras algunos retratos, entre otros el de Sarmiento y el de Wanderer, el caballo famoso que había dado *La Epoca* en primera página el Domingo anterior. Hablábamos a gritos y todos a un tiempo, de manera que nunca pude oír el tic tac del reloj. Sobre la mesa cubierta de diarios del Perú, Ecuador, República Argentina y de Europa, se alzaba una verdadera pirámide hecha con los sombreros de los concurrentes. Alberto leía en voz alta los chascarrillos del *Figaro*, descueraba a la mitad del mundo, y nosotros a la otra mitad. (*La Libertad Electoral*, 21 de febrero de 1889).

El grabado de Wanderer que recuerda Orrego Luco fue publicado en la página inicial de *La Epoca* el día 25 de septiembre de 1887; Darío permaneció algún tiempo más en Santiago mientras gastaba la importante suma de su recompensa, porque hay testimonios de otra índole que prueban su vida en Santiago, al través de una carta de Rodríguez Mendoza dirigida al doctor Puga Borne. La carta dice así:

Santiago de Chile, 16 de octubre de 1887.

Señor don Federico Puga Borne.

Presente.

Mi estimado doctor:

Conocedor del carácter generoso de usted y justo apreciador de sus conocimientos médicos, me intereso vivamente en el sentido de que preste usted su asistencia profesional a mi amigo Rubén Darío, joven lleno de talento, de cuyas producciones, según he oído decir, es usted un admirador convencido.

Pues bien, el pobre Darío, tan digno de mejor fortuna, ha tenido la desgracia de adquirir una enfermedad que hasta le priva por el momento de salir a la calle.

Yo espero, señor Puga Borne, que usted consiga devolverle la salud, con lo cual empenaría la gratitud de Rubén y la de los numerosos amigos con que cuenta en Chile.

Reciba el saludo afectuoso de su más atto. a. y s. s.,

M. Rodríguez Mendoza.

A propósito de aquella dolencia existe, además, un premioso billete dirigido alternativamente a tres personas que por eso sólo debemos juzgar de la mayor intimidad de Darío:

Señor don Alfredo Irarrázaval, o don Gregorio Ossa, o don Narciso Tondreau:

A cualquiera de ustedes necesito en mi pieza de alojamiento, calle de Nataniel 51, donde estoy gravemente enfermo. ¡Ojalá que fuera esta misma noche! Su amigo...

Por Rubén Darío que está imposibilitado en este momento,

P. L. Medina.

Este billete, recogido en el *Archivo de Rubén Darío* por Alberto Ghirardo (Buenos Aires, 1943, p. 342), se data allí el 26 de octubre de 1887. Una distancia de diez días ante un accidente de salud grave como el que aquí se nos presenta, parece excesiva, y creemos, por eso, que tanto en la carta de Rodríguez Mendoza como en el billete de Medina debe leerse una misma fecha, siendo, tal vez, la de 16 de octubre la más adecuada.

Sobre esta enfermedad hay otras referencias en un artículo de Ossa Borne, quien recordaba con gratitud al firmante, Pedro León Medina, y agregaba: "Pero una enfermedad hizo presa en el asendereado vate, y su amigo hizo lujo de abnegación y de delicadas y generosas atenciones". Debemos suponer, en fin, que el poeta estaba repuesto en los días finales del mes

de octubre por las noticias que de él nos trae el diario *La Epoca*. El 29 de octubre decía: "URSINO.— Hemos tenido el placer de leer el drama *Ursino*, que su autor el poeta centro-americano don Francisco Antonio Gavidia ha enviado a nuestro amigo don Rubén Darío". Y agregaba: "El señor don Eduardo de la Barra ha ofrecido a nuestro amigo Darío hacer un estudio crítico del *Ursino*". Algunas de las colaboraciones de entonces revelan la permanencia de Darío en Santiago: *Un soneto para bebé* (4 de diciembre en su publicación) figura fechado en la capital, noviembre de 1887, y *La copa de las hadas* (25 de diciembre) lleva una inscripción anexa que dice "Santiago, diciembre de 1887". Durante el siguiente mes de enero de 1888 también hay colaboración de Darío en *La Epoca*, aunque ninguna de sus piezas lleva indicación que permita identificarla como las ya citadas, con relación al sitio en que fueron compuestas.

Durante los días de esta nueva temporada santiaguina, Darío tuvo además la satisfacción de recibir un ejemplar del precioso libro del Certamen Varela, con que se coronaba tan interesante empresa. Son dos volúmenes muy esmeradamente impresos, uno para las composiciones en verso y otro para las de prosa. En el primero se leían el *Canto épico* de Rubén Darío así como el poema de Préndez que había recibido la mitad de la recompensa, y las rimas imitadas de Bécquer, recomendadas pero no premiadas, o, mejor aún, premiadas no con dinero sino con la publicación en el libro. Todo ello, en fin, adicionado con el informe del jurado, donde a las producciones de Rubén Darío se brindaban abiertos y entusiastas elogios. La disposición de este libro había corrido, por encargo de Varela y de Lastarria, entre las manos de Eduardo de la Barra, quien al parecer no tuvo cortapisa alguna para obtener un impreso de categoría. Debe notarse, a propósito, que los dos

volúmenes del Certamen Varela siguen figurando entre los mejores productos de la tipografía chilena.

El estímulo del Certamen Varela tuvo pronto respuesta en el ánimo del poeta. En esta segunda temporada de la vida de Darío en Santiago, nació un importante proyecto literario llamado a vincular estrechamente el nombre del poeta nicaragüense con Chile. Discurrieron Darío y su entrañable amigo Narciso Tondreau componer un *Romancero de la Guerra del Pacífico*, al cual se refería la sección *El Día* de *La Epoca* en su edición de 18 de noviembre, bajo la firma de Kar (seudónimo de Carlos Luis Hübner), y para este efecto redactaron la siguiente circular, que transcribe íntegra el suelto aludido:

Santiago, noviembre 15 de 1887.

Señor don N. N.

Muy señor nuestro:

Hemos concebido la idea de formar una colección de romances históricos, que constituyen el *Romancero de la Guerra del Pacífico*, obra que sea un reflejo de las hazañas llevadas a cabo por el ejército chileno en las heroicas campañas que empezaron en 1879 y terminaron en 1883, siempre con éxito brillante y lisonjero para las armas de Chile.

Como el contingente de Ud. daría mucho lustre y brillo a la obra que proyectamos, nos tomamos la libertad de pedirle concurra a la formación de ella con un romance octosílabo de la extensión que Ud. juzgue conveniente, y sobre el episodio de la última guerra que Ud. encuentre también de su agrado.

Cada colaborador tendrá derecho a dos ejemplares del *Romancero*.

Si tenemos la felicidad de contar a Ud. entre los coope-
radores de esa obra, sírvase contestarnos, dirigiéndose a cual-
quiera de nosotros, Imprenta de la Epoca, Estado, 36 J, an-
tes del 31 de diciembre próximo.

De Ud. muy atentos y SS. SS.

Rubén Darío. Narciso Tondreau.

Kar, comentando la iniciativa, decía como nota final: "Los señores Darío y Tondreau admitirán la colaboración de todas las personas que les remitan romances y a quienes no les hayan dirigido la circular por no conocer su residencia".

La circular fue reproducida en otros diarios, y debe presumirse, en fin, que llegó a conocimiento de todos los escritores. *La Epoca* en su edición de 3 de enero de 1888, en información que hemos visto reproducida por *La Patria* de Valparaíso, recordaba que se había cumplido el plazo fijado por Darío y Tondreau, y copió la nómina que éstos le comunicaron "de las personas que han contestado esa circular, ofreciendo su colaboración para el *Romancero*".

Guillermo Blest Gana
Eduardo de la Barra
José Victorino Lastarria
Jacinto Chacón
Adolfo Valderrama
Ramón Escuti Orrego
Rosendo Carrasco
Juan N. Espejo
Ricardo Dávila Boza
Arturo Givovich
Alfredo Irarrázaval Zañartu
Manuel O. Boza
Antonio Espiñeira

Raimundo del R. Valenzuela
Ricardo Montaner y Bello
Hortensia Bustamante de Baeza
Policarpo Munizaga
Roberto Huneeus
Guillermo de Aconcagua
Eduardo M. Clifton
Luis Rojas Sotomayor
Luis Alberto Navarrete
Antonio Subercaseaux y Pérez
Clemente Barahona Vega
E'quis
Teodoro Romero

De las personas nombradas, algunas, como los señores Lastarria, De la Barra, Dávila Boza, Guillermo de Aconcagua y la señora Bustamante de Baeza, han remitido ya romances para la colección proyectada —seguía diciendo *La Epoca*—. Como muchos que desean concurrir han preguntado cuándo se cerrará el plazo para remisión de sus trabajos, tenemos encargo de los señores Darío y Tondreau de decirles que ese plazo será hasta el 1º de agosto del año en curso, pues se tiene la idea de que el volumen salga a luz el 18 de septiembre próximo, como fecha más apropiada y que concuerda con el fin y propósito del *Romancero*. Tenemos igualmente encargo de los editores de éste, de llamar a la formación de tan laudable obra a todas las personas que tengan voluntad de hacerlo. No hay más condiciones que las dos siguientes: que el trabajo tenga por tema un episodio de la guerra del Pacífico, o algo que con ella se relacione, y que sea escrito en estricto romance octosílabo. De desear sería que nuestros aficionados a las poesías favorecieran con su talento y su pluma un libro destinado a glorificar a nuestros valientes soldados y a colocar un laurel sobre la frente de la patria.

Aparentemente formaba parte de la colaboración anunciada para el *Romancero de la Guerra del Pacífico* el extenso romance titulado *Tarapacá*, dado a luz por *La Tribuna* de Santiago en su número inicial de 25 de junio de 1888, como homenaje a su autor, José Victorino Lastarria, fallecido en esos días.

La polémica que coronó los resultados del Certamen Varela iba a tener un nuevo brote cuando, poco más adelante, aparecieron en minúsculo folleto *Las Rosas Andinas*, nueva y más perfecta muestra de la estupenda habilidad de Eduardo de la Barra para versificar. *Las Rosas Andinas* comprenden seguidamente las rimas de Rubén Darío presentadas al Certamen y las contrarrimas que para hacer su parodia había escrito el poeta chileno, oculto esta vez bajo el seudónimo Rubén Rubí. Están precedidas de un prólogo del Editor, quien no podía ser otro que el mismísimo De la Barra, y de una Introducción dedicada a Rubén Darío en la cual el parodista intenta una descripción de la poesía de Darío que no por tender a lo ridículo carece de gracia y de justeza:

En las selvas de su tierra, donde crece sin igual
una fauna multiforme y una flora colosal,
donde bullen los insectos de metálico color
y hay aromas que envenenan escondidos en la flor...

Y después, variando de metro y de tono, el autor dice:

Yo, como tú, fui mecido
en hamaca tropical;
nadie conoce mi nido,

soy cantor desconocido,
soy un oscuro turpial.

Por esta composición viénese además a caer en la cuenta de que Eduardo de la Barra conocía la producción de Darío anterior al viaje de éste a Chile, sin duda porque su propio autor se la había comunicado. El poema citado es, desde luego, imitación de la *Serenata* publicada por primera vez en *El Porvenir de Nicaragua*, Managua, 22 de abril de 1882 (Sequeira, *Rubén Darío criollo*, p. 61), que comienza diciendo:

Señora: allá en la tierra del sándalo y la goma,
bajo el hermoso cielo de Arabia la Oriental,
do bullen embriagantes la mirra y el aroma
y lucen sus colores la perla y el coral...

Y que al cambiar de metro dice:

Yo quiero darte, Señora,
también hoy mi serenata,
sin tener la guzla mora
ni la cuerda vibradora
de la bandurria de plata...

Las parodias no alcanzan la misma gracia, pues en ellas queda demasiado visible el contraste entre la nobleza espontánea del poeta que escribe cuanto siente, y el intento del parodista, que trata de llevar a tierra lo que aquel ha encontrado bello, puro y noble, digno de su estro y de su estilo. La alusión frecuente al trópico, las referencias a la pobreza personal del poeta, que por desgracia constaba a don Eduardo de la Barra, como ha quedado acreditado más de una vez, muestran a éste empeñado en una tarea burda y sin elevación.

Cuando el nicaragüense dice:

En la pálida tarde se hundía
el sol en su ocaso,
con la faz rubicunda en un nimbo
de polvo dorado,

y el chileno replica:

En la cálida costa se hundía
el sol en su ocaso
con la faz rubicunda y ardiente
de gringo borracho

el lector comprende que la tarea del parodista fue fácil y, acaso por eso, exenta de gloria. El propio Eduardo de la Barra cuenta en una de las notas finales de la recopilación de sus poesías (tomo II) la escena que pasó entre él y la víctima de sus parodias, algunos días después de la publicación de éstas.

Pasadas mis vacaciones, regresé del campo, y la primera visita que recibí fue la de Rubén Darío, quien me veía con mucha frecuencia. Aquella vez, después de largos rodeos, hubo de abordarme al fin, y me habló de las Contrarrimas.

—¿Usted las ha leído? —me preguntó.

—Sí; las conozco.

—¿Y no sospecha usted de quién puedan ser?

—*Mieux que ça*: conozco al autor.

—¿De veras? ¿Quién es?... Dígamelo usted...

—¿Jura y promete guardar el secreto?

—Se lo prometo; ¿quién es el autor?

—Yo.

Darío quedó estupefacto, mas, luego me confesó que él y sus amigos, tras de muchas conjeturas, habían caído en la cuenta de que aquellas parodias eran mías y no de otro. Con-

téle entonces cómo y por qué las había escrito; y él, hombre de talento, me refirió que había sido el primero en aplaudirlas por la prensa.

Al decir esto último, Eduardo de la Barra se estaba refiriendo a un suelto de crónica de *El Heraldo* que salió el 9 de enero de 1888, reproducido al día siguiente en Santiago por *La Epoca*, como prueba de lo mucho que le interesaba, a la distancia, la obra de su antiguo redactor. En el suelto de *El Heraldo* se leía:

LAS ROSAS ANDINAS.— Con este título se ha publicado un pequeño volumen de poesías que contiene las Rimas que don Rubén Darío presentó al Certamen Varela, y una parodia de las mismas, obra de autor anónimo.

Siempre hemos sido enemigos de toda parodia literaria, porque, buenas o malas, siempre son a modo de caricatura de ideas. Generalmente, no se parodia sino lo bueno.

Luego, tales juegos de ingenio son síntomas en todas partes de decadencia. Hemos leído las composiciones a que nos referimos, y, a pesar de nuestra preocupación en contra, aplaudimos al autor de ellas. No puede ser sino un hombre de mucha chispa y un buen poeta el que ha escrito eso. Además, algunas no son parodias sino imitaciones de las *Rimas*, y, a nuestro entender, las hay que valen tanto o más que los originales.

Rubén Darío felicita al autor de la parodia de sus *Rimas*.

Como se ha mencionado en estas páginas, más de una vez, al poeta Eduardo de la Barra (1839 - 1900), no estará fuera de su sitio recordar ahora lo que el propio Darío dejó dicho de él. En el precioso artículo sobre los *Asonantes* de

Narciso Tondreau, con todo el sabor de una irreemplazable página autobiográfica, hay una estampa de cuando Darío le evoca "pequeño y regordete" en su oficina de Rector del Liceo de Valparaíso. Conversa con él, y le halla vivaz y juvenil a pesar de que tiene ya "blanca la cabeza". Estos recuerdos corresponden al primer período de Darío en Valparaíso, entre junio y agosto de 1886. Después se vieron con mayor frecuencia, y llegaron a confiar el uno en el otro con verdadera intimidad. Sintieronse hermanados por el culto de la poesía, y Eduardo de la Barra, magnánimo por su carácter de mayor en edad y en experiencia, pasó a ser algún día el ángel tutelar de quien más apoyo necesitaba en esas horas sombrías.

Algo de lo que Darío le debió entonces se ha dicho más arriba; véase ahora lo que influyó Eduardo de la Barra para colmar el juvenil ensueño de Darío: ser colaborador de *La Nación* de Buenos Aires. Y aun cuando hayamos tentado más de una vez en estas páginas desacreditar la *Autobiografía* por sus muchos notorios errores, habremos de volver a ella cuando nos falte mejor fuente de información. Así acontece con la forma en que Darío narra cómo entró a ser, desde Chile, corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires. Esta distinción, envidiable para cualquier escritor, más lo era para un joven que apenas tenía iniciada su carrera literaria. Y si en ella cupo parte a algún chileno, ¡cuánto no habría que decir entonces en elogio de los chilenos que trataron a Darío de 1886 a 1889! Veamos, pues, cómo lo cuenta Darío:

Yo tenía, desde hacía mucho tiempo, como una viva aspiración, el ser corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires. He de manifestar que es en ese periódico donde comprendí a mi manera el manejo del estilo, y que en ese momento fueron mis maestros de prosa dos hombres muy diferentes: Paul Groussac y Santiago Estrada, además de José Martí.

Después de una digresión, prosigue el poeta narrando lo que habría dicho Eduardo de la Barra:

—Vamos a ver a mi suegro (don José Victorino Lastarria, como se ha recordado ya más arriba), que es íntimo amigo del general Mitre, y estoy seguro de que él tendrá un gran placer en darle una carta de recomendación para que logremos nuestro objeto, y también estoy seguro de que el general Mitre aceptará inmediatamente la recomendación.

Y la *Autobiografía* sigue diciendo: “En efecto, a vuelta de correo venía la carta del general, con palabras generosas para mí, y diciéndome que me autorizaba para pertenecer desde ese momento a *La Nación*”. Darío se siente esta vez ufano de sus padrinos, de sus amigos, de cuantos le ayudaron a mantenerse a flote después de los naufragios a que lo arrastraba su pecadora carne, y exclama: “Quiso, pues, mi buena suerte que fuesen un Lastarria y un Mitre quienes iniciasen mi colaboración en ese gran diario”. Nombres a los cuales bien pudo agregar el del chileno Eduardo de la Barra, feliz intermediario en aquella delicada gestión.

Darío quedó muy orgulloso de las circunstancias en que se había logrado su ingreso a la nómina de colaboradores de *La Nación* de Buenos Aires, atendido el padrinazgo de Lastarria y Mitre. En 1912, por ejemplo, cuando pasó de nuevo por la capital platense, la última vez que hubo de respirar sus auras, el personal de *La Nación* le ofrendó un espléndido banquete, y entonces, ofrecida la palabra al poeta, éste leyó un discurso en el cual abundaba en el elogio de aquellos dos hombres que le eran tan caros:

Señores: Hace ya largo tiempo, un anciano ilustre, el primer chileno de su siglo, me presentaba, casi adolescente,

lleno de sueños, hambriento de esperanzas, al más grande de los argentinos. Entraba yo a la redacción de *La Nación* introducido por el más ilustre de los chilenos, apadrinado por el más grande de los argentinos ⁵.

Desde Chile, por lo demás, el poeta había comenzado campaña para vincularse con escritores de otros países, a los cuales envió ejemplares de sus obras. *La Epoca* en su edición de 22 de octubre de 1887 escribía: "Don Rubén Darío acaba de recibir una muy honrosa carta del distinguido poeta argentino don Rafael Obligado", y por la fecha puede suponerse que se refería al envío de *Abrojos*. Algo más adelante, otra noticia grata para el poeta era comunicada por éste a su amigo Carlos Luis Hübner, cuya sección *El Día*, de *La Epoca*, bajo el seudónimo Kar, la contaba así:

PARABIENES.— El inspirado poeta don Rubén Darío ha recibido una carta de Julio Calcaño, el poeta venezolano, en que éste le da calurosos parabienes por el éxito con que está cultivando las letras.

Calcaño, como se sabe, es secretario perpetuo de la Academia Venezolana, correspondiente de la Real Academia Española. (3 de diciembre de 1887).

⁵ Ghiraldo, *Archivo de Rubén Darío*, p. 489.

Capítulo X

EL HERALDO

En noviembre de 1887, cuando Darío todavía se encontraba en Santiago, comenzaron a informar los diarios sobre la próxima fundación en Valparaíso de un nuevo periódico en el que tendrían decisiva influencia los miembros del partido radical a quienes no satisfacían las orientaciones de los demás órganos de la prensa política. Cuando ya los rumores contaban varias semanas, se dio el nombre de aquel diario, *El Heraldo*, y se precisó que sería orientado y dirigido por don Enrique Valdés Vergara (1859-91). *El Heraldo* comenzó a publicarse el 2 de enero de 1888, y Valdés Vergara fue ayudado en los trabajos de fundación y en la redacción principal por don Máximo Cubillos, quien así iniciaba una extensa carrera periodística.

Se trabajó —recordaba Cubillos en 1891— desde el principio porque *El Heraldo* no fuese un diario seco, un boletín de impresiones calcadas sobre viejos patrones, una hoja de círculo; un tambor sin bandera y con sargento mayor, y se procuró por eso llamar a la redacción a cuantos quisieran decir algo nuevo, crear una nueva forma de política y de dicción comercial.

Rubén Darío, según todo lo hace presumir, trabajó en *El Heraldo* desde el primer día, para lo cual, en suma, hubo de hacer viaje de Santiago a Valparaíso, puerto que había abandonado en setiembre, cuando le pareció conveniente cobrar en persona el premio obtenido en el Certamen Varela. Cubillos, autor de las informaciones que se han copiado, también menciona a Darío, a propósito de Alberto Riso-Patrón, joven de rápidas intuiciones que debió llenar no pocas columnas del periódico:

Y siguió escribiendo al vapor, día a día, haciendo él la tarea del soñador Rubén Darío que perdía horas con la vista fija en un punto matemático e invisible, buscando tal vez asunto a alguna de esas composiciones cuyo marco era un arroyito de cambiantes piedras, con fondo de nubes y mariposas diminutas. (*Ensayos* de Alberto Riso-Patrón, 1891, p. 19)

Si leemos la *Autobiografía* en busca de informaciones sobre este período de la vida de Darío, encontraremos, como en otras circunstancias, unos cuantos errores garrafales:

Lo dirigía a la sazón Enrique Valdés Vergara —dice el poeta al referirse a *El Heraldo*—. Era un diario completamente comercial y político. Había sido yo nombrado redactor por influencia de don Eduardo de la Barra, noble poeta y excelente amigo mío. Debo agregar para esto la amistad de un hombre muy desgraciado en Chile, Carlos Toribio Robinet¹. Se me encargó una crónica semanal. Escribí la primera sobre sports. A la cuarta me llamó el director y me dijo: “Usted escribe muy bien... Nuestro periódico necesita otra cosa... Así es que le ruego no pertenecer más a nuestra redacción”. Y por escribir bien me quedé sin puesto.

¹ Cuando Darío escribió estas palabras, Robinet, por desdichas que no es del caso recapitular aquí, se había suicidado.

La memoria del honrado y valeroso Valdés Vergara, fallecido en forma heroica en la Revolución de 1891, no necesita ser descargada del peso de lesa cultura que significan las palabras que le atribuye Darío, y si las rectificamos es porque hay otros puntos que nos interesan más directamente.

Todos los diarios que en el mundo han sido, cuando se vieron en la precisión de renunciar a los servicios de un redactor, siempre doraron la píldora de aquella mala noticia haciendo el elogio de cuerpo presente de la víctima de su medida, y dijeron, como Valdés Vergara: "Aunque Ud. escribe muy bien..." o cualquier cosa similar. Darío, en suma, no se quedó sin puesto *por escribir bien*, como dice un poco puerilmente en la *Autobiografía*, sino que Valdés Vergara hubo de poner término a sus servicios por cualquier motivo, sin que para ello fuese óbice el que escribiera bien.

Una ligera pesquisa bibliográfica permite establecer que el poeta escribió en el diario porteño no cuatro artículos sino ocho que llevan el título común *La Semana*. En esta serie amena de comentarios de la actualidad, donde el poeta - periodista dispone de libertad plena para tratar el tema que le agrada, el que versa sobre los deportes no es el primero sino el séptimo, y se lee en la edición del 7 de abril de 1888. Pero hay más todavía: ¡con la última de estas Semanas, no desaparece de *El Heraldo* el nombre de Rubén Darío! ... Aquella fue publicada el 14 de abril: el 1º de junio se lee en el mismo diario *La Canción del Oro*, que a poco andar iba a figurar en el repertorio del *Azul*..., y el 16 del mismo mes, en fin, el diario porteño publica el soneto a Lastarria, que no por ser obra de ocasión deja de parecer uno de los más significativos de Darío en toda su carrera.

En aquellas Semanas de *El Herald*o, Darío caracterizó con breves rasgos la vida espiritual de Valparaíso, en un panorama amplio que basta para señalar la impresión que le estaba causando.

Por la noche se asistirá a un concierto en el teatro de la Victoria, concierto que promete ser magnífico; y en el gran festival que prepara el maestro Cesari se oirá música escogida; todo bueno, y entre lo mejor, un potpourri de Lohengrin de Wagner, el artista genial, el músico poeta, el revolucionario e inspirado creador de la "música del porvenir". ¡Día alegre! Estruendo y fanfarria, luces y barcos de gala. Todos los días lloramos los sombríos desaparecimientos, las profundas tristezas, y todos los días toca nuestra puerta la francachela con su cascabel sonoro. El siniestro cólera morbo no apaga las llamas vivaces. ¡Y así rueda el mundo! El mundo, que sería insoportable sin sus altibajos, sin sus locuras, sin sus ansias y sin sus contrastes. (*Obras desconocidas*, p. 115; 11 de febrero de 1888).

En ese primer artículo de la serie *La Semana*, registró Darío el cambio que acarreaba a Valparaíso la afluencia de visitantes de Santiago, quienes, huyendo del calor de la capital, se iban a tomar baños de mar en las diferentes playas porteñas y viñamarinas. He aquí sus palabras.

Nos llena desde hace días la inmigración de verano. Nuestras calles hierven. Hay una muchedumbre de rostros nuevos, y una animación bulliciosa por todas partes. Se pasea, se goza. Las santiaguinas han venido a la visita anual al mar saludable, al puerto alegre, al aire libre y salado que les insufla vida en los pulmones y les sonrosa las mejillas. Vese en las noches la calle del Cabo llena de luz y de rostros bellos. Ha habido una irrupción de hermosuras. Porteñas y santiagueñas forman un solo cuerpo.

De las últimas han emigrado también muchas a los lugares de moda. Viña del Mar tiene hoy sus chalets colmados de rosas. Las que vienen de la brillante Santiago son a modo de aves que dejando las jaulas doradas, buscan el aire y se hunden en él, y sacuden el plumaje en vuelo libre. Dejan los salones donde hubo calor y fiesta y ruido en el invierno; y las alamedas verdes, las acacias floridas en la época más dulce del año. (*Obras desconocidas*, p. 113-4).

Luego, ya en los primeros días de marzo, los veraneantes se volvían a la capital, porque la estación calurosa tocaba a su término y era preciso reanudar las ocupaciones usuales del año, desde poner a los niños en el colegio hasta velar por la hacienda descuidada en la temporada de calores. Y aquí, como siempre, es gentil el lenguaje del cronista y feliz, literariamente hablando, la evocación del tránsito.

Se van los inmigrantes, se van los que vinieron en busca de sol y de fragancias del mar. Ya pueden retornar a la espera del invierno las hermosas elegantes de Santiago, del invierno frío pero aristocrático, árido pero opulento.

Se va el verano, se va con su gran manto de espigas, áureo, brillante, ardiente; se va con su fuerte aliento y su viento cálido y su relampagueo ficticio en las noches oscuras y tibias.

Se va el verano, amigo de los cosechadores de la campaña, porque tuesta y dora el grano que va a rellenar la troje del necesitado.

Se va el verano, alegre para las niñas gentiles, porque es el que les trae los trajes claros, las dulces emigraciones, el cariño del campo y los besos ásperos del mar. Gozan ellas por todo el año el halago de la ciudad, el lujo de la moda nueva y el esplendor de los salones; mas en llegando los meses de este tiempo, viene el emigrar, el ver los lugares más provechosos a la salud o al ánimo. Y luego, el rejuvenecimiento para

las naturalezas agotadas, la sangre para los cuerpos anémicos y la alegría para las almas tristes. (*Obras desconocidas*, p. 128-9).

Mientras tanto, por esos mismos días, manda a *La Libertad Electoral* de Santiago algunos artículos que son curiosos porque versan casi todos sobre temas muy recientes en las letras francesas y dan a su autor el título de diligente divulgador de las novedades artísticas; o hace el elogio de un ilustre difunto, don Miguel Luis Amunátegui, que ha muerto siendo ministro de estado:

No tenía Amunátegui pompa y esplendor en el estilo; pero sí tersura y fragancia clásicas. Escribía en períodos cortos, como quien dice apotegmas; y claros, como quien desparrama luces y enseña. Sobre todo, su gran facultad de investigación le tornaba en libro vivo. Sé de él que nadie volvió de su gabinete de estudio sin llevar satisfecha la cabeza y resuelta su consulta. Y que todo joven estudioso tenía en él un amigo, y que no era avaro de sus conocimientos, antes bien, derrochador. Gustábale borrar toda ignorancia y en su cátedra todo hambriento de saber quedaba harto. (*Obras desconocidas*, p. 99-100).

Y en ese artículo queda a la luz, en fin, que estando Darío en Santiago, en los meses finales de 1887, frecuentó la sociedad de Lastarria:

Hace pocos días, lamentando la muerte del hombre ilustre que Chile acaba de perder, me decía el señor Lastarria: más que político, más que educacionista, más que todo, Amunátegui era escritor. Y el maestro decía una gran verdad. (*Obras desconocidas*, p. 99).

Por la concordancia de las fechas, débese suponer que en esas entrevistas propuso Darío a Lastarria que escribiera el prólogo de su libro en proyecto, *Azul...*, que hubo de salir sin ese prólogo por haberse interpuesto el fallecimiento del prologuista, en junio de 1888. Lastarria, como juez en el Certamen Varela, manifestó por escrito su opinión acerca del *Canto épico* de Rubén Darío y fue el eficaz intermediario a que hubo de acudir éste cuando se le ocurrió salir de Chile investido del carácter de corresponsal viajero de *La Nación* de Buenos Aires. Todo indica, pues, que entre los dos escritores, a pesar de la enorme diferencia de edad, que contribuía a distanciarlos, alcanzó a existir una agradable comunidad de espíritu.

Así como antes *La Epoca* de Santiago había sido el centro de su vida literaria, ahora fue *El Heraldo* quien le proporcionaba el pan de cada día y acogía en su redacción las muestras de su ingenio. Se han citado ya Las Semanas, por la luz que sobre ellas proyectó Darío en su *Autobiografía*; pero hay muchas otras huellas de lo que el poeta hizo y no hizo para el diario porteño dirigido por Enrique Valdés Vergara. Elevaba las notas de crónica al nivel de obras de arte, como puede verse en la siguiente, que para el entendido contiene el germen de *Pórtico* (1892):

ZINGAROS.— Dos amigos nuestros nos refieren la siguiente aventura acaecida en los alrededores de Viña del Mar.

Iban ellos en su coche, pensando, como mozos de buena imaginación, en multitud de cosas imposibles.

En medio de la charla dijo uno:

—Desearía que, estando ahora en Chile, nos encontráramos de repente en Europa. Aquellas ciudades, aquellos campos, aquellas costumbres, aquellos...

En esto detuvieron el coche sorprendidos.

Bajo uno de los tupidos ramajes que había por el camino acababan de divisar un grupo que no tenía nada de chileno.

Lo formaban unas mujeres de trajes extraños, dos de ellas hermosas, de ojos lindísimos; unos hombres con largos bordones y vestidos caprichosos, un gran oso gris amarillento, y un mono que enseñaba los dientes sobre un montón de trebejos y aletas de saltimbanquis.

Nuestros jóvenes se acercaron, y les preguntaron quiénes eran.

Eran bohemios; la mujer más hermosa, turca.

Por unas pocas monedas la turca tomó una especie de pandereta y comenzó a bailar una danza melancólica, perezosa, lasciva, al propio tiempo que cantaba en su lengua y estiraba los brazos sacudiendo su instrumento.

El oso y el mono hicieron sus gracias; todos lucieron sus habilidades, en tanto que un hombre, al parecer el jefe de la familia errante, fumaba su pipa echado sobre una manta de colores.

Nuestros amigos se retiraron notando cómo gozaron de una escena de Bohemia, un baile de *almée* en los alrededores de Viña del Mar. (*El Heraldo*, 5 de marzo de 1888).

O prometía estudios que nunca salieron de la buena intención: "DON PEDRO LEON GALLO.— Pronto aparecerá un estudio sobre las traducciones de Victor Hugo en lengua española, y seguido de las hechas por nuestro compatriota don Pedro León Gallo. Es probable que salga por la afamada Imprenta Cervantes de Santiago, en un volumen de lujo". (6 de marzo de 1888). Noticia acogida igualmente por *La Epoca* de Santiago, diario que en su *Correspondencia de Valparaíso* del número de 7 de marzo decía: "Pronto aparecerá un estudio

sobre las traducciones de Victor Hugo en lengua española, y seguido de las hechas por nuestro compatriota don Pedro León Gallo. Su autor es don Rubén Darío. El corresponsal”.

Otras veces la obra fue lograda, pero no consiguió Darío hacerla publicarse en el diario de Valdés Vergara, que no parecía el más adecuado para contenerla, sino en la *Revista de Artes y Letras*, que en Santiago publicaban algunos de sus amigos.

NOTABLE ESTUDIO LITERARIO.— Próximamente publicaremos uno de Augusto Cesari, joven escritor italiano, discípulo del gran poeta Giossue Carducci. El estudio se titula *Goethe y la segunda parte del Fausto*.

Lo hemos recibido inédito, y no dudamos que los amigos de las letras lo leerán con interés.

El señor Cesari reside en Bolonia, de cuya Universidad es profesor el egregio autor de *Rime Nuove*. Es hijo del notable maestro Cesari, que se encuentra en Valparaíso, y que todos conocen.

Felicitamos al padre de Augusto, y le damos las gracias por habernos proporcionado el trabajo en referencia. (13 de abril de 1888).

Las relaciones de Darío con el maestro Cesari (m. en Italia, 1902), que tenía a su cargo el Orfeón Municipal de Valparaíso, fueron por lo demás muy estrechas, ya que el músico compuso la partitura del *Himno de los Bomberos* que había escrito Rubén Darío. En *El Heraldo* se informaba (11 de julio de 1888):

Himno de los Bomberos

El maestro Cesari ha puesto música a la letra de un himno de los bomberos compuesto por don Rubén Darío.

Esa música ha sido aprendida por la banda de la Guardia Municipal y ensayada en la mañana de ayer ante un regular número de personas, con aplauso general y felicitaciones para el maestro Cesari.

Ese himno fue encargado por el capitán de la 4ª Compañía señor P. J. Echeverría al señor Máximo Cubillos, y éste lo pidió al maestro Cesari, quien se prestó gustoso para ello.

Y al día siguiente el diario *La Unión*, que entre sus redactores contaba sin duda a un experto en música, narraba con extrema vivacidad todo lo que había podido captar en la partitura de Cesari durante su primera audición:

Excelente composición musical

En la mañana de anteayer, verificóse el primer ensayo del Himno de los Bomberos, música del distinguido maestro Cesari y letra del poeta centroamericano don Rubén Darío, ensayo que se hizo en el Cuartel de Policía por la magnífica banda del cuerpo. El himno referido es una composición en la cual domina el movimiento de marcha que la hará muy adecuada para su ejecución como tal.

Empieza con un toque de pistones que sirve de motivo de llamada a los bomberos. Sigue la parte propiamente armónica, con un tema marcial de mucho efecto y concluye la primera parte con una descripción musical imitativa, que es una sucesión de escalas en ascenso y descenso que parecen ser el remedo de aquellas por las cuales el bombero sube al fuego y a veces al martirio.

En el toque marcial a que nos hemos referido, hay un episodio musical de mucha gracia y efecto. Es un alegre intrépido lleno de vida y movimiento.

Sigue un trío en el cual descuella una melodía larga y apasionada que pinta en la letra los horrores del incendio. A la vez redoblan los toques de corneta que parecen indicar

arrecia el peligro y se multiplican los esfuerzos en la abnegada lucha. Por fin se repite el gran toque primero que sirve de final.

Esta hermosa creación musical es una de las que más honor hacen al maestro Cesari tan ventajosamente conocido ya por sus bellas producciones.

Esta curiosa noticia con ribetes de crítica musical terminaba diciendo: "La letra es, como queda dicho, de Rubén Darío. Está escrita en octavas decasílabas, como la mayor parte de las obras de este género; y predomina en general briosa facilidad en todas ellas, adecuación en el asunto y armonía con el ritmo musical". Rubén Darío, que había elogiado varias veces en prosa a los bomberos, como puede verse en diversos pasajes de las *Obras desconocidas*, los elevó a la dignidad del verso en aquel himno, no ciertamente una obra maestra, si bien alcanza cierta majestad épica en la estrofa final:

¡Gloria a aquél que sucumbe en la lucha,
valeroso, sublime, esforzado;
gloria a aquél que al deber consagrado
salva vidas, riquezas, hogar!
Bronces hay que sus cuerpos encarnen,
y el recuerdo del fiel compañero
en el alma viril del bombero
nunca, nunca, se puede borrar.

Por motivos que no conocemos, las relaciones de Darío con *La Epoca*, a todo esto, se habían enfriado hasta el punto de que, como se verá, a la partida, en febrero de 1889, fue ese diario santiaguino quien mayor indiferencia mostró con su excelente colaborador de ayer. Y pues tratamos de *El Heraldo*, véase un suelto de *La Epoca* (7 de abril de 1888) en donde se le alude, mentándolo como cronista del diario porteño:

EPICO Y NO HIPICO.— Dice *El Heraldo*: “Duelo.—El Domingo próximo aparecerá de luto *La Epoca* y con un grabado representando a Wanderer derrotado por Genovese”. Es completamente inexacta la anterior noticia que a sus lectores da ese diario de Valparaíso. Trocó los frenos el colega, pues en vez de Wanderer, como él dice, pensamos exhibir el retrato de cierto poeta épico, cronista de cierto diario. Epico le dijeron a nuestro colega y él entendió hípico, lo cual no es siempre la misma cosa... Colega de *El Heraldo*, cuidadito con las piedras, que es muy fácil tropezar cuando se tiene juanetes!...

Pero el asunto trajo cola, si bien sólo en la intimidad de Darío y de su fiel amigo Narciso Tondreau. A éste dirigió el poeta, desde Valparaíso, el siguiente telegrama:

Valparaíso, 7 de abril de 1888. Tondreau. Epoca.

Aunque sé no es de Ud. primer suelto *Epoca* de hoy, lo he lamentado profundamente, pues no me mezclo en nada político ni tengo responsabilidad en gacetillas que no sean noticias comunes o literarias. *Rubén Darío*.

Estas notas son muy reducidas, y apenas llamarían la atención si no fuera que aparece enredado el nombre de Darío. Merced a ellas, además, queda en claro que Darío protestó una vez y otra contra cualquier intento de mezclarle en la política interna de Chile.

También fue *El Heraldo* diario radical y por lo tanto muy vecino a las convicciones políticas de Eduardo de la Barra, el que tuvo las primicias de una iniciativa de éste, la de reabrir la academia literaria del Liceo de Valparaíso, a fin de estimular las labores intelectuales de unos pocos vecinos del puerto. Y allí, entre los nombres de los invitados, figuraba el de Rubén Darío, promovido entonces de golpe y porrazo a la

categoría de colaborador de De la Barra en aquella generosa empresa. La noticia, tal cual la vemos en *El Herald* de 27 de abril de 1888, dice como sigue:

ACADEMIA.— Como lo anunciamos los días pasados, la antigua academia científico-literaria del Liceo de Valparaíso será reorganizada.

Ha habido ya una sesión, en que se ha elegido el directorio provisional, y se han aprobado los estatutos.

Presidente ha sido nombrado don Eduardo de la Barra, rector del Liceo.

La Academia ha quedado dividida en tres secciones: Instrucción, Bellas Letras y Ciencias. Para la primera ya establecida se ha elegido presidente al señor don Esteban de Arza, y secretario al doctor don Clodomiro Pérez Canto.

Se han propuesto como miembros de la sección de Bellas Letras a los siguientes caballeros:

Arlegui, Juan de D.

Alcalá Galiano, Antonio

Blest Gana, Guillermo

Barra, Eduardo de la

Caviédes, Eloy

Ducoing, Heriberto

Darío, Rubén

Donoso Vergara, Francisco

Givovich, Arturo

Larraín Z., J. Joaquín

Moreno, Braulio

Murillo, Valentín

Rodríguez, Leoncio

Soublette, Evaristo

Valdés Vergara, Francisco

Vergara, José Francisco

Vial, Román.

Los diversos períodos de vida en Valparaíso habíanse confundido en uno solo para Darío cuando dictó las páginas de reminiscencias de su *Autobiografía* (1912). Sólo a pocas semanas puede aplicarse lo que allí leemos: "Mi vida en Valparaíso se concentra en ya improbables o ya hondos amoríos; en vagares a la orilla del mar, sobre todo por Playa Ancha, invitaciones a bordo de los barcos, por amigos marinos y literarios; horas nocturnas, ensueños matinales, y lo que era entonces mi vibrante y ansiosa juventud". El paseo de Playa Ancha ha sido recientemente bautizado con el nombre de Rubén Darío por las autoridades municipales, para hacer permanente el recuerdo del poeta en el puerto. Pero en los períodos de que estamos tratando no hubo tanta luz: vagaba, es cierto, pero más de empleo en empleo que de salón a barco, y alguna vez hubo de vivir días de extrema bohemia.

En la *Historia de un sobretodo* dejó Darío, por lo demás, una vívida estampa de lo que fue su carrera en Valparaíso en los meses que duró su colocación en *El Heraldo*, con detalles íntimos y familiares del más subido valor autobiográfico; y tanto, que llama la atención la escasa importancia que se ha concedido a esta pieza del poeta. Ahora el cuentista es el que narra, y lo hace con garbo elegante:

Es en el invierno de 1887², en Valparaíso. Por la calle del Cabo hay gran animación. Mucha mujer bonita va por el asfalto de las aceras, cerca de los grandes almacenes, con las manos metidas en los espesos manguitos. Muchos dependientes del comercio, mucho corredor, va que vuela, enfundado en su sobretodo. Hace un frío que muerde hasta los huesos.

² De 1888 naturalmente, porque *El Heraldo* no se publicó en 1887.

El poeta maltratado por la pobreza hasta entonces, dice que, en contraste con aquellas gentes, va "tiritando bajo su chaqueta de verano, sufriendo el encarnizamiento del aire helado"; y agrega:

Acabo de salir de la casa de mi amigo Poirier, contento porque ayer tarde he cobrado mi sueldo de *El Herald*, que me ha pagado Enrique Valdés Vergara, un hombrecito firme y terco... Poirier sonriente me ha dicho mirándome a través de sus espejuelos de oro:

—Mi amigo, lo primero, comprarse un sobretodo!

Ya lo creo. Bien me impulsa a ello la mañana opaca que enturbia un sol perezoso, el vientecillo, el vientecillo que viene del mar, cuyo horizonte está borrado por una tupida bruma gris.

Y entra en una tienda "de ropa hecha": "¿Qué me importa que no lleve mi sobretodo la marca de Pinaud?", reflexiona Darío, recordando al gran sastre de Santiago en esa época. Describe la tienda, evoca la escena de la prueba, en que el dependiente le persuade para la compra inminente:

—Y sobre todo, caballero, le cuesta a usted muy barato!

—Es mío —contesto con dignidad y placer—. ¿Cuánto vale?

Jesucristo, cerca de la mitad de mi sueldo; pero es demasiado tentadora la obra, y demasiado locuaz el dependiente. Además, la perspectiva de estar dentro de pocos instantes el cronista caminando por la calle del Cabo con su *ulster*, que humillará a más de un modesto burgués, que se atraerá la atención de más de una sonrosada porteña.

Pago, pido la vuelta, me pongo frente a un gran espejo el *ulster*, que adquiere mayor valer en compañía de mi sombrero de pelo, y salgo a la calle más orgulloso que el príncipe de un feliz y hermoso cuento.

Pero la historia no ha terminado con este desenlace feliz: Rubén Darío hace pasear su sobretodo por los sitios de Santiago que conoció entonces, "desde el palacio de La Moneda hasta los arrabales: él noctambuleó en las invernales noches santiaguesas, cuando las pulmonías estoquean al trasnochador descuidado; él cenó "chez Brinck", donde los pilares del café parecen gigantescas salchichas, y donde el mostrador se asemeja a una joya de plata; él conoció de cerca a un gallardo Borbón, a un criminal y a una gran trágica; él oyó la voz y vio el rostro del infeliz y esforzado Balmaceda". La evocación, como se ve, es cabal: el poeta conserva nítidamente grabadas aquellas escenas en la memoria, y con el pretexto de contarnos la historia de su sobretodo, traza una página de su propia vida, *d'après nature*: "Al compás de los alegres tamborileos que sobre mesas y cajas hacen las "cantoras", él gustó, a son de arpa y guitarra, de las cuecas que animan al roto, cuando la chicha hierve y provoca en los "potrillos" cristalineros que pasan de mano en mano". Después de esta evocación, sigue la historia de aquel "ulster": Nicaragua, El Salvador... Abreviando: el poeta regala su sobretodo a Gómez Carrillo, que se va a París, y éste a Alejandro Sawa, quien después se lo dio nada menos que a Verlaine. Y entonces su antiguo dueño lo apellida dichoso: "Sí, muy dichoso —termina—, pues del poder de un pobre escritor americano ha ascendido al de un glorioso excéntrico, que aunque cambie de hospital todos los días, es uno de los más grandes poetas de la Francia".

No desmedrará el brillo de estas páginas autobiográficas el señalar algunos de sus gordos anacronismos. Si el sobretodo de marras había sido adquirido con el sueldo de *El Heraldo*, en 1888, no pudo pasearlo Darío en los días de la temporada de Sarah Bernhardt, que había ocurrido en 1886...

Y así otros pecadillos de infidelidad de memoria, disculpables por muchos motivos, y principalmente porque la *Historia de un sobretodo* fue escrita en 1892, muy lejos ya de la escena evocada por el autor.

Capítulo XI

AZUL...

La excepcional información literaria con que Rubén Darío llegó a Chile debía con justicia llamar la atención de quien se aproximara a él y obtuviese —raro privilegio— alguna confidencia de este hombre recogido y ceñudo antes de tiempo. De estar a las investigaciones que hemos hecho, el primer artículo que Darío publicó en Chile fue *La Erupción del Momotombo*, insertado por *El Mercurio* de Valparaíso en su edición de 16 de julio de 1886. El poeta no había completado entonces un mes de permanencia en Chile y escribió su trabajo especialmente para ese diario, puesto que en la fecha al pie, que acompaña a la firma, dice: “Valparaíso, julio de 1886”. Ya en esa ligera nota periodística encontramos referencia de Victor Hugo: el poeta ha leído en la *Légende des siècles* el poema dedicado al famoso volcán nicaragüense, *Les raisons du Momotombo*, y narra la letra de la relación fabulosa de los conquistadores, puesta en verso por el poeta francés. Recuerda además que éste ha dicho, en elogio del volcán, que “forma a la tierra una tiara de sombra y de llama”, y reproduce el verso “campos de soledad, mustio collado” como para acreditar que no conoce sólo a Victor Hugo sino también la poesía clásica española. Otro artículo del mismo diario, que

el autor fecha el 24 de julio de 1886, destinado a llorar la muerte del poeta chileno Hermógenes de Irisarri, comienza diciendo:

Las musas se van, ¡Oh, Póstumo!, que tienes a bien poner oídos a mis tristes apóstrofes. Las musas se van porque vinieron las máquinas y apagan el eco de las liras. Idos, ¡adiós, poetas inspirados! Los que nos quedaban se están muriendo; los que sobreviven han dejado la floresta primitiva de su Arcadia al ruido ensordecedor de la edad nueva; allá quedó el instrumento abandonado, el arpa de los cánticos primeros. Idos a Dios, encendedoras de divinos entusiasmos, dulces Piérides, que en mejores tiempos hallásteis en el suelo de Arauco servidores constantes y sumisos. Ya no hay vagar para vuestro culto. (*Obras desconocidas*, p. 11-7).

En este artículo, tan embebido de clasicismo como ha podido verse, nombra a Macaulay, muestra familiaridad con la literatura chilena y menciona a Pedro de Oña, Guillermo Matta, Eduardo de la Barra, Eusebio Lillo, José Antonio Sofía, Quiteria Varas Marín; cita a Virgilio en latín, a Anacreonte al través de sus traductores Baráibar e Irisarri, y habla con discreción y tino de Ruckert, de Horacio y de Joubert. ¿Puede ser vulgar la información de un mozo que a los diecinueve años se codea de tal modo con los grandes de varias literaturas? Y si recorremos las páginas de *Obras desconocidas*, donde han quedado tantas muestras dispersas de un talento que no hizo asco al periodismo, veremos que la cultura del poeta era ya en ese tiempo hartó escogida y varia. Habrá de admitirse, en presencia de lo citado, así como de lo que además puede encontrarse en aquel libro, cómo su fuerte no era sólo la literatura española; sabía también algo de latín y había leído a los más eminentes poetas clásicos. Debe acep-

tarse, en fin, que tampoco podría ser su francés tan "precario" como él mismo diría más tarde, puesto que no sólo citaba a los escritores que hemos mencionado, y a otros de su lengua, sino que también traducía al más grande de ellos: Victor Hugo. Porque a muy corta distancia de llegar a Chile publicaba en *La Epoca*, el 15 de septiembre de 1886, una traducción del libro póstumo de Hugo *La fin de Satan*, y ella, *La entrada a Jerusalén*, no sólo es atinada sino que ostenta rasgos magistrales, como ya hemos tenido oportunidad de explicar¹.

Es curiosa la insistencia con que algunos de los amigos del poeta, y éste mismo, se han referido al escaso conocimiento del francés que tenía en los primeros años de su vida literaria. Gavidia dice haberle leído los versos de Victor Hugo, porque el adolescente no sabía francés. Veamos otra información posterior. En 1890, al decir de Soto Hall, tampoco su francés era cabal: "Nos encontramos al poeta leyendo un libro de poemas franceses, cuyo autor no recuerdo. Estaba muy entusiasmado y quiso traducirnos uno de ellos. Rubén adivinaba más que sabía lo que paladeaba en lenguas extrañas. Su dominio del idioma de Molière era muy exiguo en aquellos tiempos". (*Revelaciones íntimas*, p. 104). La traducción del fragmento de *La fin de Satan* que hizo en Chile (ver *Obras desconocidas*, p. 44) muestra que ya en 1886 era capaz de realizar algo más que lo que dice el señor Soto Hall. Anotemos, en fin, otro rasgo. El poeta escribió un artículo (*Obras desconocidas*, p. 236) que rueda en su mayor parte sobre los

¹ En *Rubén Darío y su creación poética*, folleto publicado en 1935 para comentar la obra del mismo título que se debe al eminente escritor argentino don Arturo Marrasso, intentamos una compara-

ción de esta traducción con el original francés, y creemos haber probado que la versión es delicada y fiel, fuera de que la forma castellana llama la atención por el buen gusto y la elegancia.

méritos que Pedro León Gallo, escritor chileno, había adquirido como traductor de Hugo y sobre la dificultad de traducir a éste. Y proponía que se recogiera ese caudal disperso:

Hay tiempo. Hoy se inicia una era brillante al parecer. Los que dirigen el movimiento son gentes de ilustración y de entusiasmo. Se conservan de ese hombre, audaz y superior, escritos que andan esparcidos en folletines de diarios pasados y de revistas. Sobre todo, sus versiones de Hugo, entre las que sobresalen *El Sátiro* y *El Siglo XX* de *La Leyenda de los Siglos*. Que se recoja todo, que se imprima un hermoso libro, y ello será una verdadera gloria literaria para este soberbio país de Chile. (*Obras desconocidas*, p. 241).

Entre las muchas obras anunciadas por Darío y que no se publicaron nunca, en ese mismo artículo figura, por lo demás, mentada una recopilación de las traducciones de Hugo. "El que estas líneas escribe —decía— tiene en vías de publicación un estudio completo sobre los traductores del gran francés, españoles y americanos. Esta obra, escrita con una crecida cantidad de noticias, estaba falta de datos únicamente respecto a poetas de Venezuela y Chile" (*Ibid.*, p. 237). Esta labor generosa, emprendida por el chileno Soffia y el colombiano Rivas Groot en Bogotá, sólo pudo publicarse en libro en 1889, cuando Darío tenía ya tal vez olvidado su proyecto...

Hablando de la ilustración literaria y artística de Darío en su llegada a Chile, esto es, a los diecinueve años de edad, se dividen las opiniones de sus amigos. Samuel Ossa Borne,

gran lector de escritores franceses modernísimos, que aparentemente se preparaba con esas lecturas a una vida literaria que después no realizó, está entre quienes afirman que aquella ilustración era grande y robusta.

Rubén Darío traía una sólida ilustración literaria. Conocía bien los clásicos griegos y latinos. Mostraba sus preferencias por Anacreonte, por Virgilio y Ovidio y Juvenal. Poseía un gran bagaje de literatura española, se decía admirador de Santa Teresa y de Fray Luis de León. Atraído por Campoamor hasta todo extremo, con frecuencia Rubén Darío movía los labios como si pronunciara una oración: era algún trozo de dolora que tenazmente venía a su mente, era la obsesión de Campoamor. Decía de dos aficiones de niño que habían pasado a serlo de hombre en él: Campoamor y las *Mil y una noches*. No podía ver un ejemplar de los cuentos persas sin abrirlo y dejar correr el tiempo en su lectura. "Cosas viejas siempre nuevas, como ese *Cantar de los Cantares*". Interrogado sobre los libros santos, decíase sobrecogido por su grandeza, por la majestad de los profetas, emocionado ante Job... Pero ello era nada al lado de los sentimientos de dulce poesía, de inefable ternura que le producía el Nuevo Testamento.

Tenía momentos de expansión. Una tarde quiso explicar un deseo que parecía perseguirlo cual un programa cuya fórmula buscaba en muchos de sus desvelos. Concentrar su cerebro para convertirse en un ser doble: hombre de la edad homérica, dotado con cuanto conocimiento pudiera haberse tenido en ella, llegado al mundo moderno y juzgarlo en un gran poema... ¡Toda una vida de trabajo! ¡Dante Alighieri más grande!... Su mirada hacíase fosforescente, su voz rara, parecía un loco, impresionaba como un ser superior.

¡Lo grande! ¡Ah! Ossian le importaba poco que hubiera existido o que fuese una genial mistificación. No negaba su admiración a Milton, pero prefería a Byron. Shakespeare, no se pregunta; a él el sitio de honor en el tabernáculo!...

Heine y Goethe estaban entre sus predilectos. Si hubiera podido disponer de algunos pesos, habría hecho en Valparaíso, durante los días de su empleo en la Aduana, una edición de poesías titulada *A la manera de Heine*. (*Revista Chilena*, t. I, 1917, p. 78 - 9).

El propio autor, que estudió muy a fondo la personalidad de Darío, como se revela por la acuciosidad de los recuerdos que consignó años después, cuando ya su amigo nicaragüense había muerto, ha recogido expresiones textuales del poeta en las cuales se habla de sus primeros maestros y se rinde pleitesía a la tutela que sobre sus estudios ejercieron los jesuitas.

Este (Darío) dedicó bellos recuerdos a sus estudios "dirigidos y acariciados por un padre Tortolini, anciano, un padre Valenzuela, poeta de Colombia, un padre Koning, sabio astrónomo, un padre Juinguito, hoy obispo de Panamá... Y lo que he perdido en el recuerdo... He de insistir siempre en que los padres de la Compañía de Jesús fueron los principales promotores de una cultura, que no por ser, si se quiere, conservadora deja de hacer falta en los programas de enseñanza actuales. Por lo menos conocíamos nuestros clásicos y cogíamos al pasar una que otra espiga de latín y aun de griego. Jóvenes nicaragüenses de ese tiempo hay hoy que, según tengo entendido, son hasta obispos y profesores en lejanas regiones (*Un manojo de recuerdos rubenianos*, *Pacífico Magazine*, abril de 1918).

Otros, en cambio, pusieron en duda los conocimientos de Darío y le negaron ilustración y cultura en términos hasta desapacibles. Luis Orrego Luco, a quien tanto se ha mencionado ya en estas páginas, reconoce que el poeta admiraba a Victor Hugo, pero da a entender que nada más le inte-

resaba y que si se le hubiera querido sacar de allí, habría desbarrado lamentablemente. "La ignorancia de Darío era casi absurda —escribe—, apenas distinguía un coche de una casa, y no percibía diferencia de un cuadro a una oleografía. Su bagaje literario se reducía a Victor Hugo que era su maestro y su Dios; no conocía cosa alguna fuera del gran poeta". Desde lejos, en cambio, la cultura literaria de Darío parecía suficiente. ¿Nadie ha notado que la leyenda de la ignorancia del poeta fue ya controvertida por Valera, nada menos que en presencia de un ejemplar de *Azul*... que acababa de llegar a sus manos? Léase lo que dijo entonces: "Desde luego, se conoce que el autor es muy joven: que no puede tener más de veinticinco años, pero que los ha aprovechado maravillosamente. Ha aprendido muchísimo, y en todo lo que sabe y expresa muestra singular talento artístico o poético". Mayor habría sido tal vez el asombro de Valera si hubiese sabido que Darío en la fecha de la publicación de *Azul*... tenía poco más de veintiún años, y que no pocos de los fragmentos allí recogidos habían sido escritos a los diecinueve. Y vale la pena recordar que la investigación literal que más adelante se ha hecho, lejos de quitar al juicio o adivinación de Valera un ápice de su justeza, lo ha ido confirmando progresivamente. El bagaje literario que trajo Darío a Chile no era sólo bastante para que figurara con decencia en cualquier medio elevado, sino superior a la generalidad y superior inclusive al de la mayoría de sus amigos chilenos.

Lo que el poeta adquirió en Chile, como han precisado el erudito norteamericano Mr. Mapes (*L'Influence Française*) y el crítico argentino Marasso (*Rubén Darío y su creación poética*), fue un concepto nuevo del estilo al través de lecturas de escritores franceses contemporáneos, que añadieron algo a la base clásica de su formación literaria, que en-

sacharon su concepto de arte, que le condujeron, en fin, a primorosos hallazgos de expresión; y este concepto nuevo, bautizado más tarde con el nombre de Modernismo, lo estudió con extraordinaria perspicuidad Eduardo de la Barra al prologar el *Azul*..., lo definió acertadamente Juan Valera al hablar de "galicismo mental", y lo fijó en forma perfecta y marmórea José Enrique Rodó en su trabajo crítico sobre *Prosas Profanas*. Y si podemos inquirir cuantitativamente en el espíritu creador, si atribuimos cuotas a los elementos que han intervenido en el nacimiento de su obra, vendríamos a resumir diciendo que la poesía modernista de Darío (a partir de *Azul*... se entiende) está hecha, en lo tocante a cultura, de tres partes que se distribuyen en forma equitativa el total: un tercio de formación clásica, anterior al viaje a Chile, un tercio de información contemporánea, que comenzó a asimilar entre nosotros y completó más tarde en Europa, y otro de influencia directa de escritores franceses contemporáneos. Valera escribía:

...Lo primero que se nota es que está Ud. saturado de toda la más flamante literatura francesa. Hugo, Lamartine, Musset, Baudelaire, Leconte de Lisle, Gautier, Bourget, Sully Prudhomme, Daudet, Zola, Barbey d'Aureville, Catulle Mendès, Rollinat, Goncourt, Flaubert y todos los demás poetas y novelistas han sido por Ud. bien estudiados y mejor comprendidos. Y Ud. no imita a ninguno: ni es Ud. romántico, ni naturalista, ni neurótico, ni decadente, ni simbólico, ni parnasiano. Usted lo ha revuelto todo; lo ha puesto a cocer en el alambique de su cerebro, y ha sacado de ello una rara quinta esencia.

En *Historia de mis libros*, el autor declara haber entrado en contacto con la moderna literatura francesa antes de llegar a Chile. "Mas mi penetración en el mundo del arte ver-

bal francés —dice— no había comenzado en tierra chilena. Años atrás, en Centro América, en la ciudad de San Salvador y en compañía del buen poeta Francisco Gavidia, mi espíritu adolescente había explorado la inmensa selva de Victor Hugo y había contemplado su océano divino en donde todo se contiene". Según confesión propia (*Obras Desconocidas*, p. 205), Darío trató por primera vez a Gavidia en 1884, y recuerda de él que "comenzó a publicar un poema por el estilo de los *Castigos* de Victor Hugo"; pero todo esto se refiere a Hugo, no a escritores franceses más modernos, que hacia 1888 constituían una ardiente novedad.

Por su parte, el biógrafo de los días juveniles de Darío, Diego Manuel Sequeira, a quien se ha citado ya con justo elogio en este ensayo, contempla la posibilidad de que Darío conociera, siendo funcionario y lector de la Biblioteca Nacional de Managua, algunas de las producciones a que nos hemos referido. Menciona allí la existencia, en dicha Biblioteca (aun cuando no nos afirme que se hallaran cuando Darío estuvo en ella), de libros de Gautier, Mendès y Goncourt y otros escritores que visiblemente ejercieron influjo en la obra inicial de Rubén Darío (obra citada, pp. 173 y 189-90); y señala sobre todo la existencia de una traducción de *La llama azul*, cuento de hadas de Catulle Mendès, emprendida por Darío en el curso de 1885 y publicada en *El Porvenir de Nicaragua* por primera vez el 10 de septiembre de ese año (*ibídem*, p. 211). Esta notable singularidad de la historia de la creación literaria de Darío, desconocida hasta 1945 y revelada sólo entonces por la diligencia de Sequeira, está llamada, como se ve, a cambiar no poco el diagnóstico que en lo futuro haya de hacerse sobre la "cultura" de Darío y sus aptitudes para el manejo del francés.

Años más tarde, Darío explicaba:

El Azul... es un libro parnasiano, y, por lo tanto, francés. En él aparecen por primera vez en nuestra lengua el "cuento" parisiense, la adjetivación francesa, el giro galo injertado en el párrafo clásico castellano; la chuchería de Goncourt, la *calinerie* erótica de Mendès, el escogimiento verbal de Heredia, y hasta su poquito de Coppée.

Qui pourrais-je imiter pour être original? me decía yo. Pues a todos. A cada cual le aprendía lo que me agradaba, lo que cuadraba a mi sed de novedad y a mi delirio de arte; los elementos que constituirían despues un medio de manifestación individual. Y el caso es que resulté original².

Esta novedad complicada, abigarrada casi, estaba como hecha para despistar a los lectores, y se necesitaba tener la cabeza tan sólida como Eduardo de la Barra, en Chile, y Juan Valera, en España, para no perder del todo el rumbo en aquella poesía nueva, esplendorosa, y en tal prosa inquieta, vibrátil, llena de caprichos femeninos y carente de todas las sesudeces de que hasta entonces se había visto revestida a la literatura chilena.

El intento de publicar el material de *Azul*... había nacido, por lo demás, en Santiago, al calor de la recepción que brindaron al poeta sus amigos, cuando éste llegó de Valparaíso a recoger el premio que se le había asignado en el Certamen Varela por su *Canto épico*. Así se desprende claramente de algunas noticias periodísticas que hemos logrado espigar en la colección de *La Epoca*, el viejo y siempre deferente hogar literario de Darío. En la sección *El Día*, que habitualmente firmaba Kar, ya señalado como seudónimo de Carlos Luis

² *Los colores del estandarte*, en *Nosotros*, Buenos Aires, núm. de febrero de 1916, p. 163.

Hübner, pero que ahora apareció sin firma, podía leerse el 15 de octubre de 1887 la siguiente notícula:

EL AÑO LIRICO.— Con este título aparecerá en breve un elegante volumen de composiciones del aplaudido poeta y escritor don Rubén Darío, tan ventajosamente conocido en nuestro movimiento literario.

Puede observarse que Darío, según parece, se habría reducido a publicar en breve *plquette* las composiciones dedicadas a las cuatro estaciones del año, encuadradas en el definitivo *Azul*... también bajo el rubro de *El año lírico*; pero un mes después el proyecto cambia. En la misma sección *El día*, escribía Kar:

EL REY BURGUES.— De Rubén Darío saldrá próximamente, tal vez el 1º de enero, un volumen titulado como este suelto, y que contendrá los artículos en prosa y verso y los cuentos que han dado a luz *La Epoca* y la *Revista de Artes y Letras*, producidos por dicho autor. La edición será de lujo y dirigida por don Samuel Ossa Borne. El libro llevará como introducción varios juicios y apreciaciones respecto a los artículos y composiciones en él contenidos. Entre éstos figurará una carta de Armand Silvestre, muy honrosa para el señor Darío. (*La Epoca*, 16 de noviembre de 1887).

Lo que en esta nota se describe es sin duda *Azul*..., tal cual hoy lo conocemos, ya que se habla de "prosa y verso" y se menciona la *Revista de Artes y Letras* y *La Epoca* como las fuentes primitivas de edición, lo cual es rigurosamente exacto desde el punto de vista bibliográfico. Lo demás se quedó en el tintero y fue olvidado, inclusive la carta de Armand Silvestre.

La misma noticia, mucho más escueta, pudo leerse asimismo en *Los Debates*, diario de Santiago, que en su edición de 16 de noviembre decía:

EL REY BURGUES.— Con este título se anuncia para muy en breve la salida a la luz de una obra del joven escritor don Rubén Darío.

Esta mañana de Primavera me he puesto a hojear mi amado viejo libro, un libro primigenio, el que iniciara un movimiento mental que había de tener después tantas triunfantes consecuencias; y lo hojeo como quien relee antiguas cartas de amor, con un cariño melancólico, con una "saudade" conmovida en el recuerdo de mi lejana juventud.

Con estas gentiles palabras comienza Rubén Darío en su *Historia de mis libros* las referencias que dedica a su libro *Azul...*, que no es el primero que publicó pero sí el más caro a su corazón de poeta innovador en la lengua y en el estilo. Y sigue diciendo:

Era en Santiago de Chile, adonde yo había llegado, desde la remota Nicaragua, en busca de un ambiente propicio a los estudios y disciplinas intelectuales. A pesar de no haber producido hasta entonces Chile principalmente sino hombres de Estado y de jurisprudencia, gramáticos, historiadores, periodistas y, cuando más, rimadores tradicionales y académicos de discreta descendencia peninsular, yo encontré nuevo aire para mis ansiosos vuelos y una juventud llena de deseos de belleza y de nobles entusiasmos.

El libro consta de tres partes. La primera, en prosa, comprende fantasías que el autor llamó cuentos³: *El rey burgués*, *La ninfa*, *El fardo*, *el velo de la reina Mab*, *La canción del oro*, *El rubí*⁴, *El palacio del sol*, *El pájaro azul*, *Palomas blancas y garzas morenas*. La *Tribuna* de Santiago, al dar cuenta de la publicación de *Azul*... (21 de agosto), en suelto que debemos atribuir a Tondreau, reproduce, ligeramente comentado, el sumario, y agrega:

Los cuentos y composiciones poéticas publicadas en el libro del señor Darío, habían visto la luz pública en varios diarios y revistas de la capital, con excepción de las *Palomas blancas y garzas morenas*, escrito últimamente en Valparaíso.

Preciosa noticia, y de muy buena fuente, ya que Tondreau acababa de pasar algunos días en Valparaíso con su amigo el autor de *Azul*... Y como aquí mismo se dice que Darío está a la sazón escribiendo su novela *La carne*, anun-

³ "A más de eso —dice Andrés González Blanco (Rubén Darío, *Obras Escogidas. Estudio Preliminar*)—, los trabajos contenidos en *Azul*... más bien pueden catalogarse como impresiones de psicólogo errante que como cuentos con factura de nouvelle". Para Mr. Mapes, sin embargo, la filiación es otra: "*Azul*... marque une innovation importante: l'introduction dans la littérature espagnole d'un genre représenté surtout en France à cette époque par Catulle Mendès, Armand Silvestre et Mézeroy, c'est-à-dire, le conte parisien". (Obra cit., p. 39).

⁴ *El rubí* apareció dedicado en la siguiente forma: "A Armand Silvestre, en pago de una frase bondadosa". Y según sospecha en forma plausible Ernesto Mejía Sánchez en su recopilación de *Cuentos completos* de Darío, México 1950, p. 79, aquella enigmática referencia debe tener su origen en *Pensamiento de Otoño*, obra de Silvestre que Darío tradujo y publicó en *La Epoca* (15 de febrero de 1887). Silvestre, en fin, ha debido dirigirse con algunas expresiones de afecto y de reconocimiento al joven poeta, perdido para él tras los mares y las montañas de América.

ciada en la tapa de *Azul*..., debemos en fin suponer que la novela existió y que el novelista no quiso proseguirla o la destruyó una vez terminada.

La segunda sección, de prosa también, lleva el título general de *En Chile* y contiene una serie de cuadros descriptivos donde el poeta da a conocer en forma liviana sus impresiones de la vida chilena.

La tercera sección, en fin, que asume forma métrica y a la cual el poeta impuso el título de *El Año lírico*, conocido ya por un anuncio periodístico reproducido más arriba, contiene cuatro poemas descriptivos de las estaciones y dos pequeños poemas, *Pensamientos de Otoño*, que se presenta como traducido de Armand Silvestre, y *Anagke*, original.

Al publicar su libro *Azul*..., Darío creyó conveniente anunciar la próxima edición de nuevas obras, y efectivamente mencionó "en prensa" *Albumes* y *abanicos*, título que sugiere la existencia de gran número de composiciones galantes y de ocasión; *Estudios críticos y literarios*, de los cuales hay no pocos en las *Obras desconocidas* editadas por nosotros en 1934; *Mis conocidos*, a que puede aplicarse la misma nota, y *Dos años en Chile*; y "en preparación" la novela *La carne. Dos años en Chile* no era obra autobiográfica, como parece proclamar el título, sino recopilación de páginas de arte, cuentos e impresiones, caudal propio también de las *Obras desconocidas*, y sobre ella decía una nota de la segunda edición de *Azul*... (1890):

El *Album porteño* y el *Album santiagués* debían formar parte de un libro que con el título de *Dos años en Chile* se anunció en Valparaíso cuando apareció *Azul*... y que no vio la luz pública, por circunstancias especiales.

Azul... fue dado a luz en Valparaíso, gracias a la buena voluntad de los amigos de Darío, que corrieron con los gastos de la impresión: "*Azul*... se imprimió en 1888 en Valparaíso —recordó el poeta en su *Historia de mis Libros*— bajo los auspicios del poeta De la Barra y de Eduardo Poirier, pues el mecenas a quien fuera dedicado por insinuaciones del primero de estos amigos ni siquiera acusó recibo del primer ejemplar que se le remitiera". Saavedra Molina (*Bibliografía de Rubén Darío*, p. 29) en cambio dice: "La edición fue costeada por don Federico Varela, gracias al empeño que puso De la Barra, cuyo prestigio tenía gran poder sobre el rico minero, entonces senador". Esta afirmación debe contrastarse no sólo con la confesión de Darío, adversa a ella, sino también con una referencia que indirectamente la contradice. Poirier, cuando Darío se hallaba todavía en Chile, recordaba "que hace pocos meses... asociado a unos amigos de Rubén y admiradores de sus producciones, publiqué la edición de sus cuentos y versos, *Azul*...". Lo que, parece, es una manera sutil de expresar que no fue Varela quien la costeó, a pesar de haberle sido dedicada...

Sea lo que fuere, el libro ostenta una dedicatoria a Federico Varela, página soberbia de prosa modernista, digna de las antologías, en donde el poeta acumuló, sin insistencia, lo mejor de su erudición. Debe concedérsele un sitio en estas evocaciones:

Al Sr. D. Federico Varela

Hierón, rey de Siracusa, inmortalizado en sonoros versos griegos, tenía un huerto privilegiado por favor de los dioses, huerto de tierra ubérrima que fecundaba el gran sol. En él permitía a muchos cultivadores que llegasen a sembrar sus granos y sus plantas.

Había laureles verdes y gloriosos, cedros fragantes, rosas encendidas, trigo de oro, sin faltar yerbas pobres que arrosaban la paciencia de Hierón.

No sé qué sembraría Teócrito, pero creo que fue un cí-tiso y un rosal.

Señor, permitid que junto a una de las encinas de vuestro huerto, extienda mi enredadera de campánulas.

R. D.

Como prólogo, *Azul...* debía llevar un estudio de José Victorino Lastarria, que éste no alcanzó a escribir porque se lo impidió la enfermedad final y la muerte. Entonces tomó su lugar Eduardo de la Barra, quien trazó un extenso estudio crítico que contiene buena parte de las observaciones desarrolladas por Valera, las únicas conocidas del lector moderno de ese libro, ya que en las ediciones posteriores a 1890 fue suprimido el prólogo del poeta chileno.

Si quisiéramos dar idea de la irregular memoria de Darío, no acudiríamos tanto al curioso *quid-pro-quo* que le hizo aparecer escribiendo su artículo sobre Vicuña Mackenna al llegar a Chile cinco meses después de la muerte del escritor chileno, artículo publicado en Centro América, reproducido por la prensa chilena y de cuya no inclusión en la Corona fúnebre de Vicuña se dolió su autor en carta a la viuda (*Obras desconocidas*, p. 9). Más significativa que todo ello es la nota que pone en *Historia de mis libros*: "No conocía la frase huguesa *l'Art, c'est l'Azur*, aunque sí la estrofa musical de *Les Châtiments*: *Adieu, patrie! L'onde est en furie. Adieu, patrie! Azur!*" La verdad es que aquella otra sentencia de Victor Hugo es nada menos que el epígrafe escogido por Eduardo de la Barra para su prólogo de *Azul...* y fue comentada por el prologuista en su estudio. Prueba de que el uso de la

expresión azul como título del libro era perfectamente consciente de parte de Darío, y que tanto éste como el autor del prólogo habrían podido responder victoriosamente a las reservas avanzadas por Valera en sus cartas críticas de poco después.

Compuesto de prosa y verso, el *Azul*... parecía llamado a dejar vacilante al crítico. Ya Valera lo dijo, y muy bien:

En este libro no sé qué debo preferir: si la prosa o los versos. Casi me inclino a ver mérito en ambos modos de expresión del pensamiento de Ud. En la prosa hay más riqueza de ideas; pero es más afrancesada la forma. En los versos la forma es más castiza. Los versos de Ud. se parecen a los versos españoles de otros autores, y no por eso dejan de ser originales: no recuerdan a ningún poeta español ni antiguo, ni de nuestros días.

Esto desde el punto de vista del origen de los dos "modos de expresión": cuanto a la fantasía, a la imaginación, a la gracia, a la originalidad, sobre todo a la originalidad, ya no cabe dudar de que la prosa es en ese libro sobradamente superior al verso. No hay creación de personas, como en obra de novelista, ni estudio de caracteres, pero sí chispeantes asociaciones de ideas caprichosas y raras y trozos excelentes de buena composición.

El lector moderno, pues, prefiere la prosa, no porque los versos sean pobres o mediocres, sino porque en aquélla hay mayor galanura y una dosis más opulenta de novedad. Es, también, la prosa de *Azul*... la que anuncia, con mayor claridad y precisión que el verso, los toques definitivos y ma-

gistrales del Modernismo, y no parece desdeñable circunstancia la de que fuese en los cuentos y cuadros de ese libro donde el autor iba a encontrar más adelante una abundosa cantera para la elaboración de sus poemas decididamente modernistas. En los cuentos de *Azul...*, por lo demás, la sensibilidad cambia de página en página, hasta el punto de que todos ellos, colacionados por orden cronológico y con asistencia de las lecturas que Darío hizo en Chile, si de éstas pudiera reunirse alguna vez un elenco más o menos completo, formarían una especie de historia espiritual del escritor, que no dejaría de ofrecer novedades al conocedor de las letras. *Azul...* parece todo escrito en estado de poético trance, y no por el gacetillero de *La Epoca* y de *El Herald*, no por el amable comentador de las curiosidades literarias de entonces, sino por un poeta de verdad, enamorado del color y de la línea, exigente para consigo mismo en todos los requisitos del estilo.

El poeta no ha perdido del todo la intención vengadora de los *Abrojos* cuando escribe la prosa de *Azul...*; sería sin embargo negar todo lo que el libro contiene de nuevo y de peregrino sujetar el juicio al que nos hayan merecido aquellas composiciones anteriores. No. Rubén Darío quiso hacer algo novedoso y nunca usado cuando se puso a compaginar *Azul...*, y no cabe dudar que lo logró. Citemos, como primera prueba de lo que decimos, el amor al lujo y a la opulencia que se transparenta en cuentos y cuadros. Parecía previsible que el ambiente oriental de la habitación de Pedro Balmaceda Toro dejaría una huella perceptible en Darío; he aquí, en fin, los ornamentos chinos y japoneses evocados en una página maestra de *El Rey Burgués*:

¡Japonerías! ¡Chinerías! por lujo y nada más. Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Concourt y de los millones de un Crespo: quimeras de bronce con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto a las paredes; peces y gallos de colores; máscaras de gestos infernales y con ojos como si fuesen vivos; partesanas de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla, como tejidas con hilos de araña, sembradas de garzas rojas y de verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay guerreros tártaros con una piel que les cubre hasta los riñones y que llevan arcos estirados y manojos de flechas.

Hay en el libro otras referencias al mismo tema, pero basta lo reproducido para ver lo que llamamos más arriba la influencia de Balmaceda, que en Darío no es textual, porque la escasa obra escrita del chileno no lo habría permitido, sino influencia de ambiente, que dejó huella para siempre en el alma plástica del poeta nicaragüense. Bien puede asegurarse que es la fantasía la que domina en este libro juvenil, de tan brillante historia en las letras castellanas. Si no lo ha probado el fragmento que acabamos de copiar, podrá atestiguarlo este otro, tomado de *El Rubí*:

En los muros, sobre pedazos de plata y oro, entre venas de lapislázuli, formaban caprichosos dibujos, como los arabescos de una mezquita, gran muchedumbre de piedras preciosas. Los diamantes, blancos y limpios como gotas de agua, emergían los iris de sus cristalizaciones; cerca de calcedonias colgantes en estalactitas, las esmeraldas esparcían sus resplando-

res verdes; y los zafiros, en amontonamientos raros, en ramilletes que pendían del cuarzo, semejaban grandes flores azules y temblorosas.

Hay derroche, fabuloso casi, de estos ornamentos, pero sin aglomeraciones ni mal gusto: "Los topacios dorados, las amatistas, circundaban en franjas el recinto; y en el pavimento, cuajado de ópalos, sobre la pulida crisoprasa y el ágata, brotaba de trecho en trecho un hilo de agua, que caía con una dulzura musical, a gotas armónicas, como las de una flauta metálica soplada muy levemente". De las imágenes visuales, ricas de color, a las auditivas; esta última sugerencia, la de la flauta metálica, es de una rara y peregrina belleza y debe ser puesta en la cuenta de lo mejor que escribió jamás el autor. Hay también impresiones olfativas, sutilmente ingeridas en el conjunto:

Vio que otras tantas anémicas como ella, llegaban pálidas y entristecidas, respiraban aquel aire y luego se arrojaban en brazos de jóvenes vigorosos y esbeltos, cuyos bozos de oro y finos cabellos brillaban a la luz; y danzaban y danzaban con ellos, en una ardiente estrechez, oyendo requiebros misteriosos que iban al alma, respirando de tanto en tanto como hálitos impregnados de vainilla, de haba de Tonka, de violeta, de canela, hasta que con fiebre, jadeantes, rendidas como palomas fatigadas de un largo vuelo, caían sobre cojines de seda, los senos palpitantes, las gargantas sonrosadas, y así, soñando, soñando en cosas embriagadoras... (*El palacio del sol*).

Todo ello, visto, oído, percibido por el olfato, es de una esplendidez de que hay pocas muestras en la literatura castellana. Esto por lo que toca a algunos de los interiores; hay opulencia no menor de la fantasía en lo que el poeta trae

de la naturaleza y de la pintura de aire libre, a la cual brindó siempre, también, el adorno de un estilo personal. Los rasgos tomados del puerto, en el *Album* dedicado a Valparaíso, están llenos de reminiscencias cromáticas y de sensaciones de aire abierto. El poeta vagó por los cerros "En busca de cuadros", como dice, y en su vagancia encontró aquellos apuntes, aquellas insinuaciones, aquellas pequeñas manchas, que forman el ambiente de la naturaleza transportado a maravilla a la expresión literaria. Alguna vez, a él le parece que cuanto escribe podría quedar bien en la tela del pintor, y lo expresa en una nota de la segunda edición de *Azul*...: "LA VIRGEN DE LA PALOMA.— Este cuadrito, tan modesto de este libro, tengo la convicción de que daría motivo, tratado por un pintor de talento, a una obra artística original y de alto valor estético". Y esta escena del paseo vespertino en la Alameda de Santiago, es digna de Renoir, Degas y otros impresionistas, por las sutiles insinuaciones de color que en ella se deslizan:

He aquí el cuadro. En primer término está la negrura de los coches que esplende y quiebra los últimos reflejos solares; los caballos orgullosos con el brillo de sus arneses, con sus cuellos estirados e inmóviles de brutos heráldicos; los cocheros taciturnos, en su quietud de indiferentes, luciendo sobre las largas libreas los botones metálicos flamantes; y en el fondo de los carruajes, reclinadas como odaliscas, erguidas como reinas, las mujeres rubias de los ojos soñadores, las que tienen cabelleras negras y rostros pálidos, las rosadas adolescentes que ríen con alegría de pájaro primaveral; bellezas lánguidas, hermosuras audaces, castos lirios albos y tentaciones ardientes.

En esa portezuela está un rostro apareciendo de modo que semeja el de un querubín; por aquélla ha salido una mano enguantada que se dijera de niño, y es morena tal que lla-

ma los corazones; más allá se alcanza a ver un pie de Cenicienta con zapatitos oscuros y media lila, y acullá, gentil con sus gestos de diosa, bella con su color de marfil amapolado, su cuello real y la corona de su cabellera, está la Venus de Milo, no manca sino con dos brazos, gruesos como los muslos de un querubín de Murillo, y vestida a la última moda de París.

Más allá está el oleaje de los que van y vienen, parejas de enamorados, hermanos y hermanas, grupos de caballeritos irreprochables; todo en la confusión de los rostros, de las miradas, de los colorines, de los vestidos, de las capotas, resaltando a veces en el fondo negro y aceitoso de los elegantes sombreros de copa una cara blanca de mujer, un sombrero de paja adornado de colibríes, de cintas o de plumas, o el inflado globo rojo, de goma, que pendiente de un hilo lleva un niño risueño, de medias azules, zapatos charolados y holgado cuello a la marinera.

En el fondo, los palacios elevan al azul la soberbia de sus fachadas, en las que los álamos erguidos rayan columnas hojosas entre el abejeo trémulo y desfalleciente de la tarde fugitiva.

La poesía titulada *Invernal* y que aparece en *Azul...* fue escrita en Valparaíso en el invierno de 1887, aunque sobre impresiones del invierno santiaguino anterior; así se colige de la carta que sobre ella se conserva, dirigida por Pedro Balmaceda al poeta: "¡Qué lindamente escéptica es tu última composición, *Invernal*! Muy superior a la anterior que me enviaste. Te doy por ella mis felicitaciones sinceras. Tú, en verdad, te inspiras con el invierno. Yo, sufro reumatismo, dolores al corazón, ¡y no amo a mujer alguna!...". Valera prefirió a esta poesía del invierno la del estío, y elogió sobre todo la *Estival*. Sin disentir abiertamente de este juicio, entendemos que ostentan mayor valor poético las demás composicio-

nes del libro, por lo que sugieren del poeta y de las vicisitudes de su alma: la *Estival*, en cambio, nada cuenta de ellas.

Veamos, por ejemplo, *Primaveral*, donde hay un bosque al que el poeta llama "nuestro templo". La descripción es hermosísima y aparece llena de sensaciones distintas, cuando no encontradas, que acreditan la vasta sensibilidad abierta a todos los estímulos; y como la música del poema, algo austera por ser el romance la forma escogida, suena a poco, un estribillo la alegra:

¡Oh, amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

Los atributos de la poesía modernista ya se muestran en este fragmento delicioso:

Allá hay una clara fuente
que brota de una caverna,
donde se bañan desnudas
las blancas ninfas que juegan.
Ríen al son de la espuma,
hienden la linfa serena;
entre polvo cristalino
esponjan sus cabelleras,
y saben himnos de amores
en hermosa lengua griega...

Esta fantasía juguetona, que toma del mundo cuanto le place para organizar su deleite, no se agota en tales cuadros. La erudición clásica del poeta (tantas veces y con tan poco motivo puesta en duda) surge de pronto y nos regala otro encantador momento:

Mi dulce musa Delicia
me trajo una ánfora griega,
cincelada en alabastro,
de vino de Naxos llena,
y una hermosa copa de oro,
la base henchida de perlas,
para que bebiese el vino
que es propicio a los poetas.
En el ánfora está Diana,
real, orgullosa y esbelta,
con su desnudez divina
y en la copa luminosa
está Venus Citerea
tendida cerca de Adonis
que sus caricias desdeña.
No quiero el vino de Naxos
ni el ánfora de ansas bellas
ni la copa donde Cipria
al gallardo Adonis ruega.
Quiero beber el amor
sólo en tu boca bermeja,
¡oh, amada mía, en el dulce
tiempo de la primavera!

El más escrupuloso lector no hallará en estas líneas sino motivos de admiración: el poeta, aunque muy joven, se ha penetrado de la poesía clásica, en sus mejores traducciones al español si no en los textos originales, y la traspone con delicada intención de arte en su propia forma. Pero al mismo tiempo que trasplanta, crea: hay una música que es suya, y con ella y los atributos que allega la imaginación, se está formando un estilo cuya paternidad, con el tiempo, nadie se atreverá a discutir. ¿No podemos acaso decir lo mismo de *Autumnal*? En este breve poemita, por lo demás, encontra-

mos hecha versos una parte de la historia que el poeta cuenta en *El humo de la pipa*, fragmento que era preciso, siquiera por eso, rescatar del olvido en que yacía ⁵.

Pero a nosotros los chilenos nos resulta todavía más cara otra composición del libro, la ya mencionada *Invernal*, porque en ella el poeta evoca, con tono de penetrante lirismo, algunos de los recuerdos de su vida santiaguina. Comencemos a leer:

Noche. Este viento vagabundo lleva
las alas entumidas
y heladas. El gran Andes
yergue al inmenso azul su blanca cima.

En la noche aterida de Santiago, el poeta tiene —¡gracias a Dios!— "...la chimenea / bien harta de tizones que crepitan"; y en ese tibio ambiente puede recordar a la mujer que le ha hecho sentir el amor, y en su nombre canta.

¡Oh! Bien haya el brasero
lleno de pedrería!
Topacios y carbunclos,
rubíes y amatistas
en la ancha copa etrusca
repleta de ceniza.
Los lechos abrigados,
las almohadas mullidas,
las pieles de Astrakán, los besos cálidos
que dan las bocas húmedas y tibias.

⁵ Lo publicó por primera vez, después de casi medio siglo de postergación, el autor de estas páginas en *Obras desconocidas*, p. 241.

¡Oh, viejo invierno, salvel
puesto que traes con las nieves frías
el amor embriagante
y el vino del placer en tu mochila.

Las imágenes de este loco sueño de amor en la alcoba, estallan al modo que las chispas de carbón, y el poeta les da excelsa vestidura con sus versos de varia medida, unidos por el suelto lazo de la rima asonante, como para lograr mayor delicadeza en la evocación y mantener más aguda la sensación de nostalgia melancólica en que rebosan. Rubén Darío, por lo demás, parece haber tenido esta composición entre las predilectas de su pluma, porque años después, en Buenos Aires, al trazar en *Los raros* la efígie de Jean Moréas, recordó sus versos y aún los elogió en forma discreta y fina:

Es el invierno. Arde en la chimenea "el tuero brillador que estalla en chispas", como dice un poeta mi amigo, a quien quiero mucho. Fuera pasan los vientos de la fría estación. Dentro, el gato maullador se enarca y se estira lánguidamente. Algo flota sobre la ramazón bordada de los cortinajes.

Capítulo XII

REPERCUSION INMEDIATA DEL AZUL...

La circulación de *Azul*... en las redacciones de los diarios de Santiago, especialmente, fue retardada por el temporal de lluvia y viento a que nos referíamos al hablar de Tondreau, que a más de azotar gran parte del territorio nacional en el mes de agosto, el día 11 alcanzó catastrófica culminación en Valparaíso, donde se imprimía el libro, con destrucción de los cauces, inundación de casas, derrumbes, muertos y heridos. Sólo el 21 de aquel mes, en brevísimo suelto de la crónica, *La Patria* dio cuenta de haber recibido un ejemplar de *Azul*... lo agradecía a su autor y anunciaba que lo consideraría más adelante, promesa que no fue mantenida.

Al día siguiente era, como siempre, más expresiva *La Epoca*, al informar sobre el ejemplar que se le había enviado desde Valparaíso:

Hemos recibido el hermoso volumen, publicado por nuestro amigo Rubén Darío, al cual tituló *Azul*... —decía—.

El libro está dividido en dos secciones: *Cuentos en prosa* y *El año lírico*. La primera contiene los siguientes cuentos... La segunda comprende las composiciones poéticas...

Y después de enumerar esos fragmentos del libro, añadía lo que sigue:

Muchas de ellas han sido publicadas en las columnas de nuestro diario, y casi creemos inútil expresar nuestra opinión acerca del volumen del inspirado poeta centroamericano, por dos razones: esta obra adorna su portada con un juicio crítico del poeta don Eduardo de la Barra, escrito con el talento que distingue a este literato, y después, porque para nadie es un secreto que cada una de las producciones de Darío es un triunfo para el poeta inspirado y motivo de un coro de alabanzas y de aplausos que le prodigan sus amigos y todos los conocedores de sus méritos y rica y poderosa imaginación.

Su *Azul*... no tiene, pues, para nosotros, nada nuevo; habíamos saboreado todas esas páginas que hoy reúne, en limpio y esmerado volumen, para que aquellos que no han leído todas esas escogidas producciones puedan de una tirada llegar hasta el fin del libro con muchos pensamientos y preocupaciones y con muchos elogios tartamudeados para el autor.

Compradlo, lectores y lectoras, el *Azul*: hay allí mucha alma, mucho derroche de imaginación, y los ayes del bardo nicaragüense encierran rica poesía, acentos sabrosamente tiernos y una nostalgia que casi todos los hombres de corazón han sentido en ocasiones en que el espíritu se entrega a meditaciones tristemente soñadoras.

¿Quién es el autor de estas líneas de tan esquivia redacción? No sabríamos decirlo; de ellas lo único que permanece en claro es que la admiración que aflora por momentos, queda sofocada en seguida por extrañas reservas, redactadas en la forma más infeliz. Sea quien fuere, el libro quedaba ya presentado a los lectores de Santiago, quienes pronto sabrían algo más del autor y de su obra.

Poco después, efectivamente, el prólogo de Eduardo de la Barra fue publicado por el diario santiaguino *La Tribuna*, en una sección de crítica literaria que con él aparecía inaugurada. En concordancia con los usos de la época, el prologuista examinaba uno por uno los fragmentos de que se compone el *Azul*... aún cuando saltara sobre pormenores en tal o cual caso, con la intención de poner en transparencia el espíritu que había guiado al autor en la composición de sus cuentos y poemas, tarea para la que Eduardo de la Barra estaba muy bien enterado merced a su intimidad con Rubén Darío, la cual remontaba al mes de junio de 1886. Y resultó así una obra maestra injustamente olvidada, pues de Darío, a esas alturas de su vida literaria, no se podía decir más. Nuestro poeta y crítico era, por lo demás, consciente del valor de su prólogo, porque en 1895 decía:

Con igual derecho que él (Clarín, es decir, Leopoldo Alas), afirmamos nosotros que Rubén Darío es uno de los más claros talentos poéticos que ha producido Centroamérica, y antes de ahora lo hemos hecho ver en un juicio precursor de su fama, que mereció ser confirmado por la respetable opinión de don Juan Valera. (*El endecasílabo dactílico*, p. 48).

Para el prologuista, la mayor desventaja del poeta, desde el punto de vista de la técnica de creación y de estilo, no era otra que cierta profusión de adornos, a su parecer innecesarios:

El poeta tiene su flaco: esmalta y enflora demasiado sus bellísimos conceptos, abusa del colorete, del polvo de oro, de las perlas irisadas, de los abejeros azules... y sin necesidad; mientras más sobrio de luces y colores, más natural es y más encantador. Siempre el estilo ático fue más estimado que el estilo rodio por los hombres de buen gusto. La elegancia no consiste en el exceso de adornos, ni en la profusión de alhajas.

Y habrá que confesar, por la justicia, que el poeta De la Barra tenía razón sólo en parte. Escasos son los fragmentos del *Azul*. . . en que llame hoy la atención una elocución demasiado adornada, ni hay tampoco, porque el poeta era muy consciente de sus fuerzas y de sus recursos, una sola receta a la cual preste incondicional acatamiento. Se leen trozos en los cuales domina la más extrema sencillez, como *Invernal*, para hablar del verso, y los dos *Albumes*, para citar también la prosa, porque no es la riqueza de la fantasía lo que el prologuista quiso condenar, sino cualquier procedimiento de escuela que hiciera preferir a Darío la elocución ornamentada a la sencilla. Y claro está que una fantasía rica, exuberante a trechos, mal podía avenirse con un lenguaje pobre de inflexiones y con un léxico que no contuviera más palabras que las de uso cotidiano en menesteres no artísticos. Pero ya Rubén Darío había oído hablar de la *escritura artista* de los Goncourt, y hasta podemos aseverar que la conocía directamente¹, y a ella quiso acomodar, en parte por lo menos, el paso de su prosa y de su verso, sobre todo de su prosa.

“¡Fuera el oropel! ¡Fuera lo artificial, oh jóvenes, y soplará un aire sano sobre las letras como sobre las flores del campo!” había agregado De la Barra. Y Darío pudo decirle que su empeño no era otro. El amor a la naturaleza, visible en tantos fragmentos de *Azul*. . . que sería ocioso citar, basta para dar al poeta el título de eminente gustador de las bellezas naturales que le otorgó *motu proprio* el señor Valera, quien pudo ser más terminante que el prologuista chileno para condenar el amor al oropel, si lo hubiese hallado.

¹ Véase en *Obras desconocidas, Índice de nombres citados*, la referencia que hace, más de una vez, a los hermanos Goncourt. En el prólogo de *Emelina*, por lo de-

más, ya en 1887, había mencionado el libro *En 18* . . . , como verdadero conocedor de su contenido y admirador de sus méritos.

Manuel Rodríguez Mendoza creyó conveniente explicar al público santiaguino la poesía de su amigo el poeta nicaragüense, previendo que las observaciones de Eduardo de la Barra podían hacerle más mal que bien, y en dos artículos muy hermosos, llenos de cariño, escritos con tanta erudición como buen gusto y amor a las letras, contó cuanto sabía de Darío, por lo menos cuanto era accesible a los lectores del diario. Lazos estrechísimos de amistad le permitieron asomarse al interior del espíritu que había creado los *Abrojos* y el *Azul* ..., y en ese espíritu no había visto nada que pareciera decadencia, nada enfermizo ni afectado. Esto por lo que toca al primer artículo; en el segundo pasó a contar, siempre sobre la base de sus recuerdos, las tristezas de Rubén Darío en su destierro, las crueles dudas que le atenaceaban cuando escribía los *Abrojos*, con las que se explica el tinte generalmente sombrío de estos pequeños poemas. Cuenta también las lecturas de Darío en el fragmento que acabamos de citar, y le llama "enfermo del alma". Alude a los motivos que deben haber empujado al poeta a dejar tierra natal, amigos y maestros, pero no levanta el velo que cubre estos misteriosos años infantiles de Rubén Darío. Habla de sus aspiraciones y dice que "ambiciona el oro, las libras esterlinas recién acuñadas, para edificar un palacio fantástico, asilo de cuantos llevan en su cerebro el pájaro azul y suelen sentir hambre y frío", y se refiere en fin a sus aptitudes.

Su sensibilidad —afirma— está en armonía con su imaginación, ama la belleza y la descubre donde quiera que se halle, sin esfuerzos ni vacilaciones.

Y, fiel amigo que no calla las deficiencias, anota que

... falta de cuando en cuando en sus escritos un fondo firme y sólido. El edifica, levanta castillos y monumentos de

variada y rica arquitectura, pero los cimientos de esas construcciones son débiles, no resisten los empujes del viento y del huracán.

Estos hermosos artículos, dictados por verdadero cariño y admiración sincera, nacieron por desdicha en una polémica y fueron enderezados a un hombre de genio vivo, que nunca se cuidaba de callar y que no dejó pasar ocasión alguna para salir a la defensa de sus puntos de vista. Esta vez no hubo excepción: Eduardo de la Barra mojó su pluma en tinta corrosiva y acre, e impulsado de la vanidad literaria, siempre despierta en un escritor de muchísimo talento pero horro de ponderación y de criterio, enderezó contra Rodríguez Mendoza artículos que no hacen honor al prologuista del *Azul*. . . Lo que sí hubo de quedar en claro en esta discusión es que las novedades francesas de aquellos años no eran desconocidas en Chile, y que Darío entró en contacto con ellas gracias a algunos de sus compañeros chilenos.

Hace algún tiempo mi amigo Samuel Ossa, grande admirador de Coppée, Banville y Catulle Mendès —escribe Manuel Rodríguez— me daba a conocer un libro que nunca he encontrado en los escaparates de nuestras librerías: *La Légende du Parnasse Contemporain*, interesantísima historia de los parnasianos, de ese grupo. . . de prosistas y de poetas llenos de ingenio y de caprichos de estilo que en la *Revue Fantaisiste* y en la *République des Lettres* dieron tantas batallas para ganar tan pocas victorias.

Contó en seguida algo de lo que contiene ese libro, enumeró los principales escritores en quienes se ocupa, y al hablar de sus hábitos de noctámbulos, que les acarrearón el mote de parnasianos o decadentes, descarga a Darío de una de

aquellas acusaciones que pudieran hacerle daño. Rubén Darío, en suma, para su crítico chileno, “anda siempre en busca de luz y de colores para sus versos y su prosa”, y no tras el bermellón y el colorete de que había hablado con ligereza Eduardo de la Barra: “... Tenemos a la vista —agrega Rodríguez— los *Cuentos en prosa* y los cantos del *Año Lírico*, los cuales demuestran que Darío, si ha tenido a veces el pecado de dejarse llevar demasiado lejos por su poderosa fantasía, no ha cometido jamás el delito —imperdonable hasta en los hombres de letras que son mediocridades— de recurrir en su prosa o en sus estrofas al bermellón y al colorete”. Los artículos de Rodríguez están empapados en admiración cordial y sin reservas, y si lo que llevamos copiado parece poco, he aquí declaraciones más decisivas:

A los dieciocho años comenzó la fortuna a acariciarle con sus alas; a esa edad fue en su patria poeta laureado. Sus mejores coronas las ha conquistado en Chile, y la más valiosa de todas con la publicación de su último libro, *Azul*. . . Si hoy muriera —pido excusas por la hipótesis— ya se podría, sin que nadie se extrañase por ello, cincelar en mármol o en bronce su figura. Esta recompensa se la deben desde luego sus compatriotas y algún día tendrán a mucha honra pagarla.

A cuantos digan que en Chile Darío no tuvo admiradores generosos de su talento, debe recordárseles el nombre de Manuel Rodríguez Mendoza, que tan cabalmente le comprendió y le estudió². Las dotes extraordinarias de asimilación que

² Véase en el Apéndice la bella carta que dirigió Rodríguez Mendoza a su amigo en el mes de enero de 1888, llena de insinuaciones proféticas y que transpa-

renta la afectuosa solicitud de sus verdaderos amigos chilenos, por el desperdicio de fuerzas y de talento que hacía Darío en los períodos de su bohemia.

distinguían al poeta nicaragüense, parecieron llegar a su colmo en estos días chilenos. Los libros que se pasaban de mano en mano unos pocos hombres selectos que en ellos bebían información y cultura, determinaron obras de creación propia en las cuales Darío dejó la impronta de su estilo. Cuando el poeta, años más tarde, contó, burla burlando, que se había propuesto imitar a todos para parecer original, dijo una gran verdad. En Chile imitó a todos cuantos, parnasianos o decadentes o neorrománticos, llevaban a la literatura francesa a una renovación decisiva de la sensibilidad estética, y de allí nació *Azul*..., uno de los libros más originales de la lengua española, y con *Azul*... el Modernismo, movimiento que ha reivindicado para el escritor el derecho a su personalidad, que arruinó una vez más la noción de escuela y que hubo de crear preceptos nuevos para aclimatar su doctrina.

En medio de aquella polémica, que tan ingratamente estaba subrayando el mérito de *Azul*... dentro de la historia literaria de Chile, el poeta pudo sentirse refrescado con las opiniones que sobre su libro vertía el generoso amigo Pedro Nolasco Préndez, esta vez cubierto con su seudónimo Nelusco. Desde Santiago, Préndez colaboraba para *El Mercurio* de Valparaíso con una crónica semanal, generalmente dedicada a temas de la política, en la que el poeta chileno comenzaba a deslizarse como el pez en el agua, pues era diputado; pero a veces trataba también de libros y de arte. El día 8 de septiembre, después de haberse pronunciado en términos de abierta censura acerca del libro debido a un escritor chileno, sobre el de Rubén Darío opinaba con entusiasmo. He aquí sus palabras:

¡Qué contraste entre ese libro y el volumen que acaba de dar a la stampa el poeta centroamericano Rubén Darío, con el nombre de *Azul*...! La espontaneidad de la inspiración re-

bosa en ese delicado libro, en cuyas páginas, palpitantes de frescura, se rinde culto a todos los dogmas de lo bello.

Leyéndolo, casi debería decirse saboreándolo, se asciende con el poeta a regiones de luz pobladas por las ardientes visiones de una riquísima fantasía, por los sentimientos más tiernos, por los anhelos más entusiastas y generosos.

Podría afirmarse de Rubén Darío lo que el abate Lammenais dijo de Augusto Comte: es una bella alma que no sabe donde asirse.

La prosa lo atrae y sus páginas, en períodos de extraña y elegante construcción, ofrecen a cada instante explosiones de brillo, de intención, de energía, presentando la idea bajo su faz más poética y seductora.

La poesía lo subyuga y embelesa; y sus cantos, por consiguiente, parecen primorosos ramilletes de flores o vírgenes florestas, a las cuales sólo podría criticarse a veces la espesura del follaje verde donde parece que el sol encontrara resistencias para penetrar con sus rayos.

El libro de que nos ocupamos —terminaba diciendo—, precedido de un magistral prólogo de Eduardo de la Barra, ha sido publicado en Valparaíso y creemos que no se arrepentirán de adquirirlo los que se deleiten con su lectura.

La fortuna de *Azul*... comenzó de verdad cuando don Juan Valera le dedicó un par de extensos artículos recogidos más tarde en uno de los volúmenes de sus *Cartas americanas*.

Me encontraba en Valparaíso —explicaba Darío en nota de la segunda edición de *Azul*...—, y a la sazón era cónsul de España en aquel puerto el señor don Antonio Alcalá Galiano y Miranda, hijo del insigne orador y hombre público del mismo nombre, y primo de don Juan Valera. Por medio de don Antonio remití al autor famoso y crítico eminente un ejem-

plar de mi *Azul*. . . que acababa de aparecer, impreso en la tipografía Excelsior. Poco tiempo después tuve la honra de que Valera escribiese respecto de mi libro las dos cartas que encabezan esta edición.

Valera dirigió sus cartas al mismo Alcalá Galiano, y en ellas atisbó la real importancia del *Azul*. . . , aun cuando muchas de sus observaciones, y no las de menor peso crítico, estaban ya contenidas en el prólogo de Eduardo de la Barra. Alcalá Galiano (que desde 1887 residía en Valparaíso) envió junto con el libro de Darío una carta a Valera, en la cual le explicaba quién era el autor, cuál su nacionalidad y por qué motivos el libro aparecía estampado en Chile y no en Nicaragua. Con estas noticias, el asombro de Valera debía subir de punto. He aquí —se dijo— un joven poeta nicaragüense que escribe como si hubiera vivido años en París, trasnochando con los noctámbulos, metiéndose en cenáculos donde se habla de la más moderna y audaz literatura, y que logra dar a su libro el encanto parisiense como si en su vida no hubiese hecho otra cosa que hablar y escribir francés. ¡Valiente americano! Un español de la Península no habría abdicado así no más del estilo español, por muchas y muy fuertes que fuesen las razones que se hubiera forjado para encontrar preferible el francés, y en recuerdo de esto citó a Marchena, a Cienfuegos, a Burgos, a Reinoso, afrancesados en los cuales supervive, sin embargo, la esencia española del alma con que nacieron. Pero este joven, claro está, no es español de España sino español de América, es decir, una especie levemente diversa, a la cual es preciso considerar con parsimonia; y empleó entonces una parsimonia extraordinaria para tratarle en sus famosas cartas, que sorprendieron a Darío cuando ya tenía las maletas liadas para emprender de nuevo viaje a su tierra. Llamó entonces “galicismo mental” a esta manera de

producirse, y la elogió, con prudencia sin duda, pero la elogió, porque había en ella algo nuevo, exótico y ameno que no podía pasar inadvertido a su experiencia de excelente catador literario.

Valera pudo haberse evitado una de las más discutibles divagaciones de su estudio si se hubiera tomado la molestia de leer con alguna mayor atención el Prólogo de Eduardo de la Barra con que se abre el volumen. Allí habría leído lo siguiente, que cuadra admirablemente al Darío de este libro:

L'art c'est l'azur! dijo el gran poeta. Sí; pero aquel azul de las alturas que desprende un rayo de sol para dorar las espigas y las naranjas, que redondea y sazona las pomos, que madura los racimos y colora las mejillas satinadas de la niñez. Sí, el azul es el arte, pero aquel azul de arriba que desprende un rayo de amor para encender los corazones y ennoblecer el pensamiento y engendrar las acciones grandes y generosas. Eso es el ideal, eso el azul con irradiaciones inmortales, eso lo que contiene el cofre artístico del poeta.

¿No estaba el prologuista a la altura del autor del libro? Difícil sería probarlo. No sólo contiene el trabajo del señor De la Barra lo mejor que hasta entonces se había escrito sobre Darío, sino también, como se ha visto, anticipadas respuestas para algunas de las observaciones de Valera. Debemos rectificarnos, pues: no es que Valera no hubiese leído al prologuista, sino que tomó de él lo que le convenía y dejó olvidado el resto. Lo prueba, al lado de lo que llevamos dicho sobre la frase de Victor Hugo, la observación acerca de que el final de *Anagke* es blasfemo. No es éste descubrimiento del famoso escritor español, sino un reparo que aparece en el prólogo del poeta chileno Eduardo de la Barra.

Lo que desde Madrid no podía ver don Juan cuando trazaba las cartas con las cuales consagró la gloria del *Azul...*, es el combate íntimo de que fue teatro el espíritu del poeta en esos años. Su *galicismo mental*, para repetir la fórmula de Valera, no fue divisa que él se hubiese propuesto seguir contra todo riesgo, y no pocas veces sus lecturas de los clásicos le llevan a elogiar con real entusiasmo la expresión castiza. Al amigo Alfredo Irarrázaval Zañartu ya le decía, en el prólogo de los *Reglones Cortos*: "Muchas ocasiones he lamentado que escribas en chileno y no en castellano, que abuses del provincianismo, y que en el ara de la facilidad martirices a la rima. ¡Ah, la rima española, nuestra bella campana de oro, debe ser uno de tus más grandes cuidados!"; y al escribir sobre el volumen de *Penumbras* de que era autor Narciso Tondreau, iba más lejos: "La lengua castellana se convierte en una jerga incomprensible. La tendencia generalizada es la imitación de escritores y poetas franceses. Puesto que muchos hay dignos de ser imitados, por razones de escuela y de sentido estético, sigámosles en cuanto al sujeto y lo que se relaciona con los vuelos de la fantasía, pero hágase el traje de las ideas con el rico material del español idioma adunando la brillantez del pensamiento con la hermosura de la palabra". (*Obras desconocidas*, p. 92).

¿Qué habría pensado Valera si hubiese conocido estas líneas?

El galicismo mental a que alude Valera se bebía, por lo demás, en el ambiente, y no es raro que Darío lo haya bebido a grandes sorbos en Santiago y Valparaíso en los propios días en que escribió su *Azul...* Lo prueba esta escena, cuya lectura habría encantado a Valera, por la buena compañía que se le da, en artículo firmado por Un hablador pobrecito:

—¿Por qué lee usted novelas en francés, hombre de Dios? Proporciónese usted las hermosísimas novelas españolas de Pérez Galdós, de Valera o de Armando Palacio, y encontrará usted...

—¡Cállate, hombre! —me interrumpe mi amigo—. ¡Qué puede haber bien escrito en español! España es una antigualla y los españoles unos brutos... El francés, amigo mío, no hay idioma como el francés. ¿Quién puede hoy día aspirar al título de galán aristocrático, elegante y de buen tono si no puede mezclar de vez en cuando en la conversación uno que otro vocablo francés? Esto, bien entendido, si se habla de modas, bailes y tertulias, que si la conversación gira sobre música o las representaciones teatrales de la Opera, no han de hacer falta cuatro o cinco términos en italiano. (*La Epoca*, 3 de septiembre de 1887).

Como otra manifestación más del afrancesamiento de las clases cultivadas de Chile en el período de Rubén Darío, puede recordarse que *La Epoca*, precisamente cuando él era su redactor, publicaba correspondencias de París firmadas por Jules Simon, en su texto francés y con la traducción enseguida. Y eran franceses muebles y licores, tapices y porcelanas en las casas elegantes, y habían sido escritos en Francia y publicados generalmente en París, los libros que se cambiaban los nuevos escritores chilenos entre quienes había caído Rubén Darío en este ya, al parecer, definitivo avatar de su carrera literaria.

Pues bien: todavía hay más. Al escribir sobre Catulle Mendès, en abril de 1888, el poeta estudió el problema de parnasianos y decadentes que se iría a tocar precisamente en cuanto viera la luz su libro *Azul*... en la polémica, ya relatada, de Eduardo de la Barra y Manuel Rodríguez Mendoza. Elogió el don de orífice pintor —así lo califica— de Mendès, y después de mencionar la importancia de su estilo

trabajado con pulcritud elegante y refinada, miró hacia España y dijo:

En castellano hay pocos que sigan aquella escuela casi exclusivamente francesa. Pocos se preocupan de la forma artística, del refinamiento; pocos dan —para producir la chispa— con el acero del estilo en esa piedra de la vieja lengua, enterrada en el tesoro escondido de los clásicos, pocos toman de Santa Teresa, la doctora, que retorció y laminaba y trenzaba la frase, de Cervantes, que la desenvolvía armoniosamente; de Quevedo, que la fundía y vaciaba en caprichoso molde, de raras combinaciones gramaticales. Y tenemos quizás más que ninguna otra lengua un mundo de sonoridad, de viveza, de coloración, de vigor, de amplitud, de dulzura, tenemos fuerza y gracia a maravilla. Hay audaces, no obstante, en España y no faltan —gracias a Dios— en América. ¡He aquí a Riquelme, a Gilbert en Chile!³. Se necesita que el ingenio saque del joyero antiguo el buen metal y la rica pedrería, para fundir, montar y pulir a capricho, volando al porvenir, dando novedad a la producción, con un decir flamante, rápido, eléctrico, nunca usado, por cuanto nunca se han tenido a la mano como ahora todos los elementos de la naturaleza y todas las grandezas del espíritu. (*Obras desconocidas*, p. 171-2).

Y aunque no venga al caso, dispara ya entonces contra la Real Academia Española, de la cual supone que ha de tener jurisdicción sobre lo literario así como la tiene sobre lo

³ Rubén Darío nombra aquí a dos escritores chilenos que interesa conocer. Daniel Riquelme, 1855-1912, fue eximio periodista además de autor de relatos novelescos basados en la historia. Como corresponsal de guerra de *El Herald*, estuvo en el Perú y publicó en Lima un diario durante

la ocupación chilena. En la fecha en que Darío se refería tan elogiosamente a él, era redactor de *La Libertad Electoral* de Santiago. Gilbert, por su seudónimo A. de Gilbert, es el mismo Pedro Balmaceda, 1868-89 a quien se hace referencia en otras páginas de este estudio.

lexicológico, en una sucesión de párrafos sumamente reveladores de la sensibilidad del Modernismo y, en todo, anticipación de los manifiestos que esta escuela iría a producir andando el tiempo.

Juntar la grandeza a los esplendores de una idea en el cerco burilado de una buena combinación de letras; lograr no escribir como los papagayos hablan, sino hablar como las águilas callan; tener luz y color en un engarce, aprisionar el secreto de la música en la trampa de plata de la retórica, hacer rosas artificiales que huelen a primavera, he ahí el misterio. Y para eso, nada de burgueses literarios, ni de frases de cartón.

Se hacen irrupciones a todas las ciencias, a todas las artes, en busca de lo bello, del encaje, del polvo áureo.

La Academia ve la escuela, la agrupación, con malos ojos. No es temible, pero es enemiga a la callada. Aprueba que se esté a la husma del vocablo en el léxico, mas impone su prosodia, su gramática toda, sus leyes de abuela, las preciosidades absolutas de sus pergaminos.

¡Oh, y qué!

Las palabritas escogidas no son el estilo, porque hasta está ya gastado lo de que el estilo es el hombre. Apréndase Ud. un diccionario de memoria, y será Ud. un tonto. Es aforismo. (*Obras desconocidas*, p. 170).

La verdad es que la mayor parte de sus estudios literarios de entonces, convertidos en artículos para los diarios, versan sobre poetas y escritores franceses, y que los mismos fragmentos de *Azul*..., obra en que hay más creación que comentario, revelan sobre todo lecturas en francés, porque el carácter de *Azul*... es sin duda *sui generis* en su obra literaria. Mas Darío volverá a su doctrina con cualquier motivo. Del trozo que se acaba de leer reproduce algunas palabras, las más importantes, las más decisivas, en el panorama sobre las letras centroamericanas publicado en la *Revista de*

Artes y Letras de 1888 (*Obras desconocidas*, p. 186 y sigs.), y luego, al tratar de la traducción en general y del problema que es traducir a Victor Hugo en especial, dice lo siguiente: "Yo no estaré nunca conforme con que el vino de nuestro Cervantes se apure —siquiera sean los extranjeros dueños de ricas copas, de raros cristales— sino en los firmes y viejos vasos castellanos". (*Obras desconocidas*, p. 238). Y si en el que iba a ser prólogo de *Asonantes* de Tondreau parece infringir su credo cuando dice: "... aplica al verso castellano ciertos refinamientos del verso francés. Hay en este idioma exquisiteces y secretos artísticos que introducidos por él al español, lengua armónica y rítmica por excelencia, forman una novedad bella, un conjunto de incrustaciones, de giros, de arabescos preciosos", al paso de pocos renglones deja en salvo la doctrina, la gallarda doctrina castiza que le informa: "En cuanto a sus metros (los de Tondreau) son los hermosos metros castellanos, mil veces superiores a los franceses". ¿Es poco todavía? Pues hay algo más: "Nosotros no necesitamos de todo eso. ¡Ah nuestros metros castellanos! El endecasílabo es digno de la lira griega. Tenemos el verso de Safo y el verso de Anacreonte, y versos apropiados para el arpa religiosa y el címbalo, o para los sistros que acompañan las danzas". (*Obras desconocidas*, p. 290).

En suma, lo que él procura —y lo dice por los mismos días en que escribe los fragmentos de *Azul*... y cuando ya está a punto de dar a luz el libro— es que se imiten los recursos de la técnica literaria francesa contemporánea (citando a los Goncourt, a Judith Gautier, a Catulle Mendès, a Louis Bouilhet como maestros) con los mismos elementos léxicos y sintácticos de que dispone el español. Eduardo de la Barra sintetizó esta íntima lucha de Darío al decir en su prólogo:

Suele haber raíces exóticas en su vocabulario, suelen deslizarse algunos graciosos galicismos; pero es correcto, y si anda siempre a caza de novedades, jamás olvida el buen sentido, ni pierde el instinto de la rica lengua de Castilla al amoldar las palabras a su orquestación poética. No así en las cláusulas de su florido lenguaje: ellas tienen más el corte francés moderno, brusco, breve, nervioso, que el desarrollo grave, amplio, majestuoso, de la frase castellana.

Y como al escribir el artículo sobre *Asonantes* de Tondreau, el poeta ya conoce la opinión de Valera, publicada pocos días antes de su partida de Chile, puede hablar del "galicismo mental" que se le enrostrara y en respuesta retorcer el argumento y replicar: "Busquemos, pues, ese procedimiento exquisito de los artistas de la palabra escrita, y que cada escritor muestre el pequeño mundo interior que lleva en su alma, con su manera artística". (*Obras desconocidas*, p. 291). Puede concluirse que los problemas de técnica que iban a tocar a propósito de *Azul*... su prologuista, Eduardo de la Barra, y su primer crítico español, Juan Valera, no habían sido indiferentes a Rubén Darío, y que la solución que éste les dio andaba muy lejos de la que Valera supuso. Predicando una cosa y haciendo otra, Darío que aconsejó el atento estudio y hasta la imitación de los tesoros de la lengua castellana, solía mostrar admiración por las innovaciones de lengua y de estilo que había sorprendido en las obras de algunos escritores franceses, y terminaba por acogerlas todas, o casi todas, al escribir las páginas de *Azul*... El carácter complejo de su arte aparece desde luego en éstas que pudieran parecer contradicciones y que no lo son, porque Darío fue, como puede verse por el conjunto de su obra, un talento sincrético en que podían insumirse las más dispa-

res nociones del arte, que de todas ellas haría una como doctrina propia, el Modernismo.

La intención de Darío al leer las cartas en que Valera estudiaba su *Azul...* fue, naturalmente, que ellas se diesen a luz también en los diarios chilenos que habían aceptado su colaboración, y con particularidad en *La Epoca*. Sin embargo, las cartas no aparecieron allí, como pretendía el poeta, sino en *La Tribuna*, diario de que era redactor Tondreau, en las ediciones de 23 y 26 de enero de 1889, cuando a Darío le quedaban muy pocos días en Chile⁴. Al publicar la primera, el diario encabezó el texto con la siguiente nota de su redacción:

DON JUAN VALERA Y RUBEN DARIO.— El insigne novelista y crítico español don Juan Valera, el célebre autor de *Pepita Jiménez*, ha dirigido al inspirado escritor centroamericano don Rubén Darío, autor de *Abrojos* y de *Azul...*, las siguientes cartas en que se hace amplia y merecida justicia a este prosista y poeta, que ha colaborado con tanto brillo en la prensa de Santiago y Valparaíso. He aquí dichas cartas que, publicadas primeramente en *El Imparcial* de Madrid, han sido reproducidas por *Las Novedades* de Nueva York y otros importantes diarios y periódicos de Norte y Sud América.

En los días mismos de la publicación de *Azul...*, el poeta menudeó, desde Valparaíso, colaboración en dos diarios de Santiago. El primero de ellos, *La Libertad Electoral*, encon-

⁴ Las *Cartas Americanas* de Valera, de la serie a que pertenecen las dos dedicadas al *Azul...* de

Rubén Darío, eran habitualmente reproducidas en *La Libertad Electoral* de Santiago.

trábase ya en la fila de oposición al Presidente Balmaceda, como órgano que era de los hermanos Matte. Allí publicó Darío el artículo de divulgación *Hija de su padre* (13 de julio), en el cual elogia a Judith Gautier, y el cuento *Morbo et umbra* (30 de julio), trabajos que dedica respectivamente a sus amigos los periodistas santiaguinos Narciso Tondreau y Vicente Rojas y Rojas. También salieron en las columnas de *La Libertad Electoral* un cuento para los niños, *El perro del ciego* (21 de agosto), la risueña fantasía *Hebraico*, también con formas de cuento (3 de septiembre), y la fantasía *Arte y hielo* (20 de septiembre), dedicada a Carlos T. Robinet y visiblemente inspirada en las visitas al taller de Nicanor Plaza. Otro artículo de divulgación, *Pedro León Gallo, poeta* (5 de octubre) ha sido aducido ya como prueba del conocimiento que Darío poseía de la obra de Victor Hugo y por el importante anuncio que en él hace de una recopilación de las traducciones americanas del poeta francés.

Finaliza esta serie de la colaboración en *La Libertad Electoral*, de las más brillantes entre la obra chilena de Darío, con un cuento, *El humo de la pipa* (19 de octubre), cuento que bien pudo tener cabida en *Azul...* dada la índole de su fantasía y el esmero de su estilo.

La vigorosa empresa de *La Libertad Electoral*, fundada el 11 de marzo de 1886 por los hermanos Matte, don Augusto y don Eduardo, se mantuvo en primera fila en la línea de oposición a Balmaceda, y al colaborar Darío en sus columnas bien podía justificarse el dicho de que el poeta nicaragüense había servido *intereses contrarios* al padre de su muy querido amigo Pedro Balmaceda Toro. No se sabe cómo llegó ahí, pero puede colegirse que haya sido precisamente Carlos Toribio Robinet el conducto para esa colabo-

ración, ya que éste era redactor del diario, junto a Daniel Riquelme, autor de artículos de costumbres bajo el seudónimo Inocencio Conchalí, José Arnaldo Márquez, peruano, con seudónimo B. de Zamora, Horacio Echegoyen, administrador, que de vez en cuando escribía cuentos, Juan Gonzalo Matta, el hijo de don Guillermo, el poeta, corresponsal en Berlín mientras su padre desempeñaba la legación de Chile, y otros más.

Fundada en Santiago *La Tribuna* el 25 de junio de 1888, el nombre de Darío comienza a figurar con asiduidad en este diario, para el cual colabora por la vía epistolar. En *La Tribuna* habían pasado a ocupar sitios de distinción algunos de los amigos más señalados de antes: Pedro Balmaceda, a quien el carácter abiertamente opositor de *La Epoca* hacía ya irrespirable el ambiente de este diario, Manuel Rodríguez Mendoza y Narciso Tondreau. Dedicada a este último aparece la composición —que ya vimos— *Lo que son los poetas*, con leyenda al pie que dice: Valparaíso, 8 de agosto de 1888 (publ. el 6 de octubre). Es también *La Tribuna* el diario en el cual se acoge el prólogo de *Azul...*, y al darlo en las ediciones siguientes al 20 de agosto, abre paso a la polémica sobre el libro en que bajo seudónimo tercia Rodríguez Mendoza (31 de agosto y 1º de septiembre). Si Tondreau intervino en la reproducción del prólogo, debe entenderse que al acogerlo creía hacer un servicio a Rubén Darío, ya que de la cordialidad inalterable de sus relaciones no cabe pensar otra cosa. En *La Tribuna* escribía asimismo Luis A. Navarrete, de quien el diario publica con fechas 5 y 8 de noviembre la conferencia leída en el Ateneo de Santiago que acusaba de plagio a Préndez. Este respondió en *La Epoca*, y Darío le siguió. El día 16 de noviembre se publicó en este diario la carta al director de la Biblioteca Nacional de Nicara-

gua Antonino Aragón destinada a ensalzar el volumen de *Nuevas Siluetas* y la persona de su autor, y el 29 del mismo mes *El triunfo de Préndez*, artículo con el cual Darío terciaba en la controversia desencadenada por Navarrete.

Se anunció últimamente —decía allí— por la prensa que yo defendería a mi amigo el poeta Préndez de los ataques que se le hicieron en el Ateneo. En efecto, tenía escrita mi opinión, y la habría publicado en este diario, con gran gusto, si el autor de las *Siluetas* no hubiera ya salido victorioso con su propia defensa. Las bases principales en que se apoyaban mis razones en su favor, él las ha presentado. No me queda sino dejar constancia de que desde un principio estuve de su parte, y no sin cierto temor, pues sabía que cierta juventud literaria, y más de un buen nombre de las letras chilenas, estaban en su contra. (*Obras desconocidas*, p. 254).

De estas palabras puede colegirse que el amplio estudio de Darío sobre Préndez, a propósito de la acusación de plagio ya referida, no vio la luz sino en resumen y que a este resumen impuso el autor el título de *El triunfo de Préndez*, para no repetir los argumentos ya empleados por éste.

También pertenecen al cuerpo de colaboración de *La Tribuna* el "cuento ruso" *La Matuchka* (1º de febrero de 1889), y como despedida literal, pues emprendió el viaje el día subsiguiente, la rima II de la serie entregada al Certamen Varela, *Amada, la noche llega*, que salió el 7 de febrero.

Aún cuando salga ligeramente de nuestro marco, debe recordarse aquí que cuando Rubén Darío fue a España por primera vez, en 1892, pronto se acercó a don Juan Valera, en cuyo hogar se hacía una animada tertulia literaria. La impresión que el poeta nicaragüense produjo en su anciano amigo fue por ventura recogida en una bellísima carta de 18 de

septiembre de 1892 dirigida a Menéndez y Pelayo. Esta carta, publicada por Antonio Oliver en *Este otro Rubén Darío*, Barcelona, 1960, dice en parte así:

...Rubén Darío, de cuyo poderoso y originalísimo ingenio me convenzo más cada día. Veo en él lo primero que América da a nuestras letras, donde, además de lo que nosotros dimos, hay no poco de allá. No es como Bello, Heredia, Olmedo, etc., en quienes todo es nuestro y aun lo imitado de Francia ha pasado por aquí, sino que tiene bastante del indio sin buscarlo, sin afectarlo, y además no lo diré imitado sino asimilado e incorporado de todo lo reciente de Francia y de otras naciones; está mejor entendido que aquí se entiende, más hondamente sentido, más diestramente reflejado y mejor y más radicalmente fundido con el ser propio y castizo de este singular semiespañol, semiindio.

...En Rubén Darío hay, sobre el mestizo de español y de indio, el extracto, la refinada tintura del "parnasiano", del "decadente" y de todo lo novísimo de extranjería, de donde resulta, a mi ver, mucho de insólito, de nuevo, de inaudito y de raro, que agrada y no choca por estar hecho con acierto y buen gusto. Ni hay tampoco afectación, ni esfuerzo, ni prurito de remedar, porque todo en Darío es natural y espontáneo, aunque primoroso y como cincelado. Es un muchacho de veinticuatro a veinticinco años, de suerte que yo espero de él mucho más. Y me lisonjeo de que usted ha de pensar como yo cuando lea con atención o bien oiga lo que escribe este poeta en prosa y en verso. Y no me ciega ni me seduce su facha, que no es todo lo buena que pudiera ser, ni su fácil palabra porque es encogido y silencioso (obra cit., p. 143).

Capítulo XIII

EL VIAJE DE RETORNO

Ser autor, a los veintiún años de edad, de un libro discutido en la prensa y que abanderiza, ya en pro, ya en contra, a los escritores de una nación en que el autor no ha nacido, es sin duda un efectivo logro literario. Aparentemente, Darío podía descansar en él, vale decir, en *Azul*... , para iniciar de nuevo, desde más segura trinchera, la conquista del ambiente chileno; pero antes de que los ecos de la polémica se hubieran apagado, el poeta volvía a su proyecto de viaje. Y decimos que volvía, porque en el mes de enero de 1888, al escribir su *Bouquet* y, dentro de él, al dirigirse a Berta (*Obras desconocidas*; *Bouquet* se publicó en *La Epoca* el 29 de aquel mes), ya había dicho:

¡Adiós, adiós! Y que recuerdes quiero,
cuando yo haga el retorno a mis hogares,
a aqueste trovador y caballero
que ha cantado en tu reja sus cantares.

Luego, dentro del mismo mes, en *La lira de siete cuerdas*, escrita en el álbum de Elisa Balmaceda Toro, que le había ofrecido su hermano Pedro, como hemos recordado antes, al despedirse de su joven amiga evocaba, en unos cuan-

tos versos, el panorama de la tierra natal a que tornaba entonces el corazón con sincera nostalgia. Insistimos en la fecha, para que el lector advierta la importancia de esta noticia. Si Darío hubiera hecho entonces, hacia enero de 1888, el viaje de regreso a su tierra natal, no habría publicado en Valparaíso su libro *Azul...*, y Chile, en suma, no sería, como es, la cuna del Modernismo.

Tornando la mirada atrás, podría decirse que con esfuerzo cada vez más leve se le estaba abriendo paso a la fama. Los escritores jóvenes eran todos amigos suyos, y de algunos había recibido muestras conmovedoras de adhesión y de cariño, así en la vida cotidiana de la redacción de los periódicos, o en el ardor de las polémicas y controversias. El estilo de sus artículos periodísticos, novedoso y hasta raro, censurado en los primeros días de colaboración en *La Epoca*, fue aceptado en fin, y lograba con él Darío que se le fijaran todos los ojos; y cuando a esos artículos siguieron triunfos resonantes, hasta las más tercas reservas del comienzo se trocaron en admiración y respeto. El haber obtenido premio *ex aequo* con Pedro Nolasco Préndez en el Certamen Varela no era poca cosa, atendida la distancia de años que mediaba entre los dos competidores. Para la Exposición de 1888 se compusieron jurados que tendrían a su cargo los libros de varias especialidades, y en el de Bella Literatura, en donde figuraban como propietarios Diego Barros Arana, Juan Agustín Barriga, Enrique Nercaseau, Carlos T. Robinet y Fanor Velasco, aparecían como suplentes dos extranjeros, el peruano José Arnaldo Márquez y el nicaragüense Rubén Darío. Por donde mirara el curioso podía encontrar, pues, manifestaciones claras de que a Darío se abría en el ambiente chileno una atención que no es frecuente prodigar a los extraños, presea ganada, en fin, por el talento y la gracia literaria.

Pobre y desvalido siempre en la vida material, Darío estaba más pobre a raíz de la aventura de *Azul*. . . El libro aparecía dedicado en frases exaltadas a Federico Varela, el patrocinante del Certamen de 1887, pero, según recuerdos del autor, el destinatario no acusó siquiera recibo del ejemplar que le fue enviado, acaso el propio día de la publicación. ¿Qué había ocurrido? No pretendemos haberlo descubierto.

El día 20 de septiembre de 1888 *La Libertad Electoral* de Santiago publicó de Darío un cuento o fantasía titulada *Arte y hielo*, dirigida como tributo de amistad a Carlos Toribio Robinet. Es un trabajo hermoso, aunque sarcástico y cruel, digno de la serie de medallas del *Azul*. . . , y Eduardo de la Barra, a raíz de leerlo, envió a su amigo Robinet la siguiente carta:

Mi querido amigo: Veo en *La Libertad* un artículo que Darío le dedica; eso me recuerda un olvido mío que necesito reparar. Es el caso que hace días prometí a Darío escribir a Ud. con el fin de pedirle su ayuda para buscar los medios de trasladarlo a su país del modo más eficaz y delicado que posible sea.

Creo que bastará con cuatrocientos pesos para hacerlo, y me parece que entre sus amigos y clientes no faltarían quienes quisieran dar la mano a un joven de talento y de porvenir.

Tal vez los Edwards y otros hombres generosos dieran la mitad de esa suma y el resto podríamos obtenerlo cotizándonos entre algunos pobres.

Mejor aun sería conseguirle alguna comisión del Gobierno que le procurara pasaje libre hasta Panamá o hasta Montevideo. Se trata no de un cualquiera, sino de un joven escritor abandonado en nuestra tierra y expuesto a morir de hambre, y en tal caso, ¿por qué un Gobierno ilustrado no tendría un rasgo de generosidad que nadie podría vituperarle? No prestar a tiempo estos pequeños servicios es lo que después pesa.

Ello, por otra parte, no sería sin antecedentes, y acaso tendría después su compensación.

En fin, mi amigo, en sus manos lo dejo. Se trata de salvar a este joven poeta, lleno de talento, y de darle un pequeño impulso que lo ha de llevar lejos. Se trata de un caso en que puede hacerse efectiva la confraternidad entre los hombres de letras.

A pesar de que aparentemente la carta ha terminado, el poeta agrega algo más.

Yo le aconsejo a Darío que se vaya a Buenos Aires, gran centro donde una pluma como la suya encuentra trabajo bien recompensado, que de allí salte a España. Pero con buenos deseos y buenos consejos no se come ni se anda.

Otro camino es el de volver a su tierra y de allí procurar salir a alguna Legación en Europa, donde pueda darse a conocer. Mas para todo se necesita plata, y él no tiene con qué moverse y está en la situación más apremiante y angustiada. A mí me desespera no poder socorrerlo, pues ahora tengo deudas, lo que nunca me había pasado; a X¹ no acudo porque sería inútil. ¡La puerta que aquí toqué estaba cerrada para el pobre joven! Por eso acudo a Ud., hombre de talento y de corazón, activo y relacionado, que sabrá comprender y querrá hacer algo por el abandonado poeta, expuesto a morir de hambre y desesperación. ¿No hallará usted hombres generosos que lo salven?

Aquí fracasaron nuestros planes, ojalá allá se logren.

Esta carta² tiene tal tinte angustioso, presenta con tales contornos la situación del poeta, que sería vano pretender

¹ ¿No será este X don Federico Varela? La carta fue publicada sin dar el nombre.

² Apareció por primera vez en el diario *La Opinión*, Santiago, el 7

de mayo de 1939, en una crónica titulada *Don Eduardo de la Barra íntimo*, que firma Américo Francia, seudónimo de Augusto Iglesias.

quitarle el carácter de una prevención casi desesperada. ¿Algunos accesos de esa "inquerida bohemia" de que hablaba Rubén Darío precisamente para explicar su alejamiento de Chile, le habían conducido a tales extremos? Sea lo que fuere, de esas líneas se desprende que estaba pasando en Chile horas tristes, angustiosas, que había perdido la fe en el porvenir que esta tierra pareció en otros días reservarle, y que, falto de coraje, abandonaba la lucha.

Mientras Eduardo de la Barra iniciaba aquella gestión, Darío se daba maña para colaborar desde Valparaíso no sólo en el diario que ya se mencionó sino también en *La Epoca*. Tocó a este periódico dar una singular noticia el día 11 de noviembre de 1888:

SONETOS AMERICANOS.— Rubén Darío prepara un nuevo volumen de versos, con el título que encabeza este suelto. La obra constará de una serie de sonetos en forma nueva que serán otros tantos pequeños cuadros de la vida americana y especialmente de la época de la conquista. Estas composiciones son otros tantos diminutos bajo-relieves en que la elegancia artística de nuestro ilustrado amigo se manifiesta en toda su audacia y originalidad. *La Epoca* publica hoy los tres primeros sonetos y seguirá dando a luz los demás a medida que el autor los vaya remitiendo a esta redacción.

Los tres sonetos publicados entonces, *Chinampa*, *El sueño del Inca* y *El toqui* (*Caupolicán* más tarde), han sido discutidos por las novedades técnicas que entrañan y que se indican en el suelto copiado, y son, en suma, obras de grande interés artístico³.

³ El profesor norteamericano E. K. Mapes, autor de un profundo estudio sobre la influencia francesa en Darío, citado ya en estas páginas, es autor también de *Los primeros sonetos alejandrinos de Ru-*

Algunas semanas después de la carta de Eduardo de la Barra con que se abre este período de la vida de Darío, éste escribió a Santiago a su amigo Préndez en términos muy claros y categóricos acerca de la necesidad en que se hallaba de emprender viaje.

Valparaíso, noviembre 20-1888.

Mi querido amigo:

Te escribo con el siguiente objeto: debes de tener entendido que mi partida a Centro América me es más necesaria que nunca. Mi padre acaba de morir, y yo tengo que estar en Nicaragua a la mayor brevedad. Conoces perfectamente mi situación.

Parece que las esperanzas que teníamos no se han podido realizar por ahí. ¡Qué se hace!

Ahora, oye: un amigo mío ha empezado aquí algo que, si es duro para mí, es el único medio que me queda para poder irme. Ha pedido a personas que tienen buena voluntad, y alguna estimación por mí, que contribuyan para formar un fondo con el cual pueda hacer el viaje. Ya hay bastante adelantado.

Tócate a ti —pues no puedo decirlo a otro amigo— ver lo que te sea posible hacer en el círculo de tus relaciones políticas o sociales. Por de pronto recuerdo yo dos, tres, cuatro amigos, quienes, si tú les insinuaras algo, se prestarían gustosos. Triste, pero preciso. Se necesita que, por lo menos, ven-

bén Darío, 1935, publicado en la *Revista Hispánica Moderna* y tirado aparte en corto número de ejemplares. Allí señala como escritos en metro alejandrino, a la francesa, cuatro sonetos del período chileno, que son los tres *Sonetos americanos* dados a conocer en noviembre de 1888 y el dedicado

a Lastarria, con motivo de su muerte, algunos meses antes. Debe, pues, ponerse en el haber de la influencia que el ambiente literario de Chile ejerció sobre Darío, esta innovación que en el folleto citado el señor Mapes estudia con mucha erudición.

gan de ahí veinte libras; lo demás aquí, como digo, se está juntando. Todo callado, como todo bien que se hace noblemente.

En fin, hágase lo posible; hazte tú iniciador por tu parte, y rompe esta carta, si te parece.

Creo que también de aquí se ha escrito a Robinet a este respecto.

Todo debe hacerse, a más tardar, en la presente semana. Mi salud, peor.

Tu amigo

DARÍO.

P. S. Haz reclamar en mi nombre un artículo que está en *La Libertad* titulado *Cuento ruso*, y lo publicas en *La Epoca*. Esto, pronto.

En la carta que se acaba de leer, el autor habla de la muerte de su padre. La crónica porteña de *La Epoca*, a cargo de Eduardo Poirier, dio poco después, el 11 de diciembre, la siguiente noticia: "Por comunicaciones llegadas al Consulado de Nicaragua en Valparaíso y por cartas particulares se sabe que el 11 de octubre pasado falleció en León, Centro América, el señor Manuel Darío, padre del poeta Rubén Darío, que desde hace algunos años reside entre nosotros". Este párrafo precisa la fecha de ese fallecimiento, que no hemos encontrado en otras obras, y abre en fin la puerta a suponer que las relaciones de familia de Darío influyeron para que éste abreviara su estancia en Chile.

Y algunos días más adelante, otra carta igualmente reveladora, con pormenores íntimos al través de los cuales puede advertirse que la negociación emprendida por Eduardo de la Barra había fructificado, por lo menos en el grado necesario para proyectar el viaje.

Mi querido amigo:

Hasta hoy respondo por razón de proseguir aquí sin descanso la consecución de los medios necesarios para el viaje.

Es un hecho que éste no podrá realizarse hasta el 5 de enero, es decir, dentro de once días, contando desde hoy. En caso contrario habrá que esperar el vapor próximo.

Con lo que tú me has conseguido tengo ya para gastos de viaje y llegada. Aquí se trata de conseguir pasaje, y de "arreglarme la maleta", como dice Barra. Poco a poco parece que esto se conseguirá.

Y a propósito: Carvallo me ofreció una caja hace mucho tiempo. Debe haberla hecho llegar a la casa en que yo habité en Santiago, Nataniel 51. En tal caso debe de estar en poder de don Manuel Rodríguez Mendoza. O si no, se puede averiguar.

Tú puedes hacerme el favor de mandar pedir en mi nombre unos libros y ropa que tengo en casa del mismo Manuel, y remitírmelos por expreso. Si la caja se encontrase, sería un pequeño ahorro.

Es terrible el asunto viaje, tal como lo estoy palpando. Pero ¡qué se hace! La ayuda conseguida es parte del camino andado.

No te digo más por no quitarte el tiempo.

Tuyo

DARIO.

Valparaíso, diciembre 5 de 1888.

Estas cartas de peticiones de dinero disimuladas entre burlas y palabras de sorna, eran ya frecuentes en la vida de Darío, y Sequeira (*Rubén Darío criollo*, p. 73) reproduce una de 1882 que se parece no poco a las que llevamos colacionadas. Escribiendo a Francisco Castro el poeta decía: "Vine a buscar dinero y me hallo debiendo más de cien fuertes. Chico, te ruego consigas algo para pagar la composición de

un frac donde Tonino y me lo mandas antes del 14. Pienso irme al Salvador entonces. Búscame también mis camisas en mi casa, pídelas diciendo que no tengo con qué mudarme. Mándame toda la ropa que puedas conseguir. Habla secretamente con Mondaca recomendándole silencio y ve cuánto se reúne entre UU. los muchachos, para ajustar el pasaje aunque sea. Mira si me puedes conseguir una valija también, pues la necesito para irme. No llego yo porque allí debo también mucho y no tengo con qué pagar". Y así durante muchas líneas más.

Y al mismo Préndez, en carta sin fecha pero que debe ser posterior a las dos que se han copiado, Darío comunicaba algunos encargos de diverso orden, desde el económico, destinado a cubrir sus urgencias monetarias, hasta el literario, vinculado a la reproducción de las cartas que sobre *Azul*... había escrito Valera.

Mi querido amigo:

Es de todo punto urgente que te veas con Antonio Edwards, que ofreció conseguir con don Arturo lo que tú me comunicaste.

El viaje se aproxima cada día más.

La remisión puedes hacerla por un giro a la calle Victoria número 100. Esto en cuanto se pueda.

Lo de Rodríguez Mendoza ya lo haré arreglar por otro medio, pues veo que no te es posible.

Te saluda con todo cariño

RUBEN DARIO.

P. S. ¿Por qué no habrá publicado *La Epoca*, que está suscrita a *El Imparcial*, de Madrid, dos cartas que me dirige Valera sobre mi *Azul*? Vale.

Obvio será decir que Antonio y Arturo Edwards eran ambos hermanos de don Agustín, a quien se ha mencionado

ya aquí como Ministro de Hacienda y propietario de *El Mercurio* y de *La Epoca*, los dos primeros hogares periodísticos que se ofrecieron en Chile a Darío; y hogares de verdad, porque, ya se sabe, en el edificio del segundo el poeta forastero tuvo hasta alojamiento.

Las gestiones para conseguir dinero y para enviarlo a Valparaíso, encomendadas a Préndez, dieron resultado, como puede verse en el conmovedor recibo que por \$ 33.40 expedía la Compañía de Telégrafo Americano para el giro telegráfico que se tomó a nombre del poeta, cuya dirección de Victoria 100 consta en dicho documento. Este recibo, conservado entre los papeles de Pedro Nolasco Préndez, ha pasado en seguida a poder de Carlos Préndez Saldías, quien nos lo muestra con legítima emoción; y para que se vea el precio que da el poeta de hoy a testimonio tan elocuente de las fraternales relaciones que unieron a su padre y a Rubén Darío, el recibo está encuadrado en marco y colgado en uno de los muros de su escritorio. Lástima es que se hayan perdido algunas cartas que mediaron en aquellos días entre los dos amigos, como aquélla en la cual se ha debido aludir a Rodríguez Mendoza, dada la referencia que allí hace Darío: "Lo de Rodríguez Mendoza ya lo haré arreglar por otro medio, pues veo que no te es posible". Al parecer, la lucha política había separado a aquellos dos escritores, balmacedista Rodríguez y opositor Préndez.

Con más pormenores sobre las cartas de Valera, cuya no publicación en *La Epoca* dolía de verdad al poeta, acostumbrado a ver en ese diario el hogar periodístico predilecto, escribió Darío a Narciso Tondreau en los últimos días del mes de diciembre.

Mi querido poeta y amigo:

Su carta última —le decía— me ha venido a calmar mis temores de Alcestes. Es usted bueno, lo que no me extraña puesto que siempre me ha demostrado cariño.

Vamos a otro asunto.

No habría querido enviar a ningún diario las cartas de don Juan Valera si Ud. no me hubiese escrito.

He estado agriamente impresionado con toda la prensa, sobre todo con la en que hay algunos que se dicen mis amigos. Sé que diarios como *La Epoca*, donde hay varios poetas, están suscritos a *El Imparcial* de Madrid. Hay más. Se han reproducido todas las cartas de don Juan Valera, y se han saltado las dirigidas a mí. Es cierto que don Juan hace elogios que no me ha hecho nadie, y que con la publicación de su juicio vendríamos a quedar en que yo soy un ternero de cinco patas. Cosa que desagradaría a todos los que creen que sólo soy un hombre de cuatro. Porque creo que hay quienes piensan así.

Por lo demás, le envió la única carta que conservo, pues la segunda se me perdió.

Y le doy mil gracias por su atención, que creo —cosa rara— que es sincera.

En cuanto a mí, no quiera usted saber nada, ni me vuelva a pedir noticias. No hay brazos de leche ni nada.

Me alegro, mucho, que se haya decidido a escribir *El bosque*, poema que sólo usted puede escribir en Chile, pero que no agrada a los ateneicos colegas suyos, sino a un reducido número. Yo le aplaudo de todo corazón⁴.

⁴ *El Bosque*, poema anunciado por Tondreau en esos días y a que se refiere Darío, quedó incompleto o por lo menos en parte inédito hasta la muerte de su autor. Muchos años después señalaba éste todavía

su existencia al publicar en *La Ley*, suplemento literario de 25 de junio de 1899, *El viento*, y al presentarlo como *Fragmento del poema inédito El Bosque*.

Yo también tengo una *guagua* de gran poema o de disparate monumental. No sé qué saldrá, pero lo sabremos pronto.

Mi viaje se acerca. De repente, cuando menos piense usted... ¡adióos! ya voy por Panamá. Y entonces, muchos estarán contentos. Y yo también.

Su amigo

DARIO

P. S. Usted tiene relaciones con algunos españoles, como el Conde de Vista Florida, y pudiera ser que él tuviese la carta número dos de don Juan. Si no él, el Club Español, o las librerías, o en cualquier parte. Vale.

Valparaíso, 26 de diciembre de 1888.

Es fama que entonces el poeta erró por las colinas de Valparaíso, no ya "en busca de cuadros" para sus composiciones, como había hecho antes, sino en malas compañías. La población de esos cerros suele contener sucuchos bohemios, mancebías de corto vuelo y rincones por donde pasan los transeúntes sin que nadie les pregunte de dónde vienen ni por qué han acudido precisamente a esos sitios en que toda incomodidad y toda mugre tienen asiento; y allí habría sido su ángel guardián cierto homeópata, Francisco Galleguillos Lorca (1846-1899), que contaba amistades en la población más humilde de los cerros. Galleguillos cultivó también la literatura, y en el *Almanaque Pintoresco de la Librería del Mercurio para 1888* puede verse con su firma un cuento histórico y legendario titulado *Un pacto con el diablo*.

Cuando habitaba en Valparaíso —escribió Darío en su *Autobiografía*— tuve la protección de un hombre excelente y de origen humilde: el doctor Galleguillos Lorca, muy popular y muy mezclado entonces en política, siendo una especie

de "leader" entre los obreros. Era médico homeópata. Había comenzado de minero, trabajando como un peón; pero dotado de singulares energías, resistente y de buen humor, logró instruirse relativamente y llegó a ser lo que era cuando yo le conocí. Llegaban a su consultorio tipos raros, a quienes daba muchas veces no sólo las medicinas, sino también dinero. La hampa de Valparaíso tenía en él a su galeno. Le gustaba tocar la guitarra, cantar romances, e invitaba a sus visitantes, casi siempre gente obrera, a tomar unos "ponches" compuestos de agua, azúcar y aguardiente, el aguardiente que llamaban en Chile "guachacay". Era ateo y excelente sujeto. Tenía un hijo a quien inculcaba sus ideas en discursos burlones, de un volterianismo ingenuo y un poco rudo. El resultado fue que el pobre muchacho, según supe después, a los veintitantos años se pegó un tiro.

En una ocasión me dijo el doctor Calleguillos:

—¿Quiere usted acompañarme esta noche a una visita que tengo que hacer por los cerros?

Los cerros de Valparaíso tenían fama de peligrosos en horas nocturnas, mas yendo con el doctor Calleguillos me creí a salvo de cualquier ataque y acepté su invitación. Tomó él su pequeño botiquín y partimos. La noche era oscura, y cuando estuvimos a la entrada de la estribación de la serranía, el comienzo era bastante difícil, lleno de barrancos y hondonadas. Llegaba a nuestros oídos, de cuando en cuando, algún tiro más o menos lejano. Al entrar a cierto punto, un farolito surgió detrás de unas piedras. El doctor silbó de un modo especial, y el hombre que llevaba el farolito se adelantó a nosotros.

—¿Están los muchachos? —preguntó Calleguillos.

—Sí, señor —contestó el rotito.

Y sirviéndonos de guía, comenzó a caminar y nosotros tras él. Anduvimos largo rato, hasta llegar a una especie de choza o casa, en donde entramos. Al llegar hubo una especie de murmullo entre un grupo de hombres que causaron en mí

vivas inquietudes. Todos ellos tenían traza de facinerosos, y en efecto, lo eran. Más o menos asesinos, más o menos ladrones, pues pertenecían a la mala vida. Al verme me miraron con hostiles ojos, pero el doctor les dijo algunas palabras y ello calmó la agitación de aquella gente desconfiada. Había una especie de cantina, o de boliche, en que se amontonaban unas cuantas botellas de diferentes licores. Estaban bebiendo, según la costumbre popular, un "ponche" matador, en un vaso enorme que se denomina "potrillo" y que pasa de mano en mano y de boca en boca. Uno de los mal entrazados me invitó a beber; yo rehusé con asco instintivo, y se produjo un movimiento de protesta furiosa entre los asistentes.

—Beba pronto —me dijo por lo bajo el doctor Calleguillos— y déjese de historias.

Yo comprendí lo peligroso de la situación y me apresuré a probar aquel ponche infernal. Con esto satisface a los rotos. Luego llamaron al doctor y pasamos a un cuarto interior. En una cama, y rodeado de algunas mujeres, se encontraba un hombre herido. El doctor habló con él, le examinó y le dejó unas cuantas medicinas de su botiquín. Luego salimos, acompañados entonces de otros rotos que insistieron en custodiar-nos, porque, según decían, había sus peligros esa noche. Así, entre las tinieblas, apenas alumbrados por un farolito, entramos de nuevo a la ciudad. Era ya un poco tarde y el doctor me invitó a cenar.

—Iremos —dijo— a un lugar curioso, para que lo conozca.

En efecto, por calles extraviadas llegamos a no recuerdo ya qué casa, tocó mi amigo una puerta, que se entreabrió, y penetramos. En el interior había una especie de "restaurant", en donde cenaban personas de diversas cataduras. Ninguna de ellas con aspecto de gente pacífica y honesta. El doctor llamó al dueño del establecimiento y me presentó.

—Pasen adentro —nos dijo éste.

Seguimos más al fondo de la casa, no sin cruzar por un patio húmedo y lleno de hierba.

—Aquí hay enterrados muchos —me dijo en voz baja el médico.

En otro comedor se nos sirvió de cenar y yo oí voces que en un cuarto cerrado daban de cuando en cuando algunos individuos. Aquello era una timba del peor carácter. Casi de madrugada salimos de allí y la aventura me impresionó de modo que no la he olvidado. Así no podía menos de contarla esta vez.

Estas andanzas muestran a Darío alejado de las amistades aristocráticas que le acogieron en su llegada a Chile. En la compañía de Galleguillos Lorca y de su gente del hampa, ¡cuán lejos estamos del ambiente escogido de *La Epoca*, en que diez o doce pares del ingenio revelaban a Darío, momento a momento, lo mejor del espíritu chileno! ¿Podía el poeta, salvo por contraste, acordarse de la compañía de Pedro Balmaceda en aquellos cerros cuyo silencio nocturno era interrumpido por disparos lejanos?

Balmaceda le había presentado a su padre, Presidente de la República, a su madre y a sus hermanas; y en don José Manuel, el poeta encontraba la finura de modales, la exquisitez de lengua y de ademán que distinguen al hombre refinado del plebeyo. El Presidente le había, también, sugestionado con los giros de su palabra voluble; y con su ilustración tal vez periférica pero encantadora, le daba a entender que las artes y las letras no podían estar demasiado lejos de su espíritu de gobernante moderno. En el palacio de La Moneda, el joven nicaragüense había disfrutado todos los halagos de las grandes situaciones políticas que la democracia franquea a sus favoritos, esto es, a quienes saben perseguirla, halagarla

y cortejarla: cómodos muebles, té exquisito, licores finos de las mejores marcas, cigarros de excelente tabaco habano; y esta aura de esplendor casi monárquico que rodeaba a Balmaceda, se extendía fuera de los espesos muros del palacio. Dario recorrió los paseos de Santiago, acompañando a Pedro Balmaceda, repantigado en el muelle cojín de un coche de propiedad fiscal, que manejaban expertos lacayos pagados por el erario chileno. La transición entre este ambiente y otros fue suave y dulce. No había tantas exquisiteces en las casas de algunos de sus amigos, pero siempre quedaba algo de lo que eran los bienes mostrencos de la época: la buena mesa, con vinos importados de Francia y de España, el caviar ruso, la cerveza alemana y holandesa, las galletas importadas de Inglaterra... Para ir de una casa a otra se empleaban coches tirados por caballos de importación, cada uno de los cuales había costado algunas docenas de libras esterlinas. En los muros de las habitaciones divisaba el poeta decorados que provenían, aunque en copia, de los que caracterizaron en Francia los siglos XVII y XVIII, y en los muros colgaban cuadros que habían sido escogidos en los catálogos de grandes colecciones entregadas al martillo. En pieles, plumas, perfumes y joyas las damas santiaguinas gastaban sumas que bien podía considerar siderales cualquier mozalbete de poco más de veinte años, sobre todo si éste pertenecía a la ralea triste, siempre en derrota económica, inepta para amasar fortuna, a que se daba entonces el nombre genérico de poetas y hoy el más ambicioso de intelectuales. Al pasar por la calle Dieciocho de Septiembre, el chico Balmaceda había hablado a su amigo del palacio Cousiño, y ante la estupefacción del huésped le condujo a ver aquellos interiores en que pulidos parquets copiaban los reflejos de arañas de visos sorprendentes, mientras por las ventanas entreabiertas, de cristales biselados,

entraba en sordina el canto de los pájaros que en el jardín se perseguían disputándose las migajas de los festines. Y así otras casas, también decoradas, con mesas dignas de las bodas de Camacho, mucho brocado en los muros y lámparas de cristal.

Estas imágenes fueron palideciendo y adelgazándose en la memoria de Darío a medida que bajaba, peldaño a peldaño, en la figuración social que alcanzó a lograr en Santiago. Entre sus amigos periodistas había no pocos que eran miserables, para decirlo en una palabra, a pesar de que debían cubrir sus desnudeces y disimular sus hambres tras amplias y socarronas sonrisas. Y ellos también le llevaron a sus hogares, antes de que el doctor Galleguillos Lorca le sirviera de cicerone entre los atorrantes y los hampones del puerto. Diose cuenta allí de que no pocas zalemas obsequiosas nacen en medio del cieno, y de que no se necesita un olfato muy sutil para distinguir el perfume que de verdad puede caracterizarlas. Advirtió que había heroísmo en aquellos pobres galeotes que portaban encima la maldición de haber sido dotados por la Providencia no con los talentos que hacen ganar dinero, sino con ese otro algo bufonesco que permite entretener al prójimo, escribir gacetillas, redactar párrafos de elogio a Pedro, Juan y Diego, lucubrar hasta versos armoniosos y encantadores, talento que todos dicen envidiar, que lleva a las academias y encumbra a las posiciones más inesperadas, pero que no se puede trocar en escudos adecuados para comprar en la tienda y en el almacén lo que otros de menor talento abarrotan. Darío se había extasiado alguna noche oyendo a Sarah Bernhardt, en medio del lujo del teatro, y cuando llegaba la hora de dormir tenía que atravesar el zaguán del diario y, lejos de todas las linduras de oropel que adornaban los salones, irse a cobijar en un cuarto gélido. Y así todo...

Y él amaba el lujo, no la pobreza. Tras las comodidades y el placer había dejado su rinconcillo centroamericano, ilusionado con las palabras de Cañas, y en este nuevo mundo que le había permitido entrever sus encantos, o algunos de sus encantos más salientes, erraba ahora lleno de nostalgia, de frío, de inquietud, de neurosis y, acaso, de hambre.

Amo la belleza, gusto del desnudo —había escrito en Chile, precisamente—; de las ninfas de los bosques, blancas y gallardas; de Venus en su concha y de Diana, la virgen cazadora de carne divina, que va entre su tropa de galgos, con el arco en comba, a la pista de un ciervo o de un jabalí. Sí, soy pagano. Adorador de los viejos dioses, y ciudadano de los viejos tiempos. Yo me inclino ante Júpiter porque tiene el rayo y el águila; canto a Citerea porque está desnuda y protege el beso de dos bocas que se buscan; y amo a Pan porque, como yo, es aficionado a la música y a los sonoros ditirambos, junto a los riachuelos armoniosos, donde triscan las náyades, la cadera sobre la linfa, el busto al aire, todas sonrosadas al beso fecundo y ardiente del gran sol. En cuanto a las mujeres, las amo por sus ojos que ponen luz en el alma de los hombres; por sus líneas curvas, por sus fuertes aromas de violeta y por sus bocas que parecen rosas. Otros busquen las alcobas vedadas, los lechos prohibidos y adúlteros, los amores fáciles: yo me arrodillo ante una azucena sagrada, paradisíaca. ¡Oh, el amor de las torcaces! En la aurora alegre se saludan con un arrullo que se asemeja al prelude de una lira. Están en dos ramas distintas, y Céfiro lleva la música trémula de sus gargantas. Después, cuando el cenit llueve oro, se juntan las alas y los picos, y el nido es un tálamo bajo el cielo profundo y sublime, que envía a los alados amantes su tierna mirada azul. (*Carta del país azul, La Epoca*, 3 de febrero de 1888).

Era preciso partir. Eduardo de la Barra, profetizando esta vez, opinaba que se fuera a la República Argentina, para

lo cual las credenciales de corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires equivalían a una llave maestra que le abriría todas las puertas, y hablaba también de que su patria debía encargarle una misión diplomática. Sin tanto esplendor seguro, con dinero prestado a fondo perdido por sus amigos, Darío partiría.

Una hermana de madre de Eduardo Poirier, Rosa Cepeda, mereció en esos últimos días la dedicatoria de una serie de frágiles poemitas que Darío englobó en el título común de *Humoradas*, con recuerdo de Campoamor. La entonación es generalmente ligera, de humor festivo, conforme el nombre del grupo, pero en el estilo asoman algunos de los desplantes que después hicieron la fama de Darío. A este último rasgo corresponden los versos iniciales de la serie:

Amiga mía, creo
que si fuese el poder como el deseo,
este libro a su dueña llegaría
hecho un cesto de rosas virginales,
o un ánfora de miel y de ambrosía
o una concha de perlas orientales.

Los versos fueron escritos cuando Darío estaba seguro de su próximo viaje; por eso se diseña el autor a sí mismo al finalizar estas *Humoradas*:

Al cantor pasajero
no lo arrojes ausente en el olvido.
La flor recuerda al pájaro viajero
que un ritornelo moduló a su oído

Algunas veces la expresión es enigmática, pero posee luz para deslumbrar acerca de los orígenes de la novedad de estilo que Darío estaba acarreado a la poesía española; tal ocurre con estos versos encantadores:

Si la poesía es del amor idioma,
de una selva salvaje a los murmullos,
¿qué estrofas compondría una paloma
que rimara sus versos con arrullos?

En años siguientes, la destinataria de estos versos —dirigidos en parte a sus “ojos negros como abismos”— fue cayendo de la posición social encumbrada en que la había conocido su amigo nicaragüense, y en las últimas horas de su existencia la vimos comerciar en libros, en esfera muy humilde, haciendo uso de la relativa cultura que se le había brindado, de joven, en el hogar de su hermano. Y se encendían otra vez sus ojos de emoción al recordar a Rubén Darío y al jactarse, con legítima soberbia, de que él hubiese escrito en su honor aquellas estrofas que pocos conocían y que muchos ni siquiera creían efectivamente nacidas de la pluma del glorioso poeta...

De las informaciones que se han venido dando en páginas anteriores, queda a firme que Darío reunió el dinero necesario para el viaje por erogaciones de sus amigos, a la cabeza de los cuales deben contarse Eduardo de la Barra y Pedro Nolasco Préndez, y que éste, ligado por estrechos lazos de labor periodística a la familia Edwards, ha debido requerir la ayuda de algunos miembros de ella. Como se verá más adelante, Darío conservó entrañable impresión de la genero-

sidad de los Edwards, a quienes elogió a propósito de la prematura muerte de Arturo, ya señalado entre los contertulios de *La Epoca*.

Los diarios registraron la partida del poeta en diversos sueltos de crónica donde suelen deslizarse conceptos de crítica literaria y aún indicios de mayor peso. Veamos algunas de esas informaciones en su tenor textual.

La Libertad Electoral informaba el 9 de febrero lo siguiente:

DON RUBEN DARIO.—El laureado poeta centroamericano que tan celebrado ha sido por el novelista español Juan Valera, zarpa hoy de Valparaíso con destino a su patria. Le deseamos feliz viaje y nuevos triunfos en su brillante carrera literaria.

Sobre la partida misma, *La Libertad* decía también:

RUBEN DARIO.—En el vapor *Cachapoal* partió el sábado para Panamá el bizarro y brillante poeta centroamericano, para seguir de ahí viaje a Nicaragua, su patria. Darío iba triste. Tres años de residencia entre nosotros le habían ya acostumbrado a nuestra tierra, aunque el bardo errante no había aquí hallado la realidad de los ensueños que por acá lo trajeron. Que sea más feliz en sus nuevas peregrinaciones el querido amigo. Lleva el cargo de corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires y fundadas esperanzas de obtener en Nicaragua un puesto en alguna de las legaciones de su patria acreditadas en Europa. Algunos amigos lo acompañaron a bordo hasta que el vapor empezó a levar anclas. La víspera de su partida había sido objeto de una hermosa manifestación de parte de las sociedades obreras, que habían aprendido a apreciarlo y le manifestaron sincero cariño en los últimos días. (11 de febrero).

A propósito de esta última noticia, el propio diario santiaguino en esa misma edición contenía una información especial, que dice así:

Con motivo de la partida de Rubén Darío, los obreros de este puerto le obsequiaron anoche con un espléndido té en el salón de la Sociedad Filarmónica de Obreros. En medio del entusiasmo de los asistentes se brindó por el feliz arribo a su país del joven y ya ilustre poeta.

Pronunciaron elocuentes brindis el señor Galleguillos, don Manuel Serey y varios otros.

El poeta señor Guerra declamó unos hermosos versos, dedicados al amigo Darío. Este también, harto entusiasmado por el recibimiento tan sincero y espontáneo de los obreros, brindó largo rato correctamente en verso, siendo aplaudido estruendosamente por los amigos allí presentes.

Para terminar, diremos que la sencilla manifestación de los obreros hecha anoche al poeta nicaragüense, constituye un merecido galardón de gentes desinteresadas, entusiastas por las composiciones de nuestro amigo Darío, a quien deseamos feliz navegación y mejor arribo.

Y Darío, muy sensible al obsequio afectuoso que se le había tributado en aquellas horas melancólicas de la partida, cuando, en 1891 y viviendo en Costa Rica, tuvo noticias de las desastrosas consecuencias que había producido en Chile la primera emoción del triunfo de los revolucionarios sobre el gobierno, para defender a los obreros chilenos de la sombra que sobre ellos proyectaban las luctuosas informaciones sobre el saqueo en Santiago y en Valparaíso, recordó la simpática despedida en los siguientes términos:

El que estas líneas escribe no puede menos de guardar en su alma, con vanidosa gratitud, el recuerdo de los buenos y entusiastas trabajadores porteños. Una noche la Liga de Obreros de Valparaíso despedía al humilde poeta, al amigo perio-

dista que les había aplaudido y alabado en el diario. Local hermoso, música alegre, gente afectuosa y honrada, mesa digna de Lúculo. En la fiesta de despedida a que he aludido, yo tuve la satisfacción y agradecimiento patriótico de ver en los trofeos de las paredes, junto a la galante e inmerecida alusión, enlazada con la victoriosa bandera de Arturo Prat, nuestra azul y blanca bandera centroamericana. Hablaron los obreros sin pompa, pero con franqueza y sinceridad, y cuando nombraban a la democracia, lo hacían con voz alta y llena de fuego. Dignos, orgullosos y satisfechos de su labor estaban esos hombres de los talleres.

En Santiago *La Epoca* había ido cerrando sus columnas a Rubén Darío a medida que sus amigos desaparecían de la redacción principal, de modo que no extraña ver la forma desmedrada en que el diario registra el viaje de su antiguo colaborador. Sólo en la crónica de noticias de Valparaíso se rompe aquella clausura, y el 10 de febrero leemos:

Parte hoy a su patria en el *Cachapoal* Rubén Darío, el autor de *Azul*. . . , el poeta de las rimas irisadas y áureas, el cantor de las glorias de Chile. Ha pasado en nuestro país tres de los mejores años de su vida. Su labor literaria y artística ha sido fecunda y variada. El poeta de sentimiento y de inspiración ha sabido encontrar aquí temas y argumentos dignos de su estro, que ha revestido luego del ropaje galano y espléndido que sabe dar a todas sus producciones. Saludamos en su despedida al cantor viajero y pedimos para él a la Providencia un porvenir lleno de ventura, de honor y de merecida gloria. Parécenos, y es de desearse, que el gobierno de su país habrá de colocarle en un medio, lugar o posición en el extranjero, que puedan ser a propósito para que el hijo esclarecido siga honrando a su patria como lo ha hecho en Chile.

El día 11 de febrero de 1889 el diario santiaguino *La Tribuna* publicaba el siguiente suelto de crónica:

DON RUBEN DARIO.— Entre los pasajeros salidos el sábado 9 de Valparaíso en el vapor *Cachapoal*, va don Rubén Darío, el distinguido poeta nicaragüense, con destino al puerto de Panamá.

El señor Darío, a pesar de su extremada juventud, ha dado en Chile muestras de raro talento literario, y sus producciones en verso, a la vez que sus artículos en prosa, han sido leídos con interés, por el mérito que entrañan, y por la riqueza, lujo y novedad del estilo.

Los *Abrojos* son una delicada compilación de poesías cortas, incisivas, llenas de amargura y decepción. *Azul...* es un libro preciosísimo, que contiene cuentos en prosa escritos como pocos lo han hecho hasta ahora, y cinco o seis poesías de alto coturno. Ambos libros han sido escritos en Chile y han conquistado nombre y fama a su autor.

El señor Darío escribió un soberbio *Canto épico a las Glorias de Chile*, premiado justamente en un certamen literario, y aplaudido por todos los que lo han leído.

Innumerables poesías y artículos sueltos ha publicado en la prensa de Santiago y Valparaíso, de que fue constante y asiduo colaborador. Su nombre es ya popular entre nosotros, y estamos seguros de que en Chile no morirá su recuerdo.

Que nuestro amigo tenga un viaje feliz son nuestros deseos más sinceros.

Pasaron los días, y antes de terminarse el mes de febrero de aquella partida, en *La Libertad Electoral* de Santiago se publicaban los dos artículos escritos por Luis Orrego Luco para despedir al amigo y al compañero de letras. Son completos como el carácter que la vida misma había presentado al forastero, pero tras la burla, a veces implacable, asoma la comprensión humana, el cariño que calma las heridas. En ellos hemos escogido ya algunas expresiones para dar cuenta de lo que Darío pareció a sus amigos chilenos, y hallamos en fin

la síntesis que más nos interesa poner en relieve a los lectores de hoy.

Es un bohemio incorregible —decía Orrego Luco—. Acaba de embarcarse con dirección a Panamá, llevando solamente diez pesos en su cartera.

Adiós, amigo Rubén, usted ha sufrido y ha sollozado muchas veces en la tierra de Chile, despreciado por los unos, ofendido injustamente por los otros, pero no olvide que en ella se han extendido los horizontes de su alma. Desde aquí usted ha visto la tierra prometida: ojalá que a diferencia del poeta de la historia, le sea dado penetrar en ella.

Con estas expresiones parece rimar, a la distancia, la carta que en 1912 Darío dirigió al mismo Orrego Luco para darle a conocer su intención de volver a Chile. Habíase fundado entonces en París la famosa revista *Mundial Magazine*, de la cual Darío era director literario y proveedor de casi toda la colaboración periodística y artística, solicitada por él a sus amigos los escritores españoles y americanos, y en el viaje organizado por los hermanos Guido para abrir el mercado de las librerías americanas a su revista, entró de comparsa el poeta. Agasajado tal vez con exceso en Buenos Aires, por los muchos amigos que allí había hecho en su anterior residencia, de 1893 a 1898, Darío sufrió una crisis de salud que le hizo aconsejable no someter al viaje por la cordillera de los Andes, en pleno invierno, a su ya gastado corazón. La carta referida fue escrita entonces, antes de que el poeta decidiera el regreso a Europa sin pasar por Chile, y dice así en la parte que hace a nuestro objeto:

Mi afecto por Chile se ha conservado el mismo después de tan largos días, y han revivido siempre en mí aquellas pasadas horas... Bien sabido es que allí publiqué mi libro *Azul*..., es decir, el libro de ilusiones y ensueños que había, con

favor de Dios, de conmover a la juventud intelectual de dos continentes. Nunca podré olvidar que allí pasé algunas de las más dulces horas de mi vida, y también de las arduas, pues en Chile aprendí a macizar mi carácter y a vivir de mi inteligencia. Va esta carta, mi querido Lucho, como un saludo íntimo, pues el saludo nacional está escrito hace tiempo en mi Canto a las glorias de Chile.

Informados de todo, los amigos chilenos del poeta daban en el acto los pasos necesarios para hacer a éste una digna recepción y aseguraron la fecha para una conferencia. Orrego Luco, que respondió aquella carta, comunicó estas buenas noticias a Darío, a lo cual el poeta replicaba con el siguiente telegrama: "Agradecidísimo atención. Imposible viaje hasta semana entrante. Ruégote interpretes mis sentimientos de gratitud a todos los viejos y nuevos amigos. Título conferencia no puedo anunciar, posiblemente será *Mi primer viaje a Chile*.— RUBEN DARIO". Este despacho, de 7 de setiembre de 1912 y publicado en *El Mercurio* al día siguiente, era la última manifestación dirigida a los chilenos que le fue dado pronunciar a Darío en este viaje por América del Sur.

En algunos comentarios ha sido sugerida la especie de que la enfermedad que impidió a Rubén Darío pasar a Chile en 1912 fue más diplomática que fisiológica, y que estaría vinculada al mal concepto que Darío se había formado de los chilenos. Pero no hay nada de eso: la enfermedad por lo menos existió. En carta a Ghiraldo, de 7 de julio, fecha Montevideo, el poeta le dice que en Buenos Aires preparará la conferencia que va a leer en Santiago, y en otra sin fecha, pero ya de Buenos Aires, le previene:

Me he puesto seriamente enfermo: a menos que sea nervioso. No lo digas a nadie y vente en seguida, porque necesito de tu presencia ⁵.

⁵ Ghiraldo, *Archivo de Rubén Darío*, p. 362 - 3.

Capítulo XIV

RUBEN DARÍO Y CHILE

Antes de cumplir tres años en tierra chilena, el poeta lo-graba partir; y si no lo hizo en enero de 1888, cuando confesó su proyecto a Rodríguez Mendoza (ver Apéndice), ni en sep-tiembre, cuando Eduardo de la Barra pedía su ayuda a Ro-binet, ello debe atribuirse a que entonces no logró reunirse el dinero necesario. Algunos biógrafos creen que el poeta den-tro del mismo 1888 hizo viaje a Lima, que habría interrumpido su residencia en Chile. La leyenda de este viaje, que nunca existió, nace del error deslizado en el artículo de elogio de Ricardo Palma que se reproduce en diversas partes tomado de *Tradiciones peruanas*, edición de Montaner y Simón, Bar-celona, 1893. Sea ese error culpa del cajista, o de la imprenta, o, en fin, del autor del artículo, es el caso que allí se lee: "Fui desde el Callao hasta Lima por sólo conocerle, en febre-ro de 1888". (Obra cit., I, p. XIV). Pero este artículo acredita que el viaje a Lima no pudo hacerse en 1888 sino en 1889 y, según parece, cuando Darío, al regreso de Chile, volvía a Centroamérica, pues allí leemos: "¡Lima! Ya lo he dicho en otra parte: si Santiago es la fuerza, Lima es la gracia". Y esta expresión rememorada por Darío se halla en el prólogo de los

Asonantes de Tondreau, que se publicó por primera vez en Chile en la *Revista de Artes y Letras* en un número de 1889, como escrito por el poeta ya de regreso en la América Central. El propio Darío zanja por lo demás la duda en su estudio *La República del Perú*, publicado en *Mundial Magazine*, su revista parisiense (1912), al escribir:

Hace ya largos años tuve la suerte de pasar algunas horas en Lima. ¡Lima! La ciudad tradicional de la riqueza, de la gentileza y del encanto femenino, la ciudad de Santa Rosa y de don Ricardo Palma. Y volvía yo de Chile para Centro América. El vapor tenía que permanecer algunas horas en el Callao, y yo aproveché ese tiempo para hacer mi corta visita a ese precioso relicario de la galantería y esplendor coloniales.

Este viaje, por lo demás, había sido anunciado por Darío desde Chile al viejo bibliotecario peruano. La publicación del *Epistolario* de Palma (Lima, t. I, p. 103) permite ahora precisar estos pormenores, por muchos años ignorados. A raíz de la salida de los *Abrojos*, Darío envió un ejemplar de su obra a Lima para la biblioteca de Palma, con una carta anexa donde se lee: "Por este correo que le llevará a Ud. estas letras, va asimismo el ejemplar de *Abrojos* para la Biblioteca" (obra cit., p. 103). La carta es de fecha Valparaíso, agosto 31 de 1887, y en ella sigue el poeta hablando de los envíos de libros que de diversos países de América se hacían a Ricardo Palma, y del encargo que a Darío dio el Presidente Cárdenas para que le enviara algunos de Nicaragua.

El propio *Epistolario* nos permite saber, además, que Darío avisó desde Valparaíso su viaje a Palma, pues le dice: "Tendré ocasión de saludarlo por telégrafo, a mi paso por el Callao", pero esta intención, manifestada el 31 de agosto de 1887, como ya se dijo, hubo de cambiar de entonces hasta que

Darío hizo efectivamente viaje al Norte. Cuando en febrero de 1889 pasaba el barco por el Callao, Darío no se limitó a saludar a Palma por el telégrafo sino que fue a Lima para saludarlo en persona. La entrevista de los dos escritores, cual la narró Darío, es una página preciosa, que no reproducimos sólo por no alargar en exceso estas páginas.

En suma, mientras no se pruebe cosa mejor, habrá que insistir en que Rubén Darío no estuvo en Lima en 1888 sino al año siguiente, y su estada en Chile no fue interrumpida por ningún viaje al extranjero desde 1886 hasta 1889.

No es verdad que entonces partiera de Chile lleno de resentimiento contra sus hombres. Para despedirse de Chile, el propio día de su partida, el poeta escribió un artículo de elogio a Poirier, el buen amigo de las primeras horas chilenas y también el consejero y camarada de las últimas, y allí define lo que fue su estada en este país.

... No quiero dejar las playas de Chile, de este Chile noble que me dio albergue generoso durante tres de los mejores años de mi vida, que me alentó en mis trabajos literarios, que me discernió premios y honores; no quiero partir, digo, sin dejar estampado, junto con mi farewell a Chile y a mis amigos, que son tantos y tan queridos, la palabra de justicia, de cariño y de admiración al amigo entre todos ellos, al amigo que me recibió como un hermano al pisar estas playas, que como un hermano también gozó con mis goces, sufrió con mis dolores, me alentó en mis triunfos y me consoló en mis horas amargas; al amigo que hoy también, hoy que parto pesaroso y triste de este gran país, me ha de conducir a bordo y ha de ser el último que me estreche entre sus brazos fraternales y cariñosos.

En Poirier elogiaba Darío sobre todo al traductor, por las versiones de diversas obras que le había publicado hasta entonces *El Mercurio*.

... No hay garrida lectora de Valparaíso —escribía— que no quiera a Poirier, cuya pluma de traductor, a las veces, no sólo vierte con facilidad el pensamiento del autor, sino que, como lo ha dicho una distinguida amiga mía, “idealiza los tipos originales y les da más vida, colorido y vigor que el que los mismos autores les infundieron”. De esa galería de lindas novelas son *Días oscuros*, *El secreto de Lady Damer*, *Recobrada* y tantas otras que han visto la luz en *El Mercurio*. Ha hecho una edición especial de *Recobrada*, cuya traducción consideramos superior a la que después publicó el galano y brillante José Martí.

Y en docenas de líneas que siguen ensaya la biografía del comprensivo y diligente Poirier, que le ha dado ejemplo de trabajo tesonero y abnegado; hasta que llega el momento de hacer alto en aquella grata faena: “Y aquí debo poner punto final a pesar mío. El *Cachapoal* me aguarda, listo para hacerse a la mar. Y ya que parto, y ya que esta tarde es triste para mí, triste en su opacidad dorada y melancólica y triste para quien dice adiós al soberbio país de Chile, reciban del poeta que les deja, un apretón de manos cada mano amiga, un pensamiento cada compañero en las tareas de las letras, una despedida del corazón cada chileno que fue conmigo de buena voluntad y de buena alma”.

A poco de llegar Rubén Darío a Centroamérica, cuatro sucesos chilenos ocuparon su atención.

El primero fue la muerte de Arturo M. Edwards, hermano del propietario de *La Epoca*, ocurrida en Bolivia el 22 de

mayo de 1889. Y aunque el poeta había conocido muy ligeramente a este joven, los más gratos recuerdos de Chile se aglomeraron en su espíritu al conocer aquella noticia.

Existe en Chile —escribió entonces— una familia honorabilísima y opulenta, que sostiene hospicios, que enjuga lágrimas, que ampara desgraciados, y que por donde quiera tiene corazones que confortar, vejez que sostener y bocas que alimentar de las cuales recoge cosechas de bendiciones. Esa familia es la familia Edwards, la que según la noticia del último vapor sufre hoy un pesar intenso.

Arturo M. Edwards, uno de los principales miembros de ella, ha muerto en Bolivia, a donde fuera en busca de alivio a su salud quebrantada.

Durante mi permanencia en aquel país no conocí sino muy ligeramente al lamentado joven que hoy duerme ya el sueño del misterioso sepulcro; pero conocí sus obras; más de una vez se me refirieron acciones suyas dignas de un alma nobilísima y de un corazón de oro.

Arturo M. Edwards, aunque entregado a sus negocios y a servir al país en su puesto de diputado al Congreso, no desdenaba y más bien sentía afición por los trabajos de la inteligencia. Recuerdo que no hace mucho tiempo salió de las prensas de *La Epoca* una novela de André Theuriet, traducida por un escritor anónimo cuyo verdadero nombre no sabrán quizá muchos santiaguinos. El escritor anónimo era Arturo M. Edwards.

Este artículo, escrito en San Salvador en julio de 1889, fue reproducido por *La Epoca* de Santiago (22 de agosto), pero llegó demasiado tarde para que se pudiera incluir en la corona fúnebre que en honor a Edwards colectó Pedro Nolasco Préndez.

En seguida dióse el poeta la gratísima tarea de cumplir el compromiso que había contraído con Narciso Tondreau

para escribir el prólogo del libro *Asonantes*, que el escritor chileno tenía listo cuando Darío abandonó las costas chilenas, y anunciado para publicación muy próxima. En esta oportunidad, el poeta quiso evocar la totalidad de su existencia en Chile, a grandes pinceladas, en un cuadro abigarrado y pintoresco, donde hay juicios sobre hombres, impresiones del país y de la ciudad de Santiago, y recuerdos de toda laya, estampados con la frescura de lo que se acaba de vivir. Dice allí que en 1886, al llegar a Chile, "uno de sus mayores deseos era conocer a sus famosos hombres de letras". Recuerda en seguida a algunos, y no olvida por cierto a Eduardo de la Barra, ni a Carlos Toribio Robinet, ni a José Victorino Lastarria, ni a Miguel Luis Amunátegui, ni a Adolfo Valderrama. Luego habla de la redacción de *La Epoca*, en la cual se aglomeraban los jóvenes escritores, entre quienes el poeta iba a encontrar a sus mejores amigos. De Tondreau, como es justo, hace un elogio especial, con detalles de crítica literaria, y le juzga tanto al través de *Penumbras*, sobre las cuales ya había escrito un artículo, como por los versos del nuevo libro, al que esas páginas iban a servir de prólogo. Es cierto que dice, de paso, que "por aquel tiempo la vida literaria en Santiago estaba en una especie de estagnación poco consoladora", pero el tono general del artículo respira admiración por Chile, en el que loa la pujanza racial, el entusiasmo y la agitación del vivir, y todo aquello, en fin, que distinguía entonces a Chile junto a algunos de los demás países de América, atrasados por una política poco eficaz, a veces caótica. Y al despedirse de Tondreau, cerraba aquella linda galería de evocaciones, a la cual tanta gallarda e irremplazable expresión hemos pedido prestada, con este saludo:

Réstame sólo enviarte, ¡oh poeta!, mi recuerdo a través de la distancia, desde este ardiente trópico que acelera el rit-

mo de nuestra sangre y enciende corazones y cerebros; y por tu medio a Chile, segunda patria mía, mis deseos de que cada vez se engrandezca más y más, gloriosa y triunfante, para orgullo de nuestra América; y así pueda brillar la estrella de su bandera, siempre anunciando el nacimiento de una eterna aurora, la creciente apoteosis de un sagrado e incomparable porvenir. (*Obras desconocidas*, p. 295).

El tercer suceso que, a poco andar, ocupó a Rubén Darío fue el inesperado fallecimiento de su entrañable amigo Pedro Balmaceda Toro, el compañero más querido en el arte, el más fino y sutil de los alentadores que encontró en esta tierra. Y entonces, con palabras que revelan el verdadero tormento de su alma, redactó un libro entero, *A. de Gilbert*, para evocar la memoria de ese adolescente que al distinguirlo entre todos no tuvo para con él reserva alguna. ¿Qué expresión escoger para mostrar el concepto que Darío se había formado de Chile? No, no es posible escoger.

El Presidente Balmaceda, que a la muerte de su hijo ordenó reunir sus escritos dispersos en un libro, le hizo enviar un ejemplar de esa obra, y Darío le respondió con esta carta en la cual le anuncia la próxima publicación de *A. de Gilbert*, "obra del corazón".

Al Excmo. Sr. D. José Manuel Balmaceda, Presidente de la República de Chile: Palacio de La Moneda, Santiago.

Señor:

Acaba de llegar a mis manos el libro de su malogrado hijo, que debo a la bondad de usted.

Cosa inapreciable es para mí, por ser obra de aquella alma brillante que tanto amé, y por venir del padre de uno de mis mejores, fraternales amigos.

Usted sabe cómo se unieron nuestros espíritus por el afecto y por el arte, cómo íbamos juntos en la labor del diario, cómo aspirábamos a lograr juntos la gloria.

Al saber la terrible noticia de la muerte de Pedro, he sufrido mucho. Me hallaba en el campo, y lleno de duelo, en mi retiro, escribí a su memoria un libro, que se está acabando de imprimir en la Imprenta Nacional de San Salvador.

¡Con Pedro ha perdido el mundo literario un gran artista y la humanidad un corazón dulce y bueno, hoy que son tan raros!

Comprendo el profundo dolor de su herida alma paternal. Mas debe tener usted el consuelo de que Pedro vivió la vida de la luz y se apagó como una estrella.

Su lírico espíritu soñador, que flotó siempre en la aurora, se sentirá feliz en tanto que cerca de la tumba que guarda el cuerpo que animara haya flores y cantos de pájaros, y su recuerdo viva en el corazón de los suyos.

Para mí, el querido compañero no ha muerto... Yo no quiero imaginarme aquella amable cabeza expresiva, pálida sobre la almohada del lecho mortuario. Yo alimentaré mi engaño hasta que —si Dios vuelve a guiar mis pasos a ese gran país de Chile— pueda ver en la casa el gabinete vacío, el asiento en la mesa, solitario, y yo sin aquel que me diera aliento, aplauso, apoyo, consuelo, amor.

Pronto recibirá usted el libro que le anuncio, y que es una obra del corazón.

Entre tanto, soy como siempre su agradecido y afectísimo amigo,

Rubén Darío.

San Salvador, diciembre 11 de 1889

Finalmente, llegaron a Darío las noticias de la Revolución de 1891, que, a la distancia, siguió en todas sus peripecias con legítima ansiedad, pues no podía negarse a la certidumbre de que todos los jóvenes ilustrados a quienes conoció en Chile

ocuparían puestos en la lucha y llegarían hasta arrostrar la muerte en la defensa de la causa de su partido. Cuando estuvo en *El Heraldo* de Valparaíso y cuando colaboró en *La Libertad Electoral* de Santiago, pudo comprender cuál era el tono de la oposición que ya entonces motivaba el Presidente Balmaceda, y tal vez adivinó que ese estado de ánimo no tendría otra salida que la revolución, en el momento mismo en que el jefe del estado se atreviera a llevar adelante su intransigente concepto de las prerrogativas constitucionales.

Vamos a ver cómo se expresa Rubén Darío de Chile a medida que recibe noticias de los graves sucesos desencadenados por la Revolución. La plebe, que siempre quiere aprovechar en beneficio directo de sus apetitos las alternativas de la política, se precipita al saqueo una vez que la defensa del gobierno ha caído destrozada en los campos de Concón y Placilla. Darío escribe entonces *La obra del populacho*, artículo que refleja las emociones de su alma.

Lo de Chile causa una dolorosa impresión. Porque mientras ese pueblo modelo se alistaba y trabajaba para las próximas elecciones, mientras se daba al mundo el espectáculo duro, pero fructífero, de un antagonismo viril y de grandes trascendencias entre el Gobierno y el Congreso, ha brotado allá en lo de abajo, en medio de la inconstante y ruda muchedumbre, una onda de perversidad que ha impulsado al crimen y al pillaje.

Y después elogia calurosamente a Chile, destacando todos sus progresos, y en particular califica a Valparaíso de "inmensa colmena que hace sus labores a la orilla del mar".

A Balmaceda, como ya se ha visto, le había conocido por su hijo, el menudo y triste A. de Gilbert; poco después le llega la noticia de que se ha quitado la vida en su refugio de

la legación argentina, y entonces redacta un artículo, *Balmaceda, el Presidente suicida*, que refuerza las expresiones de cariño de que está henchido aquel libro. En ese trabajo cordial pasa revista somera a hechos e ideas en cuyo contacto había estado poco tiempo antes: la pugna entre el Congreso y el Poder Ejecutivo, los menudos episodios de la guerra civil, fecundados por el odio recíproco de los combatientes, y después de hablar, a propósito del suicidio, de Nerón, "el César neurótico", escribe: "Y mientras se entierra su cadáver —y con él, ¡ay!, tal vez el de la democracia chilena—, espera América toda el momento en que, por necesidad fatal, aparezca, tras los antagonismos y los recelos, la espada en el solio, el militarismo, la tiranía, en el noble y bello país que fue modelo y gala de las naciones hispanoamericanas".

Recogiendo impresiones de esos mismos días, Máximo Soto Hall escribe en sus *Revelaciones íntimas* (p. 74): "Mientras comíamos, Castro habló de París y Darío de Chile. Frescos y gratos estaban en su memoria los recuerdos de aquella tierra, y en su charla supimos quién era el héroe de su *Sátiro sordo* y cómo concibió en la Avenida de las Delicias la *Canción del oro*". Sin exagerar, pues, podría decirse que la memoria de Darío de sus años de vida en Chile le había llevado a formar concepto elevado de la nación y de sus hombres representativos. En el mismo libro se reproduce el artículo *Este era un Rey de Bohemia*, en el cual Darío se rebelaba contra la vida desordenada del escritor y de paso decía: "En Chile no se escribe ni una gacetilla con las manos puercas" (p. 175). Por su parte, Soto Hall, comenta: "No olvidaba nunca que salió de su país sin otro bagaje que su lira al hombro y sus ensueños en el alma y que se encontró, en extraños lares, con una sociedad noble que le abrió sus puertas. Amaba, y hacía bien en ello, la hospitalidad chilena, que participa de la tienda

protectora del árabe y de la sencilla amabilidad del home inglés" (p. 235). Expresiones aquéllas que convienen no poco a lo que el propio poeta nicaragüense dejó dicho en *Historia de mis libros* (1912):

A pesar de no haber producido hasta entonces Chile principalmente sino hombres de Estado y de jurisprudencia, gramáticos, historiadores, periodistas y, cuando más, rimadores tradicionales y académicos de discreta descendencia peninsular, yo encontré nuevo aire para mis ansiosos vuelos y una juventud llena de deseos de belleza y de nobles entusiasmos.

¿Será necesario seguir citando frases escritas al azar de los días y de los acontecimientos para probar, una vez más, que Darío no era enemigo de Chile, ni siquiera detractor de sus escritores, en los años inmediatamente siguientes a su partida de esta tierra? Parece que basta lo transcrito para que el lector discreto formule su juicio.

El primer viaje que hizo a Europa Rubén Darío le llevó desde América hasta las gradas del trono de España, donde mantuvo la representación de Nicaragua, su patria, en las fiestas del centenario del descubrimiento de América. Llegaba a Madrid graduado ya como poeta, y las cartas de Valera sobre *Azul*..., escritas cuando el autor de este libro se hallaba en Chile, le habían granjeado en España una reputación que pocos jóvenes a sus años podían compartir. Allí, en 1892, le encontró uno de sus antiguos amigos chilenos, Luis Orrego Luco, con cuyo buido ingenio había emprendido trato en la sala de redacción de *La Epoca*. Los dos amigos se abrazaron, hicieron memoria de los días pasados, y olvidando tal vez

agravios de antes renovaron su amistad. Orrego le recordaba, años después, cuando ya Darío había fallecido, en el nuevo ambiente madrileño por el cual discurría el poeta aupado a diplomático.

Algunos años más tarde, cuando Rubén Darío se alejó de nuestra patria, sometido a los oleajes y contingencias de la vida, volví a encontrarle en España —escribía Orrego Luco—. Era ya otro hombre. Su indumentaria elegante, su aire vivo, la mayor posesión de sí mismo hacían ver el desarrollo de su personalidad por nuevos rumbos. Ya no era el bohemio de nuestro tiempo que se embriagaba con ajeno para olvidar sus penas en el *nepentes*, como él decía. Era hombre que confiaba en sí, seguro de su personalidad artística, fuerte en el aplauso de los jóvenes. La sociedad española le abrió los brazos. Le vi en casa de la condesa de Pardo Bazán y donde don Juan Valera leyendo versos a la encantadora hija del gran crítico y contestando las bromas de las espirituales hijas del duque de Rivas, las jóvenes Saavedra; le vi en casa de Menéndez Pelayo, perdido en aquellas montañas de libros que trepaban hasta el techo en el Hotel de las Cuatro Naciones. También nos encontramos en la Huerta, como llamaban la hermosa quinta palacio en donde vivía don Antonio Cánovas del Castillo, entonces Presidente del Consejo de Ministros y jefe del Partido Conservador español, que a sus muchos y grandes merecimientos de crítico y de sabio unía sus admirables dotes de orador parlamentario, y su acción de restaurador de la monarquía derrota en la revolución de 1868.

Cánovas daba una gran comida a los diplomáticos del centenario. Y vi a Rubén Darío, en otro tiempo desdeñado de muchos, perseguido por necios que jamás alcanzaron a comprenderlo, vi a Darío sentado junto a Cánovas del Castillo, sin atención a las fórmulas del ceremonial, antes que los embajadores y los duques y grandes de España, en su calidad de príncipe de las letras americanas. Era la hora de su triunfo que

llegaba para él. Luego, fuimos al conservatorio o *serre*, en donde el gran político tenía hermosísimos helechos y varios papagayos, blancos los unos, como los de Australia, pintados los de los trópicos. Cánovas, acompañado de Darío, les arrojaba la punta de un pañuelo para jugar con ellos y el poeta les daba bizcochos. (*Pacífico Magazine*, enero de 1921, p. 80).

En 1895, estando en Buenos Aires, Darío escribió a su amigo chileno Emilio Rodríguez Mendoza una carta en la cual hay un juicio severo sobre Chile:

... En lo desagradable de mi memoria chilena —se lee allí— la figura de Manuel (Rodríguez Mendoza) y algunos dos más, son las únicas que miro con tintes claros y dignos de mi afectuosa recordación. Por lo demás, a veces me figuro que he tenido un mal sueño al pensar en mi permanencia en ese hermoso país. Eso sí que a Chile le agradezco una inmensa cosa: la iniciación en la lucha de la vida ¹.

En París encontró Darío, en los primeros años del siglo, precisamente en 1906, a un escritor chileno, Francisco Contreras (1877 - 1933), que se le presentó como discípulo ferviente del Modernismo, por el cual en su tierra nativa había librado batallas enconadas. Fueron muy amigos. Las revelaciones que el propio Darío hizo en sus charlas sirvieron a Contreras para que, andando el tiempo, escribiera un libro biográfico destinado a examinar la carrera del poeta nicaragüense. Contreras hubo de plantearle no pocas veces temas de la vida chilena, cual se colige en el siguiente fragmento de un artículo sobre *Parisiense* que vio la luz en la revista santiaguina *Zig-Zag* (16 de febrero de 1908):

¹ Puede leerse esta carta, en su texto íntegro, en el Apéndice de este libro.

Recordamos que en Chile se cree que Darío no ve con buenos ojos a nuestro país y a nuestros escritores; se piensa que su elogio, generoso para otros países de América, para nosotros es escaso cuando no nulo. Nada más falso, pues él ha publicado un libro entero sobre un escritor chileno: A. de Gilbert. Diversas ocasiones ha hablado con simpatía de nuestros artistas: dígalos Correa. En *Parisiense*, que tenemos a mano, encontramos hermosas páginas sobre dos de nuestros pintores: Valenzuela Llanos y Plaza Ferrand. Y he aquí que al hablar nosotros personalmente con él, nos charla de Chile (así quien evoca buenos recuerdos) amable, sonriente, melancólico...

El escritor chileno le dio a conocer sus originales, y algunos de ellos encontraron acogida en *Mundial Magazine*, la bella y espléndida revista que auspició Darío con su glorioso nombre. De otra parte, Darío prologó una novela rimada de Contreras, *La piedad sentimental*, publicada también en París, 1911; y en ese prólogo, titulado *Prefacio*, leemos:

Desde *La Araucana* hasta nuestros días puede decirse que Chile no ha producido poesía. La ha hecho con luchas épicas y con mujeres divinas. En ese intermedio ha habido una gran floración retórica y utilitaria, a la que, por fin, ha sucedido un bello despertamiento de líricas savias. Ahí está lo hecho por la nueva generación, que se enorgullece con la producción del malogrado Pedro Antonio González y que cuenta con líricos como Dublé Urrutia, Bórquez Solar, Valledor Sánchez, Magallanes Moure, Miguel Luis Rocuant. Entre ellos se destaca Francisco Contreras.

Contreras, que por más de un aspecto es "parisiense", me ha hecho revivir mis días pasados en Santiago de Chile. Las montañas cercanas espolvoreadas de nieve; la Alameda, el cerro Santa Lucía, la Quinta Normal; los barrios bajos; esa triste poesía urbana que se esfuma en el ruido y tráfigo munici-

pales, y tantas cosas que hoy existen en mi recuerdo, con una vaga saudade y tal vez amarga tristeza: todo esto ha aparecido ante mis ojos después de la lectura de *Romances de hoy*.

La novedad de estos párrafos consiste en que Darío ha venido olvidando con el paso de los años a sus camaradas de Santiago y de Valparaíso, pues ahora opina sobre los escritores de las más nuevas generaciones, a quienes confía la tarea de abrir nuevos horizontes en el arte chileno, o, como él dice, de provocar el "despertamiento de líricas savias". Y si se atiende a que desde su altura de heraldo del Modernismo, bien podía mirar en menos la gesta literaria de no pocos países americanos, se entenderá que las reservas sobre la pobreza de la creación poética en Chile forman parte de una doctrina de lucha en la cual, como siempre ocurre, para exaltar lo presente es ineludible olvidar lo pretérito.

No estará de más recoger también lo que el poeta dijo a su amigo chileno Alberto del Solar (1860-1921), residente en Buenos Aires pero a quien había conocido en Chile, cuando se le solicitó prologar su obra *El Mar en la leyenda y en el arte*. "Estas líneas van para Chile —escribía Darío—; por tanto mi saludo al noble y fuerte país en donde he vivido bellos años de juventud". Y antes de elogiar al autor, ensaya su pluma en el recuerdo del mar, al cual, en calidad de monstruo, declaraba haber sentido en la costa chilena, cuando sus vagares le llevaron por las caletas vecinas a Valparaíso y por los cerros en que está edificada la ciudad, en interminables errancias que eran otros tantos actos de comunión con el paisaje marino de dilatado horizonte. El prólogo respira además gratitud y admiración por el escritor chileno, y después de pasar revista a otras obras del mismo autor, sobre la que prologa dice: "Leedla y sentiréis llenarse vuestros pulmones de un aire impregnado de yodos y alquitranes; veréis pasar en

rápido desfile, en la leyenda y en el arte, una sucesión de visiones marinas que os encantarán". Este prólogo aparece firmado en setiembre de 1897 y en Buenos Aires.

A sentimientos de melancólica nostalgia sobre sus días de Chile dio también el poeta la vestidura del verso, por lo menos en dos poemas que es interesante repasar. Uno de ellos, de fecha incierta, aparece con la expresión trabada, difícil, lo cual no es por desgracia raro en los años de París; pero como es una rememoración global del tiempo vivido en Chile, en cuatro toques de luz y sombra, siempre encantadores, conviene conocerlo íntegramente.

Dama

A una chilena.

¡Cómo son las cosas de cariño
y de visión y de ilusión,
recordar el parque Cousiño
como una divina visión;

recordar las frondas espesas,
la opulencia de los carruajes,
y aquellas damas con sus trajes,
que eran a mí todas marquesas!

¡Y no haberte visto, señora,
encarnación de poesía!
¡Saludarte en nombre del Día
y besarte en nombre de la Aurora!

¡Brindarte, por el sol y el agua
y por el granito y el trueno,
una chispa de sol chileno
en un verso de Nicaragua!

Tú eres la luz y eres el templo
cuando, con tu manto chileno,
sabes hacer al hijo bueno
y brindas belleza y ejemplo.

Perla pura entre perlas buenas,
dulce belleza hecha de bien;
tu beldad nos viene de Atenas,
tu bondad de Jerusalén.

En ti veo paloma y honda,
todo misterio y poesía,
la sonrisa de la Yoconda
hecha por la Virgen María.

Si hay alguien que te llama bella
buscando de adulate, dile:
"¡Yo soy la más hermosa estrella
sobre la bandera de Chile!"

Más correcta es, desde el punto de vista literario, la evocación que hace de una chilena en la agradable balada *La sencillez de las perfectas rosas*, donde comienza diciendo:

Esta visión de sonrosado encanto,
floral ternura de mil gracias llena,
¿la he visto yo cubierta con el manto
que Dios conoce, en la mujer chilena?

Y después de haber apurado las preguntas acerca del sitio en que pudo el poeta dar con tales encantos encarnados bajo piel femenina, de Carmen de Santiago Concha encomiaba "la sencillez de las perfectas rosas", en un poema gracioso, lleno de sutiles esplendores de erudición y con música sugestiva y persistente, la música de la balada, esta vez más perfecta que otras.

Muchas otras pequeñas huellas quedan de aquellos contactos. El chileno culto que pasaba por la capital de Francia en esos años, buscaba a Darío, sea para darle recados de un amigo común, sea sólo por la curiosidad de ver de cerca al más aplaudido y discutido de los poetas de lengua española de su tiempo. Un artista, Juan Francisco González, que le había tratado en Valparaíso, contaba así sus impresiones de ese puerto y de París a Federico Gana, que las conservó en una entrevista:

Allí tuve la fortuna de conocer a Rubén Darío, hoy tan famoso. Recuerdo que le pinté una cabeza, de la que quedó satisfecho. Rubén era triste, casi nunca hablaba; parecía estar siempre sumergido en un ensueño. Muchos años después, durante mi último viaje en 1906, fui a verle, en París, al barrio de Val de Grace, en el boulevard de Saint Michel. Estaba envejecido, concluido y más triste que nunca; refirióme sus penas más íntimas y me inspiró honda compasión. Por otra parte, su situación financiera era buena:

—Ahí tengo diez mil francos que me acaban de llegar de *La Nación*, de la que soy corresponsal; no carezco de nada en materia de comodidades; pero el entusiasmo de la vida se acabó para siempre— terminó.

En esa visita refirióme que aquella cabeza que yo le pintara en Valparaíso, alguien se la había sustraído. Convinimos en que al día siguiente nos juntáramos en casa para pintarle otro retrato, pero a la hora convenida no fue a la cita, y como yo tenía que irme a Italia al día siguiente, no le vi más. ¡Pobre poeta! ¡Pobre Rubén! (*Gana, Obras completas*, p. 263).

Darío, además, se daba maña para mencionar a los chilenos cuando debía hablar de exposiciones de arte. En *La caravana pasa*, por ejemplo, las menciones son muy interesantes por estar referidas al salón parisiense donde artistas chilenos lograban colocación:

Otro cuadro de nieve, de superior mérito, es el que ofrece el pintor chileno Rafael Correa. Ya me he ocupado en otra ocasión de este artista, cuyo vigoroso talento es tan apreciado por Jean Paul Laurens. El señor Correa, que ama el campo, es un notable animalista, y un observador sagaz y potente de la vida natural.

Otro chileno, el señor Eduardo Harris, firma una tela de significación y que muestra sus cualidades de dibujante y colorista: *Sin dote*. La América española en escultura tiene dos representantes: Simón González, chileno, que exhibe dos bien logrados medallones... (obra cit., p. 275-6).

De los muchos escritores chilenos a quienes pudo tratar Darío en aquellos años, consta en fin que renovó la amistad santiaguina que le había ligado con Jorge Huneeus Gana desde las tertulias de *La Epoca* y la casa de Rodríguez Mendoza. Después de estar algunos años en Europa en el servicio diplomático, Huneeus regresaba a Chile a fines de 1915, y en una entrevista que publicó la revista *Sucesos* mediaron entre él y el periodista, que era Víctor Silva Yoacham, las siguientes palabras:

—¿Hace buenos recuerdos de Chile Rubén Darío? Se dijo que en su último viaje por América, no visitó a Chile por escasez de simpatías...

—He oído decir eso mismo; pero nada hay más falso. Darío nos recuerda con cariño y no puede ser de otra manera. Aquí, cuando aún no era el Darío que hoy conocemos, se le recibió con los brazos abiertos. Puede decirse que fue en Chile donde formó su carrera literaria. En la biblioteca de Pedro Balmaceda conoció Darío la literatura francesa, que ignoraba por completo cuando llegó. Lo que hay de verdad es que los médicos de Buenos Aires le prohibieron atravesar la cordillera por su enfermedad al corazón.

Y el mismo escritor señalaba, en el curso de su entrevista, que una antigua novela suya, titulada *Tarde*, guardada no pocos años, la había adquirido Darío para *Mundial Magazine*, y después de pagarla con esplendidez no común, la había publicado en las páginas de su revista...

Ha debido producirse entonces, en el espíritu del poeta, una especie de quebradura moral cuya huella más perceptible es la carta a Emilio Rodríguez Mendoza aducida más arriba, soberanamente despectiva para el mismo Chile elogiado antes y para los propios chilenos a quienes diputaba amigos del corazón. Y si no se admite esta circunstancia, habrá que confesar que Rubén Darío era un hipócrita, porque, pensando mal de Chile, empleaba términos elogiosos cuando escribía para la prensa y reservaba para la carta íntima (a la cual, por lo demás, impuso la nota de confidencial) la verdad antes disfrazada. Pero la sospecha es injusta y carece de asidero: Rubén Darío no era hipócrita, y más bien habría pecado por imprudente que por solapado. Los seis años corridos de 1889 a 1895, ricos en viajes, en aventuras, en obras, en nuevas amistades, en lances de amor, con mucho caviar, *champagne*, flores y perfumes, son suficientes para que el autor de *Prosas profanas*, festejado en Madrid y en Buenos Aires y disputado en salones, ateneos y clubes, sintiera de pronto que su vida chilena había sido escasa, pobre y hasta, si se quiere, vergonzante. Para condenar a Chile le es preciso olvidar que él mismo se había mostrado entre nosotros bastante atrevido por sus costumbres nocherniegas, su inclinación a los éxtasis alcohólicos y la irregularidad de sus hábitos, y que al favor de los poderosos que habían acudido a distinguirlo, respondió en forma esquivia y torpe. Y el poeta —hombre al cabo—, necesitando olvidar, olvidó.

APENDICE

I

Valparaíso, julio 6 de 1886.

Señora Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackenna.

Santa Rosa de Colmo.

Muy distinguida señora:

Junto con la apreciable tarjeta de usted he tenido el honor de recibir el ejemplar de la *Corona Fúnebre* que tuvo la amabilidad de enviarme por medio del señor Cónsul del Uruguay, don Juan Francisco Sánchez.

Altamente agradecido por tan valioso obsequio, doy a usted las más expresivas gracias.

He hojeado todo el volumen, y he tenido la pena de lamentar la precisión con que se ha dado a luz, pues por ella probablemente o por no haber llegado a manos de los compiladores las numerosas necrologías que con motivo de la muerte del ilustre Vicuña Mackenna publicaron muchos órganos de la prensa de Colombia y Centroamérica, éstas no se registran en el libro.

Ya se ve, ¡se ha escrito tanto sobre el gran chileno!

Sin embargo, nosotros tenemos derecho a quejarnos, porque él pertenecía no sólo a Chile sino a toda la América, como tantas veces se ha dicho. Y en mi patria, señora, su nombre es tan conocido, que al circular en los diarios la funesta noticia llegada por el cable, no hubo quien no se entristeciera.

El señor general Juan José Cañas (que fue Ministro del Salvador en esta República y amigo personal de su llorado es-

poso y que se halla desterrado en la capital de Nicaragua) recibió el propio día de la nueva una visita de pésame de varias distinguidas personas, encabezadas por el general Carlos F. Avilés. Yo tuve la inmerecida honra de exponer al señor Cañas, en nombre de los visitantes, el objeto de aquella espontánea manifestación, y él contestó con sentidas palabras que fueron reproducidas en el *Mercurio* del 7 de abril del año corriente.

Leyendo la *Corona*, al ver la relación de los funerales, he adquirido un grato convencimiento: Vicuña Mackenna tenía tantos queredores como admiradores. Conquistaba aplausos con la cabeza y bendiciones con el corazón.

Poseía el doble privilegio de los añosos y enormes árboles que hay en los bosques de mi tierra: a quien los mira de lejos le asombran con su grandeza y fecundidad; a quien se acerca a ellos, le amparan con su ramaje, le libran del sol. Dos veces asombran. Don supremo y magnífico.

Nosotros desde allá le advertíamos alto y famoso a Vicuña Mackenna, por sus sabios escritos. Aquí, a más de eso, conocían sus bondades.

Y "así se explica que los desvalidos, los ignorantes, los obreros y hasta los mendigos sepan quién es don Benjamín Vicuña Mackenna, y lo alaben muchas veces sin saber pronunciar su nombre", como dice el elegante escritor Bañados Espinosa.

Esa es una gloria que muy pocos alcanzan.

Repito a Ud. mis agradecimientos por el regalo de obra tan querida para todos los que, como yo, admiran las innumerables de aquel prodigio de fecundidad.

Tengo a honra firmarme de usted atento seguro servidor, que sus pies besa.

RUBEN DARIO.

¡Mi querido poeta:

Ud. huye del cólera, y, por antítesis, apura toda la filosofía alegre y encantadora de sus versos. Nada le puedo decir de mí. A cada instante veo coches con la insignia roja, carretones que conducen muertos, un verdadero espectáculo de tragedia, en el 5º acto, allá cuando el dramaturgo ordena el degüello general de sus personajes.

Muchas cosas me hacen falta. Ocioso será acaso decirle que Ud. ha dejado un vacío en nuestra tertulia diaria de *La Epoca*.

Otro de los emigrados es Darío. Mi buen amigo renunció a! diario, prefiriendo el ajeno de Valparaíso, al ajeno que en otro tiempo bebía con nosotros en el restaurant Gage. Esto sólo se llama cambiar de amargura.

En todas partes encontrará la misma copa envenenada con sus alas verdes. El no lo quiere comprender; busca la variedad de la tristeza, como Ud. los giros de los encajes. El es todo ajeno, su poesía, sus palabras, su llanto... ¡Pobre muchacho!

Me ha escrito varias veces, con ese estilo risueño, divagador; me refiere un sinnúmero de proyectos, de locuras, de las cuales me cede algo de gloria, algo de espuma de *champagne*, porque para él todo es vino, aun la mujer. Las ama bebiéndoles el corazón, haciendo saltar las gotas, estrellando el cristal después de la orgía en algún mueble cincelado. Aquello es magnífico... Nos imagina a su lado, derrochando la vida junto a una mariposa; tanto piensa en esto, que casi dice: ¡Aguarda, la tengo de las alas, cógela, que se me escapa!

Ha publicado dos lindas composiciones, que se las remitiré muy pronto, es decir, cuando tenga el placer de acompañarlas con su silueta, que aún no me ha llegado.

Esto compromete mi agradecimiento. Ud., sin duda alguna, ha pensado que quien le aplaudía tan de corazón, a su vez sabría apreciarlo como amigo.

Tengo esa condición de muchacho —lo poco que me queda de niño.

Ultimamente sólo he publicado una *Revista de la Semana*, bastante necia para no enviársela.

Trabajo en un cuento: *Dos amores*. Es la historia de un escultor. ¿No es verdad que, ante todo, nosotros buscamos la embriaguez de la forma? Sólo el arte...

He aquí mi divisa, y por esto también me tiene Ud. apasionado de una *guaggiata*. Es pequeña, una *faïence* de mármol, una estatua florentina; algo de la Venus de Médicis, mucho de Lucrecia, y, sobre todo, lo que abunda... todo es ella, peculiar, propio.

No le hago versos, porque nunca los he podido hacer. En cambio, le cuento mis historias tristes, le digo que escribo todo aquello que ella no puede escuchar de mi boca. En fin, esto es una vieja historia, sin aliciente, demasiado pura, sin contacto terrestre; así, una especie de lirio del viento, como dice Darío... ¡Qué buenas ideas tiene Darío! ¡Hasta luego!

Esto ya no es carta.

Crea siempre en la sincera amistad de su affmo. amigo.

PEDRO BALMACEDA TORO ¹

¹ Esta reveladora carta dirigida a Pedro Nolasco Préndez fue publicada en *Zig-Zag*, 31 de marzo

de 1923, con reproducción facsimilar del original de una de sus partes.

3

Santiago de Chile, enero del 88²

Querido Rubén:

Me ha dado pena la lectura de tus versos de anoche, de tus desahogos de poeta y de amigo desgraciado; pero en ellos descubro aliento vigoroso, capaz de ayudarte en la lucha del porvenir.

Tú —permíteme que lo diga— eres con todo tu gran talento, que yo lo juzgo a la altura de muy pocos en América, un pobre hombre con alma de niño y carácter de mujer. En Chile has escrito versos y prosa con inimitable brillo, superando, en mi sentir, a todos nuestros poetas y prosistas; pero al propio tiempo, quizás por no retardar una cena o una cita amorosa, has escrito vulgaridades; a veces, y tu misión te ordenaba sólo vendimiar —si me permites esta palabra— uvas doradas, exprimir su jugo en cincelada copa de oro, y brindar néctar de dioses a caballeros y plebeyos, a amigos y enemigos, a hombres de ingenio y estólidos envidiosos.

Tú —permíteme que lo diga— tendrás algún día, en alguna parte, no sé si en Chile o en tu patria, mármoles y bronces que recuerden tu privilegiada inspiración, tu originalidad extraordinaria y tu estro que a menudo supera al de muchas celebridades y que en ocasiones me hace pensar en tu parentesco con Hugo y en tus afinidades con Byron; pero tú, mi buen amigo, bien mereces también figurar en los altares, como santo con vara de azucena en la mano, porque has sido

² Escrita en papel de tamaño oficio con membrete que dice: República de Chile. Ministerio de

Industrias y Obras Públicas. Rodríguez Mendoza era funcionario a la sazón.

cándido y demasiado bondadoso para estrechar la mano de verdugos que tomabas por amigos, de Judas que te adulaban cuando podías ofrecerles una copa de champagne coronada de espumas, de miserables que se daban prisa para esquivarte el cuerpo cuando tu pluma de poeta había hecho mala cosecha de escudos.

Tú —permíteme que lo diga—, recordando un nombre, Rosario, que nunca olvida tu memoria, por pura sinonimia has besado labios descoloridos, mejillas pálidas, una frente de Magdalena vulgar y no arrepentida, que al par de tus caricias te ofrendaba todas las miserias de su cuerpo de ramera.

Tú —permíteme que continúe siendo franco, es decir, siendo tu amigo—; tú has hecho a escape y sin tino la vida de bohemia. Cuando yo me arrepentía de esa vida en que el crepúsculo y el amanecer y la aurora es la noche, en que se derrocha la vida y la salud se escurre como el azogue de entre los dedos, cuando yo te gritaba: “¡Detente!”, tú decías: “¡Adelante!”, y volaban los corchos de Moscato Spumante o de Roederer y recibías en tus brazos senos desnudos y cuerpos de libidinosas odaliscas.

De tarde en tarde —lo repito, de tarde en tarde—, herías las cuerdas mágicas de tu lira; cantabas a las flores y a las nieves, los árboles floridos y las plantas que marchita el otoño, los ideales de un gran corazón, de tu corazón de poeta; dabas a luz un abrojo, amargo como el ajeno o corrosivo como el vitriolo; entonabas patrias canciones; hacías el epitalamio de las aves y de los insectos; de los lirios y de las rosas; escribías la apoteosis del pájaro azul; aplicabas cauterios... y te columpiabas después en hamacas mecidas por geniecillos alegres y traviesos.

Vicente Grez, Alcibíades Roldán, Pedro Balmaceda y yo, más que nadie, te aplaudíamos y te animábamos a seguir en

la lucha con nuevo ardor; pero tú dormitabas en las hamacas que tejía tu fantasía y tu inexperiencia.

En Chile ¿has gozado?

Sí.

¿Has sufrido?

Sí, y mucho, por desgracia.

¿Has aprendido a vivir?

Quién sabe; yo no lo podría jurar.

Piensas en volver a tu patria. Haces bien; yo te aplaudo porque sé que en tierra extranjera los peregrinos pasan de la noche a la mañana de un trono a un patíbulo.

Al partir, estrechando a dos manos la diestra tuya, pensando en tus grandezas y en tus extravíos, te exijo que no olvides mis consejos, los de quien te ha dicho siempre: "El arte de la vida es el arte supremo; la felicidad es de los buenos, de los grandes, y, sobre todo, de los que saben hacer la comedia del vivir".

Al partir, estrechando a dos manos la diestra tuya, y dejando hablar tan sólo a mi conciencia de amigo sin tacha, permíteme decirte que si dejas en Chile muy pocos amigos y muchos admiradores, sólo dejas una persona que ha tenido el valor de ser tu mejor amigo y tu juez más severo, a

MANUEL RODRIGUEZ MENDOZA.

P. S. Tu carta a Varela³ me parece bien. He puesto entre paréntesis tres o cuatro palabras que no me gustan.

³ Se refiere a don Federico Varela, el mecenas de esa época. La carta a que alude Rodríguez Men-

doza ha permanecido desconocida hasta hoy.

Confidencial.

Ateneo. Buenos Aires,
Avenida de Mayo número 291.

Mi querido Emilio:

Sus cartas y sus cuentos, todo está en mi poder. Le he recordado perfectamente y he exclamado como la vieja de la dolora: "¡Santo Dios! ¡Y éste es aquél!" Y me he regocijado al ver que el talento que tenía usted de niño se desenvuelve en una bella y brillante juventud.

No sé nada de Manuel hace largo tiempo. Le escribí hará tres o cuatro meses, sin dirección. Supongo que no habrá llegado a su poder mi carta.

El recuerdo de su casa me es siempre uno de los más gratos de mi vida. Pues en lo desagradable de mi memoria chilena, la figura de Manuel y algunos dos más, son las únicas que miro con tintes claros y dignos de mi afectuosa recordación. Por lo demás, a veces me figuro que he tenido un mal sueño al pensar en mi permanencia en ese hermoso país. Eso sí que a Chile le agradezco una inmensa cosa: la iniciación en la lucha de la vida.

Pero hablemos de usted y no de mí. De usted, que ha salido escritor, y lo que es peor, ¡oh desgraciado!, con talento. Ha hecho usted muy bien en escribirme y en enviarme sus ensayos. En lo que no ha hecho usted bien es en referirse a mi modesta categoría oficial con un tono absolutamente caupolicanesco; usted, que demuestra tener una buena alma de artista y un bravo temperamento de hombre al mismo tiempo.

Escribiré, pues —y me refiero a su libro en proyecto—, el prólogo que me pide, a pesar de que me he negado a escribir esa clase de presentaciones o estudios, o lo que sea, porque el género está muy desacreditado. A mi queridísimo Gómez Carrillo no pude complacerle. Lo único que he hecho a ese respecto son unos versos para un libro de Salvador Rueda el año 92. El suyo se lo ofrezco. Mas es preciso que sepa que el prólogo es lo último que se escribe e imprime en una obra. Cuando ésta está impresa se le envía al prologuista. Y hay razón, pues leer en pruebas, claro es que es mejor que leer en manuscritos, a veces infernales. De todos modos, cuente usted con el prólogo.

Lo que he leído de usted me ha agradado mucho, a pesar de sus naturales defectos: pastiche, calco, etc., en la forma; pesimismo y bohemia en el fondo. Pero es efecto de sus primeros entusiasmos. Hay que imitar siempre al comienzo; hay que ser hijo de alguien, pues no se nace sin padres, como puede afirmar *La Pallisse* el perilustre. En cuanto a sus desencuentros, sus torturas cerebrales y su continua tendencia a idealizar el tipo fané del bohemio, es el mismo viejo mal de Olimpio, el maldito “mal del siglo”, agravado con la educación estética y psicológica de usted y con el horrible medio —horrible para los artistas— en que vive.

Lamenté, mi querido Emilio, las desgracias de la patria chilena y las de mis amigos en particular. Yo tenía y tengo amigos en ambos bandos; pero el recuerdo de Pedro (Balma-ceda Toro) tenía que dar a mis simpatías una senda de parcialidad. La carrera de Manuel la he seguido por los diarios, y me alegraré el día en que pueda verlo en el alto puesto a que indefectiblemente debe llegar por su talento y por su carácter. Es un luchador ¡Quién lo diría, hablando con él de sueños y de arte! No he recibido el artículo a que usted se

refiere, sobre mí y los que tienen a bien llamarse mis discípulos de América. Mas no es raro, pues usted no se ha acordado de decir en la administración del diario que me lo envían.

Mis ideas respecto al movimiento literario que hoy se nota, y que ciertamente tiene por base el zarandeado *Azul*. . . (¡Quién lo hubiera creído! . . . ¿Se acuerda?), las conoce usted, si ha leído los números de la *Revista de América* que le remití en días pasados. Por eso, y por no poder alargar cuanto quisiera esta carta, no le hablo más sobre algunos puntos de la suya. He leído sus críticas o, mejor dicho, sus impresiones de *La Ley*. ¡Buenas! ¡Pero lea usted! ¡Lea usted! Y así será usted mucho, créame usted. No importa que el público no entienda; en asuntos de arte nunca debe escribirse para el público. El pobre Valdés Vergara ¿no me suprimía mis crónicas del *Heraldo* porque escribía demasiado bien para Valparaíso? . . .

Otro punto: ni los que usted llama graciosamente partiquinos, ni Obligado, ni Oyuela, ni grandes ni chicos que en América han escrito sobre decadentismo, saben jota del asunto. Todo lo confunden, porque todo lo ignoran, puesto que no están en el movimiento. Y, sobre todo, porque no se han dedicado al asunto como debieran hacerlo.

Otro: el Claudio de sus cuentos ha sido amigo de Garcín el del catapultante pájaro azul de mis veinte años . . . Los mismos que usted debe tener ahora. Luego recuerde usted lo que dice Poe, recordado tan linda y tristemente en un cuento de Julián del Casal . . . ¿No ha leído a Poe su Claudio? Yo creo que lo ha leído demasiado. La parte de socialismo artístico no me desagrada, porque es la reacción contra la opresión de la vida moderna. Pero no olvida usted, y hace bien, que el arte es esencialmente aristocrático.

Adelante, mi querido Emilio. En la revista que usted me envió —*El Año Literario*— veo que no está usted solo. Hay por ahí unos dos compañeros suyos que con usted forman una trinidad de esperanza para el pensamiento futuro de ese país. Porque me imagino que no han de contentarse los chilenos con destrozarse a sí mismos y comerse a los vecinos. Coman, coman; pero piensen y tengan poetas y artistas. Un día me dijo Menéndez Pelayo que “Chile no había tenido nunca un poeta” en el sentido justo.

—¿Y Vicuña Mackenna —le dije—, aunque en prosa?... Me lo concedió sonriéndose.

Que tenga Chile, “por la razón o la fuerza”, poetas, mi amigo Emilio.

Diga a Manuel mi deseo de verle. Tal vez no sería difícil que yo hiciera un corto viaje. Que me salude muy afectuosamente a Julio Bañados. Mis mejores deseos para su familia. Trabaje, luce, crezca.

Su amigo

DARÍO.

Buenos Aires, 10 de febrero de 1895.⁴

⁴ Esta carta fue publicada por su destinatario, Emilio Rodríguez Mendoza, en *Remansos del tiempo*, Madrid, 1929, p. 80 - 5.

CRONOLOGIA

1886

- Junio 6. — Darío se embarca en Corinto, Nicaragua, rumbo al Sur, en el vapor *Uarda*.
- Junio 24. — Llega a Valparaíso.
- Julio 13. — *El Mercurio* de Valparaíso da cuenta de su llegada.
- Julio 16. — Primera colaboración en *El Mercurio*, *La Erupción del Momotombo*.
- Agosto 1º. — *Emelina*, escrita en colaboración por Poirier y Darío queda presentada al certamen de *La Unión* de Valparaíso.
- Agosto ... — Primer viaje de Darío a Santiago.
- Agosto 3. — Primera colaboración en *La Epoca* de Santiago, *Caso cierto*.
- Agosto 20. — Se publican las *Siluetas de la Historia* de Pedro Nolasco Préndez.
- Setiembre 18. — Inaugura su período presidencial don José Manuel Balmaceda.
- Octubre 17. — Homenaje de *La Epoca* a Sarah Bernhardt, con versos de Darío.
- Octubre 24. — Publicase en *La Epoca* la décima a Campoamor.
- Noviembre 22. — *La Epoca* anuncia la próxima edición de los *Abrojos*.
- Diciembre 10. — Darío y Pedro Balmaceda se encuentran en la sala de redacción de *La Epoca*.

1887

- Enero 13. — Se da el fallo en el certamen de *La Unión*. *Emelina* no es premiada.

- Enero 18. — El poeta cumple veinte años de edad.
- Febrero ... — Darío regresa a Valparaíso.
- Marzo 16. — Aparece en Santiago el volumen de *Abrojos*.
- Marzo 29. — Por decreto de Hacienda se nombra a Darío guarda inspector de la Aduana de Valparaíso.
- Abril .. — Darío inicia su colaboración en la *Revista de Artes y Letras*.
- Junio 20. — Se informa sobre una solicitud de licencia a Darío en la Aduana.
- Junio 28. — Convocatoria para el Certamen Varela.
- Agosto 1º. — Termina el plazo de recepción para los trabajos enviados al Certamen Varela.
- Agosto 2. — Expira la licencia concedida en la Aduana.
- Agosto 18. — Declárase vacante el empleo de Darío por no haberlo reasumido después de la licencia.
- Setiembre .. — Darío viaja de nuevo a Santiago.
- Setiembre 8. — En Santiago se entregan los premios del Certamen Varela. Darío no se presenta a recibir el suyo, aunque estaba en la capital.
- Octubre 9. — *La Epoca* publica el *Canto épico a las glorias de Chile*, premiado en el Certamen Varela.
- Octubre 16. — Darío se halla enfermo en Santiago.
- Octubre ... — En Valparaíso se publica la novela *Emelina*.
- Noviembre 15. — Tondreau y Darío firman la circular para pedir colaboración al *Romancero de la Guerra del Pacífico*, libro que no se publicó.
- Diciembre ... — Aparece el primer volumen del Certamen Varela, con producciones de Darío.
- Diciembre ... — Darío regresa a Valparaíso.

1888

- Enero 3. — *La Epoca* publica la nómina de los autores que habían ofrecido colaboración al *Romancero de la Guerra del Pacífico*, y la reproducen otros diarios.

- Enero 6. — Eduardo de la Barra publica en Valparaíso el volumen de *Rosas andinas* con las *Rimas* de Darío y sus *Contrarimas*.
- Enero 28. — *La Libertad Electoral* de Santiago publica el artículo de Darío sobre Amunátegui.
- Febrero 11. — En *El Herald*o, Valparaíso, aparece *La Semana*, primera de la serie.
- Abril 7. — Darío publica en *La Libertad Electoral* el artículo *Catulo Mendès. Parnasianos y decadentes*.
- Junio 14. — Fallece en Santiago José Victorino Lastarria sin haber escrito el prólogo prometido para *Azul*...
- Agosto ... — Aparece *Azul*... en Valparaíso.
- Agosto 20 a 24. — El prólogo de Eduardo de la Barra para *Azul*... se publica en *La Tribuna* de Santiago.
- Setiembre .. — Eduardo de la Barra escribe a Carlos Toribio Robinet para que se haga colecta entre los amigos de Darío a fin de repatriarlo.
- Noviembre 11. — *La Epoca* publica los tres *Sonetos americanos* de Darío.
- Noviembre 16. — Darío defiende en *La Epoca* a Pedro Nolasco Préndez ante la acusación de plagio que se le había hecho en el Ateneo.
- Diciembre 11. — *La Epoca* anuncia la muerte del padre de Rubén Darío, ocurrida el 11 de octubre en León, Nicaragua.

1889

- Enero 23 y 26. — *La Tribuna* de Santiago reproduce las cartas de Valera sobre *Azul*...
- Febrero 3. — Primera colaboración de Darío a *La Nación* de Buenos Aires, reproducida en *La Epoca* de Santiago el 1º de marzo.
- Febrero 9. — Darío sale de Chile rumbo al Norte en el vapor *Cachapoal*.

PRINCIPALES OBRAS CONSULTADAS

Alemán Bolaños, Gustavo: *La juventud de Rubén Darío*. Guatemala, 1923.

Balmaceda Toro, Pedro: *Estudios y ensayos literarios*. Santiago, 1889. Contiene, p. 211-20, el artículo de Balmaceda sobre *Abrojos*, publicado antes en *La Epoca*, 20 de Marzo de 1887.

Barra, Eduardo de la: *Crítica literaria*. Azul... *Cuentos en prosa*. *El año lírico, por Rubén Darío*, en *La Tribuna*, Santiago de Chile, 20, 21, 22 y 24 de agosto de 1888. Es el prólogo del libro.

Barra, Eduardo de la: *El endecasílabo dactílico*. *Crítica de una crítica del crítico Clarín*. Rosario, República Argentina, 1895.

Barrantes, V.: *El Certamen Varela*, en *Revista de Artes y Letras*, Santiago de Chile, 1889, t. XVI, p. 632.

Blanco Fombona, Rufino: *El Modernismo y los poetas modernistas*, Madrid, 1929.

Contreras, Francisco: *Rubén Darío*, en *Selecta*, Santiago de Chile, Octubre de 1912, p. 184.

Contreras, Francisco: *Rubén Darío, su vida y su obra*. Barcelona, 1930.

Donoso, Armando: *Rubén Darío en Chile*, en *Revista Chilena*, núm. XXI, Mayo de 1919, p. 30.

Donoso, Armando: *Obras de juventud de Rubén Darío*, Santiago de Chile, 1927.

Gana, Federico: *Rubén Darío anecdótico*, en *Zig-Zag*, Santiago de Chile, 2 de diciembre de 1916.

Ghiraldo, Alberto: *Archivo de Rubén Darío*. Buenos Aires, 1943.

Hernández, Roberto: *Rubén Darío en Valparaíso*, en *Boletín de la Academia de la Historia*, núm. 30, 1944, p. 39-48.

Hübner Bezanilla, Carlos: *Rubén Darío*, en *La Mañana*, Santiago de Chile, 21 de Febrero de 1916.

Huneeus Gana, Jorge: *Canto épico a las glorias de Chile*, por Rubén Darío en *La Epoca*, Santiago de Chile, 9 de octubre de 1887.

León de la Barra, Alfonso: *La tristeza de Rubén Darío*, en *Zig-Zag*, Santiago de Chile, 13 de noviembre de 1920.

Mapes, Erwin K.: *L'Influence française dans l'oeuvre de Rubén Darío*. París, 1925.

Mapes, Erwin K.: *Escritos inéditos de Rubén Darío recogidos de periódicos de Buenos Aires*. Nueva York, 1938.

Marasso, Arturo: *Rubén Darío y su creación poética*. La Plata, 1934. Hay segunda edición de Buenos Aires, s.a.

Mejía Sánchez, Ernesto: *Los primeros cuentos de Rubén Darío*. México, 1961. (Publicación de la Universidad Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras).

Oliver, Antonio: *Este otro Rubén Darío*. Barcelona, 1960.

Orrego Vicuña, Eugenio: *Antología Chilena de Rubén Darío*. Santiago de Chile, 1942.

Orrego Luco, Luis: *Rubén Darío*, en *La Libertad Electoral*, Santiago de Chile, 20 y 21 de febrero de 1889.

Orrego Luco, Luis: *Rubén Darío. Recuerdos íntimos*, en *Sucesos*, Santiago de Chile, 17 y 24 de febrero y 2 de marzo de 1916.

Orrego Luco, Luis: *Rubén Darío en Chile*, en *Pacífico Magazine*, Santiago de Chile, enero de 1921.

Ossa Borne, Samuel: *Un té de amigos*. (Algunos recuerdos de Manuel Rodríguez Mendoza y Rubén Darío). En *Revista Chilena*, Santiago de Chile, núm. I, abril de 1917, p. 69.

Ossa Borne, Samuel: *Un autógrafo de Rubén Darío. Para el retrato de Campoamor*, en *Pacífico Magazine*, Santiago de Chile, mayo de 1917.

Ossa Borne, Samuel: *La historia de la Canción del oro. Recuerdo de Rubén Darío*, en *Revista Chilena*, Santiago de Chile, núm. IX, diciembre de 1917, p. 368.

Ossa Borne, Samuel: *Un manojo de recuerdos rubenianos* en *Pacífico Magazine*, Santiago de Chile, abril de 1918.

Picado, Teodoro: *Rubén Darío en Costa Rica*. 1919-20.

Poirier, Eduardo: *Revista Literaria*. Abrojos, por Rubén Darío. en *Revista de Artes y Letras*, Santiago de Chile, 1887, t. IX, p. 73.

Poirier, Eduardo: *Rubén Darío. Añoranzas y recuerdos*, en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 9 de febrero de 1916.

Remac: *El gran lírico Rubén Darío y su permanencia en Chile*, en *La Nación*, Santiago de Chile, 14 de abril de 1933. (Entrevista a Alfredo Irarrázaval).

Rodríguez Mendoza, E.: *Rubén Darío*, en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 17 de marzo de 1916.

Rodríguez Mendoza, E.: *Como si fuera ayer!*... Santiago de Chile, s. a. (1919). Contiene capítulos dedicados a Rubén Darío en las p. 49-66 y 391-404.

Rodríguez Mendoza, E.: *Remansos del tiempo*. Madrid, 1929. Contiene *Rubén Darío en Chile*, p. 53-92.

Rodríguez Mendoza, Manuel: *Los Abrojos de Rubén Darío*, en *El Mes Ilustrado*, Santiago de Chile, núm. 1, agosto de 1896.

Saavedra Molina, Julio: *Los hexámetros castellanos y en particular los de Rubén Darío*. Santiago de Chile 1935.

Saavedra Molina, Julio: *Poesías y prosas raras de Rubén Darío*. Santiago de Chile, 1938.

Saavedra Molina, Julio, y Erwin K. Mapes: *Obras escogidas de Rubén Darío*. Santiago de Chile, 1939.

Saavedra Molina, Julio: *Rubén Darío y Sarah Bernhardt*. Santiago de Chile, 1941.

Saavedra Molina, Julio: *El primer libro de Rubén Darío "Epístolas y Poemas"*. Santiago de Chile, 1943.

Saavedra Molina, Julio: *Una antología de Rubén Darío planeada por él mismo*. Santiago de Chile, 1945.

Saavedra Molina, Julio: *Bibliografía de Rubén Darío*. Santiago de Chile, 1946.

Sequeira, Diego Manuel: *Rubén Darío criollo*. Buenos Aires, 1945.

Silva Castro, Raúl: *Rubén Darío y Chile. Anotaciones bibliográficas*. Santiago de Chile, 1930.

Silva Castro, Raúl: *Obras Desconocidas de Rubén Darío escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros*. Santiago de Chile, 1934.

Silva Castro, Raúl: *Rubén Darío y su creación poética*. (Comentarios al libro de don Arturo Marasso). Santiago de Chile, 1935.

Silva Castro, Raúl: *Esbozo de un programa de estudios sobre Rubén Darío*. Los Angeles, California, EE. UU., 1940.

Silva Castro, Raúl: *Cómo entró Rubén Darío en "La Nación"*, en *La Nación*, Buenos Aires, 26 de agosto de 1956.

Silva Castro, Raúl: *Los amigos chilenos de Rubén Darío*. Pedro Balmaceda, en *La Nación*, Buenos Aires, 27 de enero de 1957.

Silva Castro, Raúl: *Los amigos chilenos de Rubén Darío*. Alfredo Irrarrázaval, en *La Nación*, Buenos Aires, 14 de abril de 1957.

Silva Castro, Raúl: *Los amigos chilenos de Rubén Darío*. Pedro Nolasco Préndez, en *La Nación*, Buenos Aires, 15 de septiembre de 1957.

Silva Castro, Raúl: *Génesis del Azul... de Rubén Darío*. Managua, 1958. (Publicado en la serie de la Academia Nicaragüense de la Lengua).

Silva Castro, Raúl: *El ciclo de lo "azul" en Rubén Darío*, en *Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, Columbia University, 1959. Hay tirada aparte.

Silva Castro, Raúl: *Panorama literario de Chile*. Santiago de Chile, 1961. (Contiene, en apéndice, *El Certamen Varela y presencia de Rubén Darío en Chile*, p. 528-44).

Silva Castro, Raúl: *Juan José Cañas, un salvadoreño ilustre*, en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 12 de septiembre de 1964.

Silva Castro, Raúl: *El Modernismo y otros ensayos literarios*. Santiago de Chile, 1965.

Soto Hall, Máximo: *Revelaciones íntimas de Rubén Darío*. Buenos Aires, 1925.

Torre, Antonio de la: *Apuntes y documentos para la biografía de Rubén Darío. II. Algunos problemas relacionados con la estancia del poeta en Chile*, en *Revista Iberoamericana*, órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, febrero de 1941, p. 95-108.

Torres, Edelberto: *La dramática vida de Rubén Darío*. Segunda edición. México, 1956.

Torres Rioseco, Arturo: *Rubén Darío. Casticismo y Americanismo*. Cambridge, Mass., Estados Unidos, 1931.

Torres Rioseco, Arturo: *Vida y poesía de Rubén Darío*. Buenos Aires, 1944.

ANTOLOGIA CHILENA

En el estudio anterior, encaminado a revivir la estancia de Rubén Darío en Chile, de 1886 a 1889, se reproducen algunas de las composiciones poéticas que escribió entonces, sobre todo cuando aparecen ligadas al ambiente nacional. Para completar ésta que podría llamarse Antología Chilena, a continuación se copian otros poemas y algunos artículos y cuentos. Para elegirlos ha presidido el mismo criterio, es decir, que contengan algunas de las impresiones exteriorizadas por Darío en Chile, desde el espectáculo callejero del manto hasta la semblanza del escritor, pasando por el relato y el poema en prosa, a condición de que todo esté allí ennoblecido por la magia del estilo. Es, en suma, una antología más que documental artística, y en la cual parece posible seguir con fidelidad la vibración espiritual que acarrió a Darío la existencia en Chile.

CANTOS CHILENOS

I

EL MANTO

*La bella va con el manto
con tal modo y gracia puesto,
que se diría que esto
es el colmo del encanto.
(Santiaguina, por supuesto.)*

*Vela el cuerpo la hermosura
y va enseñando la cara;
tal parece una escultura
hecha en mármol de Carrara,
y con negra vestidura.*

*Con esa faz placentera,
esa negrura enamora;
pues le parece a cualquiera
que la noche apareciera
con la cara de la aurora.*

*¡Qué par de ojos! Son luceros.
¡Qué luceros! Fuegos puros.
Con razón hay, caballeros,
compañías de bomberos
y pólizas de seguros.*

*Y ahora entiendo el porqué
cierto joven que llegó,
cuyos gustos yo me sé,
siente algo de qué sé yo
por causa de no sé qué.*

*Y siempre que mira un manto,
se fija en la faz un tanto,
lleno de dulces antojos
que en la faz están los ojos,
y en los ojos el encanto.*

*De una garbosa doncella
con un rostro encantador,
se afirmará al conocella
que sin el manto es muy bella,
pero con manto, mejor.*

*Tiene ello mucho de santo
mas despierta cierto anhelo
cuyo velo no levanto;
si no fuera ese recelo,
andarían en el cielo
los querubines con manto.*

*Faz linda... forma hechicera;
esa negrura enamora
pues le parece a cualquiera
que la noche apareciera
con la cara de la aurora.*

EN EL SUR

A Mary F. Robinson

*Como parda golondrina
pequeñuela, partí al valle
de los dulces ruseñores
y de Apolo a los boscajes.*

Rocas agrias y blanquízcas
han quedado tras de mí,
olas cóncavas y verdes
que se rompen al morir,
los fríos vientos del Norte,
el nublado cielo gris,
la heredad en la cañada...
¡Y heme solitario aquí:
que mi hogar está muy lejos
y no me puede seguir!...

¡Oh trinos del ruiseñor
tan dulces como la miel!
¡Oh ramajes de laurel!
¡Oh limoneros en flor!

A todos os miro yo
cerca, muy cerca de mí;
a todos os miro aquí;
pero ¡ay, a mi dicha no!...

¡Qué hacer! En la pintoresca
campiña, por mi fortuna
agobiado, arrancaré una
clavellina roja y fresca.

O entre el céfiro liviano
oiré el cantar repetido
del abadejo montano
que huelga haciendo su nido
en glorieta de avellano.

AUTUMNAL

Eros, Vita, Lumen

*En las pálidas tardes
yerran nubes tranquilas
en el azul; en las ardientes manos
se posan las cabezas pensativas.
¡Ah los suspiros! ¡Ah los dulces sueños!
¡Ah las tristezas íntimas!
¡Ah el polvo de oro que en el aire flota,
tras cuyas ondas trémulas se miran
los ojos tiernos y húmedos,
las bocas inundadas de sonrisas,
las crespas cabelleras
y los dedos de rosa que acarician!*

*

*En las pálidas tardes
me cuenta un hada amiga
las historias secretas
llenas de poesía:
lo que cantan los pájaros,
lo que llevan las brisas,
lo que vaga en las nieblas,
lo que sueñan las niñas.*

*

*Una vez sentí el ansia
de una sed infinita.
Dije al hada amorosa:
—Quiero en el alma mía
tener la inspiración honda, profunda,
inmensa: luz, calor, aroma, vida.*

Ella me dijo: —¡Ven! con el acento
con que hablaría un arpa. En él había
un divino idioma de esperanza.
¡Oh sed del ideal!

*

Sobre la cima
de un monte, a medianoche,
me mostró las estrellas encendidas.
Era un jardín de oro
con pétalos de llama que titilan.
Exclamé: —¡Más!...

*

La aurora
vino después. La aurora sonreía,
con la luz en la frente,
como la joven tímida
que abre la reja, y la sorprenden luego
ciertas curiosas, mágicas pupilas
Y dije: —¡Más!... Sonriendo
la celeste hada amiga
prorrumpió:— ¡Y bien! ¡Las flores!

Y las flores
estaban frescas, lindas,
empapadas de olor: la rosa virgen,
la blanda margarita,
la azucena gentil y las volúbilis
que cuelgan de la rama estremecida.
Y dije:— ¡Más!...

*

El viento

arrastraba rumores, ecos, risas,
murmullos misteriosos, aleteos,
músicas nunca oídas.
El hada entonces me llevó hasta el velo
que nos cubre las ansias infinitas,
la inspiración profunda,
y el alma de las lirás.
Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.
En el fondo se vía
un bello rostro de mujer.

*

¡Oh, nunca,
Piérides, diréis las sacras dichas
que en el alma sintiera!
Con su vaga sonrisa:
—¿Más?...— dijo el hada. Y yo tenía entonces
clavadas las pupilas
en el azul, y en mis ardientes manos
se posó mi cabeza pensativa...

INVERNAL

Noche. Este viento vagabundo lleva
las alas entumidas
y heladas. El gran Andes
yergue al inmenso azul su blanca cima.
La nieve cae en copos,
sus rosas transparentes cristaliza;
en la ciudad, los delicados hombros
y gargantas se abrigan;
ruedan y van los coches,
suenan alegres pianos, el gas brilla;

*y, si no hay un fogón que le caliente,
el que es pobre tiritita.*

*

*Yo estoy con mis radiantes ilusiones
y mis nostalgias íntimas,
junto a la chimenea
bien harta de tizones que crepitan.
Y me pongo a pensar: ¡Oh, si estuviese
ella, la de mis ansias infinitas,
la de mis sueños locos,
y mis azules noches pensativas!
¿Cómo? Mirad:*

*De la apacible estancia
en la extensión tranquila
vertería la lámpara reflejos
de luces opalinas.
Dentro, el amor que abrasa;
fuera, la noche fría,
el golpe de la lluvia en los cristales,
y el vendedor que grita
su monótona y triste melopea
a las glaciales brisas.
Dentro, la ronda de mis mil delirios,
las canciones de notas cristalinas,
unas manos que toquen mis cabellos,
un aliento que roce mis mejillas,
un perfume de amor, mil conmociones,
mil ardientes caricias;
ella y yo: los dos juntos, los dos solos;
la amada y el amado, ¡oh Poesía!
los besos de sus labios,
la música triunfante de mis rimas
y en la negra y cercana chimenea
el tuero brillador que estalla en chispas.*

*

¡Oh! ¡bien haya el brasero
lleno de pedrería!
Topacios y carbunclos,
rubíes y amatistas
en la ancha copa etrusca
repleta de ceniza.
Los lechos abrigados,
las almohadas mullidas,
las pieles de Astrakán, los besos cálidos
que dan las bocas húmedas y tibias.
¡Oh, viejo invierno, salve!
puesto que traes con las nieves frías
el amor embriagante
y el vino del placer en tu mochila.

Sí, estaría a mi lado,
dándome sus sonrisas,
ella, la que hace falta a mis estrofas,
ésa que mi cerebro se imagina;
la que, si estoy en sueños,
se acerca y me visita;
ella que, hermosa, tiene
una carne ideal, grandes pupilas,
algo del mármol, blanca luz de estrella;
nerviosa, sensitiva,
muestra el cuello gentil y delicado
de las Hebes antiguas;
bellos gestos de diosa,
tersos brazos de ninfa,
lustrosa cabellera
en la nuca encrespada y recogida,
y ojeras que denuncian
ansias profundas y pasiones vivas.
¡Ah, por verla encarnada,
por gozar sus caricias,

por sentir en mis labios
los besos de su amor diera la vial
Entre tanto, hace frío.
Yo contemplo las llamas que se agitan,
cantando alegres con sus lenguas de oro,
móviles, caprichosas e intranquilas,
en la negra y cercana chimenea
do el tuero brillador estalla en chispas.

Luego pienso en el coro
de las alegres liras.
En la copa labrada el vino negro:
la copa hirviente cuyos bordes brillan
con iris temblorosos y cambiantes
como un collar de prismas;
el vino negro que la sangre enciende
y pone el corazón con alegría,
y hace escribir a los poetas locos
sonetos áureos y flamantes silvas.

El Invierno es beodo.
Cuando soplan sus brisas,
brotan las viejas cubas
la sangre de las viñas.
Sí, yo pintara su cabeza cana
con corona de pámpanos guarnida.

El Invierno es galeoto,
porque en las noches frías
Paolo besa a Francesca
en la boca encendida,
mientras su sangre como fuego corre
y el corazón ardiendo le palpita,
¡Oh, crudo Invierno, salve!
puesto que traes con las nieves frías
el amor embriagante
y el vino del placer en tu mochila.

*Ardor adolescente,
miradas y caricias:
¡cómo estaría trémula en mis brazos
la dulce amada mía,
dándome con sus ojos luz sagrada,
con su aroma de flor, savia divina!*
En la alcoba la lámpara
derramando sus luces opalinas;
oyéndose tan sólo
suspiros, ecos, risas;
el ruido de los besos;
la música triunfante de mis rimas
y en la negra y cercana chimenea
el tuero brillador que estalla en chispas.
Dentro, el amor que abrasa;
fuera, la noche fría.

B O U Q U E T

I

En el álbum de C. P.

*Ante todo diré, gallarda niña,
que entre mil te vi hermosa
como una reina-flor en la campiña.
Cerca de ti exclamé: ¡qué olor a rosa!
y en seguida pensé: ¡qué linda estrella!
Y estuviste en mi mente por lo bella,
como estrella aromada y luminosa.*

* * *

*Yo soy así. ¡Qué quieres!
Soñadores, ardientes, inspirados,
los poetas son locos rematados
que se mueren de amor por las mujeres.*

*Y es esto tan notorio,
que aún ya viejos, persiste su manía.
Y esto mejor que yo te lo diría
Don Ramón Campoamor y Campo Osorio.*

*Y qué te diré yo, que si he bebido
la hiel de los más crueles desengaños,
tengo a la vista el puerto apetecido
que divisa un marino de veinte años!*

*Y si ese bardo ilustre amigo mío,
es un volcán nevado por las canas,
arde en el alma de Rubén Darío
el fuego tropical de sus sabanas.*

* * *

*¡Oh, niña encantadora:
juventud es sinónimo de aurora!
Juventud es lo que arde, lo que anhela,
lo que las puertas de los cielos toca,
lo que convierte en rosas los abrojos.
Es la hermosura de tu faz, Carmela,
el carmín animado de tu boca
y las luces divinas de tus ojos.*

* * *

*¡Y bien! Tú eres un ave tempranera,
lucero de la aurora,
lirio de primavera,
y la joya primera
del joyero magnífico de Flora.*

*¡Y yo! Yo soy pagano.
Soy sacerdote del amor humano
en el altar de la mujer hermosa.*

*Y el vino de lo ideal y soberano,
con la lira en la mano
lo consumo en el cáliz de una rosa.*

* * *

*Tú tienes la ternura
en el rayo del sol de tu mirada.
Te vi de blanco y te creía un hada
que fuera una azucena en su blancura.
Y que de hebras de luz fuera formada
su leve y luminosa vestidura.*

* * *

*¡Oh, qué más te diría!
Fuera el verso torrente de armonía
si te dijera todo lo que callo,
porque las cuerdas, al pulsarlas, hallo
que son tus siervas en la lira mía.
Y has de saber, en suma,
que por mi inspiración galante y loca,
si te digo aquí mucho con la pluma,
mucho más te diría con la boca.*

II

A Berta

*Por mis muchos y tristes desengaños,
te lo confieso ahora:
soy un loco de amor que se enamora
de las lindas mujeres de cinco años.*

*Ay, la blanca inocencia
sólo muestra su lumbre bendecida
en el orto del sol de la existencia.*

*Y tú, niña, trasciendes a la esencia
de las rosas del alba de la vida.*

*¡Adiós, adiós! Y que recuerdes quiero
cuando yo haga el retorno a mis hogares,
a aqueste trovador y caballero
que ha cantado en tu reja sus cantares,
porque el amor en sus entrañas lleva
a ramo virgen y a corola nueva.*

III

*Para el álbum de la
señora L. V. de M.*

*Cada palabra de lo que hoy yo pienso
para escribir aquí, se me figura
que es un grano de incienso
quemado en el altar de tu hermosura.*

LASTARRIA

Lumen, Gloria

*El vasto y misterioso y huracanado viento
que sopla del abismo del hondo firmamento
con ala formidable, con ímpetu violento,
como lanzado al mundo por el poder de Dios,*

*ha roto una columna que el pensamiento humano
tenía en este suelo del mundo americano,
donde a los cuatro vientos gigante y soberano
enviaba el alto genio del porvenir su voz.*

*Mas no cantos de duelo debéis alzar, poetas.
Vibrantes y triunfales los coros de trompas
saludan al que cae cubierto de laurel.*

*La gloria es del Maestro: su luz vierte fulgores.
¡Preséntense las armas, soldados pensadores,
que pasa el carro negro con el cadáver de él!*

PEDRO LEON GALLO, Poeta

Un día que en la redacción de *La Epoca* hablando con algunos amigos letrados, manifesté mi entusiasmo por los escritos poéticos de Pedro León Gallo, fue recibida mi opinión con extrañeza. Decididamente, ¡yo debía estar equivocado! Vamos a ver, ¡muestre usted la "obra" de ese poeta! ¡Déjele usted grande por otros motivos, y en paz con sus versos!

—

No podía ni puedo dejarle en paz.

Y si me había contenido fue solamente porque el parecer de mis colegas, lo escuché después de labios de un sabio, cuya muerte hace poco tiempo que lamentó Chile. Y si no fuese que últimamente conversando con un ilustre poeta encontré apoyo en tal aserto, este artículo no habría aparecido nunca en las columnas donde mis buenos lectores hoy me encuentran. Me habría encerrado en mi silencio, a pesar de mi persistencia en la primera impresión. ¡Ese poeta es el único que me ha tentado respecto al otro!

—

Hace pocos días leía en un diario, con motivo del centenario de O'Higgins, varias poesías de autores nacionales de fama y renombre. Entre ellos Pedro León Gallo descollaba. Su canto al soberbio guerrero chillanejo es excelente. Pocas son las composi-

ciones originales de Gallo que conozco a más de ésta. Pero si en ellas se ve al poeta, éste surge, alado y brillante, en sus traducciones de Victor Hugo. Esto es natural.

Traducir a Victor Hugo es tarea enorme. Aquello de que tan sólo un poeta puede traducir a otro poeta, es un proverbio literario muy verdadero. Y Victor Hugo es el "dios". Para traducirle es preciso ser un gran poeta. Ahora bien, Pedro León Gallo es uno de los mejores traductores en lengua española que ha tenido Hugo.

El que estas líneas escribe tiene en vías de publicación un estudio completo sobre los traductores del gran francés, españoles y americanos. Esta obra, escrita con una crecida cantidad de noticias, estaba falta de datos únicamente respecto a poetas de Venezuela y Chile.

En los folletines de *La Libertad* y en la revista *Sud América*, encontré un día unas traducciones de Hugo hechas por Gallo. Eran de *La Leyenda de los Siglos*, ese monumento en que cada piedra es edificio lleno de sublimidades y de grandezas.

¿Cómo se debe traducir a Victor Hugo? He aquí la cuestión.

Se me ha dicho que Pedro León Gallo en sus versiones es a las veces incorrecto, a las veces flojo, y sobre todo caprichoso, duro, férreo. ¡Así, así!

¡Ya habría deseado algún artista que Paul de Saint Victor tradujese en verso la *Iliada*!

Si este cincelador ático de la prosa hubiese presentado al viejo Homero en ritmos nuevos, con seguridad que no sería su obra la de los Herosillas franceses.

En la prosa misma se advierte la dificultad casi insuperable de trasladar de un idioma a otro ciertas hermosuras literarias. Yo no estaré nunca conforme con que el vino de nuestro Cervantes se apure —siquiera sean los extranjeros dueños de ricas copas, de raros cristales— sino en los firmes y viejos vasos castellanos. Aquí

no hay egoísmo, puesto que juzgo lo mismo respecto a Rabelais con nosotros. ¿Quién podría presentar tal como es a Quevedo en cualquier idioma del mundo que no fuese el castellano?

Se traduce y se traduce. O se sigue al original en todo y por todo, o se camina libremente. Y aún se salta por el rallador para sembrar de cosecha propia, como hizo don Andrés Bello en *La Oración por todos*. Y en ese procedimiento de imitación se salva este escollo: traducir bien, o traducir mal. *Traduttore*, o *tradittore*. Pedro León Gallo tradujo y no fue traidor.

Victor Hugo, el divino poeta, cuya obra encierra la de todos los poetas, y la de todos los siglos; Victor Hugo, profeta en lo gigantesco y universal; Victor Hugo, pontífice de París; Victor Hugo, artista, a un tiempo Miguel Angel y Benvenuto, que cincelaba una estatua en un monte y le pulía los cabellos y le bordaba las sandalias, labrando un promontorio de cosas imposibles; él, que fue el hombre-oceano de su siglo, genio único, tuvo un lenguaje especial, escribió en francés mezclado con luz.

Y para admirar esa obra, que no es obra sino biblia; para verter esas cláusulas de su lengua a otra, necesario es el ser sacerdote de ese dios, hugólatra inspirado, sentir el soplo apocalíptico de esa revelación pasmosa.

Por eso muy pocos han sido osados a vaciar tan raro bronce en el molde de nuestra lengua. Y por eso de todos nuestros metros ninguno cuadra al propósito como aquéllos donde hay más holganza y majestad a un tiempo mismo, el endecasílabo suelto y la silva. Ambos empleó con igual tino Pedro León Gallo, y procuró dejar del original todo lo soberano, lo divino y lo dulce; y todo lo salvaje y cáustico y brusco y la idea altísima y la palabra olímpica.

¡Tal debía hacerse tratándose de Victor Hugo!

Si van a ponerle bozales a este león, ¡mal hayan esos! Les derretirá el sol sus sombreros de cera.

Así, los rigorismos académicos, las estrecheces clásicas de nuestro idioma, no cuadran a la soberanía, al real capricho, a las creaciones potentes del gran maestro. Hay, para verter su obra, que mirar tal como es el fondo de cosas hirvientes. La figura en el molde, el metal rojo y líquido; y luego el verso anguloso y monstruoso, junto al fino y rotundo como un buche de paloma; la armonía del pensamiento, como la armonía de la letra, y lo pequeño admirable unido a lo grande formidable; la hoja, la cuerda, la onda, la nube y el alma; el árbol, la lira, el amor, el azul y Dios.

Todo sin martirizar la idea original, siendo espejo fiel de la magna figura. ¿Es posible? Sí. Y aquí el ejemplo de Pedro León Gallo.

De lo contrario, querer aprisionar el eco de esas tempestades en una académica redoma gramatical —como en un caracol el ruido del mar o en un endecasílabo moratinesco—, es imposible. ¿Por qué? Porque la tempestad no tiene gramática, porque la tromba es verso que sólo tiene consonante con el trueno, porque un relámpago es una coma, en la estrofa-nubarrón del poematormenta.

Una cabeza y un corazón como el de Gallo pudieron hundirse en el sublime abismo de luz y comprender los enigmas supremos y las magnificencias de la poesía hugueana. Se posó como un águila en la gran pirámide, y vio el alma magnífica del “dios” entre apoteosis de la aurora. En tanto nadie se fijó en su vuelo, porque la generalidad goza más con ver pasar bandadas de oropéndolas. A este cultivador de robles no se le ha hecho caso literariamente, en tanto que Lillo y Blest Gana han vencido sembrando rosas y violetas. Porque Gallo traducía a Hugo con sus versos broncos o enigmáticos, o angulosos, y los demás daban a Flérída madrigales, ramilletes de flores y romances lindos y galantes.

¡No, no es poeta, porque no lloró rimas, ni rimó declaraciones apasionadas, antes bien se iba a hablar con su profeta a la cumbre de la montaña! ¿Por qué no cantó al ruiseñor enamorado de la luna, a una dama de ardientes ojos, siquiera fuese una prima, galana como la bella Floripes, hija del Almirante Balán de Marpín, famosa entre los doce pares?

Los poetas floridos saludaban a Citerea llevada por sus dos aves blancas; Gallo se estremecía al paso de aquél que iba en enorme carro de oro tirado por cuadriga de elefantes. Y los más estaban listos sólo para coronar a los otros, y los menos —entre los cuales estaban los Arteagas y de la Barra— aplaudían a Gallo.

Hay tiempo. Hoy se inicia una era brillante al parecer. Los que dirigen el movimiento son gentes de ilustración y de entusiasmo. Se conservan de ese hombre audaz y superior escritos que andan esparcidos en folletines de diarios pasados y en revistas. Sobre todo, sus versiones de Hugo, entre las que sobresalen *El Sátiro* y *El Siglo XX* de *La Leyenda de los Siglos*. Que se recoja todo, que se imprima un hermoso libro, y ello será una verdadera gloria literaria para este soberbio país de Chile.

DON HERMOGENES DE IRISARRI

I

Las musas se van, ¡oh Póstumo!, que tienes a bien poner oído a mis tristes apóstrofes. Las musas se van porque vinieron las máquinas y apagan el eco de las liras. Idos, ¡adiós, poetas inspirados! Los que nos quedaban se nos están muriendo; los que sobreviven han dejado la floresta primitiva de su Arcadia al ruido ensordecedor de la edad nueva; allá quedó el instrumento abandonado, el arpa de los cánticos primeros. Idos a Dios, encendedoras de divinos entusiasmos, dulces Piérides, que en mejores tiempos hallásteis en el suelo de Arauco servidores constantes y sumisos. Ya no hay vagar para vuestro culto.

Pero ¿será verdad lo que está diciendo este britano de Lord Macaulay? Dice que la poesía, por ley universal va decayendo; dice que mientras el progreso empuja las naciones adelante, aquélla se va apagando como llama sin combustible. ¿Será verdad?

Los modernos sistemas filosóficos, que con la negación por método han proclamado la muerte de los ideales, son la causa del terrible decaimiento.

Pero la poesía no muere. ¡Qué ha de morir!

El mercantilismo que invade las sociedades ha maleado el viejo templo; mas éste no cae, y si por desgracia llegase a quedar abandonado de los que antes eran sus sacerdotes, permanecerá siempre alto y sagrado bajo la mirada del Eterno, con sus fuertes columnas y sus magníficos adornos, esperando que llegue la hora suprema de lo por venir. Ya saldrá el sol.

II

Chile ha sido tierra de poetas. De Pedro de Oña a nuestros días luenga es la lista de sus cantores. Su naturaleza ha sido descrita en soberanos tonos, con el pincel de fuego de sus líricos; sus guerreros han sido glorificados en himnos despertadores del patriotismo; sus creencias han tenido salterios religiosos que las han sublimado; sus vates, en fin, han sido de los primeros entre todos los del continente americano.

Pero ¿en dónde están? Casi todos permanecen silenciosos; casi todos han olvidado el amable comercio de las Gracias. Quién con la cartera del diplomático no cura si la Fama le ha encumbrado a la categoría del primer poeta filosófico de América; quién en prosaicas oficinas cuenta números en vez de hemistiquios; quién en las arduas tareas del profesorado apenas en cortísimos ocios escribe sublimes poemas que quedan sepultados entre sus papeles de matemático; quién, por último, rompe cítara y plectro y se entrega al mundo agitado de los negocios o a la brega terrible del parlamento.

Y, sin embargo, la poesía vive, la poesía palpita en estas regiones: en el cano vellón de la andina cordillera; en la hermosura incomparable de las mujeres; en el trabajo que ha engrandecido este suelo; en ese brillo sacrosanto de la estrella del patrio pabellón; penacho de humo en el tráfago naval; sonoro silbido en la rauda locomotora; movimiento en el parque; chispa en el yunque y fuego en el corazón del roto que al son del clarín guerrero deja su esteva, corre a su fusil y lucha como un león y da la vida en pelea por la tierra de sus padres.

¿Se podrá negar que hay aquí poesía para todas las lirás del mundo?

III

Yo he oído de labios de un ilustre amigo mío, Antonio Zambrana, pinturas de reuniones de literatos y poetas en la capital de Chile, no ha mucho tiempo, muy semejantes a un banquete

de los antiguos filósofos, a un día del Agora o a una asamblea noble y erudita en el siglo XVII y en la capital de México, convocada al Claustro de la Universidad y a las academias de los jesuitas, como las describe don Luis Fernández Guerra en su monografía sobre Alarcón, el primer poeta dramático mexicano antiguo.

Zambrana me refería cómo los humanistas chilenos (y entre todos gran iniciador de estos adelantamientos, el venerable sabio Lastarria) trataban grandes cuestiones de ciencias y de letras, como no se hiciera mejor en ateneos de Europa; y de qué modo los nacionales vates presentaban obras maestras llenas de inspiración y galas poéticas al criterio de la justa y razonada crítica.

Y esos tiempos pasaron. La célebre *Revista Chilena* (cuyos volúmenes decoran en preferido lugar los estantes de la Biblioteca de Managua, en mi patria, y que es vista como obra de sabios), la *Revista* hace algunos años que desgraciadamente desapareció. Hoy, según supongo, no hay en Chile un periódico que la haya sustituido.

Puede asegurarse que en esta civilizada República lo que está visto con mayor indiferencia son las letras; y entre éstas el culto apacible de las Gracias, eternas compañeras de la vida, según las llama el bucólico de Siracusa.

Para mayor desconsuelo se van de este mundo los laureados conservadores de las pasadas glorias.

Hace pocos meses murió José Antonio Soffia, cantor del sentimiento, bizarro y elegante. Murió joven y dejó muchos dulces versos, que tienen la "diafanidad y frescura de la fuente que brota en la montaña", como dice Victor Hugo de los del lírico de Teos.

Luego doña Quiteria Varas Marín, que nos dejó pocos, pero que asimismo puede decirse de ellos lo que Asclepiades de los de Erina, la amable Abeja lesbiana: "pocos, pero dulces y encantadores".

Ahora ha bajado al sepulcro el hijo de un centroamericano ilustre, defensor de la independencia de Chile, padre de la república, gobernador "enérgico y activo" en 1814; crítico dicaz y pi-

cante como el ají, seudónimo éste suyo, correspondiendo cada letra de la palabra a las primeras de su conocida firma: Antonio José de Irisarri; quien también escribió mucho bajo el anagrama Dionisio Terrasa y Rejón. Caprichos de Arquíloco.

IV

Don Hermógenes de Irisarri ha descendido a la tumba con los cabellos blancos, ha muerto de 67 años.

Con él se va uno de los poetas más castizos y seguidores de los clásicos que ha tenido Chile. Sus estrofas son joyas bruñidas y lijadas con un arte exquisito.

El ilustre doctor Valderrama llama a la poesía de Irisarri "diáfana y correcta", y dice de sus versos que "tienen una magia singular y una dulzura encantadora".

Fue poeta del corazón más que de la cabeza.

Como todos, sufrió sus desengaños. A veces, cuando el vivo entusiasmo de la mocedad iba huyendo de su pecho, sentía sus desalientos. En una hora de éstas exclamaba:

*... Y ya la edad sañuda
va entibiando mi mente con su hielo
y blanqueando el cabello que no ha mucho
cayó sobre mi sien rizado y negro.*

*¿A qué un acento destemplado y vano?
Juntos poesía y juventud nacieron...
El viento de la tarde las agosta...
La poesía y la flor mueren a un tiempo.*

Y él propio se desmintió. No se puede impunemente ser poeta. Creyó repetir lo del vate del Lacio:

Nunc itaque et versus, et coetera ludicro pono.

Y volvieron las Musas a acariciarle y le halló la muerte arreglando sus caros manuscritos para imprimir el volumen de sus obras. La enfermedad de la verdadera poesía es incurable.

Conocedor de la literatura antigua, imitó felizmente a Anacreonte, el tierno cantor de Batilo y la vejez alegre, que decía:

*Que cuando al anciano
le gustan las danzas,
tendrá blanco el pelo
mas joven el alma.*

Y lo imitó con tanta dicha, que pocas imitaciones del teyano hay en español como la siguiente, que quizá por no conocerla don Federico Baráibar no la incluyó en su minucioso estudio sobre Anacreonte:

*Mucho hay, niña, de falso,
mucho la vista engaña;
jamás en apariencias
te duermas confiada.
Si ves sobre mis sienes
mi cabellera cana,
no pienses que se ha helado
como mi frente el alma.
Tal en los altos Andes
se extiende un mar de plata
que el hielo de la cima
prolonga hasta la falda;
pero arde allá en el centro
un mar de fuego y lava;
retiembla el monte y se abre
paso la ardiente entraña
y luz esplendorosa
hasta los cielos lanza:
yo así, para cantarte
tengo de fuego el alma.*

De poetas modernos tradujo e imitó a Alfredo de Vigny, el tan bien perfilado por Théophile Gautier, a Victor Hugo y a otros. El mejor trabajo de éstos es *La mujer adúltera*, del primero.

V

Fue poeta cristiano.

No hallaron eco en las cuerdas de su lira ni la duda enervadora que martiriza con sus disciplinas candentes, ni los escepticismos que trabajan la sociedad moderna, agotando la fecunda savia de los corazones: la esperanza.

Fue poeta de la patria.

Hay estancias suyas que las acogería Ruckert, el de los Sonetos acorazados.

Tenía fe en el porvenir, y esperaba el engrandecimiento de las nacionales letras; así decía en su famosa *Oda al sol de setiembre*:

*Hoy brotan de las artes las primicias,
tempranos frutos nos darán las ciencias
y como en armas vencedor ha sido,
también lo ha de ser Chile por las letras.*

Por último, fue poeta satírico. Manejó como su padre el arma de la rabia, como dice Horacio.

Su verso es fluido, sonoro, correcto; su idea aristocrática y noble, siempre ilumina la estrofa en que está encerrada como la llama de una lámpara el globo de cristal que la rodea.

Tras digno trabajo procede reunir en un tomo las obras de autor tan benemérito, como las de otros poetas, honra y gala de la literatura chilena. Por ellas se conocerá en otros lugares el grado de civilización y de cultura a que ha llegado la tierra de Viña Mackenna. Porque, como dice el profundo Joubert en sus *Pensamientos*:

¿Queréis descubrir el mecanismo de la idea y sus efectos? Leed los poetas. ¿Queréis aprender la moral, la política? Leed los poetas. Meditad lo que os gusta de ellos y daréis con lo verdadero. Los poetas deben ser el estudio del filósofo que quiera conocer al hombre.

Los tales visionarios se dan el lujo de la inmortalidad y son los encargados del proceso de las naciones, a los ojos de lo futuro.

VI

Hasta aquí del celebrado vate. Del ciudadano, del hombre, digan los que conocieron su honrada y bien templada alma, sus virtudes y sus privados merecimientos.

Yo no he querido sino escribir una página humilde pero nacida por obra de un buen propósito al ver apagarse la existencia de un chileno esclarecido, prole de un hijo de la América del Centro, allá en el encendido trópico, la tierra de Irisarri, de Barrundia, de Ayón y del Padre Reyes.

APUNTACIONES LITERARIAS

Penumbras (Poesías de Narciso Tondreau)

Un *étrenne* digno y mucho de llamar la atención de los amigos de la buena lectura nos ha dado en este mes la imprenta Cervantes: las *Penumbras* de Narciso Tondreau. Poeta a todas veras, Tondreau ha dejado en su libro sus más espontáneas y frescas inspiraciones. Hay que leerle en voz alta, y si su excelente padrino Rodríguez Velasco guía a la discreta lectora por bosques y ribazos, es mejor. ¡Un gran poeta conduciendo a la morada de la nueva musa!

Siéntese, al leer una estrofa de Tondreau, necesidad de respirar a pulmones llenos el olor a ramaje, el saludable efluvio de las tupidas montañas, que ensancha el espíritu y da una inmensa sed de vida.

Tondreau es, sobre todo, un verdadero *forestier*.

A la selva, a la campaña nos lleva el bravo poeta; allí, a oír el himno de las cascadas, el ruido de los grandes árboles, liras del viento; a cortar flores silvestres junto a la roca, junto al torrente; a saciarnos con los estremecimientos, con los vagidos de la naturaleza, la gran voluptuosa; a ver en un arroyo las blancas espaldas de una ninfa de desflocados y vaporosos cabellos; a saludar con un cántico a la salvaje floresta, en su grandioso templo.

Hace recordar a André Theuriet, el cantor de la *Prière dans les Bois*:

Tandis que je rêvais sous les arbres touffus,
le couchant s'éteignait, l'ombre tombait plus ample,
les hêtres y noyaient la paleur de leurs fûts
et la grande forêt paraissait comme un temple.

Otra de las particularidades que distinguen a Tondreau es el sentimiento. Canta con una dulce franqueza todo lo que ha sufrido, y de modo tal, que de seguro hallará simpatías en los buenos corazones que lo comprendan. A Emelina, una hermana muerta, ha dedicado sus más sentidos versos, unos romances tristes, que hacen pensar en ese bello ángel difunto que nos retrata el poeta.

A propósito de sus romances, diremos que es un romancista completo. Las mejores composiciones del libro están escritas en estrofas asonantadas, de esas que parecen hechas a cincel en un trozo de alabastro; collar de bruñidas cuentas, engarzadas con arte plausible y exquisito. Mucho tiene, en esa clase de estrofas, de Gregorio Gutiérrez González, el egregio colombiano.

Es el romance de tales condiciones métricas, que se aviene perfectamente con la expresión de cierto subjetivismo harto encantador. En romance admirable lloró Juan Clemente Zenea la muerte de Fidelia. En memoria de Emelina bien está que Tondreau haya escrito sus más lindos romances.

Tiene nuestro brillante joven, el don de describir bien cuando contempla la naturaleza, y admira las maravillosas hermosuras que en ésta se hallan. Diríase un pintor que poetiza paisajes con la pluma. Prueba de ello *Yungas*, *Noche en la choza*, *Cielo sin nubes*, *El suicida* y sobre todo su poemita *Emelina*. Sus selvas, sus nubes, sus nieves cantan como los pinos y las viñas de Jean Aicard.

Es un poeta tropical; su poesía hierve. Hay que apurarla a grandes sorbos en la copa fina y burilada de sus versos. A las veces rudo, agitado en la expresión de los afectos; en otras no quiere inmensas nubes, ni torbellinos ni truenos: pide tan sólo

*horizontes diáfanos, un rayo
de luz azul que poetice el cielo;
un mar que cante, un bosque donde se oiga
el trino de la alondra y del jilguero.*

Las expansiones del espíritu, la canción en pleno aire, bajo el cielo tranquilo, eso, le da a manojos los endecasílabos vibrantes como láminas de oro.

Siguiendo mis instintos viejos, mis inclinaciones clásicas, me detengo en tres traducciones de Horacio con que engalana su libro el nuevo poeta. Todas tres son joyas del volumen y están escritas con corrección y apego a los clásicos preceptos. Es la mejor de todas (a mi humilde entender) la que ha hecho de la oda XXXI del Libro I, *Quid dedicatum poscit Apollinem*. Las otras dos son la I del Libro II, *Motum ex-Metello Consule civicum*, y la XXIII del I, *Vitas hianuleo me similis Chloe*.

Muy digno de aplauso es quien como Narciso Tondreau, aun siguiendo la corriente de la poesía contemporánea, dedica horas de trabajo mental al estudio de maestros como aquel antiguo

*por quien los áureos venusinos metros
en copioso raudal se precipitan
al ancho mar de Píndaro y de Safo.*

Mucho hay también merecedor de loa en quien procura y consigue dar a sus obras el lustre que distingue a aquellas que en castizo lenguaje son escritas; tanto más que en este tiempo vese como asunto de poco interés lo que se relaciona con el buen uso del idioma, desgraciadamente por muchos tan descoyuntado y maltrecho. La moda francesa invadiendo la literatura ha hecho que la lengua castellana se convierta en una jerga incomprensible. La tendencia generalizada es la imitación de escritores y poetas

franceses. Puesto que muchos hay dignos de ser imitados, por razones de escuela y de sentido estético sígaseles en cuanto al sujeto y lo que se relaciona con los vuelos de la fantasía, pero hágase el traje de las ideas con el rico material del español idioma, adunando la brillantez del pensamiento con la hermosura de la palabra.

¿No lo ha comprendido así el insigne Núñez de Arce, imitando a François Coppée en su precioso poema de *La pesca*? Mas, tan grande es el brillo de la forma, que los rasgos del autor francés desaparecen envueltos en la pedrería de las estrofas, en la magnífica expresión del vate hispano, oro purísimo que aquilata un profundo conocimiento de la patria lengua.

Ya que he dicho lo que me agrada del nuevo libro, diré lo que me desplace, con la franqueza que abona mi admiración al autor y mi apego y cariño a cuanto se relaciona con las buenas letras.

Hay en las poesías de Tondreau cierto egotismo que una crítica dicaz calificaría de profuso, siendo a mi modo de apreciar, nada más que sincero.

En todas sus composiciones, aun en aquellas que lo que más tienen es de descriptivas, aparece el poeta. Bien entiendo que la pintura de las emociones a ello le obliga, y sobre todo el estado psicológico de su alma, que a través de sus versos se refleja. La mayor parte de éstos (pudiera decir todos) son verdaderos desahogos.

En una introducción o dedicatoria a su madre, dice él estas palabras, refiriéndose a sus versos:

Si Ud. los lee, encontrará en ellos muchas melancolías, una que otra lágrima, gritos de duda, de escepticismo a veces, acento de alegría de cuando en cuando, su poquillo de fantasía y muchas palabras que no son más que palabras, porque nada significan ni tocan el corazón ni llegan a la mente.

Difícil me sería dar con lo que Tondreau llama en sus versos “palabras que no son más que palabras, porque nada significan, ni tocan el corazón ni llegan a la mente”. De seguro que no son las expansiones del corazón, sus versos íntimos; de cierto que no se refiere a sus cantos patrióticos, entre los cuales su oda *A José Miguel Carrera* es una buena obra. Yo creo, y con sentimiento, que Tondreau trata de sus pequeñas composiciones, como *Lo que va de ayer a hoy*, que, en realidad de verdad, es de las que más han halagado mis aficiones literarias en el volumen en que me ocupo:

*Tendida estaba en el jardín la estatua,
sin brazos ni cabeza;*

*y por su talle se enredaba en círculos
un cinturón de hiedra.*

*El pedestal poblaban los lagartos,
los grillos, las abejas,*

*y del vetusto mármol las heridas
de moho estaban llenas.*

*¿Y era aquella la Venus que brotara
de una mano maestra*

*que a golpe de cincel dio forma y vida
a la bullente idea?*

*¡Cómo cambia la hoz de las edades
cuanto a su alcance encuentra!*

*Ayer la carne palpitando en mármol;
hoy ¡un montón de piedra!*

¡Aquí lo que deseaba! Aquí la unión de esa idea digna de Leconte de Lisle, con esos versos hermosos, bruñidos, escultóricos.

Francamente, gozo mil veces más con esas cortas estrofas que con los inútiles caprichos que la musa de las horas extravagantes ha hecho escribir a mi estimado poeta. Sí, ese capricho, estudio en metros cortos, al que Tondreau lamentablemente dio cabida en su libro, no debe estar junto a sus romances y sus poemitas “que no tocan al corazón ni llegan a la mente”.

Su leyenda *El suicida* que, como versificación es merecedora de elogio, por su argumento es pobre y por su desarrollo desmayada. ¡Ah, si Tondreau nos hubiera dado romances!

Más o menos se comprenden sus tendencias literarias. Ese notabilísimo cincelador no es para los engarces de una trama complicada. Al menos, de las del género a que se aficiona, a aquellas leyendas de viejo cuño, a las cuales no le aconsejaría dedicar ni uno solo de sus felices momentos de inspiración.

Que nos dé cantos de esos en que se acompaña con su lira nueva, flamante, armoniosa. Y empleo el usado símil del instrumento de cuerda a pesar de los modernos enemigos de las arpas y liras clásicas. Que los hay, ¡oh Fabio!

Dénos amargura, sentimientos profundos, llanto y pena, pues su idiosincrasia, por decirlo así, le coloca en el número de los poetas tristes, pero dénos todo eso con el lustre de metal recién vaciado y pulido; vaciado en el consagrado molde del precepto; pulido con el rico y poderoso arte nuevo, propicio a los espíritus jóvenes que buscan ese aire donde respiran los fuertes pechos y donde se vuela con alas de águila y a distancias inconcebibles.

Bajar a observaciones tales como la de indicar versos duros o fuera de lugar, en composiciones cuyo valor intrínseco las aleja de pequeñas críticas, sería como censurar las monorrimas del maestro Zorrilla o los hiatos de Joaquín María Bartrina.

De todas maneras, debiendo ya concluir este artículo, diré que la publicación de las *Penumbras* me ha llenado de verdadero placer, puesto que el autor de ellas puede gloriarse de ser entre los poetas chilenos contemporáneos digno de toda estima y de todo aplauso.

MORBO ET UMBRA

A Vicente Rojas y Rojas

Un hombre alegre vende los ataúdes en el almacén de la calle cercana. Suele decir a los compradores unas bromas muy a tiempo que le han hecho el más popular de los fúnebres comerciantes.

Ya sabéis que la alfombrilla ha devastado en medio mes todo un mundo de niños en la ciudad. ¡Oh, ha sido horrible! Imaginaos que la muerte, cruel y dura, ha pasado por los hogares arrancando flores.

Ese día la lluvia amenazaba caer. Las nubazones plumizas se amontonaban en la enorme forma de las vastas humaredas. El aire húmedo soplaba dañino desparramando toses, y los pañuelos de seda o laúr envolvían los pescuezos de las gentes higiénicas y ricas. Bah, el pobre diablo tiene el pulmón ancho y sano. Se le da poco que una ráfaga helada le ataque, o que el cielo le apedree con sus granizos las espaldas desnudas y morenas por el sol de verano. ¡Bravo roto! Su pecho es roca para el mordisco de la brisa glacial, y su gran cabeza tosca tiene dos ojos siempre abiertos soberbiamente a la casualidad, y una nariz que así aspira el miasma como el viento marino oloroso a sal, que fortifica el pecho.

—¿A dónde va ña Nicasia?

Hela ahí que pasa con la frente baja, arropada en su negro manto de merino basto. Tropieza a veces y casi se cae, así va andando ligero. ¿A dónde va ña Nicasia?

Camina, camina, camina, no saluda a los conocidos que la ven pasar, y parece que su barba arrugada, lo único que se advierte entre la negrura del tapado, tiembla.

Entró al despacho donde hace siempre sus compras, y salió con un paquete de velas en la mano, anudando la punta de un pañuelo a cuadros donde ha guardado el vuelto.

Llegó a la puerta del almacén de cosas mortuorias. El hombre alegre la saludó con un buen chiste.

—Eh, ¿por qué con tanta prisa, ña Nicasia? ¡Se conoce que busca el dinero!

Entonces, como si le hubiesen dicho una dolorosa palabra de ésas que llegan profundamente a conmover el alma, soltó el llanto, y franqueó la puerta. Gimoteaba, y el vendedor, con las manos por detrás, se paseaba delante de ella.

Al fin pudo hablar. Le explicó lo que quería.

El niño, ¡ay! su niño, el hijo de su hija, se había enfermado hacía pocos días de una fiebre tan grande!

Dos comadres habían recetado y sus remedios no habían hecho efecto. El angelito había ido agravándose, agravándose, y por fin, esta mañana se le quedó muerto entre los brazos. ¡Cuánto sufría la abuelita!

—Ah, señor, lo último que le quiero dar a mi muchachito: un cajón de aquéllos; no tan caro; debe ser forrado en azul con cintas rosadas. Luego, un ramillete de flores. Yo le pagaré al contado. Aquí está el dinero. ¿A ver?

Ya se había secado las lágrimas, y como llena de resolución súbita, se había dirigido a escoger el pequeño ataúd. El local era estrecho y largo, como una gran sepultura. Había aquí, allá, cajones de todos tamaños, forrados en negro o en colores distintos, desde los que tenían chapas plateadas, para los parroquianos ricos del barrio, hasta los sencillos y toscos para los pobres.

La vieja buscaba entre todo aquel triste agrupamiento de féretros uno que fuese para ella digno del cadavercito amado, del nieto que estaba pálido y sin vida, en la casa, sobre una mesa, con la cabeza rodeada de rosas y con su vestido más bonito, uno

que tenía en labor gruesa pero vistosa, pájaros violeta que llevaban en el pico una guirnalda roja.

Halló uno a su gusto.

—¿Cuánto vale?

El hombre alegre, paseándose siempre con su risa imborrable:

—Vamos, que no sea usted avara, abuelita: siete pesos.

—¿Siete pesos? . . . No, no, es imposible. Vea usted: cinco traje, cinco tengo.

Y desanudaba la punta del pañuelo, donde sonaban con ruido falso las chauchas febles.

—¿Cinco? Imposible, mi señora. Dos pesos más y es suyo. ¡Bien quería usted al nieto! Yo lo conocí. Era vivo, travieso, diablazo. ¿No era el ruciecito?

Sí, era el ruciecito, señor vendedor. Era el ruciecito, y usted le está partiendo el corazón a esta anciana flaca y dolorida. Era el vivo, el travieso, el que ella adoraba tanto, el que ella mimaba, lavaba y a quien le cantaba, haciéndole bailar sobre su rodillas, de tibias salientes, canturrias del tiempo viejo, melopeas monótonas que hacen dormirse a los chicos. ¡Era el ruciecito, señor vendedor!

—Seis.

—Siete, abuela.

¡Y bien! Ahí le dejaba los cinco pesos que había traído. Después le pagaría los otros. Era ella mujer honrada. Aunque fuera preciso ayunar, le pagaría. El la conocía bien. Se lo llevó.

A trancos rápidos iba la vieja con el cajón a cuestras, agobiada, respirando grueso, el manto desarreglado, la cabeza canosa al viento frío. Así llegó a la casa. Todos encontraron que el cajón era muy bonito. Lo veían, lo examinaban; ¡qué preciosos! y en tanto la anciana estaba besando al muerto, rígido sobre sus flores, con el cabello alborotado en parte, y en parte pegado a la frente, y en los labios un vago y enigmático rictus, como algo de la misteriosa eternidad.

Velorio no quiso la abuela. Lo quisiera tener, a su niño; pero no así, no, no, ¡que se lo lleven!

Andaba de un lugar a otro. Las gentes del vecindario que habían llegado al duelo charlaban en voz baja. La madre del niño, con la cabeza envuelta en un pañuelo azul, hacía café en la cocina.

En tanto la lluvia cayó poco a poco, cernida, fina, molesta. El aire entraba por puertas y rendijas y hacía moverse el mantel blanco de la mesa en que el niño estaba; las flores a cada ráfaga temblaban.

El entierro debía ser en la tarde, y ya la tarde caía. ¡Qué triste! Tarde de invierno, brumosa, húmeda y melancólica, de esas tardes en que los rotos acomodados se cubren los torsos gigantes con las mantas ásperas y rayadas, y las viejas chupan el carrizo de su mate, sorbiendo la bebida caliente que suena con borborismos.

En la casa vecina cantaban con voz chillona un aire de zamacueca; cerca del pequeño cadáver, un perro se sacudía las moscas con las orejas, cerrando los ojos apaciblemente; y el ruido del agua que caía a chorros escasos por intervalos, de las tejas al suelo, se confundía con un ligero chasquido que hacía con los labios la abuela, que hablaba consigo misma sollozando.

Tras de las nubes de la tarde opaca bajaba el sol. Acercábase la hora del entierro.

Allá viene un coche bajo la lluvia, un coche casi inservible, arrastrado por dos caballos tambaleantes, hueso y pellejo. Chapoteando en el lodo de la calle llegaron a la puerta de la casa mortuoria.

—¿Ya? —dijo la abuela.

Ella misma fue a poner el niño en el ataúdecito; primero un colchón blanco de trapos, como si se cuidase de no lastimar, de que estuviese el pobre muerto con comodidad en la negra tiniebla de la sepultura. Luego, el cuerpo; luego, las flores,

entre las que se veía la cara del niño, como una gran rosa pálida desvanecida. Se tapó el ataúd.

Señor vendedor, el travieso, el ruciecito, ya va para el campo santo. Siete pesos costó el cajón; cinco se pagaron adelantados: ¡Señor vendedor, la abuela, aunque ayune, le pagará a usted los dos que le faltan!

Apretaba el agua; del charol del vehículo descascarado y antiguo caía en gotas sobre el fango espeso, y los caballos con los lomos empapados humeaban por las narices, y hacían sonar los bocados entre los dientes.

Dentro, las gentes concluían de beber café.

Tac, tac, tac, sonaba el martillo acabando de enterrar los clavos de la tapa. ¡Pobre viejecita!

La madre debía ir sola al cementerio a dejar al muerto, la abuela le alistaba el manto.

—Cuando lo vayan a echar al hoyo, dale un beso al cajón por mí ¿oyes?

Ya se va, ya han metido al coche el ataúd, y ha entrado también la madre.

Más y más arrecia la lluvia. ¡Hep! sonó el huascazo y se fueron calle arriba los animales arrastrando sobre la tierra negra su armatoste.

La vieja entonces, ¡ella sola!, asomó la cabeza por una de las aberturas de la pared cascada y ruinosa; y viendo perderse a lo lejos el coche maltrecho que renqueaba de bache en bache, casi formidable en su profunda tristeza, estiró al cielo opaco sus dos brazos secos y arrugados, y apretando los puños, con un gesto terrible —¿hablaría con alguna de vosotras, oh Muerte, oh Providencia?—, exclamó con voz que tenía de gemido y de imprecación:

—¡Bandida!, ¡bandida!...

EL FARDO

Allá lejos, en la línea, como trazada con un lápiz azul, que separa las aguas y los cielos, se iba hundiendo el sol, con sus polvos de oro y sus torbellinos de chispas purpuradas, como un gran disco de hierro candente. Ya el muelle fiscal iba quedando en quietud; los guardas pasaban de un punto a otro, las gorras metidas hasta las cejas, dando aquí y allá sus vistazos. Inmóvil el enorme brazo de los pescantes, los jornaleros se encaminaban a las casas. El agua murmuraba debajo del muelle, y el húmedo viento salado, que sopla de mar afuera a la hora en que la noche sube, mantenía las lanchas cercanas en un continuo cabeceo.

*

Todos los lancheros se habían ido ya; solamente el viejo tío Lucas, que por la mañana se estropeará un pie al subir una barriaca a un carretón, y que, aunque cojín cojeando, había trabajado todo el día, estaba sentado en una piedra y, con la pipa en la boca, veía triste el mar.

—¡Eh, tío Lucas! ¿se descansa?

—Sí, pues, patroncito.

Y empezó la charla, esa charla agradable y suelta que me place entablar con los bravos hombres toscos que viven la vida del trabajo fortificante, la que da la buena salud y la fuerza del músculo, y se nutre con el grano del poroto y la sangre hirviente de la viña.

Yo veía con cariño a aquel rudo viejo, y le oía con interés sus relaciones, así, todas cortadas, todas como de hombre basto, pero de pecho ingenuo. ¡Ah, conque fue militar! ¡Conque de mozo fue soldado de Bulnes! ¡Conque todavía tuvo resistencia para ir con su rifle hasta Miraflores! Y es casado, y tuvo un hijo, y...

Y aquí el tío Lucas:

—¡Sí, patrón, hace dos años que se me murió!

Aquellos ojos, chicos y relumbrantes bajo las cejas grises y peludas, se humedecieron entonces.

—¿Qué cómo murió? En el oficio, por darnos de comer a todos: a mi mujer, a los chiquitos y a mí, patrón, que entonces me hallaba enfermo.

Y todo me lo refirió, al comenzar aquella noche, mientras las olas se cubrían de brumas y la ciudad encendía sus luces; él, en la piedra que le servía de asiento, después de apagar su negra pipa y de colocársela en la oreja, y de estirar y cruzar sus piernas flacas y musculosas, cubiertas por los sucios pantalones arremangados hasta el tobillo.

*

El muchacho era muy honrado y muy de trabajo. Se quiso ponerlo a la escuela desde grandecito; pero ¡los miserables no deben aprender a leer cuando se llora de hambre en el cuartucho!

El tío Lucas era casado, tenía muchos hijos.

Su mujer llevaba la maldición del vientre de las pobres: la fecundidad. Había, pues, mucha boca abierta que pedía pan, mucho chico sucio que se revolcaba en la basura, mucho cuerpo magro que temblaba de frío; era preciso ir a llevar qué comer, a buscar harapos, y para eso, quedar sin alientos y trabajar como un buey.

Cuando el hijo creció, ayudó al padre. Un vecino, el herrero, quiso enseñarle su industria; pero como entonces era tan débil, casi una armazón de huesos, y en el fuelle tenía que echar el bofe, se puso enfermo y volvió al conventillo. ¡Ah, estuvo muy enfermo! Pero no murió. ¡No murió! Y eso que vivían en uno de esos hacina-

mientos humanos, entre cuatro paredes destartalladas, viejas, feas, en la callejuela inmunda de las mujeres perdidas, hedionda a todas horas, alumbrada de noche por escasos faroles, y donde resuenan en perpetua llamada a las zambras de echacorvería, las arpas y los acordeones, y el ruido de los marineros que llegan al burdel, desesperados con la castidad de las largas travesías, a emborracharse como cubas y a gritar y patalear como condenados. ¡Sí, entre la pobredumbre, al estrépito de las fiestas tunantescas, el chico vivió, y pronto estuvo sano y en piel!

Luego llegaron sus quince años.

*

El tío Lucas había logrado, tras mil privaciones, comprar una canoa. Se hizo pescador.

Al venir el alba, iba con su mocetón al agua, llevando los enseres de la pesca. El uno remaba, el otro ponía en los anzuelos la carnada. Volvían a la costa con buena esperanza de vender lo hallado, entre la brisa fría y las opacidades de la neblina, cantando en baja voz alguna "triste", y enhiesto el remo triunfante que chorreaba espuma.

Si había buena venta, otra salida por la tarde.

Una de invierno había temporal. Padre e hijo, en la pequeña embarcación, sufrían en el mar la locura de la ola y del viento. Difícil era llegar a tierra. Pesca y todo se fue al agua, y se pensó en librar el pellejo. Luchaban como desesperados por ganar la playa. Cerca de ella estaban; pero una racha maldita les empujó contra una roca, y la canoa se hizo astillas. Ellos salieron sólo magullados, ¡gracias a Dios! como decía el tío Lucas al narrarlo. Después, ya son ambos lancheros.

*

¡Sí! lancheros; sobre las grandes embarcaciones chatas y negras, colgándose de la cadena que rechina pendiente como una sierpe de hierro del macizo pescante que semeja una horca; reman-

do de pie y a compás; yendo con la lancha del muelle al vapor y del vapor al muelle gritando: ¡hiiooeep! cuando se empuñan los pesados bultos para engancharlos en la uña potente que los levanta balanceándolos como un péndulo, ¡sí! lancheros; el viejo y el muchacho, el padre y el hijo; ambos a horcajadas sobre un cajón, ambos forcejeando, ambos ganando su jornal, para ellos y para sus queridas sanguijuelas del conventillo.

Ibanse todos los días al trabajo, vestidos de viejo, fajadas las cinturas con sendas bandas coloradas, y haciendo sonar a una sus zapatos groseros y pesados que se quitaban al comenzar la tarea, tirándolos en un rincón de la lancha.

Empezaba el trajín, el cargar y descargar. El padre era cuidadoso:

—¡Muchacho, que te rompes la cabeza! ¡Que te coge la mano el chicote! ¡Que vas a perder una canilla!

Y enseñaba, adiestraba, dirigía al hijo, con su modo, con sus bruscas palabras de obrero viejo y de padre encariñado.

*

Hasta que un día el tío Lucas no pudo moverse de la cama, porque el reumatismo le hinchaba las coyunturas y le taladraba los huesos.

¡Oh! Y había que comprar medicinas y alimentos; eso sí.

—Hijo, al trabajo, a buscar plata; hoy es sábado.

Y se fue el hijo, solo, casi corriendo, sin desayunarse, a la faena diaria.

Era un bello día de luz clara, de sol de oro. En el muelle rodaban los carros sobre sus rieles, crujían las poleas, chocaban las cadenas. Era la gran confusión del trabajo que da vértigo: el son del hierro, traqueteos por doquiera, y el viento pasando por el bosque de árboles y jarcias de los navíos en grupo.

Debajo de uno de los pescantes del muelle estaba el hijo del tío Lucas con otros lancheros, descargando a toda prisa. Había que vaciar la lancha repleta de fardos. De tiempo en tiempo bajaba la

larga cadena que remata en un garfio, sonando como una matraca al correr con la roldana; los mozos amarraban los bultos con una cuerda doblada en dos, los enganchaban en el garfio, y entonces éstos subían a la manera de un pez en un anzuelo, o del plomo de una sonda, ya quietos, ya agitándose de un lado a otro, como un badajo, en el vacío.

La carga estaba amontonada. La ola movía pausadamente de cuando en cuando la embarcación colmada de fardos. Estos formaban una a modo de pirámide en el centro. Había uno muy pesado, muy pesado. Era el más grande de todos, ancho, gordo y oloroso a brea. Venía en el fondo de la lancha. Un hombre de pie sobre él, era pequeña figura para el grueso zócalo.

Era algo como todos los prosaísmos de la importación envueltos en lona y fajados con correas de hierro. Sobre sus costados, en medio de líneas y de triángulos negros, había letras que miraban como ojos. —Letras en “diamante” —decía el tío Lucas. Sus cintas de hierro estaban apretadas con clavos cabezudos y ásperos; y en las entrañas tendría el monstruo, cuando menos, linones y percales.

*

Sólo él faltaba.

—¡Se va el bruto!— dijo uno de los lancheros.

—¡El barrigón! —agregó otro.

Y el hijo del tío Lucas, que estaba ansioso de acabar pronto, se alistaba para ir a cobrar y desayunarse, anudándose un pañuelo de cuadros al pescuezo.

Bajó la cadena danzando en el aire. Se amarró un gran lazo al fardo, se probó si estaba bien seguro, y se gritó: ¡Iza! mientras la cadena tiraba de la masa chirriando y levantándola en vilo.

Los lancheros, de pie, miraban subir el enorme peso, y se preparaban para ir a tierra, cuando se vio una cosa horrible. El fardo, el grueso fardo, se zafó del lazo, como de un collar holgado saca un perro la cabeza; y cayó sobre el hijo del tío Lucas, que entre el filo de la lancha y el gran bulto quedó con los riñones rotos, el espinazo desencajado y echando sangre negra por la boca.

Aquel día no hubo pan ni medicinas en casa del tío Lucas, sino el muchacho destrozado, al que se abrazaba llorando el reumático, entre la gritería de la mujer y de los chicos, cuando llevaban el cadáver al cementerio.

*

Me despedí del viejo lanchero, y a pasos elásticos dejé el muelle tomando el camino de la casa, y haciendo filosofía con toda la cachaza de un poeta, en tanto que una brisa glacial, que venía de mar afuera, pellizcaba tenazmente las narices y las orejas.

EN CHILE

Album Porteño

I

En busca de cuadros

Sin pinceles, sin paleta, sin papel, sin lápiz, Ricardo, poeta lírico incorregible, huyendo de las agitaciones y turbulencias, de las máquinas y de los fardos, del ruido monótono de los tranvías y el chocar de los caballos con su repiqueteo de caracoles sobre las piedras; del tropel de los comerciantes; del grito de los vendedores de diarios; del incesante bullicio e inacabable hervor de este puerto; en busca de impresiones y de cuadros, subió al Cerro Alegre, que, gallardo como una gran roca florecida, luce sus flancos verdes, sus montículos coronados de casas risueñas escalonadas en la altura, rodeadas de jardines, con ondeantes cortinas de enredaderas, jaulas de pájaros, jarras de flores, rejas vistosas y niños rubios de caras angélicas.

Abajo estaban las techumbres del Valparaíso que hace transacciones, que anda a pie como una ráfaga, que puebla los almacenes e invade los bancos, que viste por la mañana terno crema o plumizo, a cuadros, con sombrero de paño, y por la noche bulle en la calle del Cabo con lustroso sombrero de copa, abrigo al brazo y guantes amarillos, viendo a la luz que brota de las vidrieras los lindos rostros de las mujeres que pasan.

Más allá, el mar, acerado, brumoso, los barcos en grupo, el horizonte azul y lejano. Arriba, entre opacidades, el sol.

Donde estaba el soñador empedernido, casi en lo más alto del cerro, apenas si se sentían los estremecimientos de abajo. Erraba él a lo largo del Camino de Cintura, e iba pensando en idilios, con toda la augusta desfachatez de un poeta que fuera millonario.

Había allí aire fresco para sus pulmones, casas sobre cumbreros, como nidos al viento, donde bien podía darse el gusto de colocar parejas enamoradas; y tenía además el inmenso espacio azul, del cual —él lo sabía perfectamente— los que hacen los salmos y los himnos pueden disponer como les venga en antojo.

De pronto escuchó: “¡Mary! ¡Mary!” Y él, que andaba a caza de impresiones y en busca de cuadros, volvió la vista.

II

Acuarela

Había cerca un bello jardín, con más rosas que azaleas y más violetas que rosas. Un bello y pequeño jardín con jarrones, pero sin estatuas; con una pila blanca, pero sin surtidores, cerca de una casita como hecha para un cuento dulce y feliz.

En la pila un cisne chapuzaba revolviendo el agua, sacudiendo las alas de un blancor de nieve, enarcando el cuello en la forma del brazo de una lira o del ansa de una ánfora y moviendo el pico húmedo y con tal lustre como si fuese labrado en una ágata de color de rosa.

En la puerta de la casa, como extraída de una novela de Dickens, estaba una de esas viejas inglesas, únicas, solas, clásicas, con la cofia encintada, los anteojos sobre la nariz, el cuerpo encorvado, las mejillas arrugadas; mas, con color de manzana madura y salud rica. Sobre la saya oscura, el delantal.

Llamaba:

—¡Mary!

El poeta vio llegar una joven de un rincón del jardín, hermosa, triunfal, sonriente; y no quiso tener tiempo sino para meditar en

que son adorables los cabellos dorados cuando flotan sobre las nucas marmóreas y en que hay rostros que valen bien por un alba.

Luego todo era delicioso. Aquellos quince años entre las rosas; quince años, sí, los estaban pregonando unas pupilas serenas de niña, un seno apenas erguido, una frescura primaveral, y una falda hasta el tobillo, que dejaba ver el comienzo turbador de una media de color de carne; aquellos rosales temblorosos que hacían ondular sus arcos verdes; aquellos durazneros con sus ramilletes alegres donde se detenían al paso las mariposas errantes llenas de polvo de oro, y las libélulas de alas cristalinas e irisadas; aquel cisne en la ancha taza, esponjando el alabastro de sus plumas, y zambulléndose entre espumajeos y burbujas, con voluptuosidad, en la transparencia del agua; la casita limpia, pintada, apacible, de donde emergía como una onda de felicidad; y en la puerta la anciana, un invierno, en medio de toda aquella vida, cerca de Mary, una virginidad en flor.

Ricardo, poeta lírico que andaba a caza de cuadros, estaba allí con la satisfacción de un goloso que paladea cosas exquisitas.

Y la anciana y la joven:

—¿Qué traes?

—Flores.

Mostraba Mary su falda llena como de iris hechos trizas, que revolvía con una de sus manos gráciles de ninfa, mientras sonriendo su linda boca purpurada, sus ojos abiertos en redondo dejaban ver un color de lapislázuli y una humedad radiosa.

El poeta siguió adelante.

III

Paisaje

A poco andar se detuvo.

El sol había roto el velo opaco de las nubes y bañaba de claridad áurea y perlada un recodo de camino. Allí unos cuantos sauces inclinaban sus cabelleras verdes hasta rozar el césped. En el fondo se divisaban altos barrancos y en ellos tierra negra, tierra

roja, pedruscos brillantes como vidrios. Bajo los sauces agobiados ramoneaban sacudiendo sus testas filosóficas —¡oh, gran maestro Hugo!— unos asnos; y cerca de ellos un buey gordo, con sus grandes ojos melancólicos y pensativos donde ruedan miradas y ternuras de éxtasis supremos y desconocidos, mascaba despaciosamente y con cierta pereza la pastura. Sobre todo flotaba un vaho cálido, y el grato olor campestre de las yerbas chafadas. Veíase en lo profundo un trozo de azul. Un huaso robusto, uno de esos fuertes campesinos, toscos héroes que detienen un toro, apareció de pronto en lo más alto de los barrancos. Tenía tras de sí el vasto cielo. Las piernas, todas músculos, las llevaba desnudas. En uno de sus brazos, traía una cuerda gruesa y arrollada. Sobre su cabeza, como un gorro de nutria, sus cabellos enmarañados, tupidos, salvajes.

Llegóse al buey en seguida y le echó el lazo a los cuernos. Cerca de él, un perro con la lengua fuera, acezando, movía el rabo y daba brincos.

IV

Aguafuerte

De una casa cercana salía un ruido metálico y acompasado.

En un recinto estrecho, entre paredes llenas de hollín, negras, muy negras, trabajaban unos hombres en la forja. Uno movía el fuelle que resoplaba, haciendo crepitar el carbón, lanzando torbellinos de chispas y llamas como lenguas pálidas, áureas, azulejas, resplandecientes. Al brillo del fuego en que se enrojecían largas barras de hierro, se miraban los rostros de los obreros con un reflejo trémulo. Tres yunques ensamblados en toscas armazones resistían el batir de los machos que aplastaban el metal candente, haciendo saltar una lluvia enrojecida. Los forjadores vestían camisas de lana de cuellos abiertos, y largos delantales de cuero. Alcanzábaseles a ver el pescuezo gordo y el principio del pecho velludo; y salían de las mangas holgadas los brazos gigantescos, donde, como en los de Amico, parecían los músculos redondas piedras de las que deslavan y pulen los torrentes. En aquella negrura

de caverna, al resplandor de las llamaradas, tenían tallas de cíclopes. A un lado, una ventanilla dejaba pasar apenas un haz de rayos de sol. A la entrada de la forja, como en un marco oscuro, una muchacha blanca comía uvas. Y sobre aquel fondo de hollín y de carbón, sus hombros delicados y tersos que estaban desnudos, hacían resaltar su bello color de lis, con un casi imperceptible tono dorado.

V

La virgen de la paloma

Anduvo, anduvo.

Volvía ya a su morada. Dirigiase al ascensor cuando oyó una risa infantil, armónica, y él, poeta incorregible, buscó los labios de donde brotaba aquella risa.

Bajo un cortinaje de madreselva, entre plantas olorosas y maceteros floridos, estaba una mujer pálida, augusta, madre, con un niño tierno y risueño. Sosteníale en uno de sus brazos, el otro lo tenía en alto, y en la mano una paloma, una de esas palomas albisimas que arrullan a sus pichones de alas tornasoladas, inflando el buche como un seno de virgen, y abriendo el pico de donde brota la dulce música de su caricia.

La madre mostraba al niño la paloma, y el niño en su afán de cogerla, abría los ojos, estiraba los bracitos, reía gozoso; y su rostro al sol tenía como un nimbo; y la madre con la tierna beatitud de sus miradas, con su esbeltez solemne y gentil, con la aurora en las pupilas y la bendición y el beso en los labios, era como una azucena sagrada, como una María llena de gracia, irradiando la luz de un candor inefable. El niño Jesús, real como un Dios infante, precioso como un querubín paradisiaco, quería asir aquella paloma blanca, bajo la cúpula inmensa del cielo azul.

Ricardo descendió, y tomó el camino de su casa.

VI

La cabeza

Por la noche, sonando aún en sus oídos la música del Odeón y los parlamentos de Astol; de vuelta de las calles donde escuchara el ruido de los coches y la triste melopea de los tortilleros, aquel soñador se encontraba en su mesa de trabajo, donde las cuartillas inmaculadas estaban esperando las silvas y los sonetos de costumbre, a las mujeres de los ojos ardientes.

¡Qué silvas! ¡Qué sonetos! La cabeza del poeta lírico era una orgía de colores y de sonidos. Resonaban en las concavidades de aquel cerebro martilleos de cíclope, himnos al son de tímpanos sonoros, fanfarrias bárbaras, risas cristalinas, gorjeos de pájaros, batir de alas y estallar de besos, todo como en ritmos locos y revueltos. Y los colores agrupados estaban como pétalos de capullos distintos confundidos en una bandeja, o como la endiablada mezcla de tintas que llena la paleta de un pintor...

ALBUM SANTIAGUES

I

Acuarela

Primavera. Ya las azucenas floridas y llenas de miel han abierto sus cálices pálidos bajo el oro del sol. Ya los gorriones tornasolados, esos amantes acariciadores, adulan a las rosas frescas, esas opulentas y purpuradas emperatrices; ya el jazmín, flor sencilla, tacha los tupidos ramajes como una blanca estrella sobre un cielo verde.

Ya las damas elegantes visten sus trajes claros, dando al olvido las pieles y los abrigos invernales.

Y mientras el sol se pone, sonrosando las nieves con una claridad suave, junto a los árboles de la Alameda que lucen sus cumbreres resplandecientes en un polvo de luz, su esbeltez solemne y sus hojas nuevas, bulle un enjambre humano, a ruido de música, de cuchicheos vagos y de palabras fugaces.

He aquí el cuadro. En primer término está la negrura de los coches que esplende y quiebra los últimos reflejos solares; los caballos orgullosos con el brillo de sus arneses, con sus cuellos estirados e inmóviles de brutos heráldicos; los cocheros taciturnos, en su quietud de indiferentes, luciendo sobre las largas libreas los botones metálicos flamantes; y en el fondo de los carruajes, reclinadas como odaliscas, erguidas como reinas, las mujeres rubias de los ojos soñadores, las que tienen cabelleras negras y rostros pálidos, las rosadas adolescentes que ríen con alegría de pájaro primaveral;

bellezas lánguidas, hermosuras audaces, castos lirios albos y tentaciones ardientes.

En esta portezuela está un rostro apareciendo de modo que semeja el de un querubín; por aquella ha salido una mano enguantada que se dijera de niño, y es de morena tal que llama los corazones; más allá se alcanza a ver un pie de cenicienta con un zapatito oscuro y media lila; y acullá, gentil con sus gestos de diosa, bella con su color de marfil amapolado, su cuello real y la corona de su cabellera, está la Venus de Milo, no manca, sino con dos brazos, gruesos como los muslos de un querubín de Murillo, y vestida a la última moda de París.

Más allá está el oleaje de los que van y vienen; parejas de enamorados, hermanos y hermanas, grupos de caballeritos irreprochables; todo en la confusión de los rostros, de las miradas, de los colorines de los vestidos, de las capotas; resaltando a veces en el fondo negro y aceitoso de los elegantes sombreros de copa, una cara blanca de mujer, un sombrero de paja adornado de colibríes, de cintas o de plumas o el inflado globo rojo, de goma, que pendiente de un hilo lleva un niño risueño, de medias azules, zapatos charolados y holgado cuello a la marinera.

En el fondo, los palacios elevan al azul la soberbia de sus fachadas, en las que los álamos erguidos rayan columnas hojosas entre el abejeo trémulo y desfalleciente de la tarde fugitiva.

II

Un retrato de Watteau

Estáis en los misterios de un tocador. Estáis viendo ese brazo de ninfa, esas manos diminutas que empolvan el haz de rizos rubios de la cabellera espléndida. La araña de luces opacas derrama la languidez de su girándula por todo el recinto. Y he aquí que al volverse ese rostro, soñamos en los buenos tiempos pasados. Una marquesa contemporánea de Madama de Maintenon, solitaria en su gabinete, da las últimas manos a su tocado.

Todo está correcto; los cabellos que tienen todo el Oriente en sus hebras, empolvados y crespos; el cuello del corpiño, ancho y

en forma de corazón hasta dejar ver el principio del seno firme y pulido; las mangas abiertas que muestran blancuras incitantes; el talle ceñido que se balancea, y el rico faldellín de largos vuelos, y el pie pequeño en el zapato de tacones rojos.

Mirad las pupilas azules y húmedas, la boca de dibujo maravilloso con una sonrisa enigmática de esfinge, quizá en recuerdo del amor galante, del madrigal recitado junto al tapiz de figuras pastoriles o mitológicas, o del beso a furto, tras la estatua de algún silvano, en la penumbra.

Vese la dama de pies a cabeza, entre dos grandes espejos; calcula el efecto de la mirada, del andar, de la sonrisa, del vello impalpable que agitará el viento de la danza en su nuca fragante y sonrosada. Y piensa, y suspira; y flota aquel suspiro en ese aire impregnado de aroma femenino que hay en un tocador de mujer.

Entretanto la contempla con sus ojos de mármol una Diana que se alza irresistible y desnuda sobre su plinto; y le ríe con audacia un sátiro de bronce que sostiene entre los pámpanos de su cabeza un candelabro; y en el ansa de un jarrón de Rouen lleno de agua perfumada, le tiende los brazos y los pechos una sirena con la cola corva y brillante de escamas argentinas, mientras en el plafón en forma de óvalo va por el fondo inmenso y azulado, sobre el lomo de un toro robusto y divino, la bella Europa, entre delfines áureos y tritones corpulentos, que sobre el vasto ruido de las ondas hacen vibrar el ronco estrépito de sus resonantes caracolas.

La hermosa está satisfecha; ya pone perlas en la garganta y calza las manos en seda; ya rápida se dirige a la puerta donde el carruaje espera y el tronco piafa. Y hela ahí, vanidosa y gentil, a esa aristocrática santiaguesa que se dirige a un baile de fantasía, de manera que el gran Watteau le dedicaría sus pinceles.

III

Naturaleza muerta

He visto ayer por una ventana un tiesto lleno de lilas y de rosas pálidas, sobre un trípode. Por fondo tenía uno de esos cor-

tinajes amarillos y opulentos, que hacen pensar en los mantos de los príncipes orientales. Las lilas recién cortadas resaltaban con su lindo color apacible, junto a los pétalos esponjados de las rosas té.

Junto al tiesto, en una copa de laca ornada con ibis de oro incrustados, incitaban a la gula manzanas frescas, medio coloradas, con la pelusilla de la fruta nueva y la sabrosa carne hinchada que toca el deseo; peras doradas y apetitosas, que daban indicios de ser todas jugo y como esperando el cuchillo de plata que debía rebanar la pulpa almibarada; y un ramillete de uvas negras, hasta con el polvillo ceniciento de los racimos acabados de arrancar de la viña.

Acerqueme, vilo de cerca todo. Las lilas y las rosas eran de cera, las manzanas y las peras de mármol pintado y las uvas de cristal.

IV

Al carbón

Vibraba el órgano con sus voces trémulas, vibraba acompañando la antifona, llenando la nave con su armonía gloriosa. Los cirios ardían goteando sus lágrimas de cera entre la nube de incienso que inundaba los ámbitos del templo con su aroma sagrado; y allá en el altar el sacerdote, todo resplandeciente de oro, alzaba la custodia cubierta de pedrería, bendiciendo a la muchedumbre arrodillada.

De pronto, volví la vista cerca de mí, al lado de un ángulo de sombra. Había una mujer que oraba. Vestida de negro, envuelta en un manto, su rostro se destacaba severo, sublime, teniendo por fondo la vaga oscuridad de un confesionario. Era una bella faz de ángel, con la plegaria en los ojos y en los labios. Había en su frente una palidez de flor de lis, y en la negrura de su manto resaltaban juntas, pequeñas, las manos blancas y adorables. Las luces se iban extinguendo, y a cada momento aumentaba lo oscuro del fondo, y entonces por un ofuscamiento, me parecía ver aque-

lla faz iluminarse con una luz blanca y misteriosa, como la que debe de haber en la región de los coros prosternados y de los querubines ardientes; luz alba, polvo de nieve, claridad celeste, onda santa que baña los ramos de lirio de los bienaventurados.

Y aquel pálido rostro de virgen, envuelta ella en el manto y en la noche, en aquel rincón de sombra, habría sido un tema admirable para un estudio al carbón.

V

Paisaje

Hay allá, en las orillas de la laguna de la Quinta, un sauce melancólico que moja de continuo su cabellera verde en el agua que refleja el cielo y los ramajes, como si tuviese en su fondo un país encantado.

Al viejo sauce llegan aparejados los pájaros y los amantes. Allí es donde escuché una tarde —cuando del sol quedaban apenas en el cielo un tinte violeta que se esfumaba por ondas, y sobre el gran Andes nevado un decreciente color de rosa que era como una tímida caricia de la luz enamorada— un rumor de besos cerca del tronco agobiado y un aleteo en la cumbre.

Estaban los dos, la amada y el amado, en un banco rústico, bajo el toldo del sauce. Al frente, se extendía la laguna tranquila, con su puente enarcado y los árboles temblorosos de la ribera; y más allá se alzaba entre el verdor de las hojas la fachada del palacio de la Exposición, con sus cóndores de bronce en actitud de volar.

La dama era hermosa; él un gentil muchacho, que le acariciaba con los dedos y los labios los cabellos negros y las manos gráciles de ninfa.

Y sobre las dos almas ardientes y sobre los dos cuerpos juntos cuchicheaban en lengua rítmica y alada las dos aves. Y arriba el cielo con su inmensidad y con su fiesta de nubes, plumas de oro, alas de fuego, vellones de púrpura, fondos azules flordelisados de

ópalo, derramaba la magnificencia de su pompa, la soberbia de su grandeza augusta.

Bajo las aguas se agitaban como en un remolino de sangre viva, los peces veloces de aletas doradas.

Al resplandor crepuscular, todo el paisaje se veía como envuelto en una polvareda de sol tamizado, y eran el alma del cuadro aquellos dos amantes: él moreno, gallardo, vigoroso, con una barba fina y sedosa, de ésas que gustan de tocar las mujeres; ella rubia —¡un verso de Goethe!— vestida con un traje gris lustroso, y en el pecho una rosa fresca, como su boca que pedía el beso.

VI

El Ideal

Y luego, una torre de marfil, una flor mística, una estrella a quien enamorar... Pasó, la vi como quien viera un alba, huyente, rápida, implacable.

Era una estatua antigua con un alma que se asomaba a los ojos, ojos angelicales, todos ternura, todos cielo azul, todos enigma.

Sintió que la besaba con mis miradas y me castigó con la majestad de su belleza, y me vio como una reina y como una paloma. Pero pasó arrebatadora, triunfante, como una visión que deslumbra. Y yo, el pobre pintor de la Naturaleza y de Psiquis, hacedor de ritmos y de castillos aéreos, vi el vestido luminoso de la hada, la estrella de su diadema, y pensé en la promesa ansiada del amor hermoso. Mas de aquel rayo supremo y fatal, sólo quedó en el fondo de mi cerebro un rostro de mujer, un sueño azul.

CARTA DEL PAIS AZUL

Paisajes de un cerebro

¡Amigo mío! Recibí tus recuerdos, y estreché tu mano de lejos, y vi tu rostro alegre, tu mirada sedienta, tus narices voluptuosas que se hartan hoy de perfume de campo y de jardín, de hoja verde y salvaje que se estruja al paso, o de pomposa genciana en su macetero florido. ¡Salud!

Ayer vagué por el país azul. Canté a una niña; visité a un artista; oré como un creyente en un templo, yo el escéptico; y yo, yo mismo, he visto a un ángel rosado que desde su altar lleno de oro, me saludaba con las alas. Por último, ¡una aventura! Vamos por partes.

¡Canté a una niña!

La niña era rubia, esto es, dulce. Tú sabes que la cabellera de mis hadas es áurea, que amo el amarillo brillante de las auras, y que ojos azules y labios sonrosados tienen en mi lira dos cuerdas. Luego, su inocencia. Tenía una sonrisa castísima y bella, un encanto inmenso. Imagínate una vestal impúber, toda radiante de candidez, con sangre virginal que le convierte en rosas las mejillas.

Hablaba como quien arrulla, y su acento de niña, a veces melancólico y tristemente suave, tenía blandos y divinos ritornelos. Si se tornase flor, la buscaría entre los lirios; y entre éstos, elegiría el que tuviera dorados los pétalos o el cáliz azul. Cuando la vi, hablaba con un ave; y como que el ave le comprendía; porque tenía el ala y abría el pico, cual si quisiera beber la voz armónica. Canté a esa niña.

Visité a un artista, a un gran artista que, como Myrón y su Discóbolo, ha creado su Jugador de Chueca. Al penetrar en el taller de este escultor, parecíame vivir la vida antigua; y recibía como murmurada por labios de mármol, una salutación en la áurea lengua jónica que hablan las diosas de brazos desnudos y de pechos erectos.

En las paredes reían con su risa muda las máscaras, y se destacaban los relieves, los medallones con cabezas de serenos ojos sin pupila, los frisos cincelados, imitaciones de Fidias, hasta con los descascaramientos que son como el roce de los siglos, las metopas donde blanden los centauros musculosos sus lanzas; y los esponjados y curvos acantos, en pulidos chapiteles de columnas corintias. Luego, por todas partes estatuas; el desnudo olímpico de la Venus de Milo y el desnudo sensual de la de Médicis, carnosos y decadentes; figuras escultóricas brotadas al soplo de las grandes inspiraciones; unas soberbias, acabadas, líricamente erguidas como en una apoteosis, otras modeladas en la greda húmeda, o cubiertas de paños mojados, o ya en el bloque desbastado, en su forma primera, tosca y enigmática; o en el eterno bronce de carne morena, como hechas para la inmortalidad y animadas por una llama de gloria. El escultor estaba allí, entre todo aquello, augusto, creador, con el orgullo de su traje lleno de yeso y de sus dedos que amasaban el barro. Al estrechar su mano, estaba yo tan orgulloso como si me tocase un semidiós.

El escultor es un poeta que hace un poema de una roca. Su verso chorrea en el horno lava encendida, o surge inmaculado en el bloque de venas azulejas, que se arranca de la mina.

De una cantera evoca y crea cien dioses. Y con su cincel destroza las angulosidades de la piedra bronca y forma el seno de Afrodita o el torso del padre Apolo. Al salir del taller, parecióme que abandonaba un templo.

Noche. Vagando al azar, dí conmigo en una iglesia. Entré con desparpajo; mas, desde el quicio ya tenía el sombrero en la mano; y la memoria de los sentidos me llenaba, y todo yo estaba conmovido. Aun resonaban los formidables y sublimes trémolos del órgano. La nave hervía. Había una gran muchedumbre de mantos negros; y en el grupo extendido de los hombres, rizos rubios de niños, cabezas blancas y calvas; y sobre aquella quietud del templo, flotaba el humo aromado, que de entre las ascuas de los incensarios de oro emergía, como una batista sutil y desplegada que arrugaba el aire; y un soplo de oración pasaba por los labios y conmovía las almas.

Apareció en el púlpito un fraile joven, que lucía lo azul de su cabeza rapada, en la rueda negra y crespada de su cerquillo. Pálido, con su semblante ascético, la capucha caída, las manos blancas juntas en el gran crucifijo de marfil que le colgaba por el pecho, la cabeza levantada, comenzó a decir su sermón como si cantara un himno. Era una máxima mística, un principio religioso sacado del santo Jerónimo. Si alguno viene a mí, y no olvida a sus padres, mujer e hijos y hermanos, y aún su propia vida, no puede ser mi discípulo; y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, para una vida eterna se guarda. Había en su palabra llanto y trueno; y sus manos al abrirse sobre la muchedumbre parecían despararramar relámpagos. Entonces, al ver al predicador, la ancha y relumbrosa nave, el altar florecido de luz, los cirios goteando sus estalactitas de cera; y al respirar el olor santo del templo, y al ver tanta gente arrodillada, dobléme de hinojos y pensé en mis primeros años: la abuela, con su cofia blanca y su rostro arrugado y su camándula de gordos misterios; la catedral de mi ciudad donde yo aprendí a creer; las naves resonantes, la custodia adamantina, y

el ángel de la guarda, a quien yo sentía cerca de mí, con su calor divino, recitando las oraciones que me enseñaba mi madre. Y entonces oré. ¡Oré, como cuando niño juntaba las manos pequeñas!

Salí a respirar el aire dulce, a sentir su halago alegre, entre los álamos erguidos, bañados de plata por la luna llena que irradiaba en el firmamento, tal como una moneda argentina sobre una ancha pizarra azulada llena de clavos de oro. El asceta había desaparecido de mí: quedaba el pagano. Tú sabes que me place contemplar el firmamento para olvidarme de las podredumbres de aquí abajo. Con esto creo que no ofendo a nadie. Además, los astros me suelen inspirar himnos, y los hombres, yambos. Prefiero los primeros. Amo la belleza, gusto del desnudo; de las ninfas de los bosques, blancas y gallardas; de Venus en su concha y de Diana, la virgen cazadora de carne divina, que va entre su tropa de galgos, con el arco en comba, a la pista de un ciervo o de un jabalí. Sí, soy pagano. Adorador de los viejos dioses, y ciudadano de los viejos tiempos. Yo me inclino ante Júpiter porque tiene el rayo y el águila; canto a Citerea porque está desnuda y protege el beso de dos bocas que se buscan; y amo a Pan porque, como yo, es aficionado a la música y a los sonoros ditirambos, junto a los riachuelos armoniosos, donde triscan las náyades, la cadera sobre la linfa, el busto al aire, todas sonrosadas al beso fecundo y ardiente del gran sol. En cuanto a las mujeres, las amo por sus ojos que ponen luz en el alma de los hombres; por sus líneas curvas, por sus fuertes aromas de violeta y por sus bocas que parecen rosas. Otros busquen las alcobas vedadas, los lechos prohibidos y adúlteros, los amores fáciles: yo me arrodillo ante la virgen que es un alba, o una paloma, como ante una azucena sagrada, paradisíaca. ¡Oh, el amor de las torcaces! En la aurora alegre se saludan con un arrullo que se asemeja al preludio de una lira. Están en dos ramas distintas, y Céfiro lleva la música trémula de sus gargan-

tas. Después, cuando el cénit llueve oro, se juntan las alas y los picos, y el nido es un tálamo bajo el cielo profundo y sublime, que envía a los alados amantes su tierna mirada azul.

Pues bien, en un banco de la Alameda me senté a respirar la brisa fresca, saturada de vida y de salud, cuando vi pasar una mujer pálida como si fuera hecha de rayos de luna. Iba recatada con manto negro. La seguí. Me miró fija cuando estuve cerca, y ¡oh amigo mío! he visto realizado mi ideal, mi sueño, la mujer intangible, becqueriana, la que puede inspirar rimas con sólo sonreír, aquella que cuando dormimos se nos aparece vestida de blanco, y nos hace sentir una palpitación honda que estremece corazón y cerebro a un propio tiempo. Pasó, pasó huyente, rápida, misteriosa. No me queda de ella sino un recuerdo; mas no te miento si te digo que estuve en aquel instante enamorado; y que cuando bajó sobre mí el soplo de la media noche, me sentí con deseos de escribirte esta carta, del divino país azul por donde vago, carta que parece estar impregnada de aroma de ilusión; loca e ingenua, alegre y triste, doliente y brumosa; y con sabor a ajeno, licor que, como tú sabes, tiene en su verde cristal el ópalo y el sueño.

DON MIGUEL LUIS AMUNATEGUI

Hace pocos días, lamentando la muerte del hombre ilustre que Chile acaba de perder, me decía el señor Lastarria: más que político, más que educacionista, más que todo, Amunátegui era escritor.

Y el maestro decía una gran verdad.

Ha perdido la literatura americana una de sus primeras columnas. En México, en la América del Sur, en Centro América, habrá muchos diarios que vestirán luto al saberse la noticia de esta grande y triste desaparición. Era Amunátegui investigador incansable.

Laborioso y fecundo, sus libros están llenos de buena erudición, y son sano alimento de espíritus estudiosos.

Este trabajador alzó al gran Andrés Bello un monumento, cuando tras de descifrar los viejos manuscritos, tras arreglar y coordinar, dio al público la edición nacional completa de las obras del sabio, y le escribió su vida como quien levanta un pórtico.

No tenía Amunátegui pompa y resplandor en el estilo; pero sí ternura y fragancia clásicas. Escribía en períodos cortos, como quien dice apotegmas; y claros, como quien desparrama luces y enseña. Sobre todo, su gran facultad de investigación le tornaba en libro vivo. Sé de él que nadie volvió de su gabinete de estudio sin llevar satisfecha la cabeza y resuelta su consulta. Y que todo joven estudioso tenía en él un amigo, y que no era avaro de sus conocimientos, antes bien, derrochador. Gustábale borrar toda ignorancia y en su cátedra todo hambriento de saber quedaba harto.

Con su hermano don Gregorio Víctor escribió algunas de sus mejores obras.

Fueron ambos, como dijo últimamente un distinguido amigo suyo, gemelos de alma y corazón. Es hermoso, es plausible, es glorioso siempre, eso de ver dos hermanos unidos en las vastas tareas del espíritu. Los Goncourt, los Hugo, los Daudet; en Venezuela los Calcaños, y entre nosotros los Alempartes y los Amunáteguis. Van soberbios, juntos, por el camino de la bella gloria.

Alguien ha asegurado, y aun muchos lo dicen, que de los libros de don Miguel son mejores los primeros, los que escribió de joven. Si se busca lo fresco y lo galano, sí; mas doctrina y saber, más hay en los últimos.

Y esto es natural, puesto que los caudales de erudición y de fuerza aumentan a medida de la investigación y del estudio, los cuales, en varón tan laborioso, acrecentaron con los años.

Cuando llegue a Centro América, mi tierra, la triste nueva del fallecimiento de este hombre, todo lo que allá luce, todo lo que allá alienta en letras se conmoverá. Lo sentirá Valero Pujol, ese historiador y escritor hispano que escribió sobre Amunátegui en *La República* de San Salvador, uno de sus más bellos estudios; le llorará Cañas, el poeta, que tanto le quería; lo sentirá Gavidia porque le conocía el espíritu a fondo; Pedro Ortiz, porque le ha estudiado y escrito sobre él y sus hermosos artículos; y si el viejo Ayón, una de nuestras más elevadas glorias, viviera con su fina cabellera cana y su fuerte cerebro, lamentaría y mucho a quien fue una de sus mejores fuentes de consultas, cuando escribía el anciano ilustre su *Historia de Nicaragua*. Y más que todo, le sentirá la juventud, en todas partes firme, en todas partes sedienta, en todas partes aurora.

Bien hayan los grandes hombres que aman lo que se levanta, que protegen lo que tiene en su mano el porvenir.

Cuando se enseña se es padre, porque en la vida moral se forman hijos.

La mejor de las memorias que se conservarán de Amunátegui, será la de los que recibieron sus enseñanzas, la de los que oyeron su palabra en el Instituto, la de los que se abrevaron en su fuente.

Tendrá bustos en las Academias, estatuas en las plazas públicas, laureles y fama en las obras de los críticos; pero en el corazón de los estudiantes tendrá un recuerdo inmortal.

Eso recogen los que siembran santa semilla de luz en buena tierra. Bravos hombres, viriles trabajadores, sacerdotes de una religión augusta, tienen el privilegio de que se agiten palmas sobre sus tumbas, de que se dé a su cuerpo el mármol y a su alma gloria espléndida.

Los trabajos de Amunátegui serán siempre admirados, y los escritores futuros tendrán en ellos un magnífico venero de ricos datos, de noticias valiosas, inapreciables para los que ahonden la historia patria y la literatura española. El estudiaba para enseñar, y a través del tiempo se escucharán sus lecciones.

Los libertadores de hombres que con la espada fracasan tronos y rompen cadenas son ensalzados, y su recuerdo provoca el himno y llama a la boca la bendición. Así los que arrancan al espíritu de la sombra, los que dan brillo de ciencia al cerebro esclavo de la ignorancia, los redentores del que no sabe, los que por acero tienen la palabra alada y vibrante, son loados, son bendecidos y se echan sobre sus cuerpos muertos las alabanzas como si se vaciasen cestos de rosas.

El vivirá, y a los que hoy le lloran y lamentan su partida, puede decírseles hablando la santa lengua del Evangelio: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?"

LA SEMANA

Había un orto dulce y bello esta mañana. Yo, que casi nunca veo la aurora, estaba preocupado por tener que iniciar hoy estas revistas semanales de *El Herald*o y, lo que es peor, sin hallar sobre qué escribir la primera.

Pero es preciso no conocer lo que es el alba, para no buscar en ella lo que se necesita, sobre todo los poetas.

Fui, pues, a orillas del mar acerado y medio dormido, siempre solemne.

En el horizonte había oro franjeado de sangre, y acababan de cerrar sus pétalos luminosos las margaritas del celeste jardín.

El pobre narrador de cuentos, el pobre poeta, meditaba en lo dificultoso de su situación de revistero. Y sobre todo, de revistero en la buena ciudad de Valparaíso.

El *croniqueur* de capa y espada, el que se entra por el campo de la política y canta claro y es audaz y es firme, tiene ya buena suerte, me decía. Y al decir esto, pensaba en *Juan de Santiago*, ese parisiense de Chile (1).

Pero para mí está vedado ese campo. Me defiende de entrar en esas luchas mi santa coraza de extranjero cumplido.

No me ocuparé, pues, en nada que con tales asuntos se relacione.

Y luego pensaba en que sería algo exótico en este gran pueblo de comercio y de actividad, dar al viento la palabra soñadora,

¹ Juan de Santiago es seudónimo de Rafael Egaña.— R.S.C.

el oropel del estilo "decadente" aunque espontáneo; y casi habría desistido de mi propósito, si no hubiese venido a mi cerebro una idea salvadora, de allá, de la luz nueva, del horizonte encendido, de la mañana alegre.

Vi que existe entre nosotros un mundo aparte, para el cual todo oro y sueño son pocos: el mundo de las mujeres. Escribiré —me dije— para tales lectoras. Sobre todo, sé que las de *El Heraldo* son muchas.

Pláceme tener la honra de anunciarles que todos los sábados me dirigiré a ellas, bajo el patronato de sus blandas indulgencias; y que si solamente sus ojos pasaran sobre las líneas que debo escribir, sin más ambición, me consideraría el más dichoso de los narradores, pues tengo la creencia de que el eterno femenino es la eterna gloria.

Los monstruos han estado de moda en Santiago.

Hace poco tiempo se presentó a la intendencia una mujer que pedía se le concediera poder exhibir a un hijo suyo, deforme, con el objeto de ganar lo suficiente para hacerle una operación que le dejaría sano y libre de su defecto. Este es el de tener otro cuerpo que le sale del pecho, con un brazo.

Además, se presentó otra madre con un hijo que tiene diez años y aparenta dos. Nosotros hemos visto aquí mismo, en Valparaíso, una viejecita que tenía de cuarenta a cincuenta y parecía de cuatro.

Viendo estos casos no hay sino pensar que tiene la naturaleza sus raros caprichos. Bien conocidos son el hombre-perro, el hombre-cíclope, los hermanos siameses, el hombre de dos cabezas y otros cuantos.

De antiguo se sabe que no eran tan raros estos fenómenos. En un tiempo se creían formados por influencias sobrenaturales. Desde Filetas Coo, que era tan delgado que se puso planchas de plomo en los pies para que no se lo llevase el aire, hasta los hom-

lres con pies de cabra que dice Alberto Magno que cogieron en Sajonia, larga es la lista de los monstruos conocidos.

En Tartaria, según Enrico Zormano, había hombres con sólo un pie y un brazo que les salía del pecho. San Antonio vio hombres casi sátiros, y Vincencio conoció a un sujeto que tenía cabeza de perro.

La gran fuerza creadora, como dijimos antes, tiene sus caprichos. En las flores coloca a la flor carnívora, eslabón quizá el más cercano entre el vegetal y el animal; en el mineral, el carbunclo fabuloso; en el rayo, la luz misteriosa, y en el hombre, el monstruo, con cerebro de semidiós o con cabeza de dogo.

De los monstruos pasemos a los ángeles.

Nos llena desde hace días la inmigración de verano. Nuestras calles hierven. Hay una muchedumbre de rostros nuevos, y una animación bulliciosa por todas partes. Se pasea, se goza. Las santiaguinas han venido a la visita anual al mar saludable, al puerto alegre, al aire libre y salado que les insufla vida en los pulmones y les sonrosa las mejillas. Vese en las noches la calle del Cabo llena de luz y de rostros bellos. Ha habido una irrupción de hermosuras. Porteñas y santiagueñas forman un solo cuerpo.

De las últimas han emigrado también muchas a los lugares de moda. Viña del Mar tiene hoy sus *chalets* colmados de rosas. Las que vienen de la brillante Santiago son a modo de aves que dejando las jaulas doradas, buscan el aire y se hunden en él, y sacuden el plumaje en vuelo libre. Dejan los salones donde hubo calor y fiesta y ruido en el invierno; y las alamedas verdes, las acacias floridas en la época más dulce del año.

Las nostálgicas de la primavera vienen buscando frescura en el suave viento que sala el gran Océano; vienen a ser Galateas en la playa porteña, donde la onda es dura y la espuma soberbia. Nostálgicas de la primavera, ¡aquí tienen el sol resplandeciente, el cielo estrellado y el agua inmensa!

Es de ver en las mañanas a las que vuelven del baño. Visten por lo general trajes de colores claros, de telas ligeras, propias de la estación, y llevan su pequeña maleta de bañadoras, blanca y ceñida con fajas de cuero. Los rostros frescos, rosados, los ojos lucientes. El gran sol que aún sube, los llena de su luz oblicua y vibrante. Casi se diría, con tanta flor hermosa y fresca, que estamos en el tiempo primaveral.

Lástima que entre todo este movimiento, en este bello y dichoso cuadro, ponga su nota oscura y triste la terrible epidemia que nos azota.

No obstante, Valparaíso se divierte.

Díganlo si no las fiestas de mañana, en conmemoración de una gran gloria, y las dispuestas para divertimento de los que deseen otras alegrías.

Gran día será el de mañana, aniversario de la jura de la independencia. Se desplegarán pabellones y banderolas, se asordará la bahía a cañonazos, se quemará mucha pólvora, y las músicas militares harán vibrar sus himnos.

Valparaíso se divierte.

Quiénes irán al paseo que se tiene preparado a Concón, y gozarán de un buen rato navegando, como no se mareen; quiénes concurrirán al Nacional, a ver a los acróbatas de Dockrill, a los hombres elásticos y a los caballos veloces.

Por la noche se asistirá a un concierto en el teatro de la Victoria, concierto que promete ser magnífico; y en el gran festival que prepara el maestro Cesari se oirá música escogida; todo bueno, y entre lo mejor, un *potpourri* de Lohengrin de Wagner, el artista genial, el músico poeta, el revolucionario e inspirado creador de la "música del porvenir".

¡Día alegre! Estruendo y fanfarria, luces y barcos de gala. Todos los días lloramos los sombríos desaparecimientos, las profundas tristezas, y todos los días toca nuestra puerta la franca-chela con su cascabel sonoro.

El siniestro cólera morbo no apaga las llamas vivaces. ¡Y así rueda el mundo! El mundo, que sería insoportable sin sus altibajos, sin sus locuras, sin sus ansias y sin sus contrastes.

Y yo, al salir el sol, pensaba esta mañana, de cara al mar, soñador y meditabundo, en como Dios junta y confunde las alegrías y los pesares; las fechas luctuosas con los días solemnes y llenos de gloria, el lamento de ayer con el placer de hoy.

El cielo estaba encendido. Recordé lo que dice Armand Silvestre, el amable maestro y amigo:

Las lágrimas verdaderas, como las alegrías verdaderas, son fugaces, pasan repentinamente.

Y bien, exclamé: ¡a divertirse! En tanto que la aurora, del todo fuera de su lecho y toda espléndida, tendía su abanico de púrpura y oro, abierto a la manera de la irisada cola de un encantado pavo real.

LA SEMANA

No es la gran lucha política con sus agitaciones sordas o estallantes, ni los *meetings* donde se lanzan palabras como si se enarbolasen banderolas; ni los cuchicheos que corren de labio en labio, ni los discursos fogosos y resueltos de los oradores populares, ni los llamados a combate de opinión por los partidos opuestos, ni las marejadas de hojas sueltas que se esparcen a puños por las calles, encendiendo entusiasmos, atizando pasiones, poniendo a la vista general llenas de mérito y brillantes de elogios las figuras de los personajes que se desea lleven la voz del pueblo al recinto del Congreso; ni es el choque de los soldados chilenos con argentinos ahí por Llaima, en la cordillera, donde por bravear éstos y serlo lanzaron una descarga que dio muerte a uno de Chile, siendo causa de que estos rotos bravíos, leones en la cólera, se lanzasen a ellos y les destrozasen once hombres a filo de sable; ni festival pomposo, ni la despedida de los veraneantes a los primeros soplos invernales en esta semana, ocupan mi atención, ni mueven mi pluma; son dos fiestas fúnebres y solemnes, dos grandes manifestaciones de esas en que el sentimiento se exalta y el pensar sube a cosas augustas y vemos que el ser y el todo humano se vuelven a nuestros ojos resplandecientes con talla y apariencia de semidiós.

Bien se sabe que estos bomberos de Chile son únicos; que son de historia hermosa y de ardor en los pechos y caballeros de guante crema en los parques y jardines y audaces con la escalera al hombro o pitón en mano.

Por eso fue conmovedora hasta grado sumo, hasta las lágrimas, la fiesta que en Santiago se hizo en los últimos días, en

salas bien ornadas de la Tercera Compañía, donde se colocaron en hora triunfante y bella los simulacros de dos héroes de las bombas chilenas, Johnson y Ramírez.

Causa de emoción fue aquello, y algo propio de laureles verdes y odas pindáricas, y aplausos y frases lapidarias en labios de poetas y oradores.

Fueron a la fiesta comisiones de todas las Compañías, orgullosas con sus uniformes de colores y sus cascos que quiebran la luz en el charol o el bronce, fueron como a cumplir un deber alto, a una ceremonia triunfal y rara, a ver cómo a dos compañeros muertos en la lucha de la llama, del ascua, del humo que ahoga y el muro que aplasta, se les ponía en lugar de inmortalidad; pues no es tanta y tan grande la vida que el arte ha dado a sus figuras como la que tienen en la memoria de todos los que admiran y veneran sus sublimes y espléndidos sacrificios.

Estaba la viuda de Johnson en la fiesta, con su semblante triste y sereno de viuda de héroe; muchas damas santiaguinas la acompañaban, y era de ver lo envidiable de la figura enlutada de la hermosa señora, melancólica en su gloriosa desolación, atrayéndose todos los ojos, siendo objeto de los halagüenos y callados cuchicheos que son una especie de incienso en ocasiones semejantes.

Cato estaba también. A Cato todos lo conocen, desde que debiendo quizá seguir en el viaje trágico a sus dos compañeros, Dios quiso salvarle. Cato libró de la muerte y entró al grandioso cariño de todos los que conocen el hecho de cómo estando cerca de la muerte, la muerte lo respetó.

Cato estaba conmovido. Se le veía en los ojos la humedad de las fuertes impresiones, y ese bombero casi lloró cuando con el sonoro estallido del cobre armónico, oyó que las cornetas tocaban diana al pronunciarse, al pasar lista, el nombre suyo saludado en explosiones de intensos clamores.

Bien se sabe que en tales ceremonias, al revistarse a todos, los muertos viven. Es una luminosa y ardiente resurrección del recuerdo, un llamamiento, un golpe que se da en las puertas de

lo infinito, diciendo a los hermanos que se rememoran: "No habéis desaparecido para nosotros".

Así se llamó a Vicuña Mackenna, y Vicuña debe de haberlo oído en su tumba. Y así se hizo con otros memorables difuntos, y sus nombres fueron pronunciados como palabras sacras y victoriosas.

Se descubrieron los retratos de los dos bomberos, y todo el mundo sintió entonces ahí la tempestad en los nervios y el grito en la boca y el aplauso en la palma de las manos.

En la hermosa fiesta eran en sus cuerpos las figuras principales, entre otras, Llona, Rojas, Izquierdo. Cumplían al ocupar sus puestos, cual si estuviesen llenos del deber de un sacerdocio.

Cuando a Cato se le puso la medalla en el pecho, habría sido difícil no sentir conmovida el alma por un eco unísono formidable.

Había en las palabras himnos y en los ojos ardentía, y se deseaban palmas para agitarlas como en los viejos tiempos, y todos se sentían cubiertos y vanidosos por la gloria ajena que era la propia. Cato recibía sus premios y estaba entonces trémulo cual si sufriera un peso enorme con tanto soberbio gozo.

La banda del Buin tocaba en los intermedios de tan hermosa fiesta. Había un ambiente feliz, magnífico, soberano. Brillaba una luz de apoteosis en el sol de entonces.

Un poeta envió unos versos en loor de los mártires, y fueron recitados con brillo.

¡Oh! y había razón en todo.

Eran dos mozos los muertos, dos mozos robustos y con porvenir lleno de aurora.

El uno padre, el otro enamorado. El uno con hijos, amor intenso, pedazos de alma, dicha todos; el otro viendo la ilusión junto a él, caballero joven que tenía en su cabeza un casco de oro, ese yelmo de la ilusión que baña de luz la esperanza y pone el cerebro soñador y el alma dulce.

Pero en aquel hombre había hierro. El carácter, la potencia de voluntad, el arrojo, son cualidades que resplandecen y arrastran.

Ambos lo dejaron todo, ambos se lanzaron en ese torbellino áureo y chispeante del incendio, de donde el bombero saca o la muerte o la gloria. Para ellos era un clarín de honor ese grito de la bomba humeante y convulsa; un clamor de animación, un eco de empuje el sonar los clarines de los compañeros.

La pared que cae, el edificio bamboleante, la hoguera amenazadora no amedrentan al esforzado. Y todos los bomberos chilenos llevan esa divisa. Cada cual podría ser un héroe en situaciones semejantes.

Los griegos eran artistas en todo, y los romanos también en mucho. Es lo cierto que eran más poetas que nosotros. Encuentro triunfante que un Rey pretenda aprisionar al Océano y darle azotes. Mas creo mejor lo nuestro, domar la hoguera, reinar en el fuego, apagar explosiones, aherrajar la chispa; que el hombre con un casco de cuero domine la llama, más que un Rey, con una corona de oro, impere en la tromba.

Es bello el bombero en su tarea. Tiene elementos en contra y en favor, pero en todos grandeza y poesía. El fuego le da ante todo sus jardines llameantes, sus ardores luminosos, sus destrucciones que infunden asombro; el viento sopla para ellos enemigo, esparciendo con sus grandes alas invisibles los remolinos candentes, y el agua que ya se evapora, ya chirría en la brasa, ya cae en lluvia rápida, forma arrojada por las mangueras e iluminado el chorro por el fuego, plumeros irisados, rosas cristalinas, penachos de diamantes, en el aire fugaz y caprichoso que vuela sobre todo.

Así luchan esos trabajadores que son poetas sin quererlo.

Así se hacen heroicos y ganan las odas, las estatuas de mármol, las efigies hechas por buenos pintores y los inextinguibles ditirambos.

Así el bombero de Brooklin, histórico y poético, con el niño abrazado, tiene monumento en los Estados Unidos, como Tenderini y sus compañeros en Valparaíso.

A Cato, que vivió, se le dio medalla de oro, y grande y pulida y de aquellas que recuerdan nobles hechos. Para él debe valer tanto como un busto en vida.

Y para Cato deben llevarse la mano al casco los bomberos chilenos, porque es uno de aquellos que en los ejércitos son saludados por las vibraciones de los mejores clarines y por los redobles y dianas de los más sonantes tambores.

Así se ha recordado a los héroes.

De distinto género, pero siempre sentida, siempre grande, ha sido la fiesta fúnebre que los alemanes de Valparaíso han hecho en esta semana para conmemorar la muerte del gran Emperador Guillermo de Alemania.

No fue el local como en la fiesta de Santiago, cuartel de bomberos, sino un club gimnástico germánico; no se trataba de héroes del deber sino de un soberano cuyo nombre refulge como la luz y pesa como el hierro.

En el Deutscher Turnverein, en el lugar donde la juventud alemana porteña educa el músculo y la voz y el alma, y se afianza en la comunidad y en el amor a su gloriosa patria; ahí, en ese gimnasio donde se recuerdan los buenos tiempos griegos, los tiempos de Alcibíades y de Pericles, y se da cultivo al cuerpo y se aumenta la vida y se aplaude al que tira una bola férrea a modo de discóbolo o salta en vuelo elástico, o se cuelga de una barra y hace en el aire fantaseos de vigor; ahí donde se hacen los hombres robustos, donde los adolescentes se inician en el arte de la fuerza y donde esos vagos teutónicos dan el ejemplo del amor a la potencia física, desdeñada por nuestra raza latina, tan soñadora cuanto canija y poco desenvuelta, en ese local en que todos los años la colonia alemana acostumbraba celebrar el natalicio del Emperador Guillermo, con música escogida y canto clásico, y alegría aristocrática y versos de uno de los mejores escritores del *Deutsche Nachrichten*, se han reunido con motivo de la muerte del famoso monarca, recién lamentado, nacionales y extranjeros,

sobre todo alemanes, en concurrencia fúnebre y brillante, para dedicar un recuerdo al regio difunto y tejer a su memoria como una corona inmortal.

Verían los hijos del bello país de la Alemania cómo nuestras mejores representaciones llegaron en nombre del Gobierno chileno y del país mismo a formar parte de la escogida concurrencia. Ahí estaban el Contra-Almirante Uribe y el Ministro de Relaciones Exteriores y dos Edecanes del Presidente de la República, con galones que chispeaban a la luz; ahí una gran muchedumbre de lo que hay de noble y distinguido en esta gran ciudad de comercio y de mar, ricos propietarios, cónsules y comerciantes.

Y también las damas. Había muchas, más alemanas que chilenas, y abundaban las niñas rubias, de azules ojos y bocas rosadas, prestas desde el principio para cantar coros místicos en la ceremonia religiosa. Vestían las niñas de blanco, adornados los trajes con crespones, y abejeaba por aquellos rostros infantiles como una placidez y dulzura angelicales.

Allá en el fondo del vasto salón, había como un arco de palmas, y bajo de él se erguía líricamente el busto del Kaiser.

Encima del busto y a los lados, los colores del pabellón germánico se veían enlutados, y la imperial cruz de hierro se figuraba en el cielo con matices bien dispuestos por manos artísticamente patrióticas.

Reinaba el tono obscuro. De negro riguroso vestían los concurrentes; el arrayán formaba arcadas góticas y fragmentos de templetes medioevales, y abajo, rodeando el imperial busto, las niñas estaban en línea, con sus trajes albos como una sarta de lirios.

Luego estallaron los himnos armónicos, las oraciones cantadas a modo de antifonas, y el sermón severo y conmovedor del pastor protestante Fiedler que recordaba al soberano muerto. Y al hablar con su voz serena y vibrante, entre coros de frescas niñas, se me antojaba un sacerdote antiguo, rodeado de canéforas.

ARTE Y HIELO

A Carlos T. Robinet

Imagináosle en medio de su taller, al soberbio escultor, en aquella ciudad soberbia. Todo el mundo podía verle alto, flaco, anguloso, con su blusa amarilla a flores rojas, y su gorro ladeado; entre tantas blancas desnudeces, héroes de bronce, hieráticos gestos y misteriosas sonrisas de mármol. Junto a una máscara barbuda un pie de ninfa o un seno de bacante, y frente a un medallón moderno, la barriga de un Baco, o los ojos sin pupila de una divinidad olímpica.

Imagináosle orgulloso, vanidoso, febril, pujante.

Imagináosle esclavo de sus nervios, víctima de su carne ardiente y de su ansiar profundo, padre de una bella y gallarda generación inmóvil, que le rodeaba y le inspiraba, y pobre como una rata.

¡Imagináosle así!

Villanieve era un lugar hermoso —inútil, inútil ¡no le busquéis en el mapa!—, donde las mujeres eran todas como diosas, erguidas, reales, avasallantes, y también glaciales. Muy blancas, muy blancas, como cinceladas en témpanos, y con labios muy rojos que rara vez sonreían. Gustaban de las pedrerías y de los trajes opulentos; y cuando iban por la calle, al ver sus ademanos cadentes,

sus cabezas rectas y sus pompas, se diría el desfile de una procesión de emperatrices.

En Villanieve estaba el escultor, grande y digno de gloria; y estaba ahí, porque al hombre, como al hongo, no le pide Dios elección de patria. Y en Villanieve nadie sabía lo que era el taller del escultor, aunque muchos le veían.

Un día, el artista tuvo un momento de lucidez, y viendo que el pan le faltaba y que el taller estaba lleno de divinidades, envió a una de tantas a buscar pan a la calle.

Diana salió, y con ser casta diva, produjo un ¡oh! de espanto en la ciudad.

¡Qué! ¡Y era posible que el desnudo fuese un culto especial del arte!

¡Qué! Y esa curva saliente de un brazo, y esa redondez del hombro y ese vientre, ¿no son una profanación tremenda? Y luego:

—¡Dentro! ¡dentro! ¡Al taller de donde ha salido!

Y Diana volvió al taller con las manos vacías.

El escultor se puso a meditar en su necesidad.

—¡Buena idea! ¡buena idea!, pensó.

Y corrió a una plaza pública donde concurrían las más lindas mujeres y los hombres mejor peinados que conocen el último perfume de moda, y ciertos viejos gordos que parecen canónigos, y ciertos viejos flacos que cuando andan parece que bailan un minué. Todos con los zapatos puntiagudos y brillantes y un mirar de "qué se me da a mí", bastante inefable.

Llegóse al pedestal de una estatua y comenzó:

—Señores: yo soy fulano de tal, escultor orgulloso, pero muy pobre. Tengo Venus desnudas o vestidas.

Os advertiré que yo amo el desnudo. Mis Apolos no os desagradarán, porque tienen una crin crespada y luminosa de leones

sublimes y en las manos una crispatura que parece que hace gemir el instrumento mágico y divino. Mis Dianas son castas, aunque os pese. Además, sus caderas son blandas colinas por donde descende Amor, y su aire cinegético. Hay un Néstor de bronce y un Moisés tan Augusto como el miguelangelino. Os haré Susanas bíblicas como Hebes mitológicas, y a Hércules con su mazo y a Sansón con su mandíbula de asno. Curva o recta, la línea viril o femenina se destacará de mis figuras, y habrá en las venas de mis dioses blancos, ícor, y en el metal moreno pondrá sangre mi cincel.

Para vosotros, mujeres queridas, haré sátiros y sirenas que serán la joya de vuestros tocadores.

Y para vosotros, hombres pomposos, tengo bustos de guerreros, torsos de discóbolos y amazonas desnudas que desjarretan panteras.

Tengo muchas cosas más; pero os advierto que también necesito vivir. He dicho.

Era el día siguiente.

—Deseo —decía una emperatriz de las más pulcras, en su salón regio, a uno de sus adoradores que le cubría las manos de besos—; deseo que vayáis a traerme algo de lo más digno de mí, al taller de ese escultor famoso.

Decíalo con una vocecita acariciante y prometedora y no había sino obedecer el mandato de la amada adorable. El caballero galante —que en esos momentos se enorgullecía de estrenar unos cuellos muy altos llegados por el último vapor— despidióse con una genuflexión y una frase inglesa. ¡Oh! ¡admirable, así, así! Y saliendo a la calle se dirigió al taller.

Cuando el artista vio aparecer en su morada el gran cuello y los zapatos puntiagudos y sintió el aire impregnado de opopanax, dijo para su colete: “Es un hecho que he encontrado ya la protección de los admiradores del arte verdadero, que son pudientes. Los palacios se llenarán de mis obras, mi generación de

dioses y héroes va a sentir el aire libre a plena luz y un viento de gloria llevará mi nombre y tendré para el pan de todos los días con mi trabajo”.

—Aquí hay de todo —exclamó—: escoged.

El enamorado comenzó a pasar revista de toda aquella agrupación de maravillas artísticas, y desde el comienzo frunció el ceño con aire de descontentadizo, pero también de inteligente. No, no, esas ninfas necesitan una pampanilla; esas redondeces son una exageración; ese guerrero formidable que levanta su maza, ¿no tiene los pies anquilosados? ¡Los músculos brotan; no deben ser así; el gesto es horrible; a esa cabellera salvaje le falta pulimento! Aquel Mercurio, Dios mío, ¿y su hoja de parra? ¿Para qué diablos labra usted esas indecencias?

Y el artista estupefacto miraba aquel *homo sapiens* de Linneo, que tenía un *monocle* en la cuenca del ojo derecho, y que lanzando una mirada de asombro burlesco, y tomando la puerta, le dijo con el aire de quien inventa la cuadratura del círculo:

—Pero hombre de Dios, ¿está usted en su juicio?

¡Desencanto!

Y el inteligente para satisfacer a la caprichosa adorada, entró a un almacén de importaciones parisienses, donde compró un gran reloj de chimenea que tenía el mérito de representar un árbol con un nido de paloma, donde, a cada media hora, aleteaba ese animalito, hecho de madera, haciendo cuú, cuú.

Y era uno de esos días amargos que sólo conocen los artistas pobres, días en que falta el pan mientras se derrochan las ilusiones y las esperanzas. La última estaba para perder el escultor, y hubiera destruido a golpes del cincel que les había dado vida, todas sus creaciones espléndidas, cuando llamaron a su puerta. En-

tró con la cabeza alta y el aire dominador como uno de tantos reyes burgueses que viven podridos en sus millones.

El escultor se adelantó atentamente.

—Señor —le dijo—, os conozco y os doy las gracias porque os dignáis honrar este taller. Estoy a vuestras órdenes. Ved aquí estatuas, medallas, metopas, cariátides, grifos y telamones. Mirad ese Laocoonte que espanta, y aquella Venus que avasalla. ¿Necesitáis acaso una Minerva para vuestra biblioteca? Aquí tenéis a la Atenea que admira. ¿Venís en busca de adornos para vuestros jardines? Contemplad ese sátiro con su descarada risa lasciva y sus pezuñas de cabra. ¿Os place esta gran taza donde he cincelado la metamorfosis acteónica? Ahí está la virgen diosa cazadora como si estuviese viva, inmaculada y blanca. La estatua del viejo Anacreonte está ante vuestros ojos. Toca una lira. ¿Gustáis de ese fauno sonriente que se muestra lleno de gallardía? ¿Qué deseáis? Podéis mandar y quedaréis satisfecho. . . .

—Caballero —respondió el visitante como si no hubiese oído media palabra—, tengo muy buenos troncos árabes, ingleses y normandos. Mis cuadras son excelentes. Ahí hay bestias de todas las razas conocidas, y el edificio es de muchísimo costo. Os he oído recomendar como hábil en la estatuaria, y vengo a encargáros para la portada una buena cabeza de caballo. Hasta la vista.

¡Ira, espanto! . . . pero un sileno calmó al artista hablándole con sus labios de mármol desde su pedestal.

—¡Eh, maestro! No te arredres: hazle su busto. . .